
Tú eres
mi diablo
y yo,
tu bruja
Sarah Rusell

Tú eres mi diablo y yo, tu bruja

Sarah Rusell

Primera edición.
Tú eres mi diablo y yo, tu bruja
©Sarah Rusell
©mayo, 2026
©imágenes por Magnific y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo

Capítulo 1



Nadine

—¿Lo tienes todo listo? —me preguntó mi mejor amiga por teléfono.

—¿Te digo la verdad o te miento?

Miré hacia el desastre que tenía encima de mi cama.

No sabía si llorar, reír o simplemente dejarlo todo como estaba y salir huyendo.

—¿No me digas que no has guardado nada?

Puse el móvil en modo altavoz para ir doblando algo de ropa mientras hablaba con Vera.

—Vale, pues no te lo digo.

Aguanté la risa.

Conociendo a Vera como la conocía, seguro que ahora mismo le había entrado hasta dolor de barriga solo de escucharme.

—No sé qué voy a hacer contigo. —Seguro que estaba negando con la cabeza, medio resignada—. ¿Sabes que nos vamos mañana?

Sonreí.

—Tú lo has dicho, nos vamos mañana.

Sabía que la estaba exasperando y que, de un momento a otro, se iba a presentar en mi casa para hacerme ella misma la maleta.

A lo mejor era eso lo que estaba buscando mi subconsciente. No, eso no. Solo estaba intentando tomármelo mejor.

Si no había hecho la maleta todavía, era porque no terminaba de decidirme por la ropa que iba a echar en ella.

—Por lo que veo, no tienes muchas ganas de ir.

Puse los ojos en blanco. Sabía que esas palabras estaban destinadas a pincharme, porque, si había alguien en este mundo con ganas de irse de vacaciones, esa era yo, y ella lo sabía de sobra.

—¿Ganas? Ningunas, ya sabes que yo voy por acompañarte —le respondí con ironía.

Después de llevar un año trabajando como una mula en el restaurante, comiéndome dobles turnos, descansando un día a la semana en vez de dos, como hacían todos mis compañeros, y acumulando las vacaciones de Navidad para que las del verano fuesen más largas, claro que no tenía ganas. Ningunas.

Todo eso para ahorrar hasta el último céntimo, y venía la hija de su madre a decirme que parecía que no tenía muchas ganas de ir.

—No seas irónica conmigo.

—Pues entonces deja de decir tonterías.

Cogí un puñado de camisetas y las fui mirando una a una. Las que me iban gustando y sabía seguro que las iba a utilizar las puse en un lado de la cama.

Las que eran un «tal vez sí», a otro lado, y para qué voy a mentir, las que no me iba a poner ni bajo tortura, porque no sabía qué me había dado en su momento para comprarme algo así, esas las metí directamente en una bolsa de basura.

Es que era para matarme.

Después de ver el montón de ropa que había echado para tirar, no sabía ni cómo era capaz de mirarme al espejo.

Yo matándome a trabajar en el restaurante para pegarme las vacaciones de mi vida e iba y me gastaba parte de ese dinero en comprarme cosas que no iba a utilizar nunca.

Esperad, que os aclaro una cosa, no vayáis a pensar que era más tonta de lo que era.

Estaba claro que esa ropa no era de ahora y que era el resultado de varios años, porque del dinero que iba destinado al viaje no había tocado ni un solo céntimo. Al revés, me había dado tiempo hasta para ahorrar y tener dinero de sobra para llevarme.

Vamos, digo yo que, ya que me iba a dar ese pedazo de viaje, lo suyo era llevar dinero encima para tener para lo que se me antojara.

—No son tonterías, es que faltan horas para que nos vayamos y no has hecho nada.

Mejor no hacerle mucho caso o, de lo contrario, íbamos a discutir.

—Porque quiero tener muy claro qué es lo que voy a llevarme para verme siempre bien.

Coño, para una vez en mi vida que iba a hacer este viaje y después de haber estado ahorrando durante tanto tiempo, no iba a hacer la maleta a lo loco.

Tenía que pensarme muy bien cada uno de los conjuntos que iba a ponerme para cada ocasión, aunque estaba claro que lo que más tenía que llevar era ropa de baño.

Pero de eso estaba bien servida. Vamos, que llevaba meses comprándome bañadores, trikinis, bikinis y pareos a juego. Ah, que se me olvidaba: las chanclas también iban a juego con toda esa ropa de baño.

—Te vas a ver bien siempre.

Puse los ojos en blanco.

Vera comprendía lo que quería y cuando quería.

—Vera, sé que tú me vas a ver siempre bien, igual que yo te veo a ti, pero esto no va de eso, va de que me quiero ver bien yo, de que es el viaje de mis sueños, de que ha costado un pastón y de que quiero disfrutar de cada segundo que pase allí.

Como he dicho, puede que fuese un viaje caprichoso, pero era mi capricho, me lo había currado durante mucho tiempo y era mi sueño ir ocho días a las Maldivas.

Vamos, que habíamos pagado un buen precio, pero no me dolió, y a Vera tampoco, porque de lo contrario ni loca se habría apuntado.

Porque no voy a mentir, me gustó mucho cuando me dijo que haría el viaje conmigo. Era mi mejor amiga y sabía que con nadie iba a disfrutar tanto como con ella, pero, si al final no hubiese podido, yo me habría ido igual.

Anda y que no.

—Te entiendo, Nadine, de verdad que sí.

La escuché suspirar a través del altavoz del teléfono.

—¿Pero?

Sabía que había un «pero» detrás.

—Pero nada, es solo que estoy nerviosa.

Eso no era cierto del todo; en realidad, Vera era tan cuadriculada que, como algo se le escapara de control, se ponía histérica.

No lo podía evitar; necesitaba tenerlo todo al milímetro o ya pensaba que el mundo se le venía encima.

De verdad que, a día de hoy, por mucho que pensara, no me entraba en la cabeza cómo habíamos terminado siendo tan buenas amigas, si yo era la noche y el caos y ella era el día y la serenidad.

A ver, tan caótica no era, porque a mi manera era organizada; me podías preguntar por algo de la casa que llevara tiempo sin utilizar, que sabía perfectamente dónde estaba esa cosa.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer para esos nervios.

—Esta vez, ¿qué me vas a recomendar, una tila o una valeriana?

Reí.

Si es que en el fondo la quería más que a nada, a pesar de nuestros desacuerdos en cuanto a organización se refería.

—Las dos, que nos espera un viaje muy largo. ¿Estás preparada para afrontarlo?

Es que entre los dos vuelos que teníamos que coger, más el tiempo de espera en el aeropuerto en el que debíamos hacer la escala hasta llegar a Malé, en total, como poco, eran unas dieciocho horas, y eso sin contar que después nos teníamos que montar en una lancha, que sería la que nos llevaría a la isla donde íbamos a pasar todos esos días.

Pues eso, que Vera lo que tenía de organizada lo tenía de impaciente.

—No me queda más remedio que hacerlo si quiero irme contigo, aunque siempre puedo cambiar de opinión y decirle a mi hermano que vaya en mi lugar.

Mira que era hija de… cuando le daba la gana.

Eso me lo había dicho para vengarse un poco por el simple hecho de que todavía no tenía lista mi maleta.

Sabía que no había persona en esta vida que me hiciera la vida más imposible que el capullo de su hermano.

Mira que yo no era una persona de odiar a nadie, más bien era de las que pasaban. *¿Que no me caes bien ni yo a ti tampoco? Perfecto, tú haces tu vida, que yo hago la mía.* Esa era mi manera de pensar.

Y lo hacía con todo el mundo menos con el capullo del hermano de Vera.

Ese hombre lo habían traído sus padres al mundo para hacerme la vida imposible por completo.

—Los billetes no los puedes cambiar de nombre.

No tenía ni idea de si se podía hacer o no, pero fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—¿Quién dice que no estoy a tiempo de cambiar los nombres?

Solo de pensarlo, se me ponían los pelos de punta.

—Vera, esta noche voy a tener pesadillas con el diablo por tu culpa.

Es que Álex no era un hombre, era el mismísimo Satanás.

Desde que habíamos tenido la desgracia de conocernos, me había hecho la vida imposible de todas las maneras que os podéis imaginar.

Si salíamos su hermana y yo, allá que iba él con los gilipollas de los amigos a hacernos la vida imposible.

Me tenía tan cansada que hasta estuve un tiempo sin querer quedar con Vera, con tal de no tropezármelo, aunque después me lo pensé y me dije que ni él ni nadie iba a romper la amistad tan bonita que tenía con mi amiga.

—Anda ya, si ya no discutís tan a menudo.

—¿Cómo vamos a discutir si no nos vemos?

Gracias a Dios, pensé mientras sonreía.

Para mí había sido pura satisfacción cuando se sacó la licencia de piloto de avión comercial; vamos, que su familia lo celebró por todo lo alto cuando consiguió el título de comandante de vuelo.

Lo que no sabían ellos es que yo lo celebré mucho más, sobre todo teniendo en cuenta que los vuelos que iba a hacer —digo cuando empezó, porque de eso ya habían pasado algunos años— serían internacionales.

Lo que, a su vez, quería decir que iba a estar más tiempo fuera de la ciudad que en ella.

Y mientras eso fuese así, todos seríamos felices.

—Pues no es por fastidiar, pero en un mes coge las vacaciones.

Mira qué bien, justo cuando yo volvía al trabajo, así tampoco lo vería muy de seguido.

Estuvimos un rato más hablando por teléfono hasta que le dije que o la dejaba o no me iba a dar tiempo, y esta vez de verdad, de preparar mi maleta.

Capítulo 2



Nadine

El taxi pasó primero por mí, por mi piso —bueno, piso que era de su dueño, ya que yo solo estaba de alquiler—, pero supongo que me habéis entendido.

Pues eso, después de recogerme, fuimos a por Vera.

No me hizo falta ni llamarla. En la calle, frente a su portal, estaba con las maletas. Eso sí, ni una peonza daba tantas vueltas como ella.

Y es que a ella le pasaba justo lo contrario que al cabezón de su hermano —le decía cabezón por no llamarlo de otra manera—.

Bueno, a lo que iba, que empiezo hablando de un tema y termino hablando de otro que no viene a cuento.

A Vera no le daba miedo volar; a ella, como a muchas otras personas, le daban miedo los despegues y los aterrizajes.

Entre lo del vuelo y su impaciencia, ahí estaba el resultado de que no pudiese quedarse quieta.

Fijaos si había dado vueltas en el mismo sitio, que poco más y hace un surco en el suelo.

—El ayuntamiento te va a reclamar dinero por el desgaste que le has hecho al suelo.

—Qué graciosa vienes. Buenas noches —le dijo al taxista cuando este se bajó del coche para guardar la maleta.

Y sí, eran buenas noches porque eran las dos de la madrugada, el vuelo salía a las cinco y, como teníamos que facturar, pues no nos quedó de otra que pegarnos el madrugón.

Pero, como decía mi abuela, sarna con gusto no pica.

—Voy sin pegar ojo —me dijo cuando se sentó a mi lado.

—¿No se suponía que te fuiste a dormir a las nueve de la noche?

Por lo menos eso es lo que me puso en el último mensaje que me envió.

—Ya, pero del dicho al hecho hay un trecho. No me podía quedar dormida.

Yo tampoco había podido dormir, pero lo mío había sido porque había terminado tarde con la maleta y, mientras cené algo y me duché, me dieron las doce y pico de la noche. Así que preferí quedarme leyendo un rato antes que dormir menos de una hora y levantarme con mala leche.

Aunque era una cosa que no me preocupaba. Pues tenía un vuelo por delante de más de cuatro horas hasta llegar a Estambul, así que podíamos dormir algo.

Después podíamos dar una vuelta por el aeropuerto hasta que saliera el otro vuelo, que ese ya era directo hasta Malé.

Ese duraba el doble de tiempo, así que podríamos seguir durmiendo tranquilamente.

Claro estaba que no le iba a decir que no había podido dormir porque terminé tarde de prepararlo todo.

Menos mal que, a la hora de despedirme de mis padres y de mi abuela, fui previsora y lo hice dos días antes.

Que sí, que sabía que lo lógico era despedirse el día anterior, pero es que no me iba a dar tiempo, así que fui cuando pude.

De todos modos, ellos sabían cómo era y que siempre iba con prisas a todos lados, por eso no se lo tomaban a mal.

La verdad es que tenía mucha suerte con la familia que me había tocado. Y no me vale que me digáis que todo el mundo está contento o quiere a sus padres, porque sabéis que es mentira.

Por desgracia, hay padres a los que es mejor no llamar por ese nombre. Ojo, y que conste que también hay hijos que son una desgracia para los suyos, pero bueno, que no iba a eso.

Como os iba diciendo, tenía mucha suerte con los padres que me habían tocado y también con mi abuela. A ella no la podía dejar atrás, sobre todo porque era imposible hacerlo.

Águeda, así se llamaba mi abuela, la misma mujer que le dio vida a Benito, o sea, a mi padre. Fue hijo único por decisión propia; no penséis que es que le pasó algo y no pudo tener más.

No, si os digo la verdad, creo que si lo tuvo fue por puro milagro, porque ella no era lo que se dice una mujer a la que le gustasen mucho los niños.

Vamos, que nunca fue muy niñera, pero no por eso fue mala madre. Todo lo contrario, hizo un gran trabajo con él, y eso que lo crio sola, porque el cabrón de su padre huyó cuando se enteró de que mi abuela se había quedado embarazada.

Pero ahí estuvo ella, con dos cojones, para sacarlo adelante sin ayuda de nadie. Y si digo sin ayuda de nadie, es porque fue así.

Los padres de Águeda, en el momento en el que se enteraron de que su hija se había quedado embarazada, la echaron a la calle. Ni a un perro se trata así.

Tuvo que ser duro para ella, por lo menos al principio y durante los primeros años, aunque Águeda era una mujer que todo se lo tomaba a broma y a la que no le gustaba hablar de cosas tristes ni duras. Lo suyo tuvo que pasar.

Pues esa era Águeda, una mujer que no le tenía miedo a la vida y que la afrontaba según venía.

Se había ido a vivir con mis padres hacía unos años. Y no porque necesitara depender de ellos, sino porque mi padre había insistido hasta la saciedad.

Así que, por su parte, no tenía más familia que mi señora abuela, pero no creáis que me había hecho falta tener a alguien más.

Mi madre sí tenía un hermano y una hermana con los que se llevaba muy bien y a los que estaba muy unida. Ella y mi padre, porque él también se llevaba de maravilla con sus cuñados, y hasta mi abuela estaba unida a ellos.

Es verdad que por esa parte de la familia nunca nos había faltado el cariño.

Para mí eran muy importantes, pero ya los iréis descubriendo conforme más adelante os vaya hablando de cada uno de ellos.

¿Veis? Ya me he enrollado otra vez. Os estaba contando lo de la despedida y mira por dónde he terminado, contando la vida, o parte de ella, de mi abuela y mis padres.

Bueno, así los conocéis un poco antes de seguir con la historia.

Mira si me había enrollado que, cuando me quise dar cuenta, estábamos en el aeropuerto de Estambul. Al final, esto de hablar de mi vida iba a tener su punto, porque las horas se me habían pasado en un abrir y cerrar de ojos.

—Menos mal que he dormido durante todo el vuelo —me dijo Vera, caminando a mi lado con un café en una mano y el bolso en la otra.

—Ya me he dado cuenta. —La miré sonriendo—. No te has enterado ni del aterrizaje.

—Y no sabes cómo lo agradezco, con el despegue he tenido de sobra y eso que todavía queda otro más.

Resopló con resignación.

—Venga, que ya queda menos para que estemos disfrutando en esa arena blanca y esas aguas turquesas.

Se me iba a hacer interminable hasta llegar allí y verme instalada en una de esas cabañas sobre el mar.

Si me dijeran que el mundo se iba a acabar cuando regresara del viaje, me daría igual.

¿A que no soy tonta? Lo que no me iba a dar igual es que se terminase antes del viaje de mis sueños, pero no nos engañemos, que todas vosotras diríais lo mismo que yo.

Que aquí tontas no somos ninguna.

—En cuanto llegue, lo primero que voy a hacer es deshacer la maleta y ponerme un bikini.

Reí.

—Tú por lo menos te vas a molestar en deshacer la maleta, yo no voy a hacer ni eso. Suerte tienen de que no me despelote y me ponga un bañador.

Rio con ganas.

—Desde luego que tú eres capaz de hacer eso y mucho más.

—Y tanto. —Era mentira—. Si supiese que no me iban a detener, ya te ibas a enterar tú de lo que era capaz de hacer.

No lo haría ni muerta y ella lo sabía de sobra.

—Anda, nudista, tira, que ya podemos embarcar.

Ya casi estaba allí. Estaba tan feliz que habría podido hacer palmas con las orejas. Vamos, que no creía que hubiera nada en esta vida capaz de romperme esa felicidad.

O eso creía yo.

Porque, en el momento en el que nos sentamos en el avión y este empezó a rodar por la pista, me fastidiaron el viaje en un visto y no visto.

—Buenos días, les habla el comandante García…

Fue escuchar esa voz y ese apellido y se me pusieron los vellos de punta.

Miré a Vera poco a poco. Fue tan lento que hasta creo que la asusté.

—Te juro por mi vida que no sabía que iba a pilotar este vuelo.

Levantó las manos como si fuese inocente.

—El capullo de tu hermano no te lo ha dicho y estoy segura de que lo ha hecho para dejarme con cara de tonta y con la mala leche metida en el cuerpo.

Vamos, ponía la mano en el fuego y no me quemaba.

Y lo peor no era que pilotara ese vuelo, sino saber que también se iba a quedar allí todos los días que íbamos a estar nosotras.

Iba a ser cansina hasta la saciedad, pero os prometo que a este hombre lo habían puesto en mi vida para convertirla en una pesadilla.

—Ya le puedes decir cuando lleguemos que, como se acerque a fastidiarme, no sale vivo de esa isla.

Qué manera de joder tenían algunos. Si lo hubiera dicho, por lo menos, podría haber cambiado de vuelo e ir con otra compañía.

Capítulo 3



Álex

Lo que habría sido capaz de pagar con tal de ver la cara que se le tuvo que quedar a mi hermana. Pero, sobre todo, habría pagado por ver la de Nadine.

Estaba de acuerdo en que había sido muy capullo por no avisar a mi hermana, pero es que, si lo hacía, su amiga no solo era capaz de cambiar de compañía, sino también de cambiar el viaje de día.

Y si eso pasaba, ¿con qué me iba a divertir?

Sonreí de medio lado al pensar en el cabreo que debía de llevar encima.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —me preguntó Nathan, mi primer oficial y amigo.

Claro, es que él no conocía a mi hermana ni mucho menos a Nadine. Sí que le había hablado de ellas, pero hasta ahí y, la verdad, es que se me había pasado decirle que venían en nuestro vuelo.

—Me habría encantado ver la cara que han tenido que poner dos pasajeras cuando me han escuchado dar la bienvenida a bordo.

No se me borraba la sonrisa maliciosa que se me había formado.

—Las tienes que conocer para reírte de esa manera.

Me miró de reojo, esperando a que le dijera algo más.

—Y tanto. A una de ellas le he cambiado el pañal un montón de veces.

Menos mal que allí dentro no nos escuchaba nadie, porque menuda fue la carcajada que soltamos los dos.

—¿No me digas que son tu hermana y su amiga?

Lo miré alzando una ceja y afirmando con la cabeza.

—¿Y no lo sabían?

Negué.

—No le había dicho nada a mi hermana para que no se lo dijera a Nadine. ¿Tú sabes lo bien que me lo voy a pasar allí?

Pensaba aparecerme delante de Nadine hasta en la sopa.

Si estaba hasta el moño de mí, más lo iba a estar.

—Tío, ¿no crees que llevas a esa chica demasiado al límite?

—No, creo que todavía la puedo llevar un poco más.

Chincharla era mi deporte favorito. Había pocas cosas que me hicieran disfrutar más que eso.

Y no me preguntéis por qué me divertía tanto, porque no tenía ni idea. El caso era que me encantaba ver cómo me miraba con los ojos brillantes de rabia o cómo se le abrían las fosas nasales cuando respiraba con fuerza para no mandarme a la mierda.

Eso sí, cuando se aguantaba las ganas de decirme todo menos bonito era cuando estaban mis padres delante.

—A ver si te va a salir el tiro por la culata y va a ser ella la que te dé por culo a ti.

Reí, porque eso no iba a pasar en la vida.

La bruja esa no iba a poder conmigo nunca. Le llevaba mucha ventaja en esta guerra que había entre nosotros desde que nos conocíamos.

—Esas son sus ganas y con ellas se va a quedar.

Se giró en el asiento para mirarme de frente.

—Me va a encantar ver quién de los dos puede más.

Reí.

—Nadine no tiene nada que hacer contra mí.

Imposible.

—Eso es lo que tú dices, pero yo tengo que verlo.

Hijo de su madre, parecía más amigo de ella que mío.

—Pero ¿tú de parte de quién estás?

Cuando llevé el avión a la altura en la que teníamos que volar, lo puse en piloto automático.

—Por ahora, de la tuya, pero te lo confirmaré cuando las conozca. Lo mismo cuando me la presentes, caigo rendido a sus pies y no dejo que le hagas la vida imposible.

Los nudillos se me pusieron blancos.

—Caer a sus pies sí que vas a caer, pero de la patada que te voy a dar en el culo como te acerques a ella o a mi hermana.

—¿No me digas que la quieres solo para ti?

Al final era Nathan el que me estaba tocando los cojones.

—Desde luego que no, por mí como si quiere pasar cada noche con un hombre distinto, pero para ti tampoco la quiero. Hazme caso, Nadine no tiene nada que ver contigo.

Ella podía tener que ver con quien quisiera; yo no era nadie para decir con quién o no podía estar, pero no me hacía gracia que mi amigo se fijara en ella.

—¿Y eso por qué?

Insistió, aunque creo que lo estaba haciendo para tocar un poco más la moral, eso por decir algo.

—No me jodas, Nathan, no la puedo ver ni de lejos y pretendes enrollarte con ella.

Se carcajeó.

—Yo no he dicho eso, pero tienes razón, buscaré a una que te caiga mejor.

—Eso, tú céntrate en otra y deja a la bruja para quien tenga ganas de sufrirla.

No sé qué cojones me pasó y fue algo que nunca me había sucedido, pero fue pensar en Nadine con otro hombre y algo se me removió en el estómago.

Tenía que sacarme esas tonterías de la cabeza y centrarme en el vuelo. Bueno, tampoco era que tuviera mucho que hacer, porque íbamos con el piloto automático conectado.

Un rato después, llamé a Alara, que era la sobrecargo, para que viniera a la cabina de vuelo.

Desde hacía muchos años, solo podíamos autorizar la entrada a la cabina desde dentro y, para saber que era alguien de la tripulación quien llamaba a la puerta, teníamos entre nosotros un código de seguridad.

—Desbloquea, le he dicho a Alara que venga —informé a Nathan.

—Buenos días —nos dijo al entrar, con esa sonrisa que tanto la caracterizaba.

La verdad era que no podía quejarme de los compañeros que tenía. Nos llevábamos muy bien y no, eso de que el comandante se liaba con todas sus tripulantes era mentira, por lo menos en mi caso y en el de Nathan.

Lo que hicieran otros no era asunto mío. En nuestra tripulación no había ese mamoneo, al menos por ahora, porque tampoco podía hablar de lo que pudiera pasar en el futuro.

—¿Qué necesitas? —me preguntó con la amabilidad con la que siempre lo hacía.

—Necesito que les lleves dos copas de champán a las dos mujeres que están… —le indiqué los asientos en los que estaban sentadas.

Lo sabía porque le había pedido el día anterior a una azafata que me hiciera el favor de mirar la lista de pasajeros.

—Ahora mismo. Les digo que es de tu parte, ¿verdad?

Asentí mientras le guiñaba un ojo, y no era una manera de ligar. Lo hacía por costumbre, como un saludo con las chicas. Sabía muy bien a quién podía saludar así y a quién no.

Un rato después regresó y lo hizo intentando esconder una carcajada, la cual le estaba resultando muy difícil controlar.

Nathan la miró entre risas y yo lo hice con una ceja alzada. A saber lo que esa mujer había podido soltar por la boca.

—Tengo dos recados. Uno, no me importa repetirlo; el otro, no creo que deba hacerlo.

Me aguanté las ganas de reír. Sabía que había tenido que soltar algo fuerte.

—Me puedes dar los dos tranquilamente.

La animé con una sonrisa.

—Como digas. La mujer rubia me ha dicho que gracias y que te quiere mucho.

Me miró algo avergonzada.

—La rubia es Vera, mi única hermana.

Le quise aclarar.

—La morena ha sido demasiado clara y sus palabras textuales han sido: «Dile a ese comandante de tres al cuarto que se meta la copa de champán por el culo, a ver si tiene suerte y le refresca las neuronas, porque en vez de pensar con la cabeza, lo hace con ese culo gordo que tiene». Lo siento, han sido sus palabras, no las mías.

Nathan soltó tal carcajada que retumbó por toda la cabina.

—Vaya, parece que no le ha hecho mucha gracia que sea amable con ella.

Les comenté con ironía.

Sabía de sobra que me iba a decir algo por el estilo.

—Madre mía, no sabes cómo voy a disfrutar viendo vuestras peleas estos días.

—¿Os parece que tengo el culo gordo? —les pregunté sin dejar de reír.

—De todo lo que te ha dicho, ¿solo te has quedado con eso?

—Sabía lo que me iba a decir o, más bien, lo intuía, pero lo del culo gordo es nuevo en ella.

Alara se marchó riendo y Nathan no era capaz de dejar de hacerlo.

Desde luego que no me iba a aburrir estos días.

Capítulo 4



Nadine

—¿Cómo has podido ser capaz de decirle eso a la azafata?

—No le he dicho nada a ella, solo le he dado un recado para que se lo transmita al capullo de tu hermano.

De verdad, es que tenía hasta ganas de llorar.

No me podía creer que tuviese tan mala suerte.

¡Años! Años soñando con hacer este viaje, disfrutarlo, vivirlo y todo eso, ¿para qué? Para que viniera el tonto ese a tocarme las narices.

Os juro que mi cabreo iba subiendo más que las burbujas de la copa de champán que me había traído esa mujer.

Que sí, que puede que no tuviera que haberle dicho eso; que conste que no por él, sino porque la pobre mujer no tenía nada que ver, pero es que me había tocado el… demasiado.

—En cuanto recojamos las maletas, vamos a olvidarnos de que mi hermano está aquí.

Mejor que me conocía Vera, no lo hacía nadie. Mentira, mi abuela, pero como no estaba aquí y encima estaba medio loca, mejor no la contaba.

—No voy a esperar a recoger las maletas, pienso olvidarme de que el diablo está aquí desde ya.

Vamos, que no pensaba malgastar ni un solo segundo pensando en ese hombre.

De verdad, si no le había deseado nunca que se estrellase con el avión, era porque las demás personas no tenían culpa de ir en el mismo avión que él, pues ganas de desearle eso y mucho más me sobraban.

No digas gilipolleces, Nadine, que te dejas llevar por la rabia y pierdes la boca. Sabes que en el fondo eres muy tonta y no le deseas ningún mal.

Mierda de conciencia, que era igual de porculera que mi pesadilla andante, porque eso era lo que era ese hombre: una pesadilla, un diablo, un gilipollas, vamos, todo lo que os podáis imaginar era ese hombre.

Y hablando de él, os tengo que confesar algo, pero esto que quede entre vosotras y yo.

Os he guiñado el ojo, para que lo sepáis.

Todo lo que hasta ahora había dicho de Álex era cierto, menos una pequeña cosilla. Podía ser un capullo, pero no tenía el culo gordo, no, no, más bien era todo lo contrario; tenía el culo más perfecto que le había visto a un hombre.

Porque podía odiar a ese ser con toda mi alma, pero tonta no soy y ojos tengo en la cara; por lo tanto, la vista se me iba hacia esa zona más de una vez. Eso sí, ni bajo tortura lo iba a reconocer en mi vida, vamos, es que ni después de muerta reconocería que Álex alegraba la vista.

Había que ser tonta, no, lo siguiente, para no ver lo buenísimo que estaba ese diablo, aunque todo lo que tenía de guapo lo tenía de imbécil.

En fin, que yo lo único que quería era que me dejara en paz en mis soñadas vacaciones y, si no era mucho pedir, también después de ellas, pero como no quería abusar de los deseos, me conformaba con que se olvidara de mí estos casi nueve días.

—Pues ahí vienen ya.

Me informó Vera cuando por la cinta aparecieron las maletas.

—Ponte a un lado, ya las cojo yo.

Vera, no es que tuviera mucha fuerza precisamente, eso y que la pobre mía me había salido un poco tierna. Ella era lo que viene siendo una princesita, eso sí, para lo que le convenía.

—Gracias, por cierto, la lancha la dejaste contratada con el hotel, ¿verdad?

Cogí su maleta, que fue la primera en aparecer.

—Coño, pero ¿qué has metido dentro de la maleta?

Con razón había tenido que pagar en el aeropuerto cuando facturó. La maleta pesaba como un muerto.

—Solo todo lo que estoy segura de que voy a utilizar.

Me podía apostar lo que fuese a que la mitad de lo que había traído no se lo iba a poner ni un solo día.

—Sí, la lancha está contratada.

Había organizado muy bien el viaje. Lo había dejado todo pagado y, cuando digo todo, era todo.

Las excursiones y los traslados estaban pagados junto al hotel, como era normal.

Otra cosa eran los caprichos que nos quisiéramos dar o si algún día nos apetecía comer o cenar por algunos de los restaurantes de la isla.

—Tengo unas ganas locas de llegar y ducharme.

Mírala, como si yo no tuviese ganas.

—Ahora en serio, Vera, cuando lleguemos, intenta dormir, aunque no tengas sueño, porque, aunque sean solo tres horas de diferencia, como no duermas esta noche unas horas, mañana no vas a poder con tu alma.

—Aunque no tenga sueño, dice, si estoy que me caigo.

—¿Cómo vas a seguir teniendo sueño si has dormido en los dos vuelos?

Le pregunté sin poder creérmelo.

—¿Qué quieres que te diga? Es la verdad. —Se encogió de hombros como si tal cosa—. Tengo más, no sé si será por los nervios, que a unos les da por comer y a mí, por lo que se ve, me ha dado por dormir.

Me reí a carcajadas.

—No me lo puedo creer.

Negué con la cabeza.

Yo no había podido dormir casi en el segundo vuelo y creo que la razón fue la mala leche que me había entrado por el cuerpo.

Por lo que imaginaba que iba a dormir como un tronco.

—No sé cómo me he confundido y no me he dado cuenta hasta cuando estábamos empezando a aterrizar.

Dije en voz alta, aunque era más un pensamiento para mí misma.

—¿De qué estás hablando?

Me preguntó mientras comenzábamos a caminar hacia la salida del aeropuerto.

—Pensé que llegábamos aquí por la mañana.

Le contesté buscando por dónde ir.

Sabía que la lancha la cogíamos desde el mismo aeropuerto y no me quería equivocar de camino.

—Da igual, lo que importa es que ya estamos aquí; además, creo que así es mucho mejor, podremos ver el amanecer desde la cabaña.

Tenía que ser una imagen espectacular.

—Me va a parecer mentira cuando lo pueda ver todo a la luz del día.

—Sí, tiene un amanecer maravilloso, pero su puesta de sol es mucho más bonita.

No, definitivamente el destino me estaba atormentando por algo que tuve que hacer en alguna otra vida, porque esto no era normal.

No me molesté en mirarlo. Bastante tenía con saber que venía caminando a nuestro lado.

¿No se supone que la tripulación entra y sale casi toda junta? No sé, no tenía ni idea, pero cuando había viajado los veía llegar juntos al aeropuerto.

Pues no, el martirio ese tenía que ir por su cuenta.

—¡Álex! —Mira qué feliz era su hermana al verlo—. Qué callado te lo tenías.

Os lo juro, sentí cómo me miraba. Era como si de pronto algo me hubiera quemado la nuca.

Y digo la nuca porque él venía caminando detrás de mí, o más bien detrás de nosotras, hasta que su hermana se dio cuenta de su llegada. Entonces se retrasó para ponerse a su altura, supuse que para abrazarlo y besarlo.

Qué asco, por favor, había que tener ganas de besar esa cosa. Pensé, poniendo cara de vinagre.

Vuelves a mentir, Nadine; si fuese otro hombre con su mismo físico, te estarías muriendo por un beso suyo.

De nuevo sonó en mi cabeza la voz de mi conciencia.

—Le quería dar una sorpresa a mi hermana —resoplé cuando lo escuché decir eso—. ¿No te alegra saber que vamos a pasar ocho días juntos de vacaciones?

Hijo de su madre.

—Sabes que he venido con Nadine.

Le contestó mi amiga, aunque por su tono de voz supe que también le gustaría pasar esos días con su hermano.

—No pasa nada, estoy acostumbrado a cargar con ella, así que no tengo ningún problema con que venga con nosotros.

Frené en seco. Me importó un pito si alguien venía detrás de mí y se chocaba con mi espalda, pero a ese diablo le iba a callar la boca de una buena vez.

Capítulo 5



Álex

Con la respuesta que le di a mi hermana obtuve tres reacciones distintas.

La primera fue la de mi hermana, que me dio un manotazo en el brazo. Esa fue su forma de reñirme.

La segunda, la de Nathan, que iba a nuestro lado —por cierto, todavía no se lo había presentado a mi hermana—. Este negó con la cabeza, pero sin dejar de sonreír. Sé que me estaba diciendo con ese gesto que más me valía que me callase la boca.

Y la tercera, esa era la que más me interesaba.

Nadine se detuvo en seco. Todavía no le había visto el rostro, pero me lo podía imaginar con los ojos brillantes y las mejillas rojas por la rabia que seguramente estaba conteniendo.

Cuando se detuvo en seco, no me la comí de milagro. Menos mal que tenía buenos reflejos o habría acabado con su espalda en mi pecho y ese culo —uff, menudo trasero tenía—. Pues eso, que su culo habría acabado muy cerca de mi amigo más íntimo.

Se giró como si fuese a cámara lenta, poco a poco.

Lo hizo con la cabeza alta y con puro veneno en la mirada.

—¿Perdona? ¿Ir con vosotros? ¿Desde cuándo voy contigo? —A ella no le hacía falta levantar la voz para hacer ver que estaba muy cabreada—. Mira, no te atrevas a fastidiarme el viaje de mis sueños. He tenido que trabajar como una mula para poder ahorrar y pagármelo.

»Si lo que querías era darle una sorpresa y disfrutar de unas vacaciones con tu hermana, por mí perfecto, pero de mí, olvidaos, no contéis conmigo para nada.

Era la vez que la había visto más cabreada en mi vida, aunque más que cabreada, parecía dolida.

Por primera vez desde que la conocía me sentí un poco mal —solo un poquito, no nos pasemos tampoco—.

—Pero este viaje lo íbamos a hacer las dos juntas.

Le dijo mi hermana con cara de pena.

—Y no te estoy diciendo que no vamos a estar juntas, solo digo que, si algún día quieres pasarlo con tu hermano, hacer una excursión con él o lo que quieras, que lo entiendo y no me molestará que lo hagas, solo que no cuentes conmigo para que te acompañe, porque no lo voy a hacer.

—Me prometes que no estás enfadada conmigo.

—No tiene motivos para estarlo, ni contigo ni con nadie. Yo he venido por trabajo; si no le gusta, es su problema, no el mío.

Sé que no tendría que haber hablado así, pero me dio rabia ver a mi hermana mal.

Si tan amiga era y tanto la quería, podía hacer de tripas corazón y aguantarme por hacer feliz a mi hermana, o eso era lo que pensaba yo.

—Álex, para ya. Sabes que has empezado a calentar tú. Mira, te quiero mucho, lo eres todo para mí y lo sabes, pero este es el viaje que siempre ha soñado Nadine.

»Es más, lo iba a hacer ella sola porque quería disfrutarlo a su manera. Le pedí yo venir con ella, así que ni tú, ni yo, ni nadie le vamos a estropear este viaje.

Con esas palabras me di cuenta de que este viaje era mucho más para ella de lo que me había imaginado, pero ya que estaba aquí no podía hacer otra cosa.

Así que lo sentía mucho por ella, pero me iba a ver hasta en la sopa.

—Yo no quiero ni pretendo estropear el viaje de nadie, pero estoy aquí y no voy a desaparecer por mucho que lo desee.

Se lo dije a mi hermana, pero sin apartar la mirada de Nadine.

—Quién sabe, lo mismo una noche, cuando te vayas a dormir, no te despiertas más.

—¡Nadine!

La riñó mi hermana, medio asustada.

En cambio, yo le sonreía de manera arrogante.

—Déjala, perro ladrador, poco mordedor.

Le guiñé un ojo para provocarla un poco más.

—Bueno, viendo que nadie me va a presentar, he decidido hacerlo yo mismo.

Hostia, me había olvidado por unos minutos de que Nathan estaba a mi lado, pero un poco más atrás.

Me había quedado mirando la reacción de Nadine tan atento que ni se me había pasado por la cabeza que seguía a mi lado.

—Hola, soy Vera.

Mi hermana se acercó a mi amigo para darle dos besos.

—Nathan, mucho gusto.

Uy, la mirada que vi en mi amigo no me gustó ni un pelo. Lo conocía demasiado bien para saber que le había gustado mi hermana.

No seas gilipollas, que en el fondo has sentido alivio de que se haya fijado en tu hermana y no en Nadine.

A ver, ¿por qué mierda me venía ese pensamiento en ese momento?

Porque no tenía ni idea. Sí es verdad que nunca me había hecho mucha gracia cuando las había visto bailando con algún hombre, pero siempre había puesto la misma excusa.

Que era mi instinto protector de hermano mayor al que no le gustaba eso, pero en el fondo sabía que era algo más que me negaba a admitir.

—Nadine, encantada y perdona por el espectáculo que te hemos dado.

Le dijo la amiga de mi hermana cuando se presentó también con dos besos.

¿Y por qué me importó ver cómo mi amigo le ponía una mano en la cintura para acercarla a su cuerpo?

Ni idea, pero lo hizo.

—El espectáculo lo has dado tú, yo solo he hecho un comentario.

Dije eso porque sabía que se iba a cabrear más e iba a hacer que se separara rápido de Nathan para contestarme.

—No voy a seguir entrando en tu juego, me niego a partir de ahora, ni te voy a mirar. —Miró a mi hermana y a mi amigo—. Si me disculpáis, voy a seguir mi camino.

Y vaya si lo hizo. Cogió su maleta y comenzó a caminar hacia la salida sin mirar para atrás ni una sola vez.

—Me voy con ella; por favor, no le des mucho por culo y pórtate bien, ¿vale?

Me rogó mi hermana. No lo hizo solo con las palabras, también lo hizo con la mirada.

—Sabes que yo siempre he sido bueno y amable con ella.

Aguanté la risa como pude, mientras mi hermana resoplaba como si no pudiese conmigo.

Vera echó a andar rápido para alcanzar a la bruja de su amiga.

Decidí dejarla respirar un poco. Era tarde, suponía que estaba algo cansada y, por qué no decirlo, sabía cuándo tenía que parar y no tensar más la cuerda.

Anduve hacia la salida, pero sin prisas. Total, íbamos a ir en la misma lancha.

Es verdad que siempre que me tocaba hacer los vuelos aquí, íbamos toda la tripulación al hotel en hidroavión, pero como en esta ocasión sabía que ellas iban a ir en una lancha rápida, quise acompañarlas.

Ya sabéis, para ir fastidiando un poco más.

—Madre mía, os lleváis mucho peor de lo que me habías dicho.

Se me dibujó una sonrisa al volver a pensar en lo bien que me lo iba a pasar estos días.

Podéis llamarme capullo y todo lo que queráis, que no me lo iba a tomar mal, porque era la verdad.

Era un hijo de mi madre con Nadine, pero no penséis que ella era inocente, que de eso tenía bien poco.

Anda que no me había hecho putadas cuando venía a casa de mis padres y éramos más jóvenes.

—No creas, aunque la veas así, yo sé que en el fondo disfruta cuando le busco la boca.

—No sé si decirte lo que pienso realmente.

Esperé a que siguiera hablando. Viendo que no lo hacía, le pregunté qué era lo que quería decir.

—Ilumíname.

—Creo que a ti siempre te ha gustado esa mujer, pero nunca te has atrevido a decirle nada. —Solté una carcajada—. No te rías, es la verdad; puede que cuando era más joven no le dijeras nada porque seguramente la vieras más niña, pero siempre te ha llamado la atención.

—No digas tonterías.

Vamos, ni loco me había llamado nunca la atención Nadine, solo me había gustado chincharla desde que la conocía, pero nada más.

—No son tonterías, ya me darás la razón con el tiempo.

Mejor no hacerle caso, porque a Nathan le podían gustar mucho las juergas y estar con unas y con otras, pero era el tío más romántico y soñador que había conocido en mi vida.

Capítulo 6

Nadine

Menos mal que me dejó en paz durante todo el trayecto en la lancha, y tan en paz que se fue al otro extremo. Eso sí, bien que se pegó a una rubia despampanante.

Era una mujer alta y, a juzgar por sus rasgos, parecía que era inglesa o alemana. Vamos, que su nacionalidad era lo de menos; el caso es que él se había acercado más de la cuenta a ella.

Lo que, por otro lado, era mucho mejor para mí, porque si pasaba todas las vacaciones con su nuevo ligue, a mí me dejaría a mi aire y por fin podría tener las vacaciones que siempre había deseado.

¿Y entonces por qué me molestaba ver cómo le sonreía a otra mujer?

No tenía ni idea, pero me dio rabia ver cómo a esa mujer que acababa de conocer le sonreía y la trataba con amabilidad, y a mí siempre me había tratado con chulería, eso por decir algo suave.

—A ver si le da por estar todos los días con esa mujer.

No tenía que haberlo dicho en voz alta, pero no lo pude evitar. Fue como si quisiera vomitar todo el veneno que me iba recorriendo el cuerpo.

—No lo creo, pero ya sabes que con mi hermano nunca se sabe.

En el momento en el que nos habían dejado a las dos solas, lo primero que hice fue disculparme con Vera. Me daba mucha pena.

La pobre siempre había estado en medio de la guerra y, si me ponía en su piel, tenía que reconocer que ella lo tenía que pasar mal. Eran su hermano y su mejor amiga los que se mataban cada dos por tres. Eso no tenía que ser plato de buen gusto.

Y precisamente por ella era por lo que muchas veces intentaba controlarme y no entrar en el juego de Álex, pero había ocasiones, como lo había sido hoy, en las que me era imposible no contestarle.

—Pues a mí me da que esa rubia le ha llamado mucho la atención.

Vera me dio un golpecito con su cadera en la mía.

—Oye, no digas rubia de forma despectiva.

Tenía razón. Había sonado como si esa mujer no fuese inteligente y prometo que no era mi intención, pero es que me salió así, supongo que fue a causa del enfado que tenía en el cuerpo.

Menos mal que ese enfado me fue abandonando poco a poco. De lo contrario, no me habría dejado disfrutar de las vistas que tenía ante mis ojos.

¿A quién quieres engañar, tonta? Si es de noche y no se ve tres en un burro.

Creo que al final iba a tener que ir a un psicólogo. Esto de reñirme a mí misma como que no era muy normal.

Bueno, tampoco era algo que fuese preguntando por ahí. Digo, lo de si hablabais con vosotras mismas. Ya sé que pensar en voz baja es normal, pero yo me refiero a echaros broncas y esas cosas.

Qué pena de mí, que siendo tan joven iba a perder la cabeza. O la estaba perdiendo ya, que todo podía ser.

—Lo siento, no era mi intención, es que todavía no termino de asimilar que tu hermano vaya a estar cerca de nosotras durante tantos días.

No le iba a decir que había sentido cierto coraje al verlo con esa mujer. Vamos, ni loca se lo diría por muy amiga que fuese.

—Lo sé, tú nunca has sido de las que ha juzgado a nadie por su apariencia.

Ni nunca lo haría. Era ahí donde estaba lo bonito del ser humano, en su variedad, en no parecernos a nadie o casi nadie, en tener nuestra propia esencia. Cada uno éramos especiales a nuestra manera.

—Supongo que el cansancio me ha hecho hablar antes de pensar.

Los ojos se me fueron sin darme cuenta otra vez hacia ese hombre. Que las cosas había que decirlas por su nombre, entre lo guapo que era, porque Álex era guapo a reventar, y que encima iba con ese uniforme de comandante que todavía llevaba puesto, pues lo más normal era lo que estaba pasando, que todas las mujeres que había a su alrededor no pudieran quitarle la vista de encima.

Aunque las cosas había que llamarlas por su nombre, su amigo Nathan estaba también como quería el tío.

Vamos, que más guapo no podía ser.

Y si no, que se lo preguntaran a Vera, que se había quedado embobada mirándolo. Puede que yo hubiera estado enfrascada en la discusión con su hermano, pero no me habían pasado desapercibidas las miradas que se habían echado. Y digo «habían» porque había sido una cosa mutua.

Vamos, que se echaron unas miradas de esas que prenden fuego y que hacen saltar chispas.

Me puse de medio lado para mirarla de frente, ya que quería ver su reacción cuando le preguntara.

—¿Qué me dices de Nathan?

Desvió los ojos para mirar al mar durante unos segundos.

—Me ha gustado, no te voy a mentir, lo ha hecho y mucho.

—Lo he notado.

Le dije mientras giraba el rostro para mirar a ese hombre que le había gustado tanto.

Me lo encontré mirando a mi amiga, además de que lo hacía con una mirada seductora, de esas que se suelen dirigir a la persona que te interesa.

—¿Qué piensas hacer?

Le pregunté.

Aunque sabía más o menos lo que me iba a decir.

—Nada, está con mi hermano y yo estoy contigo.

Le sonreí con cariño.

—Vera. —La cogí por la barbilla para que me prestara atención—. Ni él está con tu hermano ni tú estás conmigo. Sí, venimos juntas, ¿y qué? Si te gusta y a él le gustas tú, ¿por qué no vais a tener lo que os dé la gana?

—No te quiero dejar sola, y además no sé si le he gustado de verdad.

—Anda y no seas tonta.

La abracé con fuerza.

—Sabes que iba a hacer este viaje sola, así que, si te sale la oportunidad, disfruta sin pensar en nadie y solo en ti.

—Supongo que por ahora estamos hablando por hablar.

Puede que tuviese razón, pero había algo que me decía que mi intuición no me fallaba. En realidad no era intuición, era más bien visión, una que la podía ver cualquiera.

—De todos modos, quiero que me prometas que, si os surge algo, no vas a pensar en nadie que no sea en ti. Los demás no importamos.

—Te lo prometo si tú también me prometes que no te vas a cerrar en banda y que, si se te presenta alguien que te llame la atención, te vas a tomar el tiempo de conocerlo.

—Prometido.

Se lo dije para que se quedara tranquila, porque no creía que llegara a interesarme nadie, como me pasaba desde hacía mucho tiempo.

Y es que os juro que no sabía qué me pasaba, que desde hacía un tiempo no me llamaba la atención nadie.

Y si lo hacía, lo miraba dos veces más y terminaba sacándole faltas.

Ni que yo fuese Miss Universo para sacarle faltas a alguien, pero es que no lo podía evitar. Cuando no eran los dientes, eran las manos; cuando no, el lunar que tenía en la punta de la nariz.

Lo de la nariz era por decir, que no me había pasado nunca, pero sí que había sacado faltas a los traseros.

No solía fumar, pero en ese momento lo necesitaba y mucho, así que le pregunté al hombre que llevaba la lancha si podía hacerlo. Como me dijo que sí, me apoyé en el filo de la embarcación y me encendí un cigarro.

Capítulo 7



Álex

—Si me disculpas, voy a decirle algo a mi hermana.

Le dije a la rubia con la que llevaba un rato hablando.

Desde hacía más de cinco minutos, Nathan se había ido a hablar con las chicas. No lo culpaba, ya que yo había estado hablando con la chica a la que le había pedido disculpas antes de alejarme.

Y lo hice porque vi algo que nunca me había gustado de Nadine.

Mira que se lo había dicho millones de veces, pues a ella le entraba por un oído y le salía por el otro.

Llegué a su lado sin que se diera cuenta. Estaba tan distraída, con la mirada fija en el mar, que en esos momentos, por muchas personas que hubiese a su alrededor, para ella no existía nadie.

—¿Cuántas veces te he dicho que fumar es malo?

Le hablé un poco más cerca de la cuenta, lo sé, pero no pude evitar la tentación de darle un buen susto, a ver si tenía un poco de suerte y se le caía el cigarro de las manos.

No, no tuve esa suerte. Parecía que lo tenía pegado a los dedos.

De verdad que no sabía qué chiste le podía encontrar a meterse mierda en los pulmones. Era malo para la salud, envejecía la piel y encima era un vicio caro.

Vamos, que no tenía ni una sola cosa a favor.

—Peor es verte la cara y aguantarte, y todavía sigo viva.

—Descarada.

—Imbécil.

—Bruja.

—Diablo.

—Amargada.

—Tu prima.

Le guiñé el ojo cuando no supo qué más contestarme.

—¿Cuándo lo vas a dejar?

La muy descarada le dio una calada, para después tirarme el humo a la cara.

—El día que no te vuelva a ver, te prometo que lo dejaré.

Reí.

—Y, si no te vuelvo a ver, ¿cómo sé que lo has dejado?

—Pues te lo tendrás que imaginar.

Le dio otra calada.

¿Pero cuánto tiempo duraba un cigarro?

—¿Te importaría tirarlo? Me molesta el humo.

—Pues ya sabes, a huir, que la lancha es grande y, cuando lleguemos a la isla, más espacio vas a tener.

Me sonrió con descaro.

—Pero es que no me quiero ir de aquí, esta es la parte que más me gusta para ir navegando.

—Entonces tienes un problema.

Esta vez le sonreí yo.

—¿Cuál?

—Aguantarte.

Menos mal que le dio la última calada al cigarro.

—No me extraña nada que no tengas novio.

Se me quedó mirando sin entender.

—Lo digo porque besarte tiene que ser como besar a un cenicero.

Los ojos le volvieron a brillar de la manera en la que tanto me gustaba verlos. Llenos de rabia.

—Menos mal que no lo has tenido que hacer nunca tú.

—No me atrevería, no quiero morir tan joven.

Me mató en el acto con la mirada.

—Álex.

—¿Mmm?

—¿Por qué no te vas con la rubia con la que estabas y me dejas un poco tranquila?

Me aguanté las ganas de decirle el verdadero motivo por el que no me iba, pero estaba claro que le mentí.

—Tranquila, tengo muchos días para estar con ella. De todos modos, le he dicho que venía a consolar a mi amiga, esa a la que acababa de dejar por culpa de su mal aliento.

Se giró de frente a mí.

—Lo mío tiene solución, lo tuyo, por desgracia, no.

—¿Y qué es lo mío?

Estaba disfrutando más que un niño pequeño.

—Tienes tantas cosas que es imposible nombrarlas todas.

Esa respuesta no me valía y, como no lo hacía, le tenía que apretar un poco más las tuercas.

—Pues te puedo asegurar que la rubia con la que estaba hasta hace unos minutos no me diría que tengo nada malo.

Le contesté mordiéndome el interior de la mejilla para no reírme.

—Estoy segura de ello, igual que sé que a los hombres con los que he estado no les importaría repetir conmigo. Nunca les molestó tanto mi mal aliento, sobre todo cuando ese aliento acababa en otra parte de su cuerpo.

Terminó de hablar con un guiño.

La hija de su madre me había tocado y hundido.

Se me habían quitado las ganas de cachondeo de golpe cuando me había llegado a la cabeza la imagen de ella, de rodillas delante de otro tío.

Ya me había puesto de mala leche.

Desde luego que se había quedado satisfecha con la respuesta que me había dado.

—Me llama la rubia, disfruta de la estancia.

—Oh, ¿no me digas que me vas a abandonar con lo bien que nos lo estábamos pasando?

Se puso una mano sobre el corazón fingiendo que estaba dolida.

—Si tú quisieras, podríamos pasarlo mucho mejor.

A ver por qué cojones le había dicho esa gilipollez. Creo que la falta de sueño me estaba afectando más de la cuenta, así que más me valía que llegáramos cuanto antes, ducharme y meterme en la cama.

—Claro, yo seguro que me lo paso de vicio viendo cómo te ahogas en medio del mar.

—Por mucho que me odies, no podrías soportar que me pasara algo malo.

Le hablé con un tono de voz un poco más bajo del que solía utilizar con ella.

Uno que era el que ponía cuando quería ligar y yo con ella no quería tener nada, mucho menos ligar.

La bruja esta, seguro que me había hecho algo esta noche y por su culpa estaba diciendo esas gilipolleces y, lo que era aún peor, las estaba pensando.

Menos mal que la lancha llegó al muelle.

Allí mismo había unos carritos de golf esperándonos para trasladarnos.

No eran los típicos carros de los campos de golf; estos eran un poco más grandes. Aunque solo cabían cuatro pasajeros sin contar al conductor, seguían siendo grandes, y es que eran así para que los clientes pudieran llevar sus maletas sin tener que separarse de ellas.

Como era de esperar, en ese carro fuimos los cuatro. Fue ahí cuando me di cuenta de que mi hermana estaba demasiado cerca de mi amigo y eso era algo que no me hacía mucha gracia.

Tampoco podía decir que Nathan fuese malo; más bien lo que me pasaba es que me costaba ver a Vera con hombres. Que sí, que puede que suene todo lo malo que queráis, pero no podía evitar mirar por ella.

Sé que lo mismo podía pensar ella de mí y con todo el derecho del mundo. Eso sí, una cosa es que no me hiciera mucha gracia y otra muy distinta es que alguna vez le hubiera dicho algo.

Y si lo había hecho, había sido porque el hombre con el que la hubiese visto tendría que haberme dado muy mala espina.

Llegamos a la recepción del hotel. Tras registrarnos y pagar las tasas que había que pagar, nos dieron el número de las cabañas.

Yo tenía una para mí solo, Nathan igual, y mi hermana y Nadine compartían una para ellas dos.

—No me lo puedo creer, ya debo tener mala suerte para que me pase esto.

Se quejó Nadine cuando le dieron la llave de la suya y vio que estaba entre la mía y la de mi amigo.

—Mira por dónde, vais a tener guardaespaldas gratis.

Les dijo Nathan riendo.

—¿Para qué lo quiero? Si a este le gustaría más quitarme del medio que cuidarme.

Si pensaba eso de mí, es que no me conocía nada.

Una cosa era que no nos soportáramos y otra muy distinta que le deseara algo malo.

Puede que en muchas ocasiones me entraran ganas de estrangularla, pero de ahí a querer hacerlo de verdad iba un mundo.

—Sabes que eso no es cierto, aunque no descarto dejar que te quedes aquí para siempre.

Volvieron a llevarnos en los carritos hasta las cabañas que nos habían tocado.

Capítulo 8

Nadine

—Dios mío, esto es precioso, no me quiero ni imaginar cuando entre la luz del sol por las cristaleras.

Dijo Vera girando sobre sí misma, observando cada rincón como si no quisiera perderse nada.

Así era ella, le gustaba fijarse bien en las cosas y no lo hacía por cotilleo, sino por pura admiración.

En esa ocasión, como en muchas otras, tenía razón.

Yo también me había quedado prendada de aquel lugar.

—Dúchate mientras salgo, quiero ver el mar en tranquilidad, bueno, más bien sentirlo.

—Tardo poco.

Me avisó.

Ni le contesté, yo iba de camino al exterior.

No podía haber nada mejor en el mundo que aquella sensación, sobre todo cuando llegué al filo de la terraza, me apoyé en la barandilla y cerré los ojos.

El cuerpo y la mente me pedían paz, silencio y respirar profundamente.

Había sido un año duro de trabajo, en el que casi no había descansado, y creo que no fui consciente de lo agotada que estaba hasta ese instante.

Respiré hondo, llenándome los pulmones de ese aire lleno de salitre, sin escuchar nada, solo el sonido de la naturaleza, porque por la hora que era no había nada más.

De todos modos, en aquel hotel no me iba a encontrar una marcha desenfrenada, con música alta y gente pasada de alcohol.

Había elegido esa isla, precisamente, por su tranquilidad y porque era todo lo contrario a otros destinos más movidos.

Estaba pensada para un turismo más adulto, más calmado, justo lo que yo buscaba.

Y sí, era muy joven todavía, pero nunca me habían hecho mucha gracia esas movidas.

—Qué paz hay, ¿verdad?

Joder, menudo susto me había dado Vera.

—¿Tanto tiempo llevo aquí?

—Una media hora más o menos.

Pues sí que me había quedado ida.

—Madre mía, ni me he enterado.

Reímos.

—No hace falta que lo jures, hasta he aprovechado y he guardado toda mi ropa.

Eso no me pilló por sorpresa.

La cabaña era una de las más grandes, ya que la había reservado con dos habitaciones.

La verdad es que no me apetecía pasar ocho noches compartiendo cama con Vera. Que sí, que la quería mucho y todo eso, pero la tía no veas cómo se movía y las patadas que daba en sueños.

Y algo me decía que, aun teniendo cada una su cuarto, uno de ellos se iba a quedar muy pronto vacío. Y os puedo asegurar que no sería el mío.

—Pues voy a darme una ducha yo.

Si le había dicho que se duchara ella primero, no era porque solo hubiera un baño, sino porque me apetecía quedarme un rato a solas.

—Yo me voy a meter en la cama ya, no puedo más con mi alma.

Me dio un beso antes de meterse en la habitación que había elegido.

Al final, decidí guardar toda la ropa. Total, no tenía sueño y sabía que no me iba a poder quedar dormida, así que por lo menos me distraía con algo.

Cuando lo tuve todo colocado, cogí las cosas para darme la ducha, pero, en el último momento, no sé qué fue lo que me hizo cambiar de opinión, que terminé cogiendo un bikini.

Como lo escucháis, se me había antojado darme un baño en la playa de madrugada y donde sabía que no iba a haber nadie más, o por lo menos eso era lo que yo esperaba.

Me puse el bikini más sencillo que había traído: la parte de arriba sin tirantes y la de abajo unas bragas normalitas, todo en negro.

Sí, como he dicho, era el más normal y menos bonito, pero lo había echado precisamente por si se me antojaba hacer algo como lo que iba a hacer.

Ni me molesté en coger un pareo o vestido; me lie una toalla alrededor del cuerpo y, sin hacer ruido para no despertar a Vera, salí de la cabaña.

Crucé la pequeña pasarela llegando a unas escaleras, las bajé y, en cuanto mis pies tocaron la arena, sentí cómo recargaba las pilas que momentos antes parecía que se me estaban agotando.

Dejé la toalla a un lado y, con pasos lentos, me fui metiendo en ese mar que era pura calma.

Aunque era de noche, había luna llena, así que se veía todo con bastante claridad y pude distinguir la transparencia del mar.

El agua era cálida, de esas en las que entras y ya no quieres salir. Pues esa misma.

Tuve que meterme bastante para que me llegara al pecho, y mira que yo no era muy alta, pero se veía que allí no cubría demasiado.

Cosa que me gustó mucho. No porque no supiera nadar, que sabía y muy bien, como para no saber viviendo en una ciudad costera.

—Se está de lujo, ¿verdad?

Joder, ahora me asustaba el otro hermano.

—Se estaba, ya no tanto.

Lo siento, me salía solo, no podía evitar ser borde con él.

Supongo que se lo había ganado a pulso él solito.

—Vaya, y yo que venía en son de paz.

Me giré para mirarlo de frente y, desde luego, mejor no lo hubiera hecho. Las vistas que me dio de sus pectorales me dejaron sin respiración.

Espabila, Nadine.

Me tuve que reñir a mí misma.

—Álex, tú nunca vienes en son de paz.

Le dije cuando fui capaz de hablar.

—Esta noche sí es verdad que venía con esa intención, sobre todo porque pensaba que iba a estar yo solo.

—Pues para que veas, he sido más rápida que tú.

—Las prisas no son buenas, créeme, se disfruta mucho más yendo lento y a veces muy despacito.

¿Pero a este hombre qué le había dado? ¿Habría bebido?

Es que parecía que se estaba insinuando por completo.

O era eso que os he dicho, o era que la rubia lo había dejado con un buen calentón.

Pues conmigo la llevaba clara si se pensaba que iba a caer rendida a sus pies. Antes me quedaba soltera toda la vida que tener algo con mi diablo particular.

—¿Estás bien o te ha picado un mosquito raro?

—Puede que me haya picado uno, pero mejor no te digo dónde.

El capullo se rio con ganas.

—Cállate ya, ¿qué te pasa esta noche?

—Nada.

Pero ese nada sonó más a todo.

—Álex, te lo digo en serio, lo mejor que puedes hacer es acostarte; esta noche te pasa algo raro.

Me giré para darle la espalda, más que nada porque me estaba costando concentrarme en la conversación con semejante pecho y esos abdominales delante.

No me extrañaba nada que siempre le hubiera resultado tan fácil ligar. Tenía físico, cara de canalla, pero de esos que al mismo tiempo parecían no haber roto un plato nunca, y un carisma que arrastraba sin pedir permiso.

Lo raro era que no tuviese una cola de mujeres o de hombres persiguiéndolo a todas partes.

Porque la verdad sea dicha y, como digo lo malo, también voy a decir lo bueno.

Puede que conmigo fuese un hijo de su madre, pero al tío no se le podía negar que era simpático y tenía don de palabra. Y eso, quisiera o no reconocerlo, lo hacía muy peligroso para la salud mental de cualquiera.

—Es que no tengo sueño, pero si me arropas tú, puede que me entre.

Con eso me lo acababa de dejar claro. Se estaba riendo de mí, pero a lo grande, y la tonta era yo, que estaba volviendo a entrar en su juego. Y esta vez no se lo iba a permitir, esta vez no se iba a reír más de mí.

—¿Sabes lo que te digo?

Esperé a que me contestara.

—No, pero me puedes decir lo que quieras.

Lo volví a tener de frente.

Quería que le quedara muy claro el mensaje que le iba a dar.

—Que te vayas a la mierda, que ya estoy muy harta de tus provocaciones y no pienso seguir entrando en tu juego. Mi salud mental vale mucho más que esta porquería que tenemos los dos.

Anda, y que no me había quedado a gusto. Sobre todo, con la expresión que puso.

—Nadine, esta noche no te estaba provocando, solo intentaba que tuviésemos un acercamiento.

Le saqué el dedo corazón. Lo siento, pero es que me salió del alma y no me iba a quedar con las ganas.

—No, lo que tú estás haciendo es cambiar la forma de buscarme la boca o quizá intentar reírte todavía más de mí, pero fíjate, eso lo vería retorcido hasta para ti, así que deja esta nueva táctica, porque no voy a caer en ella.

Al decirle esas palabras, se me pasó por la mente que quizás había cambiado de estrategia porque sí quería acostarse conmigo, pero solo para después presumir de que había logrado llevarse a la cama a la mejor amiga de su hermana. Y encima odiándonos de la manera en la que lo hacíamos.

Y no, desde luego que yo no iba a ser el payaso de nadie, mucho menos de él.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Se puso serio.

Me daba igual, a mí no me la iba a dar. Tantos años repudiándome y ahora me iba a venir con el juego de la seducción. No, no me la daba.

—Solo te voy a pedir una cosa: si alguna vez has sentido un mínimo de aprecio por mí, déjame estos días a mi aire. No me busques ni para bien ni para mal. Haz como si no existiera.

Capítulo 9



Álex

Las palabras de Nadine la noche anterior me llegaron un poco más profundo de lo que me hubiera imaginado nunca.

Y, de verdad, no me importa reconocer que he sido y sigo siendo un capullo con ella, pero lo de anoche iba en serio. Puede que no escogiera las palabras ni la forma más adecuadas.

Sin embargo, era lo que sentí en ese momento, que, pensándolo ahora en frío, puede que ella tuviese razón o no, porque ni yo mismo lo sabía.

De lo único que era consciente era de que, desde que la había visto el día anterior, me había fijado en ella con otros ojos.

Aunque también era posible que la culpa la tuviese Nathan por haber dicho esas palabras en el aeropuerto.

¿Y si tenía razón y antes la había visto como una cría, pero en el fondo siempre me había llamado la atención y por eso mismo la traté así casi desde el principio?

Joder, el tonto de mi amigo había logrado confundirme al máximo.

No ha sido él, tú ya estabas confundido con Nadine desde hace mucho tiempo; lo que pasa es que no has tenido ni tienes cojones para reconocer las cosas.

Pensé, reconociendo que todo lo que había supuesto era cierto.

Creo que eso en aquel momento no tenía mucha importancia, no cuando ella me había pedido que la dejara en paz. Eso sí, que no pensara que la iba a dejar tranquila muchos días.

Lo iba a hacer, pero solo por un día. Quería darle un respiro y que pensara que iba a seguir sus palabras al pie de la letra, pero estaba claro que después volvería a la carga.

Más bien aquel día iba a ser una especie de tregua; se había ganado unas horas de tranquilidad.

Lo siento, pero si no la tenía cerca y le buscaba la boca, era como si me faltase algo importante.

Lo mejor que podía hacer en ese momento era levantarme de la cama, dar un paseo hasta el restaurante principal, comer un buen desayuno y después ya vería qué hacía con el resto del día.

No tenía ninguna excursión reservada y, si os digo la verdad, las demás las había reservado porque las iban a hacer ellas dos. De ser por mí, no me habría apuntado, pero no porque no merecieran la pena, que lo hacían y mucho.

Es que yo ya había estado aquí varias veces y conocía esas salidas de sobra.

Eran espectaculares, sobre todo las de esnórquel. En cuanto te ponías las gafas, el tubo y sumergías la cabeza para ver el fondo marino, desde luego que era una imagen que jamás se te iría de la memoria.

Pero, como he dicho, esta vez me apetecía ir más a mi ritmo, hacer lo que me viniera en gana en cada momento.

Quería estar relajado. Había tenido muchos vuelos y, aunque estaba claro que no podíamos volar más de cien horas al mes, este mes las había hecho todas.

Me apetecía tomar el sol, darme baños en el mar y tomar unas copas tranquilamente.

Desde luego que relajarme no era lo que iba a hacer si acababa metiéndome en todas las excursiones a las que ellas se habían apuntado.

Me puse unos pantalones celestes de lino, de esos que llegan por las rodillas. Me gustaba mucho esa tela para verano; era superfresca, aunque se arrugaba con solo mirarla.

Para la parte de arriba elegí una camiseta blanca con el cuello en pico. Completé el conjunto con unas alpargatas también blancas.

Me eché perfume y, justo antes de salir, cogí las gafas de sol.

Estaba cerrando la puerta cuando, por detrás de mí, llegó mi hermana. Me extrañó que lo hiciera sola, pero en un primer momento pensé que Nadine seguía dormida, ya que la noche anterior se había acostado bastante tarde.

—Buenos días, feo.

La miré con una ceja levantada.

Lo siento, no era por ser creído ni nada, pero guapo y atractivo era un rato.

—Ya quisiera el más guapo del mundo ser la mitad que yo.

Negó riendo.

—¿La mitad de egocéntrico?

—Eso también, no lo voy a negar.

Reí rodeando los hombros de mi hermana para acercarla a mi costado mientras andábamos.

—Pobrecita la mujer que te tenga que aguantar.

Le di un beso en el lado de la frente.

—Creo que se te están pegando las cosas de tu amiga; por cierto, ¿dónde está?

No le quise decir que anoche habíamos coincidido en el agua. No porque tuviese nada de malo, sino porque quizá Nadine no quería que se enterara, y con esa bruja, vete tú a saber qué se le pasaba por la mente.

—No tengo ni idea. Cuando me he despertado, me he encontrado una nota. Decía que hoy se lo iba a tomar por su cuenta, que sabía que yo estaría acompañada y que nos veríamos por la noche.

—¿En serio? —No me podía creer que hubiera dejado a mi hermana tirada—. Vaya buena amiga tienes.

Se detuvo en mitad de la pasarela mirándome de frente.

—Pues sí que lo es, mucho mejor de lo que jamás podrías imaginar. Y no, no me tomo a mal que quiera pasar el día a su aire. Se lo merece como nadie y, si lo ha hecho, es porque sabe que voy a estar contigo y con Nathan. De otro modo no se habría marchado.

Lo siento, pero no opinaba igual.

—Yo no hubiera dejado a mi amigo solo.

—No me ha dejado sola y, si no lo quieres entender, es tu problema. Ella necesita su espacio de vez en cuando.

—¿Por qué? ¿Lo necesitará como todo el mundo?

No me estaba gustando nada el camino que estaba tomando esa conversación con mi hermana.

—Exacto, lo necesita como lo puedes hacer tú, yo o cualquier persona.

Noté al segundo que estaba intentando arreglar lo que se le había escapado, que, por otro lado, no era gran cosa y, si lo hubiera dicho delante de alguien que no la conociera igual de bien que lo hacía yo, no se hubieran dado cuenta, pero yo sí lo hice y no pensaba dejarlo pasar así como así.

—No me has convencido. Por algo has dicho antes que Nadine necesita su espacio de vez en cuando.

—No le des vueltas, Álex, a lo mejor no ha sonado como quería decirlo, es solo que ha trabajado muy duro para poder hacer este viaje y por eso lo he dicho.

Seguía sin convencerme.

Pero me iba a hacer el loco, por lo menos por ahora.

Estaba seguro de que detrás de esas palabras se escondía algo que mi hermana no me quería contar.

—¿Y no te ha dicho nada más? ¿Como, por ejemplo, si iba a moverse por aquí o iba a ir a otra isla?

Eso es lo que tenían las Maldivas, que te podías mover de una isla a otra cada vez que quisieras sin problema.

—No, solo me ha dicho eso.

—¿Y no te preocupa que le pueda pasar algo y no enterarte?

—Álex, ¿qué te pasa? ¿Desde cuándo te importa lo que le pase a Nadine?

Me preguntó con la mosca detrás de la oreja, se lo noté en la mirada.

—Que no nos soportemos no quiere decir que no me preocupe. Es tu mejor amiga y no me gustaría que lo pasaras mal por culpa de que ella fuese una inconsciente.

—Creo que tienes una opinión muy equivocada de Nadine.

No pude seguir hablando de Nadine con ella, ya que Nathan nos había dado el encuentro.

De camino al restaurante, Vera y Nathan fueron hablando entre ellos y, aunque intentaron integrarme en la conversación, no tenía muchas ganas de hacerlo.

No me podía sacar de la cabeza lo que podría estar haciendo la loca esa por una o unas islas que no conocía de nada.

Joder, que por desgracia en esta vida no te podías fiar de nadie y mucho menos de desconocidos. Cualquiera te podía hacer algo y no es por nada, pero es que Nadine llamaba mucho la atención.

Es que no era para menos. Una morena como ella, con el cuerpazo que tenía, esa cintura estrecha y esas caderas bien marcadas, era un caramelo para cualquiera.

¿Y por qué había descrito su cuerpo tan bien? ¿Y por qué me molestaba tanto pensar en otro hombre comiéndose con la mirada ese cuerpo?

Menudo lío tenía en la cabeza.

—¿Qué le pasa a tu hermano que está muy callado hoy?

Escuché que le preguntó Nathan a Vera.

—No me pasa nada, he dormido mal, solo eso.

Le contesté antes de que lo hiciera mi hermana.

De todos modos, ni yo sabía lo que me pasaba como para que lo supiese ella.

—Ya, claro.

No dijo nada más. Nathan me conocía lo suficiente como para saber que el no dormir no me tendría así y que detrás de ese «nada» había algo más, algo que me inquietaba, aunque yo no tuviese los cojones necesarios para reconocerlo.

Capítulo 10



Nadine

Me puse un bikini rojo. Sí, por lo visto mi cuerpo me estaba pidiendo guerra y yo sin saberlo.

Para ponerme por encima, elegí un vestido blanco de una tela muy vaporosa.

Me encantaba para ir a la playa. Iba anudado al cuello, con toda la espalda al aire, y me gustaba porque era suelto y fresco, aunque el largo llegara hasta los pies.

Tenía muy claro lo que quería hacer: pasear por la isla, conocer sus rincones, disfrutar del paisaje y de la vegetación con la que contaba.

Tampoco es que fuese un lugar donde me fuera a encontrar gran cosa, más allá de mucha agua, arena y tranquilidad.

Sabía que, con un simple vistazo y en una hora más o menos, me la iba a recorrer entera, así que tampoco podía hacer mucho más que darme baños y tomar el sol.

Era justo lo que me apetecía.

Estar sola, no hablar con nadie y descansar mucho. Ese iba a ser mi cometido para hoy.

Extendí una toalla en una zona que me gustó bastante por el poco tránsito de personas que se veía, por lo menos de momento, a no ser que con el paso de las horas cambiase.

Antes de instalarme allí, decidí ir al restaurante y desayunar algo. Decir que lo hice a gusto era quedarme corta.

A esa hora de la mañana estaba casi vacío. Me crucé con muy pocas personas, así que más tranquila no pude tomarme aquel desayuno.

Lo primero que mi cuerpo recibió fue un café. A ver, tampoco era del otro mundo. Para mi gusto, los que yo hacía en el restaurante estaban mucho más buenos.

Y no lo decía solo yo, todos mis clientes opinaban lo mismo, así que no era solo cosa mía.

El caso es que, como iba diciendo, desayuné de maravilla, sentada sola en una de esas mesas que daban a ese mar de un turquesa espectacular.

Me pusieron por delante un plato con todo lo que les pedí. Creo que pedí de más o es que ellos me sirvieron como si fuera a pasar el día entero sin comer. El caso es que no pude terminarlo y mira que tenía buena pinta, pero mi estómago no pudo más.

Les pedí dos botellas de agua antes de irme a ese paseo. No quería pasar sed y, con esta humedad tan grande que hacía, sabía que el cuerpo me iba a pedir mucho líquido.

No descartaba durante el día beber otro tipo de bebidas. Tenía que estar medio tonta para no tomar varios de esos cócteles con las pintas que tenían.

Y ahora diréis: ¿cómo sabía yo la pinta que tenían esas bebidas si había llegado de noche y casi no me había dado tiempo a ver nada?

Pues muy sencillo: por lo que parecía y por lo que pude ver durante mi paseo, la gente tomaba cócteles sin importar la hora que fuese.

Y oye, hacían muy bien. Total, habíamos venido todos para disfrutar de unas vacaciones más que merecidas.

A lo que iba, que al final me desvío. Después de ese desayuno y del paseo, puse la toalla en un rincón que consideré que iba a ser muy tranquilo. Como ya os había dicho, por ese lugar no se veía pasar a muchas personas.

Me quité el vestido, lo doblé bien para que no se me arrugara y lo metí dentro del bolso de playa que llevé conmigo. No era muy grande, lo justo para que me cupieran la toalla, el protector solar y las pequeñas cosillas que creí que me iban a hacer falta.

Un libro, el móvil y las fundas de las gafas de sol; no me hacía falta nada más para disfrutar de este paraíso.

Puede que otras personas de mi edad hubiesen elegido otro tipo de destino para sus vacaciones, ya que era bien sabido que, precisamente este, no era el lugar más indicado si ibas buscando fiesta, pero como no era eso lo que yo buscaba y sí todo lo contrario, para mí elegí el mejor.

Me eché el protector solar por todo el cuerpo o casi todo, porque por la espalda era imposible que me lo echara yo misma.

—Como no te eches en la espalda, te la vas a quemar.

Al estar sentada con las piernas dobladas y abrazadas a ellas, apoyé la frente en las rodillas a la vez que resoplaba.

Esto tenía que ser una broma de mal gusto, de otro modo no le encontraba una explicación lógica.

—Creo que debo de tener un GPS y no me he enterado.

Le hablé sin mirarlo; no hacía falta que levantara la cabeza para saber quién era, conocía demasiado bien esa voz.

—No hace falta que lo tengas para dar contigo, digamos que la isla no es que sea muy grande.

—Creí que sí lo era, por lo menos lo suficiente como para no encontrarnos en todo el día.

Lo escuché reír.

Su risa era agradable de oír, era ronca, pero de esas que son atrayentes hasta tal punto que, cuando la oyes, buscas con la mirada su procedencia para ver quién era el dueño de ella.

Sin evitarlo, sonreí, y mira que no quería hacerlo, pero o lo hacía o me iba a volver loca.

Creo que había un dicho que decía algo así como «si no puedes con el enemigo, únete a él».

Pues eso es lo que iba a tener que hacer yo, de lo contrario, me iba a volver loca.

—Te he buscado para hacer un trato contigo.

Levanté la frente de las rodillas. Eso me había llamado mucho la atención.

Con Álex nunca se sabía qué era lo que podía pasar.

—Ilumíname.

Ya que estaba, le di el bote de la crema sin decirle nada.

Tampoco es que hicieran falta palabras, con ese gesto se daba a entender lo que quería que hiciera.

—He estado pensando…

—¿Sabes lo que significa hacer eso?

Lo interrumpí.

—Calla, descarada.

—Venga, me callo.

A ver con lo que me iba a salir.

—Que tal vez podíamos tener una pequeña tregua. Por lo menos los días que vamos a estar aquí.

Me había dejado sin palabras. No sabía si era por lo que había dicho, que la verdad, no me lo esperaba para nada, o por el contacto de su mano contra mi piel.

El caso es que las palabras se me habían quedado atascadas en la garganta.

—¿No tienes nada que decir?

Insistió.

—Es que no sé, la verdad, no creo que nos llevemos bien por mucho que lo intentemos.

Estaba siendo completamente sincera.

—Somos adultos.

Eso era una tontería muy grande y él lo sabía tan bien como yo.

—Y como adultos nos llevamos como el perro y el gato.

Contesté sonriendo.

—Siempre podemos intentarlo, no creo que nos llevemos peor de lo que lo hacemos.

Peor, desde luego, que era imposible.

—Por intentarlo no perdemos nada. —Reconocí—. Eso sí, a la primera que me digas o hagas, te voy a contestar.

Os prometo que casi siempre era Álex el que empezaba a chinchar, yo solo me defendía.

—Te prometo que voy a ser muy bueno.

Dijo con media sonrisa, de esas que podían hacer temblar a cualquier mujer, incluso a mí, y eso que este hombre no era santo de mi devoción, eso era algo que ya sabéis de sobra.

—Álex, no es por nada, pero tú no sabes lo que es ser bueno, ni aunque lo intentes con todas tus ganas.

Chasqueó la lengua como si no opinara lo mismo.

—Mal empezamos si opinas eso de mí. ¿Un baño como símbolo de paz?

Y payaso también era un rato.

Capítulo 11



Álex

Me levanté extendiendo la mano para que me diera la suya e ir a darnos un baño.

Le costó un poquito dármela. Al final, con un suspiro, lo hizo. Tiré un poco de ella levantándola del sitio donde estaba sentada.

Esto no era lo que había pensado que iba a hacer cuando me levanté por la mañana. Lo pensé después del desayuno o, más bien, cuando dejé a mi hermana con Nathan.

Pasé por la cabaña para cambiarme de ropa y ponerme un bañador. Estaba deseando darme un baño. Allí daba igual la hora del día que fuese, que el agua siempre apetecía.

Era una de las primeras cosas que iba a hacer. Después, iba a recorrer un poco la isla o parte de ella. Mi intención era hacerlo por si tenía algo de suerte y me encontraba con Nadine.

Como habéis visto, tuve esa suerte y aquí estaba, tirando de su mano para ayudarla a que se levantase e ir a darnos ese baño.

No sé si podríamos terminar la semana como le había dicho. De hecho, sinceramente, no creía que fuese posible. Intentarlo, desde luego que lo iba a hacer.

Aunque lo veía difícil, lo único que supe fue que quería hacerlo porque sentía la necesidad de pasar más tiempo con ella.

Ni idea del porqué deseé hacer eso, el caso es que lo hice.

—Pero no intentes ahogarme.

No sonó a ironía como otras veces, lo hizo a modo de broma, o eso me pareció.

—Solo si te comprometes a dejar de ser una bruja.

Me miró con los ojos entrecerrados, eso sí, lo hizo sonriendo y esto era un cambio bastante grande.

—No te prometo nada, eso va a depender mucho de ti.

—Más bien, de los dos.

Es que no lo podía evitar, me salía solo. Era como respirar, que necesitas hacerlo para vivir, pues yo necesitaba llevarle siempre la contraria.

—Pues eso.

Esa manera de hablar era como la que se les da a los locos cuando no tienes ganas de discutir, pues me sonó igual. Que no digo que lo fuese.

Cuando me quise dar cuenta, había echado a correr delante de mí. Mejor que no lo hubiese hecho, porque no estaba preparado para ver lo que vi.

Si la parte de arriba del bikini ya me había dejado sin palabras, tanto por cómo le quedaba como por ese color tan llamativo, ver la parte de atrás, sobre todo la zona de las nalgas me hizo detenerme en seco.

El aire se me quedó atascado en los pulmones.

Dios mío, ¿desde cuándo tenía ese trasero? La había visto en ropa de baño millones de veces y, sin embargo, nunca me había impactado como ese día.

¿Cómo había podido cambiar tanto? Siempre había sabido que tenía un cuerpo perfecto, pero nunca lo había mirado de la manera en la que lo estaba haciendo desde el día anterior.

Si lo pensaba bien, creo que decirle que intentáramos llevarnos bien había sido lo peor que podía haber hecho. Estaba seguro de que iba a salir perjudicado de todo aquello.

Al llegar al agua, Nadine ya estaba sumergida e iba nadando de un lado para otro. Cómo se notaba que le gustaba el mar, que la hacía sentir feliz y que le daba vida.

El problema era que el agua era tan transparente que podía distinguir cada uno de sus movimientos bajo la superficie, lo que a su vez hacía que no pudiera dejar de buscarla con la mirada.

Metí la cabeza debajo del agua unos segundos, a ver si con eso conseguía refrescar los pensamientos que estaba teniendo, porque no me gustaba nada el camino que estaban tomando.

Me distraje nadando un poco. En realidad, lo que estaba haciendo era bucear a mi manera, yendo de un lado para otro y fijándome en todos los colores que podía ver.

No esperaba que, de pronto, alguien se dejara caer sobre mi espalda y mucho menos que ese alguien fuese Nadine. Aunque le había dicho un rato antes lo de la tregua, imaginaba que iba a mantener cierta distancia, pero no se me pasó por la cabeza que se acercara a mí de esa manera.

Estaba claro que consiguió lo que se había propuesto: hundirme e intentar salir huyendo, aunque se quedó en el intento.

La atrapé antes de que consiguiera alejarse de mí. En el momento en que lo hice, la cogí de la cintura para lanzarla al agua lo más lejos posible, y no fue porque no me gustase su contacto. Más bien era todo lo contrario: me gustó demasiado.

Así que o me mantenía lo más alejado posible de ella o podía hacer algo de lo que me arrepentiría mucho tiempo.

—Eso no vale.

—Tú me has hundido.

—Me has lanzado muy lejos.

Protestó.

—No tanto como me hubiera gustado.

Le repliqué.

—Oye, que has sido tú el que ha venido a buscarme, no al contrario.

Tenía razón.

—Solo quería que llegaras a la luna.

Intenté arreglarlo con una broma.

—Ten cuidado, no vaya a ser que te mande a Marte.

Me lanzó agua a la cara e intentó alejarse rápido y, al igual que un momento antes, no dejé que lo hiciera.

En esa ocasión, la abracé a mi cuerpo con su espalda apoyada en mi pecho y, manteniéndola así, aunque protestara y pataleara, nos hundí a los dos.

No la solté y mira que me dio patadas y pellizcos. Hice todo lo contrario, la sujeté contra mí con más fuerza, si eso era posible.

No lo voy a admitir nunca, pero al abrazarla así, aunque fuese dentro de ese juego que teníamos, sentí como si estuviese hecha para encajar conmigo.

Es que era de locos lo que me estaba pasando, porque es verdad que nunca la había odiado. Puede que no me cayera bien, pero de eso a lo que me estaba haciendo sentir había un mundo. Y lo siento, pero ese mundo no lo quería descubrir, por lo menos no con ella.

O eso era lo que me decía a mí mismo para quitarme esa idea de la cabeza.

Las horas fueron pasando y, aunque tuve una tentación demasiado grande delante de mis narices, no caí en ella. No podía permitírmelo.

Podía estar con todas las mujeres del mundo, pero con Nadine no.

Sabía lo importante que era para mi hermana y cuánto la quería. No me podía arriesgar a dejarme llevar por un momento de calentón y terminar rompiendo algo.

Porque eso era, precisamente, lo que iba a pasar si me liaba con ella.

O se rompía su amistad con mi hermana por mi culpa o se dañaba mi relación con Vera, y eso sí que no lo podía permitir. Así que lo mejor que podía hacer era pensar con la mente clara y despejada y no dejarme llevar bajo ningún concepto.

—¿Vamos a comer?

Me preguntó tendida boca abajo, con la cabeza apoyada en sus brazos y la mirada perdida en dirección contraria a donde me encontraba yo.

—Vamos, estoy muerto de hambre.

La verdad es que no tenía mucha, pero yendo al restaurante por lo menos estaría con más personas y no solo con ella.

¿Me sentía a gusto con ella? Sí, y precisamente por eso necesitaba que nos fuésemos de allí.

Estaba tumbado bocarriba, con los brazos detrás de mi cabeza y con los ojos cerrados. A simple vista podía parecer que era un hombre totalmente relajado. Nada que ver con la realidad.

Si me encontraba en esa postura era porque así no la veía; por lo tanto, su cuerpo no seguiría llamando mi atención ni la de una parte del mío que era mejor que no se despertase.

Me levanté en cuanto me dijo lo de comer. Me puse la camiseta que tenía a un lado, sobre la toalla. Lo hice sin mirar a Nadine. Hasta que no tuvo un vestido blanco cubriendo su cuerpo, no la miré.

No me vi capaz de hacerlo. No cuando sentía que mi resistencia estaba a punto de romperse.

—Estoy salivando solo de pensar en la comida.

Mejor no te digo con lo que estoy salivando yo.

Pensé con ironía.

—Estoy seguro de que te va a gustar todo, sobre todo sus pescados y mariscos a la brasa, pero eso mejor cómelo por la noche.

De camino al restaurante le fui explicando los tipos de comida que creía que le iban a gustar más y los que sabía que no lo iban a hacer para nada.

Capítulo 12



Nadine

Después de comer, el cansancio empezó a hacer mella en mi cuerpo.

Me costaba un mundo mantener los ojos abiertos, por lo que decidí ir a dormir unas horas. O lo hacía o era capaz de quedarme dormida hasta de pie.

Y es que ya eran muchas horas sin descansar en condiciones. Mira que me lo pasé bien durante la comida, porque me reí lo más grande con Álex. Ese hombre tenía un talento increíble para meterse a las personas en el bolsillo.

A pesar de que, como he dicho, me lo estaba pasando bien, conocía muy bien mi cuerpo, por lo tanto, lo mejor que pude hacer fue darle el descanso que tanto me estaba pidiendo.

No supe las horas que había dormido, solo me di cuenta de que era bien entrada la tarde. Vamos, que, a juzgar por el color que estaba adquiriendo el cielo, no había que ser muy lista para darse cuenta de ello.

Eso sí, me levanté como nueva y con unas energías increíbles de comerme el mundo.

Mentira, lo que me apetecía era algo que llevara mucho chocolate. Dios, se me hacía la boca agua con solo pensarlo, aunque no iba a picar nada, porque entre que me duchaba y me arreglaba algo, sabía que se me iba a echar la hora encima.

¿Qué ropa me podía poner para la primera cena que iba a tener en el hotel?

Eso se lo podría preguntar cualquiera que no estuviese aquí, porque, con la humedad tan pegajosa que había, lo único que podía echar sobre mi cuerpo era algo ligero, y porque no me quedaba más remedio.

Tampoco era plan de ir todo el día en ropa de baño.

Me puse un vestido amarillo bebé. Este era un poco más arreglado. Tampoco tanto, porque no penséis que me iba a vestir de gala ni mucho menos, pero sí un poco más presentable para la cena.

Era largo, de hilo y muy ligero. Cuando te lo ponías, era como si no llevaras nada. Desde luego que fue una de las mejores prendas que pude echar en la maleta.

El pelo me lo dejé suelto, lo hice para dejarlo secar por sí solo, pero cogí una goma para después recogérmelo en una cola o en un moño de esos desenfadados que tan de moda estaban.

Otra cosa a lo mejor no se me daba bien hacerme en el pelo, pero desde luego que en ese tipo de moños era una experta, y no porque le pusiera mucho interés en hacerlo, más bien creo que era por el motivo contrario.

Vamos, que me importaba bien poco cómo me quedara el pelo. Lo que sí que buscaba era comodidad y frescura.

No me maquillé, como para hacerlo con el calor. Solo me puse un poco de brillo en los labios porque me los notaba secos, y no es que no me gustase arreglarme y verme bonita.

Me gustaba hacerlo cada vez que podía, pero allí como que no apetecía. Tampoco es que hiciera mucha falta, solo con el brillo y el color que te aportaba el sol, me veía bien.

No cogí ni el teléfono. Total, no iba a hablar con nadie, ya que antes de acostarme había llamado a mis padres y había hablado con ellos y con mi abuela.

La conversación con mis padres fue más o menos la típica que se suele tener en estos casos. Ya sabéis, eso de: ¿cómo estás? ¿Qué estás comiendo? Vamos, las preguntas de siempre, pero la de mi abuela no tuvo nada que ver.

Es que Águeda era la mejor y no es que lo dijese solo yo, lo decían todos mis amigos cada vez que la veían.

Os voy a decir rápidamente una de las cosas que me dijo y, sobre todo, en la que más hincapié hizo.

«Cariño, no pienses en nada y, si ves un hombre que te gusta, ve a por él. Eso es lo que te vas a llevar cuando te mueras: haber disfrutado, y si es con unos buenos orgasmos, mucho mejor».

Esas fueron sus palabras y mira que de fondo se escuchaba cómo mi padre intentaba que se callara y no me dijese nada.

Como si no fuese a hacer lo que me diera la gana y me apeteciera. Creo que tenía bastante edad para saber lo que hacía o no.

Madre mía, cómo me había enrollado, y todo para decir por qué no me iba a llevar el teléfono conmigo, pero bueno, así sabéis un poco más cómo era mi abuela y esto era solo una pequeña muestra.

Al salir de mi habitación me di cuenta de que Vera había estado en la cabaña. Lo noté porque había dejado su bolso de playa a un lado de la entrada.

Lo más seguro es que hubiera pasado por aquí para ducharse y prepararse. Pues sí que debía de estar cansada para no haberla oído ni nada.

Seguramente estarían por la zona de la piscina. Cerca había unas mesas altas y me di cuenta de que ahí ponían algo de música tranquila, de esa que era perfecta para hablar de forma relajada sin tener que levantar la voz.

Iba caminando con calma por la pasarela, no llevaba prisa. Esto era para vivirlo de manera relajada, disfrutando de esa paz que se te metía en el cuerpo y te hacía verlo todo de una forma mucho más bonita.

Estaba llegando a esa zona y, desde donde me encontraba, pude distinguir a Vera. Tenía un cóctel en la mano mientras hablaba con Nathan. Desde luego que esos dos habían congeniado muy bien desde el principio y eso era algo que me había gustado.

Los veía perfectos el uno para el otro; por lo menos esa fue la primera impresión que me dieron, y con el paso de las horas cada vez me lo confirmaban más.

Al que no vi fue a Álex y eso hizo que mi alegría se viniera un poco abajo, no os voy a mentir. Desde que por la mañana me encontró y me ofreció esa pequeña tregua, algo cambió en mi interior.

No sabía decirlo con exactitud, pero empecé a dejar de verlo como mi enemigo y sí lo sentí más cercano. Y, si me apuraba mucho, hasta podía decir que había empezado a mirarlo con otros ojos.

Y eso, quisiera o no, me daba un poco de miedo, porque cuando nos fuésemos de aquí y volviéramos a la normalidad, me iban a estallar en toda la cara esos cambios de sentimientos.

No era tonta y sabía que con él tenía que ir con pies de plomo.

Pero vamos a ser realistas, ¿cuántas veces no nos decimos a nosotras mismas algo que sabemos que no nos conviene y aun así no hacemos caso?

Pues eso es lo que me estaba empezando a pasar a mí y sabía que el resultado final iba a ser que me iba a dar la hostia más grande de mi vida.

Pero allí iba yo.

Buscándolo con la mirada como una tonta porque, en el fondo, me moría de ganas de verlo y pasar más tiempo a su lado.

Por favor, que vinieran los del psiquiátrico a por mí, porque había perdido la cabeza por completo.

—Hola.

Saludé cuando llegué junto a Vera y Nathan.

—Mira a quién tenemos por aquí.

Vera no solía ser muy irónica que digamos, pero de vez en cuando sí que las dejaba caer.

—¿Has descansado? —me preguntó Nathan con amabilidad y una sonrisa.

—Más de la cuenta, he dormido bastante bien.

—Y tan bien, que he entrado en tu habitación para coger este vestido y ni te has enterado.

—Pues tengo que estar medio dormida porque no me había dado cuenta de que ese vestido es mío.

Ahora que me lo había dicho, desde luego que lo reconocía.

—Es normal, lo que no era normal son todas las horas que has pasado sin dormir.

Le dio un sorbo al cóctel que tenía en las manos.

Tenía una pinta de ser dulce, pero a la vez refrescante, que el cuerpo me empezó a pedir uno a gritos.

—Deja que lo pruebe.

No quería pedir uno sin saber si me iba a gustar o no.

—Este no creo que sea muy de tu estilo.

Dios, qué cosa más mala.

Creo que lo hacían con esa pinta tan buena para que las personas lo pidieran solo por su estética, porque de sabor era imposible que esa cosa le gustase a alguien.

—Ya podías haber avisado antes.

Se rieron al ver la cara de asco que había puesto.

—Prueba el mío.

Me ofreció Nathan.

El suyo sabía que me iba a gustar antes de probarlo. Nada más con el olor a coco que desprendía, estaba segura.

Capítulo 13



Nadine

—Este sí que está bueno.

Reconocí después de saborearlo.

—No me dio tiempo a decirte que el mío era amargo.

No hacía falta que lo jurara, ya me había dado cuenta.

—Y yo no había caído en que a ti no te gustan las bebidas tan dulces como a mí.

En eso no nos parecíamos en nada, bueno, en eso y en la mayoría de las cosas.

—Por cierto, ¿dónde está tu hermano?

Eché otro vistazo por si lo veía llegar, pero seguí sin verlo.

—¿Te acuerdas de la rubia con la que vino hablando anoche en la lancha?

Asentí con un pequeño nudo que se me empezó a hacer en el pecho. No era tonta y me imaginaba lo que iba a decir.

—Sí, la verdad es que la mujer es espectacular.

—Pues lleva desde que te fuiste con ella.

A ver, que estaba claro que Álex jamás me iba a mirar como podía hacerlo con cualquier otra mujer, era consciente de ello, pero eso no significaba que no me hubiese escocido un poco.

Nadine, tu problema es que siempre te has fijado más de la cuenta en él y por eso mismo no te han llamado la atención otros hombres. Creo que va siendo hora de que nos volvamos realistas y empecemos a ver las cosas como son.

Y para que eso suceda, tienes que desterrar a ese hombre de tu cabeza. Ya no vale la excusa de que te busca la boca, porque dos no pelean si uno no quiere.

Así que prométete a ti misma que se terminó todo, que no vas a entrar en su juego nunca más y que vas a ser totalmente indiferente.

Me eché una buena charla a mí misma y lo mejor de todo es que pensaba cumplir cada una de las cosas que me había dicho, porque, como dijo mi abuela, lo que disfrutara mientras pudiera era lo que me iba a llevar de la vida.

Ya de por sí tenía una vida que parecía más la de una persona mayor que la de una de mi edad. Qué digo, una persona mayor disfrutaba mil veces más que yo.

—Gracias.

Le dije al camarero cuando me entregó el cóctel.

—Te hubiera invitado con gusto, pero como está incluido en el precio, no he podido hacerlo.

Giré el rostro hacia la voz de hombre que me había hablado. Aunque me habló en inglés, pude distinguir el acento italiano.

Lo miré atentamente, como si lo estuviese evaluando, pero de manera sutil. Ser descarada en según qué cosas no iba conmigo.

Era guapo, muy guapo.

Un rostro masculino, con unos labios carnosos y bien marcados. Sus ojos eran grandes, de un marrón profundo que podía dejar sin habla a cualquier persona.

Piel morena, pero sin ser demasiado, solo lo justo que decía a gritos: tengo dinero y me paso más tiempo de vacaciones que dentro de una oficina. Y su pelo era tan negro como las plumas de un cuervo.

Me gustó lo que vi; otra cosa muy distinta era si me iba a gustar su forma de ser o no.

—Bueno, aunque no me hayas invitado, siempre te puedes tomar una copa conmigo.

¿Por qué no ser atrevida por una vez en mi vida?

Además, no iba a hacer nada malo, solo hablar con un hombre para conocerlo un poco mientras tomábamos unas copas.

—Lorenzo. —Se acercó un poco a mí—. Un placer.

—Nadine, igualmente.

Puso una mano en mi cintura de forma muy sutil. Lo hizo para acercarme un poco a él y darme dos besos en la mejilla, en realidad los besos me los dio cerca de la comisura de los labios.

No me molestó.

Estaba claro que era un hombre seductor, acostumbrado a conseguir todo lo que quisiera, aunque yo no era todo el mundo y eso lo iba a descubrir.

Eso sí, iba a dejar que actuara, quién sabía, lo mismo hasta me llevaba una grata sorpresa con el donjuán este.

En ese momento, me gustó, sobre todo la forma de tratarme tan caballerosa.

Creo que llevábamos hablando unos quince minutos cuando Vera llegó a nuestro lado, lo hizo de la mano de Nathan.

Estos iban a dormir juntos, eso estaba tan claro como que el sol iba a salir mañana.

—Hola —dijo cuando se puso a nuestra altura—, creíamos que el camarero te había secuestrado.

Sonreí.

—La he secuestrado yo. Soy Lorenzo.

A ella no le dio los dos besos, le dio la mano, igual que hizo con Nathan.

—Es que me ha querido invitar a una copa y me parecía de mala educación rechazarla.

Le dije a mi amiga después de las presentaciones.

—¿Invitar a una copa?

Vera no cogió lo que quise decirle.

—Preciosa, ha sido su manera de acercarse a ella.

Eso se lo dijo Nathan sin que Lorenzo lo escuchara. No por nada malo, creo que lo hizo para que ella no se sintiera mal por no haber pillado la indirecta.

—Pues con este hombre te puedes dejar invitar todas las veces que quiera hacerlo.

Susurró para que Lorenzo no lo escuchara.

Le guiñé un ojo sonriendo.

—Eso es lo que pienso hacer.

Le confirmé.

—Lorenzo, ¿vienes a cenar con nosotros?

Le preguntó Vera cuando nos entregaron el cóctel que habíamos pedido cada uno.

—Claro, si no os importa, para mí será un placer.

—Te puedo asegurar que el placer no será solo para ti.

Le contestó mi amiga y sabía que lo había dicho por mí. Lo que no se podía imaginar ella era que, para mí, por lo menos esa noche, hubiese sido mucho más placer que su hermano hubiera cenado a mi lado.

El italiano le sonrió con galantería, y es que creo que esa forma de ser de ellos iba en su sangre caliente y en su manera de seducir.

Era muy correcto hablando, eso no se podía negar, y labia para camelarse a las personas también tenía de sobra, pero había algo que no me terminaba de convencer.

O puede que lo que no lo hiciese fuera que todavía le seguía dando vueltas a la mañana tan bonita que había pasado; por lo menos para mí lo había sido. Y no solo bonita, también la había sentido especial.

—Tengo que ir al baño.

Le dije en voz baja a Vera.

—Voy contigo, yo también tengo que ir.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es ir yendo al restaurante, así no tenéis que volver aquí después del aseo.

Este hombre estaba atento a todo, me daba a mí que era de los que no dejaban nada a la suerte.

De esos que son decididos y que no se detienen ante nada cuando quieren algo.

Vera y Nathan iban andando delante de nosotros, hablando entre ellos.

Unos pasos por detrás iba yo. Quise ir un paso más adelantada que Lorenzo, no era porque no me gustase su compañía, lo quise hacer así para que no pensara que conmigo lo iba a tener demasiado fácil.

En cambio, él no se dio por enterado o no quiso hacerlo, porque con una sola zancada se puso a mi altura y no solo eso, sino que también puso la palma de su mano en la parte baja de mi espalda.

Justo en esa zona en la que no sabes si se considera la espalda o el inicio del trasero.

No fue desagradable su contacto, me gustó la sensación que me transmitió.

—¿Te digo un secreto?

Preguntó muy cerca de mi oído.

—Dilo, así dejará de serlo.

Lo hice sonreír.

—Me hubiera gustado mucho más cenar a solas contigo.

Se acercó un poco más, tanto que su aliento sobre mi cuello hizo que se me pusieran los vellos de punta.

—Eso no era un secreto, creo que hasta mis amigos se han dado cuenta.

Le sonreí, pero no fue una sonrisa fingida, me salió de verdad, porque lo que hasta hacía poco tiempo me había parecido una manera de ligar muy descarada y que estaba acostumbrado a hacerlo con todas, después me di cuenta de que en el camino hacia el restaurante no desvió los ojos ni una sola vez de mí.

No se molestó en prestarle atención a otra mujer, ni siquiera en mirarla de reojo, tenía toda la atención puesta en mí.

Y no es por nada, pero eso halaga a cualquier mujer, por lo menos la hace sentir importante y deseada.

—Podrías haber dicho que no.

Su educación no se lo hubiera permitido.

—¿Y perderme una cena contigo? No estoy loco.

Me sentía halagada por él, puede que fuese así con todas, pero como no lo había visto con otras, me lo iba a tomar como si yo fuese especial para él.

Esto era como eso que dicen: «Es inocente hasta que se demuestre lo contrario». Pues lo mismo, hasta que no demostrara que era así con todas las mujeres, yo me iba a sentir halagada y especial.

Coño, que a nadie le amarga un dulce y a todo el mundo le gusta gustar.

—Seguro que hubieras encontrado con quién cenar.

—Estoy seguro de que lo hubiera hecho solo en mi cabaña, maldiciendo mi mala suerte por no haber podido cenar contigo.

Sentí cómo el pulgar de la mano que tenía en mi espalda se movía por ella con una caricia muy sutil.

Capítulo 14



Álex

Puede que hubiera hecho la cagada del siglo. Puede no, que la había hecho, y todo por culpa de no tener los cojones suficientes para reconocer que me sentía atraído por la bruja esa.

Ahora era cuando estaba más convencido que nunca de que era una verdadera bruja.

Creo que en el diccionario, al lado de la definición de esa palabra, debería ir una foto de su cara.

Puede que llevara toda la tarde con Harper, pero entre nosotros no había pasado nada y tampoco iba a pasar, por dos motivos.

El primero y más significativo: a Harper yo no le atraía para nada, ni yo ni ningún hombre. A ella le gustaban las mujeres, vamos, que se había sentido más atraída por Nadine que por mí.

Y, segunda cosa, aunque no hubiese sido así, tampoco habría pasado nada porque no tenía cojones de sacarme a esa mujer de la cabeza.

—¿Crees que si me acerco a ella y me insinúo un poco podremos tener algo?

En lo que llevábamos de tarde juntos, la iba conociendo un poco. No se podía decir que su sentido del humor lo pudiese entender todo el mundo, pero desde luego que lo tenía, a su manera, pero estaba ahí.

—Por intentarlo, no pierdes nada.

Joder, Álex, no pienses en la imagen de las dos en la misma cama, porque la lías y bien grande.

Me tuve que reñir para que no se me notara nada raro.

—Te lo digo para que esa morena tan espectacular se quede con alguno de los dos y no con el tío que va caminando a su lado con una mano en su cintura.

Estábamos en una cama balinesa que había cerca de la zona donde estaban poniendo música suave. Desde aquí pude ver más de una vez a mi hermana y a Nathan y sí, miré más de una vez en esa dirección esperando encontrar a Nadine, pero no la encontré las veces que la busqué.

Yo estaba tendido bocarriba, con las manos detrás de la cabeza y mirando a Harper, que estaba sentada de medio lado mientras hablábamos de todo un poco.

En cuanto pronunció esas palabras, me levanté de golpe para mirar hacia donde ella estaba mirando.

—Joder, ¿y ese tío de dónde cojones ha salido?

Unos celos terribles empezaron a recorrer mi cuerpo. No lo pude evitar. Aunque sabía que ella no era nada mío y podía hacer con su vida y con su cuerpo todo lo que quisiera, no me gustaba nada ver cómo otro hombre la tocaba.

Y lo que era peor, ella se dejaba como estaba haciendo en ese momento.

—Pues no sé de dónde, pero lo que sí sé es que es guapo a rabiar.

Quise cerrarle la boca con la mirada, más bien me entraron ganas de matarla.

—Eso, tú mete el dedo en la llaga.

—La culpa de que ella esté con ese hombre es tuya.

Sincera era un rato.

—Es libre para estar con quien quiera, entre ella y yo no hay nada, ni lo va a haber.

Quise sonar firme, aunque no me lo creí ni yo.

—Entonces, si no te importa que ella esté con ese hombre o con cualquier otro, ¿por qué parece que lo quieres asesinar?

Porque no solo lo parecía, es lo que realmente quería hacer.

—Porque Nadine siempre ha sido demasiado confiada y no debería fijarse en un desconocido.

Me miró como si hubiera dicho una locura.

—No me mires así, solo he dicho la verdad.

Saqué los pies fuera de esa cama balinesa para levantarme, tenía muy claro dónde quería ir.

—¿Entonces qué haces hablando conmigo?

—Es distinto.

No, no lo era, pero no quería reconocer que había dicho eso porque me había dejado llevar por los celos.

—Espero que eso lo hayas dicho llevado por un impulso y no porque lo pienses realmente.

Claro que no lo pensaba de verdad.

—Es que no sé lo que me pasa, ¿me puedes explicar por qué no puedo dejar de pensar en ella si nunca nos hemos llevado bien? Tengo un lío en la cabeza que no me deja ni pensar.

—Álex, ¿no crees que en el fondo siempre te ha gustado y que es por eso por lo que no podías dejar de buscarle la boca?

—Es lo mismo que me dijo ayer Nathan. Si te digo la verdad, ahora mismo no sé si es por eso o no. Lo único que tengo claro es que me atrae mucho y no puedo ni quiero dejar de pensar en ella.

—Pues una de dos. O tienes los cojones que debes tener y te lanzas de cabeza e intentas ver hasta dónde podéis llegar, o te apartas a un lado y dejas que sea feliz con quien quiera, pero te aconsejo que no sigas por el mismo camino por el que has estado yendo todos estos años.

Tal vez tenía razón.

Sabía que me tenía que decidir y que no podía tardar mucho en hacerlo, pero, por otro lado, pensé que le estaba dando muchas vueltas a la cabeza y sin tener la menor idea de si le podía atraer un poco a Nadine.

Nunca me había demostrado nada, aunque es verdad que el día anterior, cuando íbamos en la lancha y yo iba hablando con Harper, la pillé mirándome más de una vez y no era una mirada como cuando se mira a alguien que no te importa nada.

No, la suya, si no me equivoco, era la misma con la que la había mirado yo ahora.

Puede que ella sintiera también algo por mí y que tampoco hubiera sido capaz de decir nada por miedo o quizás un poco de vergüenza.

Incluso podía ser que ni ella misma se hubiera dado cuenta.

—Tengo que pensar, pero mientras lo hago, vamos a cenar; creo que ya es hora de que te presente a mi hermana y a Nadine.

A Nathan lo había conocido el día anterior mientras nos traían a la isla.

—Uy, me da a mí que quieres ir a marcar un poco de territorio.

Sonrió de manera maliciosa.

—Te equivocas, solo quiero cenar, tengo hambre.

—Claro, pues no sé por qué, pero me da a mí que te va a costar tragar la comida bastante.

Me guiñó un ojo mientras echaba a andar hacia el restaurante.

Al entrar vi que se habían sentado en una mesa que era solo para cuatro.

—No nos podemos sentar con ellos.

Le dije medio resignado.

—No te preocupes, eso lo soluciono ahora mismo, tú sígueme el rollo.

Me daba a mí que a Harper le iba la marcha.

—Perdone, ¿nos puede poner una mesa junto a la de nuestros amigos? Es que han cogido una mesa solo para cuatro, por lo que se ve, se han olvidado de nosotros.

El camarero accedió sin problemas y lo hizo de manera muy amable.

Fuimos detrás de él, deteniéndonos un poco más atrás cuando cogió una mesa que había cerca e iba con ella hasta donde estaban ellos cuatro sentados.

Fueron graciosas las caras que pusieron cuando el camarero les dijo que nos íbamos a sentar con ellos.

Nathan me miró conteniendo la sonrisa. Me conocía demasiado bien, eso y que le había dicho que entre Harper y yo no había nada y por qué no lo iba a haber.

Mi hermana me miró con extrañeza. Estaba seguro de que había pensado que yo iba a cenar a solas con mi nueva «supuesta conquista».

El hombre que estaba sentado al lado de Nadine lo hizo con una sonrisa.

Sonrisa que se le iba a borrar del rostro en el momento en el que se diera cuenta de que yo iba también a por la mujer que él quería conquistar.

Y por último Nadine, ella intentó hacerlo como si le fuese totalmente indiferente, pero a mí no me la daba.

La vi. Fue una mirada rápida que dirigió a Harper, pero me di cuenta y, como el día anterior, vi un poco de celos en su mirada.

Harper me cogió del brazo para tirar de mí de manera disimulada hacia la mesa.

—Buenas noches.

Los saludé cuando llegamos a su lado.

Capítulo 15



Nadine

¿De verdad tenía que comer con Álex rozando mi pierna y con la rubia al otro lado?

Pues sí, lo tuve que hacer, aunque cuando los vi llegar hasta nosotros se me quitó toda el hambre.

Que no digo que estuviese haciendo nada malo, él no tenía la culpa de que se me hubieran metido cosas raras en la cabeza, la culpa era solo mía, sobre todo por pensar que a veces los deseos se hacen realidad.

Sí, lo tengo que confesar, lo había deseado desde el primer día que lo vi. Lo único que pasó fue que, con el paso del tiempo, me di cuenta de que él no se había fijado en mí, por lo que me esforcé y, poco a poco, acabé desterrándolo de mis pensamientos. O eso es lo que me decía a mí misma para autoconvencerme.

Estaba claro que no lo había conseguido. De haberlo hecho, no estaría ahora mismo con ganas de coger a la rubia por los pelos y apartarla todo lo que pudiese de él.

—Te noto un poco incómoda.

Me dijo en voz baja Lorenzo.

Cada vez estaba más convencida de que este hombre era muy observador, además de atento.

—Para nada, supongo que todavía me pesa un poco el cansancio del viaje.

No le iba a decir que era porque no me hacía gracia tener al hombre que estaba sentado a mi lado con esa mujer tan cerca.

¿Cómo le iba a confesar que me moría de celos? ¿Que lo único que quería era que desapareciera todo el mundo y que nos quedáramos los dos solos, a ver si así conseguía llamar un poco su atención?

Creo que ni con esas me miraría de la manera en la que me gustaría.

Por lo que parecía, le iban las rubias, y es que, si me apurabais un poco, creo que nunca lo había visto con una morena. Vamos, que era totalmente imposible que me mirara con esos ojos.

—Si quieres, nos podemos ir.

Lo miré sonriendo.

—¿Y adónde nos vamos a ir?

Le pregunté aguantándome una carcajada por la cara que puso.

—Donde tú quieras.

Me guiñó un ojo.

En el momento en el que lo hizo, sentí cómo una mano se posaba en mi pierna por debajo de la mesa.

Si llego a girar un poco más rápido la cabeza, estoy segura de que me habría partido el cuello.

Primero bajé la vista hacia sus dedos. Lo hice con disimulo para que nadie se diera cuenta. Después la subí lentamente y, cuando mis ojos llegaron a su rostro, lo vi sonriendo mientras se mordía el labio inferior.

Me acerqué un poco a él. Lo que le iba a decir no quería que lo escuchara nadie.

—Creo que te has equivocado de pierna y de mano.

Me volvió a sonreír, esta vez de manera más descarada.

—No, he puesto la mano donde quería ponerla.

Lo miré con ganas de matarlo.

—Pues yo no quiero que esté ahí.

Insistí.

—Solo tienes que apartarla.

Me entraron ganas de estrangularlo.

Metí la mano debajo de la mesa para coger la suya y quitarla de donde la tenía.

—Suelta.

Dije apretando los dientes cuando me cogió la mano.

—No.

—Álex.

Le reñí de nuevo.

—Dime, Nadine.

—Estamos llamando la atención y me parece que estás siendo muy maleducado.

—¿Por qué? Solo le he cogido la mano a mi amiga de toda la vida.

—Nosotros no somos amigos y lo sabes.

Me estaba entrando una mala leche por el cuerpo que no podía con ella.

—Sí que lo somos, por lo menos desde hoy que hemos hecho la tregua.

—Álex, estás siendo caprichoso, además de irrespetuoso.

—No le estoy faltando el respeto a nadie.

El hijo de su madre.

—Sí, a tu pareja y a la mía.

Le aclaré, aunque no hiciera falta.

—Ni Harper es mi pareja, ni ese tío es la tuya, no cuando lo has conocido hace un rato.

Se le había borrado la sonrisa del tirón.

—Son nuestras parejas, vienen con nosotros.

Miré de reojo al resto de los que estaban sentados en la mesa. Pude respirar con tranquilidad cuando me di cuenta de que tanto Vera como Nathan estaban distrayendo con una charla a los otros dos.

—Una mierda es ese tío tu pareja, has venido al viaje con mi hermana y no la vas a dejar sola para irte con ese de ahí.

Cogí aire intentando calmarme y no liarla.

—Tu hermana está acompañada, yo también te podría decir lo mismo.

—Dilo, no me importa, no he tenido nada con Harper y no lo voy a tener, no me interesa de esa forma.

También se veía que se había cabreado.

—¿Está todo bien?

Me preguntó Lorenzo.

—Sí, solo estamos hablando sobre lo que vamos a hacer para el cumpleaños de su abuela.

Se atrevió a contestarle, Álex.

—Perdona, Lorenzo, pero es algo que no podemos dejar, porque tengo que confirmarlo mañana.

—No pasa nada, terminad de hablar.

Puede que dijera eso, pero tonto no era y se había dado cuenta de que entre nosotros pasaba algo.

Y no es que estuviera pasando nada, es que era Álex, que estaba en modo dar por culo.

—Para ya y suéltame de una vez.

—¿Qué pasa si no quiero hacerlo?

Madre mía, se estaba comportando peor que nunca.

—Me estás cabreando y mucho.

—Tú ya me habías cabreado cuando has dejado que ese hombre te tocara.

—¿Pero a ti qué coño te pasa?

Se lo pregunté un poco más fuerte de lo que tenía pensado, pero es que me tenía de los nervios.

—Me pasa que no quiero verte con nadie.

Joder, a él sí que se le escuchó bien fuerte.

—No quiero que tus sonrisas sean para otro que no sea yo.

Todos los que estaban a nuestro alrededor nos miraron con distintas expresiones: unas de no creerse lo que acababan de oír, otras que decían «por fin», otras de negación y otras de «ole tus cojones».

No sabía dónde meterme de la vergüenza.

Miré a Lorenzo y le pedí disculpas con los ojos, porque palabras no tenía.

—Estás muy mal de la cabeza, te atreves a decirme eso cuando llevas desde ayer tonteando con tu amiga.

Si él me reclamaba a mí, yo también lo iba a hacer.

—Entre ella y yo no hay nada, pero entre tú y él sí lo puede haber y no lo voy a permitir.

—Eres un completo gilipollas, que no tienes los cojones que hay que tener para decir las cosas claras.

Le dijo Lorenzo, cabreado.

—¿De qué cojones estás hablando?

—No te hagas el tonto. Te gusta y los celos te están comiendo, pero no eres capaz de reconocerlo.

Le contestó.

Álex hizo el intento de levantarse de la mesa para enfrentarse a él.

—No se te ocurra levantarte de ahí.

Le dijo Harper.

Mientras tanto, yo lo único que quería hacer era salir corriendo y meterme en la cama, donde nadie me pudiera ver.

Quería llorar con ganas, más que querer, lo necesitaba.

—Te estás comportando como un gilipollas.

Le reprochó su hermana.

—¡Basta ya, todos! No quiero escuchar a nadie más —dije con determinación—. Gracias por hacer que mi noche sea especial.

Le dije con ironía.

Me levanté de la mesa marchándome sin mirar atrás.

Para mí había terminado mi segunda noche en las Maldivas.

Capítulo 16



Álex

Me levanté de la mesa para ir detrás de ella. Me dio igual lo que pensaran los que se habían quedado allí sentados, mi objetivo lo tenía claro.

Alcanzarla e intentar hablar con ella, porque, a pesar de que siempre nos estábamos lanzando pullas, no quería que sintiera que esta vez solo iba a molestarla porque me apetecía.

Puede que un tiempo atrás sí hubiera sido así; de hecho, vine con esa idea, pero todo había cambiado.

No sabía cuándo ni cómo, el caso era que ya nada era igual y tampoco quería que lo fuese.

—¿Dónde vas?

Me preguntó mi hermana cuando vio que me levanté.

—¿Adónde crees que voy a ir?

No esperé a que me contestara, tampoco me di la vuelta para ver las expresiones que tenían cada uno en sus rostros.

—Álex, deja que se despeje, si vas ahora detrás de ella, vais a seguir discutiendo.

Con esas palabras sí me giré para mirarla, porque quería que viera la determinación en mis ojos.

No iba a dar marcha atrás, no ahora que me había admitido a mí mismo que me gustaba y que me atraía demasiado.

—No, si no voy a buscarla ahora, es cuando no va a entender por qué he actuado así, tengo que hablar con ella y no pienso dejarlo para mañana.

Salí de allí sin volver a mirar hacia atrás, ya había perdido un tiempo demasiado valioso para hacerlo.

No sabía si iba a estar en su cabaña o en cualquier otro lugar, pero hacia allí me dirigí. Si no estaba, ya la buscaría por donde hiciera falta.

No hizo falta que llegara hasta la cabaña, la encontré mucho antes.

Estaba en la barra donde habíamos tomado algo antes de cenar. No hablaba con nadie, simplemente estaba de espaldas a las personas que había cerca.

Se notaba que no quería tener trato con nadie, que solo buscaba despejarse o, al menos, intentarlo.

Me acerqué despacio, sin hacer ruido. No porque la fuese a asustar, más bien porque, yendo así, podía admirarla un poco más. Que posiblemente fuese una tontería, pues sí, no digo lo contrario, pero era como lo sentía en ese momento y con eso me bastaba.

—No quería comportarme como un gilipollas, como me has dicho antes.

Ni se giró a mirarme, hizo como si no me hubiese escuchado.

—Es que no he sabido gestionar verte con ese hombre, sé que estás en todo tu derecho, pero no puedes pretender que los celos no me dominen.

Siguió sin mirarme, lo que demostraba lo dolida que se sentía.

—Nadine, estoy intentando disculparme, pero si no pones un poco de tu parte, no creo que valga para nada.

Por lo menos me podía mirar a la cara.

—¿Qué es lo que estás buscando exactamente?

Giró el cuerpo para quedar de frente a mí.

—No lo sé, solo sé que no puedo estar alejado de ti, que necesito verte y estar contigo, que en vez de discutir cuando me dices algo, lo único que me apetece es cerrarte la boca con un beso.

Más sincero no podía estar siendo.

—Creo que este viaje nos está haciendo desvariar a todos.

Negó con la cabeza.

—No te digo que no, porque con este viaje es cuando he empezado a ver lo que tenía ante mis ojos. Aun así, no quiero que termine ni que pasen los días, porque eso significaría dejar de verte a diario.

—Todo esto es una locura.

Intentaba no mirarme a los ojos.

—¿Y no te gustaría saber hasta dónde te puede llevar esa locura?

Me acerqué un poco más a ella.

—Álex, creo que estás confundido y, la verdad, no sé por qué, pero no creo que sea lo mejor.

Sabía que si no daba el paso era porque se estaba dejando llevar por el miedo, no porque no sintiera nada por mí, pues mucho o poco, me había dado cuenta de que yo no le era indiferente.

—Confundido puede que estuviese antes, te aseguro que sé muy bien lo que quiero y deseo.

Me separaban muy pocos centímetros de su cuerpo, tan pocos que, si llenaba del todo mis pulmones de aire, tocaría su pecho con el mío.

—¿Y qué es eso que tanto ansías?

—Lo mismo que tú, si no me equivoco.

Le seguí el juego.

Tal vez no fuese sano para ninguno de los dos, pero es que lo teníamos que descubrir nosotros, ver lo que estaba mal y lo que podíamos cambiar para que estuviese bien.

Darnos la oportunidad de saber si la enemistad había pasado a ser algo más o simplemente era fruto de solo una atracción física, pero de lo que estaba seguro era de que, si no dábamos el paso para descubrirlo, no lo íbamos a saber nunca.

—¿Yo? Yo no tengo claro qué es lo que quiero.

Levantó la cabeza para mirarme fijamente a los ojos.

Dios, si solo bajara un poco mi cabeza, nuestros labios podrían rozarse.

—Solo tienes que dejar que te muestre qué es eso que tu cuerpo pide a gritos y que tu mente no permite.

Estiré un poco la mano, lo justo para llegar a su cintura, rodearla y atraerla hacia mi cuerpo.

—¿Y si cuando me lo muestres me gusta tanto que no lo quiero soltar?

El pecho se me contrajo por el miedo que me invadió. ¿Y si a mí me pasaba lo mismo? ¿Y si me gustaba tanto y después no era capaz de dejarlo pasar?

Me di cuenta de que no tenía sentido darle vueltas a la cabeza y pensar más de la cuenta, no valía de nada si no lo íbamos descubriendo por nosotros mismos.

—Eso no lo vamos a saber nunca si no nos atrevemos a dar el paso.

La otra mano la llevé a la parte de atrás de su cuello, obligándola a que levantara un poco más la cabeza. En cuanto lo hizo, no esperé a que me diera permiso, quise reclamar lo que tanto necesitaba.

Lentamente fui acercando mis labios a los suyos, lo quise hacer así por si Nadine quería apartarse para que no le diera ese beso.

No se separó ni mucho menos me detuvo, lo que hizo fue todo lo contrario.

Me rodeó el cuello con los dos brazos, atrayéndome a ella todo lo que pudo, profundizando el beso.

No fue como me imaginé que sería besar esos labios, la sensación era mucho mejor.

Dios, no me podía creer que hubiera tardado tantos años en descubrir lo que le hacían esos labios suaves y calientes a mi cuerpo.

No hubo prisas ni urgencias en ese beso, hubo tranquilidad, lentitud y sobre todo hubo ganas de descubrirnos el uno al otro.

Nos tentamos, dejamos que nuestros cuerpos hablasen por nosotros y se conocieran de esa manera en la que no lo habían hecho nunca.

Si hubiera sido por mí, os aseguro que me la habría cargado al hombro para salir corriendo hacia mi cabaña sin mirar atrás ni una sola vez, pero no quería que pensara que solo quería estar con ella por un calentón de una o dos noches.

No voy a mentir, deseaba más que nada meterme entre sus piernas y no salir de allí en horas. El cuerpo y la mente me pedían que la hiciera gritar sin parar hasta que se le quedara mi nombre grabado para siempre.

Por muchas ganas que tuviera, no lo iba a hacer, porque ella merecía que le demostrase que era mucho más que un simple polvo.

Con un pequeño tirón de su labio inferior, me separé de ella.

Me costó la vida hacerlo, pero era lo que debía hacer y fue lo que hice, por su bien, pero también por el mío.

—¿Qué te parece si bailamos un rato?

Todo lo que fuese necesario con tal de distraer mi mente.

—Depende de lo que tú consideres que es bailar.

Suspiré, porque sabía que no me lo iba a poner nada fácil y, por una jodida vez que quería hacer las cosas bien, ella iba a poner todo el empeño posible para que no fuese así.

—Sé buena y no me lo pongas difícil, bruja.

Lo pronuncié en voz baja, con mi frente apoyada sobre la suya.

—No hay nada mejor que tentar a mi diablo.

Me dio un beso fugaz antes de coger mi mano para tirar hacia una zona donde las personas estaban bailando.

Capítulo 17



Nadine

No le di más vueltas a la cabeza. Que fuese lo que tuviese que ser. Lo único que hice fue dedicarme a disfrutar del momento y de su cercanía.

Que todo hay que decirlo, si no hubo más acercamiento fue porque Álex no quiso. Me paró los pies más de una vez la noche anterior.

A ver, que tampoco es que me hubiera lanzado sobre él como si estuviese desesperada, pero sí que es verdad que lo estuve provocando mientras bailábamos y nos tomábamos las copas.

Y fueron más de una y de dos. En realidad, no sé cuántas habían sido al final, eso no lo tenía claro. Lo que sí recordaba era que terminé durmiendo en su cabaña.

Esperad y no corráis tanto, que sé que ahora mismo estáis pensando cosas que no son.

Porque el caballero me respetó durante toda la noche y mira que me moví a su lado intentando tentarlo un poco.

Puedo ser buena y tener buen corazón, pero gilipollas no soy y, si a mi lado está acostado el hombre que me estaba volviendo loca, sin camiseta y con un simple pantalón de pijama, ¿qué queréis que os diga?

La tentación había sido demasiado grande durante toda la noche y no tenía dudas de que yo le gustaba y le ponía, sobre todo porque estuve sintiendo todas esas horas su erección pegada a mi trasero.

Desde luego que no se podía decir que Álex no tenía fuerza de voluntad, la tenía y de sobra.

Daba igual la postura que cambiase durante la noche.

Como acabo de decir, cuando me tenía abrazada por la espalda, sentía a su amigo en el trasero.

Si se ponía bocarriba y yo me apoyaba en su pecho, doblaba mi pierna de tal manera que la parte interna de mi muslo tocaba su pene, por lo que podía seguir sintiéndolo.

En más de una ocasión hice el intento de bajar lentamente la mano que tenía sobre su pecho.

Mi intención era meterla por dentro de su ropa y tocarlo un poco, pero cuando llegaba por debajo de su ombligo, él ponía su mano sobre la mía y, con un pesado suspiro, me obligaba a subirla hasta dejarla de nuevo en el centro de su pecho.

Lo dicho, su fuerza de voluntad era tremenda.

—Buenos días.

Le fui dando pequeños besos por su cuello hasta llegar a la comisura de sus labios.

Es que estaba dormido, bocarriba y con el rostro mirando a un lado de la habitación. Era una tentación tener esa piel expuesta y no aprovecharla.

—Buenos días, bruja.

Siempre me había hecho gracia cuando me llamaba por ese nombre, pero desde la noche anterior me hacía mucho más.

—Me gusta que me llames así, tú mi diablo y yo, tu bruja. Mira, hasta suena a título de comedia romántica.

Rio.

—Estás muy loca.

Tiró de mi cuerpo hasta que me hizo caer sobre él.

—No tanto como parece.

Dejé que me diera unos besos por el cuello.

Pensé que tal vez con esos besos y envueltos entre las sábanas íbamos a tener algo más, pero me volví a equivocar, porque de unos cuantos besos, caricias y arrumacos no pasamos.

Porque él no quiso, no me voy a poner una medalla que no me corresponde.

Al final terminamos levantándonos de la cama, Álex se fue a la ducha y yo me fui a mi cabaña, donde me di una buena ducha también.

Me puse un bikini blanco. No llevaba flores, ni rayas, ni nada. Era liso, pero me encantaba cómo me quedaba. La parte de abajo era tipo braga brasileña y la de arriba, sin tiras ni nada que me pudiese dejar marcas por el sol.

No había cosa que me pudiese dar más coraje que ponerme un vestido o una camiseta y que se vieran por debajo las señales del traje de baño. De verdad que no podía con eso.

Que sí, que sabía que en muchas ocasiones eran inevitables, pero por eso mismo, cuando iba a estar todo el día bajo el sol, intentaba ponerme bikinis sin tirantes.

Elegí un vestido playero también en blanco —cómo se notaba que ese color me gustaba, sobre todo para esta época del año—.

Me hice el típico moño desenfadado y a la calle. Bueno, calle no, más bien a la pasarela y de ahí a la arena.

No había quedado en nada con Álex, por lo que, como tenía que pasar por delante de su cabaña, me llegaría a ver si estaba.

Claro, esos fueron mis pensamientos, los cuales no llevé a cabo, porque al salir lo vi apoyado en la barandilla del final de mi terraza.

—¿Admirando el paisaje?

Llegué a su lado e hice como él. Apoyé los brazos en la barandilla y lo miré esperando a que me contestara.

—No, más bien pensando en lo que vamos a hacer.

Alcé una ceja con una pregunta silenciosa.

—He alquilado una lancha, digamos que un poco más lujosa, para que pasemos el día juntos en alta mar.

Me gustó esa idea, pero, para no perder la costumbre, le iba a pinchar un poco.

—¿No decías anoche que si había venido al viaje con tu hermana era para estar con ella y no dejarla sola?

Me aguanté las ganas de reír.

—Ha sido ella la que me ha dicho que quería pasar el día con Nathan para ir conociéndolo un poco más.

—Claro, y entonces te has compadecido de mí y has decidido pasar el día conmigo.

Sonrió.

—Qué bien me conoces, no podía dejar a la mejor amiga de mi hermana sola y aburrida, mi buen corazón no me lo permitía.

—Ni tu cara dura tampoco.

Me carcajeé.

—Qué mala eres.

Por la mirada que me echó, más o menos intuía lo que iba a hacer, así que antes de que me cogiera, salí corriendo todo lo que las chanclas me permitían, que no fue mucho.

—Por mucho que corras e intentes alejarte de mí, no te lo voy a permitir.

Murmuró en mi oído cuando me cogió, pegando mi espalda a su pecho.

Fue algo cómico de ver.

Álex iba caminando mientras me tenía cogida a pulso, pero, como he dicho antes, me tenía de espaldas a él y yo, en un intento de hacerme la graciosa, iba haciendo como si fuese caminando como él, pero por un suelo imaginario.

Menos mal que al cabo de unos minutos me soltó en el suelo, pero no me dejó alejarme mucho. Enseguida rodeó mi cintura con su brazo, atrayéndome hacia su cuerpo.

Fuimos dando un paseo hacia el muelle, allí nos estaban esperando para darle a Álex las llaves de la lancha.

Me llevé una sorpresa cuando vi que solo íbamos a ir los dos. No sé por qué, pero había dado por hecho que Álex no sabía manejar una cosa de esas y que, por lo tanto, alguien iba a venir con nosotros.

—No sé si fiarme mucho de ti.

Le dije cuando subí junto a él.

—No nos va a pasar nada.

Se puso tras los mandos, puso la lancha en marcha y comenzó a salir del muelle poco a poco.

—No, si no lo digo por eso, más bien es porque eres capaz de lanzarme por la borda para que me coman los tiburones.

Me quité el vestido, quedándome en bikini.

—Antes de que te coman los tiburones, lo tengo que hacer yo.

Lo observé y me di cuenta de que me estaba comiendo con los ojos. Y en ellos había muchas cosas.

—No te veo con mucha hambre.

Cómo estaba disfrutando de ponerlo contra las cuerdas.

—No me sigas provocando, que quiero hacer las cosas bien y me lo estás poniendo muy difícil.

Rodeé su cuerpo hasta ponerme detrás de él.

Pegué mi pecho a su espalda rodeando su cintura con mis brazos. Le levanté la camiseta un poco, lo justo para meter las manos por debajo de ella e ir subiendo lentamente por su pecho.

—¿Y si te lo pongo un poco más difícil?

Besé el centro de su espalda.

—Ya me lo estás poniendo y ni te has dado cuenta, o sí y te estás haciendo la inocente.

Sonreí sin que me viera.

—No estoy haciendo nada, solo quiero ser cariñosa, ¿no puedo?

Lo oí suspirar fuerte. Sabía que no me podía prestar atención ni quitar la vista de lo que estaba haciendo, por lo menos hasta que estuviésemos seguros de que no íbamos a chocar con nada ni nadie.

—Puedes ser todo lo cariñosa que quieras, me gusta que lo seas.

Puso una de sus manos sobre la mía, entrelazando nuestros dedos.

Sentí un pellizco en la boca del estómago. Me gustó tanto la sensación que me dio miedo perderla y sabía que tendría que preparar mi cuerpo para ello, porque estaba segura de que era lo que iba a pasar.

Capítulo 18



Álex

Jamás hubiera pensado que tendría la paciencia que estaba teniendo o, más bien, el aguante, mucho menos con la tentación tan grande que tenía pegada a mi cuerpo.

Al haber estado varias veces en todas estas pequeñas islas, sabía perfectamente dónde ir para que estuviésemos solos y que no nos molestara nadie.

En cuanto detuve la lancha donde había pensado antes de venir, eché el ancla para que se quedara en el lugar y las corrientes no se la llevaran. Nada más hacerlo, giré sobre mí mismo para quedar de frente con Nadine.

—¿Así que te gusta que sea cariñosa?

Siguió provocándome.

—Mucho, y me gustaría que lo fueses mucho más.

Le contesté en voz baja, dejando que me provocara y entrando en su juego.

De verdad, que mi intención no era caer tan pronto, pero ¿qué puedo decir? Por lo que se veía, era muy débil, por lo menos en lo que a ella se refería.

—Mmm, no sé si puedo llegar a ser un poco más.

Su voz sonó a un ronroneo, pero uno de esos sensuales que podían poner a un hombre cardíaco.

Se volvió a acercar a mí, cogiendo a su paso el filo de mi camiseta y comenzando a quitármela.

Con cada trozo de piel que iba dejando al descubierto, iba dando pequeños besos.

—¿Voy bien?

¿Bien? Iba que estaba a punto de entrar en combustión.

—Demasiado bien y demasiado mala, estás a punto de acabar con toda mi resistencia.

—Tengo que admitir que no sabía que tenías tanta, aunque creo que puedo romper esa resistencia todavía más.

Se separó ligeramente de mi cuerpo, lo justo para llevar las manos a su espalda. No tenía ni idea de qué iba a hacer, lo intuía, pero no pensaba que fuese capaz.

Me equivoqué y mucho, porque lo hizo.

Se desabrochó la parte de arriba, se dio la vuelta dándome la espalda y, mirándome por encima de su hombro, me habló en voz baja.

—¿No pensabas que me la iba a quitar?

Sí que lo pensé y estaba seguro de que lo iba a hacer, lo único que quería antes era provocarme un poco.

—No, jamás hubiese pensado eso de ti.

Le contesté con ironía.

—Menos mal, porque de verdad que no era mi intención que pensaras eso, solo quiero que me eches un poco de crema.

Me guiñó un ojo, encima tuvo el descaro de seguir provocándome.

—Claro, no queremos que te quemes, ¿verdad?

Fui a por su bolso de playa, que había dejado en la parte delantera de la lancha, pero antes de volver junto a ella, me detuve un momento para quitarme el bañador sin que Nadine se diera cuenta.

Yo también podía jugar a tentar.

Íbamos a ver quién de los dos caía antes, porque no era por presumir, pero era muy consciente del cuerpo que tenía y del efecto que podía causar en el sexo contrario.

Llegué hasta ella y, como seguía dándome la espalda, no me había visto. No creo que necesitara hacerlo para descubrirlo, porque en el momento en el que me pegara a su cuerpo, lo iba a descubrir ella misma.

Me eché un poco de esa crema en la palma de la mano, me la restregué con la otra y despacio se la fui extendiendo sobre la espalda.

Comencé por la parte baja, subí lentamente por ella sin dejar ni un solo centímetro de su piel sin cubrir, llegué a sus hombros y de ahí pasé a sus clavículas.

—Si alguna vez te cansas de pilotar aviones, puedes ganarte la vida como masajista.

Dijo haciendo ruiditos de placer mientras hablaba.

—Te puedo asegurar que este tipo de masaje no se lo doy a cualquiera.

Me acerqué a ella tanto como me fue posible.

Con ese acercamiento fue cuando se dio cuenta de que estaba totalmente desnudo.

—¿Te das cuenta de por qué no le daría este masaje a cualquiera?

Comencé a besarle el cuello a la misma vez que empecé a bajar las manos desde su clavícula.

Llegué hasta sus pechos, esos que seguían cubiertos por sus manos, que estaban manteniendo sujeto el bikini para no dejar al descubierto esa parte de su cuerpo.

Cogí esa prenda por el centro y, con los labios pegados al lóbulo de su oreja, le pedí que quitara las manos.

No tuve que insistirle, no cuando desde la noche anterior me tentó de sobra para que diéramos un paso más.

Le masajeé los pechos disfrutando de la sensación de sentir su tacto, su calor y la suavidad que me transmitía.

Era la piel más suave que había tocado en mi vida.

—Joder, Nadine.

No pude aguantar ni un segundo más sin besarla, necesitaba sentirla más cerca, beberme los pequeños gemidos que se le iban escapando.

La cogí de los hombros y la giré, haciendo que quedara frente a mí.

Sonreí al ver cómo dirigía su mirada a mi pene, en el cual se podía ver una pequeña gota de líquido preseminal en la abertura del glande.

Vamos, que entre lo caliente que me tenía y la noche que me había hecho pasar, bastante milagro era no haberme corrido solo al verla con ese bikini.

—Si me sigues mirando así, creo que vamos a acabar antes de empezar.

No iba a pasar eso, era una forma de decirle que estaba llegando a un punto de no retorno.

—Es que es imposible no mirarte.

Se mordió el labio inferior.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, porque yo también quiero verte.

Con una sonrisa y sin apartar la mirada de mis ojos, enganchó los pulgares en los laterales de la braga del bikini y empezó a tirar de ella hacia abajo. Cuando llegó a la altura de las rodillas, la dejó caer hasta sus pies. Sacó primero un pie y, con el otro, la apartó a un lado.

—¿Te gusta lo que ves?

La muy descarada dio una vuelta sobre sí misma para mostrarme todo su cuerpo.

—No solo me gusta, me encanta y me fascina. Eres perfecta.

—Pues este cuerpo es exactamente el mismo que era hace un año.

Eso había sido una hostia, pero con palabras.

—Lo sé, tienes que perdonar mi problema de vista.

La cogí por la cintura levantándola del suelo y haciendo que rodeara mi cintura con sus piernas.

—¿Y teniendo ese problema de visión, has podido pilotar? Dios, Álex, me estás matando.

Con cada paso que iba dando, nuestros sexos se iban rozando, lo que hacía que el calor aumentara entre nosotros.

Llegué hasta la parte de atrás, donde había unos sillones anchos. Cabíamos los dos tendidos sin ningún problema.

La tumbé sobre ese sillón colocándome sobre ella.

—Eres preciosa.

Le recorrí el cuerpo entero con besos, todos con la misma pasión y lentitud. Fui descubriendo cada parte de ella, lo que más le gustaba, dónde tenía cosquillas, las zonas que más la encendían.

Me esmeré en conocerla, lo necesitaba.

Mis manos y mis labios se morían por acariciarla, por besarla, por darle placer y por hacerla gritar.

Y sí, me quise esmerar para que nunca pudiera olvidarme, para que entendiera que el placer que yo le podía dar no se lo iba a dar nadie más, que por muchos hombres con los que pudiera estar después de mí, ni uno solo le iba a hacer sentir así.

—Álex…

Se le escapó un jadeo cuando sintió cómo mis labios rodearon su clítoris, absorbiendo mientras movía la punta de la lengua sobre él.

Cuando noté que su cuerpo necesitaba un poco más, le introduje dos dedos. No sé cómo fui capaz de aguantar y no hacerla mía en el acto. Sentir cómo ese calor rodeaba mis dedos fue mucho más de lo que me hubiera imaginado que me iba a hacer sentir.

Pero, aunque me moría de ganas de sentir cómo me acogía su sexo, no lo hice hasta que no la llevé al primer orgasmo del día.

Y digo el primero porque le iba a proporcionar unos pocos, de eso me iba a encargar y de buen gusto.

En el momento en el que se deshizo entre mis manos, me levanté de allí para ir a buscar el preservativo.

Me lo puse antes de llegar a ella. Ahora sí que no aguantaba ni un segundo más sin sentir el calor que su sexo me iba a transmitir.

—Joder.

Fue lo único que pudo decir cuando la penetré.

Cogí una de sus piernas, me la puse sobre el hombro y comencé a moverme en su interior. Al principio fueron movimientos más lentos, poco a poco fue subiendo la intensidad, hasta que el clímax nos alcanzó a los dos.

Fue lo más satisfactorio que había sentido en mi vida o, por lo menos, que recordara en ese momento.

Capítulo 19



Nadine

Sé que puede sonar a lo típico y a lo que podría decir cualquier persona en mi lugar, pero como la que está contando su historia soy yo, no le voy a preguntar a nadie. Sí iba a contaros cómo me sentí en ese momento.

Poneos en situación.

Un barco, un mar turquesa y en calma, el hombre que te vuelve loca en todos los sentidos —en los buenos y en los malos—, nadie que os pudiera ver y, encima, que veneraran tu cuerpo como él hizo con el mío.

¿Cómo os sentiríais?

Felices, pletóricas, eufóricas, vamos, que todo lo que os dijera se quedaría corto para explicar lo que me hizo sentir.

Y ya no fue solo por el sexo, sino por cómo me hizo sentir durante todo el día.

Me cuidó y mimó como jamás imaginé que Álex pudiera tratarme, sobre todo porque nunca pensé que entre él y yo pudiera haber algo así.

¿Quién me iba a decir que este viaje iba a ser el causante del cambio que había habido entre los dos?

Si lo hubiera sabido antes, estoy segura de que habría trabajado como una mula para hacer este viaje hace mucho tiempo, de eso estaba tan segura como de que el sol iba a salir mañana.

—¿Lista para volver?

Me preguntó abrazándome con fuerza y llenándome el rostro de besos.

—No sé si quiero que lo hagamos.

Reconocí.

Lo dije intentando hacer una broma, aunque iba totalmente en serio.

Había sido un día tan especial y bonito para mí que no quería que terminase.

—Tenemos que hacerlo, no por ello tiene que ser distinto allí.

Tenía razón, mientras estuviésemos aquí, todo iba a ser igual. El problema sería cuando volviéramos a la realidad de nuestras vidas, donde yo volvería a mi trabajo y a la soledad de mi piso y él volvería a sus viajes y a pasar más tiempo fuera de la ciudad que dentro.

—Lo sé, pero aun así me gustaría pasar el resto de los días aquí, solos tú y yo.

Apoyé la cabeza sobre su pecho. Había descubierto la noche anterior que me gustaba mucho escuchar los latidos de su corazón, me calmaban, me daban paz y sosiego.

Os prometo que intentaba convencerme una y otra vez de no pensar en lo que pasaría en el futuro. Me repetía que lo único que tenía que hacer era disfrutar del día a día y vivir el momento.

Pero por mucho que lo intentase, no podía evitar que mi mente se fuera hacia ahí. Y lo peor de todo era que sabía que lo nuestro tenía fecha de caducidad incluso antes de empezar, y eso era algo que me mataba solo de pensarlo.

Y no, no estoy exagerando ni estoy medio loca.

Sé que estáis pensando cómo era posible que sintiera esto en apenas unos días, cuando antes no lo podía ni ver.

Precisamente porque lo tenía reprimido desde que lo conocí, ya que estuve muchos años enamorada de él y, como no me hacía caso a no ser que fuese para buscarme la boca, me obligué a odiarlo.

Estaba claro que nunca lo hice, pero sí que levanté un gran muro, más que nada para evitar que me hiciera daño, y ahora se había venido abajo en un abrir y cerrar de ojos.

Por eso mismo sabía que me iba a doler y destruir por completo cuando al volver se olvidara de mí, porque estaba segura de que lo iba a hacer.

Y no porque quisiera hacerme daño conscientemente, sino porque lo nuestro estaba destinado al fracaso.

—No me gusta ver cómo le das tantas vueltas a la cabeza.

No me había dado cuenta de que me había quedado pensativa mientras él iba pilotando la lancha.

—Solo estoy pensando en todo lo que tengo pendiente para cuando vuelva.

—Tenía entendido que tenías el mes entero de vacaciones.

Era cierto.

—Sí, tengo que hacer algunas cosas en casa, quiero aprovechar varios de esos días para hacer una limpieza a fondo, puede que hasta pinte el piso, no sé, ya veré.

Madre mía, la de tonterías que se podían soltar por la boca con tal de no decir lo que realmente se te pasaba por la cabeza.

—Yo también tengo días libres después del vuelo de vuelta.

Lo miré un poco confusa. Vera me había dicho que su hermano iba a coger este año sus vacaciones en otro mes distinto al de los años anteriores y, por la fecha que me dio, coincidía con el día en el que yo empezaba a trabajar.

—Pensé que las cogías dentro de unas cuantas semanas.

—Ayer mandé un correo solicitando un cambio de fecha si era posible, me han contestado esta mañana diciéndome que sí, que me la podían cambiar.

—Estoy segura de que a tus padres les encantará verte un poco más a menudo.

¿Qué se suponía que debía decirle? Por favor, pasa esas semanas conmigo.

No, no lo iba a hacer por muchas ganas que tuviese.

—¿Puedes venir aquí?

Me pidió sonriendo.

No me negué. No lo hice porque todo contacto que tenía con él me parecía poco.

Llegué a su lado, pero, por lo que pude comprobar, no tuvo suficiente, ya que me cogió con un brazo de la cintura para colocarme delante de él.

—Había pensado que tal vez te gustaría pasar conmigo todo ese tiempo, venirte a mi casa y pasar esos días junto a mí.

Me iba hablando con la barbilla apoyada en mi hombro.

¿De verdad quería pasar más tiempo conmigo?

Se me formó la sonrisa más sincera que había sentido nunca. Lo miré por encima de mi hombro, porque necesitaba verle los ojos para saber si me lo estaba diciendo de verdad o solo era por quedar bien.

Vi sinceridad en ellos, vi deseo de que le dijera que sí, y no me pude negar a esa mirada, pero, sobre todo, no me pude negar a mí misma.

—¿Estás seguro de que quieres compartir tus vacaciones conmigo?

Me sonrió.

—Si no lo estuviese, no te lo hubiera dicho.

Pues tenía razón, nunca me había pedido nada por compromiso, ¿por qué lo iba a hacer ahora? No tendría sentido.

—Me encantaría irme a tu casa contigo y pasar todo el tiempo posible junto a ti.

—Menos mal que has dicho que sí, ya estaba planeando un secuestro si me decías que no.

Reí fuerte, con ganas.

No sabía por qué, pero me imaginaba que podía hacer algo así.

Obviamente, estaba bromeando, tanto él con sus palabras como yo con mis pensamientos.

Llegamos al muelle y allí estaba el hombre que le había entregado por la mañana las llaves de la lancha. Se las devolvió dándole una propina, después me dijo que se la dio porque le había hecho el gran favor de alquilársela con tan poco tiempo de antelación.

Me gustó mucho ese gesto, demostraba amabilidad y agradecimiento.

Agarrados de la mano, así fuimos caminando hacia el hotel o, más bien, hacia la barra donde ponían música, vamos, a la misma zona donde estuvimos la noche anterior.

De lejos vi a Lorenzo, me daba vergüenza mirarlo a la cara, aunque no había hecho nada malo, me daba cosilla.

—Tu amigo ha buscado pronto sustituta.

Álex también lo había visto.

Y era verdad, por lo que vi, había cambiado hasta sus gustos. De una morena —que era yo— había pasado a una pelirroja, pero no de esas que pueden parecer entre rojizas y castañas, no, era pelirroja auténtica. No estaba cerca ni mucho menos, pero desde donde me encontraba podía decir que la mujer era muy guapa.

—Hombre, es lo más normal que podía hacer, digo yo.

—Yo no lo hubiera hecho.

Eso no se lo creía él ni estando borracho.

—Álex, no hace falta que te pongas bien delante de mí, te conozco desde que medía poco más de un metro.

El capullo se rio y sabía muy bien a qué se debía esa risa.

—Poco más de un metro sigues midiendo.

—Capullo.

Le di un pellizco en una de sus nalgas.

—Ese pellizco te va a salir caro, bruja.

—Diablo.

—Pues este diablo te ha llevado al cielo más de una vez hoy.

Me guiñó el ojo.

Y estaba segura de que con el tiempo me llevaría a vivir en el infierno.

—Y no sabes cómo me ha gustado verlo, tanto que estoy deseando repetir.

Se lo dije para salir de todo pensamiento negativo y porque también era verdad, no os voy a mentir ni me voy a mentir a mí misma.

—No te preocupes, que no solo te voy a enseñar el cielo, sino también el universo entero.

—Perro ladrador, poco mordedor.

Le chinché un poco, no creía que se lo iba a tomar tan a pecho como lo hizo, porque vaya si se me mostró el universo y la galaxia entera esa noche.

Capítulo 20



Nadine

—Es que todavía no me lo puedo creer.

Vera seguía sin salir de su asombro.

—Ya te lo he contado todo.

Esa mañana habíamos decidido que iba a ser solo para nosotras. Nos apetecía pasarla juntas, sin hombres de por medio, mientras tanto, ellos habían ido a hacer buceo.

Pues eso, como hasta el momento no habíamos podido estar las dos a solas, no había tenido ocasión de hablar con ella y contárselo todo.

Y cuando digo todo, es que era todo.

Le conté desde cuándo me gustaba su hermano, lo que me hacía sentir estando con él y también le hablé de mis miedos.

—Lo que quiero decir es: ¿por qué no me lo dijiste nunca?

No me lo dijo a modo de reproche, solo fue curiosidad.

—No sé, supongo que por vergüenza o miedo.

—¿Miedo?

Asentí.

—Miedo a que nuestra amistad se rompiera, igual que el miedo que siento de que pase ahora si lo mío con tu hermano no termina bien.

—Nuestra amistad no se puede romper por eso.

—Vera, tienes que ser realista. Sabes muy bien que las cosas cambiarían entre nosotras por mucho que digamos que no.

Aunque doliera admitirlo, era la verdad.

—Puede que en algunos momentos fuera un poco incómoda la relación, pero la amistad no voy a permitir que se rompa nunca, eres tan hermana mía como él.

La abracé con fuerza. Vera lo era casi todo para mí, siempre había estado en los momentos más importantes de mi vida, tanto para bien como para mal. Y sí, había habido uno en concreto que me marcó mucho, pero ella estuvo a mi lado.

A veces en silencio, solo sosteniéndome cuando me rompía por el llanto o cuando explotaba de rabia y dolor. Simplemente estuvo, y lo hizo ella sola, porque esto era algo que no lo sabían ni mis padres ni nadie.

Lo habíamos llevado siempre las dos solas, sin nadie más, y así seguiría siendo toda la vida.

—Lo eres todo para mí y sé que si te perdiera sería como perderme a mí misma, solo te voy a pedir una cosa.

—Lo que quieras, ya lo sabes.

—Jamás le cuentes a Álex eso y, sobre todo, si alguna vez terminamos mal, no tomes partido. Sé que es difícil lo que te estoy pidiendo, pero es lo más sincero que te puedo pedir en esta vida.

—Te prometo que jamás diré nada de lo que pasó esa noche, ni a mi hermano ni a nadie. Ese secreto morirá con las dos.

Creí en sus palabras, porque siempre me había demostrado lo buena amiga que era.

—Lo otro también me lo tienes que prometer.

—Te lo prometo.

—Pues ahora que nos hemos prometido un montón de cosas, ¿qué te parece si vamos a por un cóctel?

Me moría de ganas por tomar uno bien fresquito.

—Me parece una idea estupenda, pero vamos a la barra de la piscina.

—A otra no podía ser.

A esa barra es a la que nos fuimos.

—Ahí está tu italiano.

Me dio con el codo en el costado.

—Ay, bruta, que me vas a partir una costilla.

—Anda que no te gusta exagerar ni nada.

—Como te dé yo a ti, te vas a enterar y, para que lo sepas, Lorenzo no es mi italiano, es el de la pelirroja guapa con la que lo hemos visto estos días.

—Reconoce las cosas, está con ella porque contigo no tenía nada que hacer.

—Sea por el motivo que sea, y no le digas más italiano, se llama Lorenzo y, por lo que hablé con él, me pareció un hombre muy caballeroso y con los pies en la tierra.

—Mi hermano es mejor.

Negué con la cabeza, cuando quería, era imposible razonar con ella.

—Tu hermano es tu hermano y Lorenzo es Lorenzo, son dos mundos muy distintos el uno del otro.

—Ya sé que son distintos. —Rio—. Es normal que siempre vaya a poner a mi hermano por encima de otro.

—Vale, lo entiendo, pero ahora dime. ¿Quién es mejor, tu hermano o Nathan?

Se detuvo para mirarme atentamente.

—Eso es distinto.

Solté una gran carcajada.

Era lógico que entre su hermano y «su pareja» no supiera elegir.

—Claro, es distinto porque quieres a los dos, aunque Lorenzo sea mejor que ellos, que no digo que en este caso lo sea. Solo estoy poniendo un ejemplo.

—Es normal que los ponga a ellos dos por encima de cualquier otro, ¿tú no pondrías a tu abuela por encima de otra?

—Claro, por eso te he dicho que lo entiendo. Para mí tu hermano es el más importante y está por encima de cualquier otro hombre, pero no por eso voy a decir que Lorenzo me pareció mal hombre.

Quise aclararle para que entendiera lo que quería decir.

—No he dicho lo contrario y, para ir mucho más allá, si no tuvieses nada con mi hermano, te animaría a que lo tuvieras con ese hombre, porque hay que reconocer que es un moreno que quita el sentido.

Se lo estaba comiendo con los ojos.

Desde luego que tonta no era, porque Lorenzo estaba increíble con ropa, pero viéndolo ahora en la piscina, solo con el bañador, esa piel bronceada y esos músculos, dejaba embobada a cualquiera.

A la vista estaba que casi todas las mujeres de alrededor lo miraban de vez en cuando de manera disimulada.

Y algunas sin disimular tanto, que todo hay que decirlo, porque descaradas había a patadas, igual que descarados cuando se trataba de hombres.

En fin, que, para gustos, los colores.

—Vamos hacia allí, que parece que hay menos personas.

Me señaló una zona donde había dos bancos libres.

Esto de estar metida dentro de una piscina, sentada con una barra delante mientras un camarero te ponía todos los cócteles que fueses capaz de beber, no tenía precio.

Bueno, sí que lo tenía y bien caro que era. Reí mentalmente al pensar en el precio tan «económico» que había tenido que pagar.

Estaba siendo irónica, lo digo por si no lo habéis notado.

—Buenos días, ¿qué os apetece tomar esta mañana?

—Buenos días, Umar.

Umar era el camarero que mejor había conocido, por no decir que era el más simpático y agradable, por lo menos para mí.

—Ayer eché de menos a mis españolas favoritas.

Reímos.

—No es por nada, pero somos las únicas.

Le contestó Vera.

—Te equivocas, anoche llegaron tres más.

—Tú a esas, ni caso, como nosotras no vas a encontrar a otras.

Le hablé mientras me sentaba delante de él, apoyando los codos sobre la barra y la barbilla en las manos.

Lo que se dice, sentarse de manera relajada y despreocupada.

—Por eso he dicho que sois mis favoritas.

La verdad es que Umar no era nada agraciado, pero lo que le faltaba de guapo le sobraba de carismático y simpático.

—¿Hoy qué me recomiendas que me tome?

Le pregunté, ya que gracias a él había probado casi todos los cócteles y, como llevaba varios días por aquí, se había dado cuenta de que los que más me gustaban eran los más dulces.

—Pues hoy os voy a preparar el Rossini.

—Como si me dices que es «rosentino».

Le contestó Vera.

Como era evidente, ese nombre de bebida no existía, fue algo que ella dijo al azar, que venía siendo lo mismo que decir que no tenía ni idea de lo que era.

—Estoy seguro de que os va a gustar mucho.

Nos fue explicando qué era lo que llevaba y cómo se hacía y, la verdad, la pinta no podía ser mejor.

A ver, para que os hagáis una idea más o menos.

El Rossini es un cóctel hecho con puré de fresas —fresas trituradas — y Prosecco bien frío. A veces se le añade un poco de azúcar, unas gotas de limón y hielo para darle el punto justo.

Después, se servía en una copa fina y se completaba con el espumoso.

Y de sabor ya ni os podéis imaginar.

—Umar, esto está delicioso.

Dije en cuanto di el primer sorbo.

—La verdad es que es un cóctel fresco, dulce y suave, pero, como os digo siempre, no olvidéis que lleva alcohol.

Me hacía gracia, siempre nos decía lo mismo y según él era porque le habíamos caído muy bien y no nos quería ver borrachas haciendo el ridículo.

—No te preocupes, sabes que controlamos.

—Ya las controlo yo, Umar.

Ese acento era inconfundible, no me hizo falta mirar para saber quién era el que se había sentado a mi lado.

—¿Y por qué nos ibas a controlar tú?

Mira que Vera era amable, pero cuando se le cruzaba alguien, era la persona más borde que te podías echar a la cara.

—Porque no están vuestras parejas.

Le contestó sin tomarse mal su manera de hablarle.

—Nos tenemos la una a la otra para cuidarnos.

—Vera.

Le advertí con la mirada que no fuese borde.

El hombre no había hecho nada malo. Que sí, que sabía que, si llegaba Álex y lo veía allí, no le iba a hacer gracia, pero Lorenzo no estaba haciendo otra cosa que sentarse a mi lado, y encima manteniendo cierta distancia.

—Lo siento, ¿amigos?

Al estar entre ellos dos, se dieron la mano en son de paz por delante de mi pecho.

—Amigos.

Le contestó él con un guiño de ojo.

—Uy, no me hagas eso que me tiemblan las piernas.

—A ti no hay quien te entienda, primero eres borde con él y ahora te derrites con un guiño de ojo.

Le dije negando con la cabeza.

—Mujer, que me he disculpado y me ha perdonado, así que ahora somos amigos.

Se encogió de hombros mientras cogía su copa y le daba un sorbo. Pues nada, cada loco con su tema y todo el mundo feliz.

Pensé, poniendo los ojos en blanco.

Capítulo 21



Álex

No me hizo ni puta gracia enterarme por Harper de que el italiano estuvo casi toda la mañana en la piscina con mi hermana y con Nadine.

Me daba igual que me hubiera dicho que habían estado manteniendo las distancias y que solo los había visto hablar y reír.

No me gustó, y eso provocó que mi humor cambiara por completo, aunque sabía que no tenía motivos para hacerlo, pero no tenía ni idea de qué era lo que me pasaba con ese tío.

No me hubiera importado que hablase con otro hombre, como si lo hacía con más, pero con el italiano ese no, con todos menos con él.

Supongo que el motivo de no soportarlo era saber que, si yo no hubiera intervenido aquella noche, lo más seguro era que hubiesen terminado juntos.

No me consideraba celoso, de hecho, nunca lo había sido, pero era pensar en Nadine con otro hombre y la rabia invadía mi cuerpo y lo peor de todo es que sabía que no tenía ni motivos ni derecho de ponerme así.

Intenté disimular durante el camino de vuelta a la cabaña, pero estaba claro que Nadine me conocía lo suficiente para darse cuenta de que algo me pasaba. No dijo nada hasta que estuvimos los dos solos.

—Se supone que has estado toda la mañana con tu amigo, por lo que doy por hecho que lo has tenido que pasar muy bien, entonces, ¿por qué estás así?

—¿Así cómo?

Me quité la camiseta de camino al baño.

—No te hagas el tonto conmigo, sabes lo que quiero decir, llevas desde que has venido de mal humor.

—No me pasa nada, solo estoy cansado porque anoche no pude dormir muy bien.

—Álex, ¿de verdad quieres jugar a esto?

Noté que se estaba empezando a cabrear.

—No soy yo el que juega y menos a dos bandas.

Negó con una sonrisa irónica.

—No hagas las cosas así y habla claro, nunca has ido con rodeos, haz el favor de no empezar ahora.

Me giré al llegar a la puerta del baño.

—Solo digo que has aprovechado muy bien la mañana y, por lo que sé, te has estado divirtiendo mucho.

Me miró como si no se creyera lo que le había dicho.

—¿Todo esto es por celos? Porque te has enterado de que Lorenzo ha estado en la piscina con nosotras. Estoy segura, y no me equivoco, de que tu informante es tu amiga.

—Cuando estaba llegando me vio, vino a saludarme y fue cuando me lo dijo, no lo hizo con mala intención.

Soltó una risa sarcástica.

—Claro, ¿qué mala intención puede tener ella? Desde que estamos juntos te he visto varias veces hablar con ella y no he puesto mala cara ni una sola vez.

—Sabes que ella no quiere nada conmigo.

La rabia no se me iba.

—No se trata de lo que quiera ella, se trata de lo que quieres tú.

Me señaló con el dedo.

Cada vez se la veía más cabreada, en esos momentos me dio igual, solo pensaba en que me daba la vuelta y a la primera de cambio dejaba que ese tío se le acercara.

—Yo sé muy bien lo que quiero, la que parece que no lo tiene tan claro eres tú.

Vi cómo respiraba hondo por la nariz. Supuse que era un intento de controlarse y no decir algo que nos hiciera daño, aunque el verdadero daño se lo estaba haciendo yo.

No era consciente, por lo menos no en esos momentos.

—Te puedo asegurar que, si no lo tuviese claro, no estaría aquí ahora mismo. Que hable con un hombre no significa que quiera algo con él y mucho menos que deje que ese hombre se acerque a mí con esas intenciones.

—Que dejes que se te acerque ya es una falta de respeto hacia mí.

Le reproché.

—¿Te estás oyendo? Solo estás diciendo tonterías.

—No son tonterías, ¿cómo te sentirías tú si se me acercara una mujer con las intenciones con las que lo ha hecho ese?

—Puedo entender que no te haya hecho gracia, hasta ahí todo bien, pero lo que no entiendo es todo lo que estás montando.

—No me has contestado, ¿cómo te sentirías?

Insistí.

—Joder, no me gustaría, pero eso no significa que no confiara en ti. Da igual cómo se acerquen los otros, lo que importa es cómo tú respondas y yo no he hecho nada malo.

»Solo hemos hablado y en todo momento ha estado tu hermana con nosotros, además de que Lorenzo ha sido muy respetuoso.

—Claro, comportándose así es como intenta ganar terreno contigo.

—De verdad, Álex, lo que dices no tiene lógica.

Cogió el bolso que había puesto antes sobre la cama.

—Tiene mucha más lógica de la que crees. ¿Adónde piensas que vas?

—Estás dando a entender que yo tendría algo con él, ¿de verdad piensas que sería capaz de tener algo con él después de ti? ¿Crees que soy de las que hoy están contigo y mañana con otro?

No le contesté, lo que hizo mucho peor mi silencio.

—Vaya, no sabía que tenías esa opinión de mí.

—No he dicho que piense eso de ti.

—No ha hecho falta que lo digas; la mayoría de las veces hablamos sin necesidad de decir palabras, como ha sido tu caso.

—Nadine, eso no es así y lo sabes, puede que no haya contestado, pero eso no significa que crea que eres así. Además, si decidieras estar hoy con un hombre y mañana con otro, eres libre de hacer con tu cuerpo y tu vida lo que quieras.

Joder, estaba tan enfadado que no sabía ni las burradas que estaba soltando por la boca.

—Siempre he sido libre de hacer lo que quisiera, pero te lo voy a preguntar una sola vez. Y no pienses que te estoy obligando a contestar lo que yo quiera oír: ¿soy libre en el sentido en el que lo estás diciendo?

—No sé a qué te refieres.

Me pasé las manos por la cara con desesperación.

Por esto mismo nunca había tenido pareja estable, no me gustaban los enfrentamientos.

Nadie te obliga a estar con ella, gilipollas. Si lo estás, es porque te has dado cuenta de que es muy importante para ti, y ahora mismo, con tu comportamiento, lo estás estropeando todo.

—Lo sabes perfectamente, te lo vuelvo a preguntar, ¿soy libre de esa manera?

—Joder, no, no lo eres, estás conmigo y no quiero que estés con nadie más.

Reconocí.

Me dio miedo perderla, perder lo bonito que estábamos teniendo.

—Tú lo has dicho, estoy contigo y es una decisión que hemos tomado los dos, así que no tienes motivos para ponerte así. Si no quisiera estar contigo, no estaríamos aquí ahora mismo discutiendo.

Me di cuenta de que los ojos se le estaban poniendo brillosos y ahí es cuando de verdad me di cuenta del daño que le había hecho con mis palabras y mi comportamiento.

—Lo siento, me he dejado llevar por los celos, pero es que me da miedo que te des cuenta de que te mereces a uno mejor que yo.

Estaba siendo lo más sincero que había sido en mi vida con una mujer que no tenía nada que ver con mi familia.

—Sé cómo eres y no de ahora, por lo que no debes temer nada. Si estoy contigo es porque quiero estarlo, yo decido con quién pasar mi tiempo, a quién darle mi cariño y la decisión eres tú.

No me podía creer la suerte que tenía de tenerla a mi lado y lo peor de todo es que, por cómo me había comportado, parecía que no era muy consciente todavía.

—Lo siento, no puedo decir nada más porque no hay palabras que disculpen mi comportamiento.

No sé ni cómo me dejó acercarme a ella y abrazarla contra mi pecho, pero lo hizo y, en el momento en que la tuve pegada a mí, toda esa rabia se esfumó de mi cuerpo.

Capítulo 22



Álex

Era la última noche que íbamos a pasar allí y por ello quería que fuese especial.

Me había dado cuenta de que Nadine estaba más triste de la cuenta y no era solo por marcharnos. La conocía muy bien para saber que parte de esa tristeza se debía a que pensaba que, una vez volviéramos a casa, ya no iba a querer saber nada más de ella.

Aunque le había dicho que pasara el resto de sus vacaciones conmigo en mi casa, como que no se lo terminaba de creer.

Por eso mismo había pedido al hotel que hiciera algo bonito y romántico en la cabaña.

Quería que esa noche solo fuese de nosotros dos y de nadie más y, por lo que me había dicho Nathan, él también quería hacer algo parecido con mi hermana.

La verdad es que no sabía cómo lo iban a hacer cuando regresáramos, siendo cada uno de una ciudad distinta.

Si ya lo teníamos difícil Nadine y yo, y eso que vivíamos en la misma ciudad, no me quería ni imaginar mi hermana y Nathan.

Supuse que ya lo irían viendo con el paso de los días.

Como iba diciendo, le pedí al hotel que, a la hora que les dije que íbamos a llegar, estuviese todo decorado lo más bonito posible y que arreglasen una mesa con la cena.

No pensaba salir de allí ni bajo tortura. Le iba a demostrar a Nadine lo importante que era para mí y que, aunque nos fuésemos de esa isla, nada entre nosotros iba a cambiar.

No cuando me había dado cuenta durante esos días de que ella era la mujer que yo necesitaba en mi vida y que yo era el hombre que ella necesitaba en la suya.

Por lo que esperaba que le gustase todo lo que iban a preparar, aunque la sorpresa también iba a ser para mí, porque por mucho que hubiese sido yo quien lo hubiera pedido, no sabía cuál iba a ser el resultado.

Habíamos pasado todo el día los cuatro juntos yendo de una isla a otra. Contratamos la misma lancha que días antes había reservado cuando fui solo con Nadine.

Solo que esta vez fue el dueño quien nos estuvo llevando de un lado para otro.

Pasamos un buen día y, con ese final que les habíamos preparado a las chicas, sabíamos que se iban a llevar un recuerdo especial de aquellas vacaciones.

—Tu hermana no me ha dicho ninguna hora para la cena.

—Se le habrá pasado.

Para llegar hasta nuestra cabaña, primero teníamos que pasar por la de Nathan, que era donde se estaban quedando él y mi hermana.

Después teníamos que pasar por delante de la que era de ellas, que, como era normal, estaba vacía, ya que se estaban quedando con nosotros.

Y por último estaba la mía, que ahora era también de Nadine.

Pues en ese camino que hicimos solos fue cuando ella me preguntó lo de la cena.

Al llegar a la nuestra, la detuve antes de que diera un paso al interior. Me apetecía que fuésemos al final de la pasarela, sentarnos un poco allí.

La tarde estaba cayendo con lentitud y quería que aquel atardecer se nos quedara grabado en la memoria. Estaba seguro de que a mí no se me iba a olvidar, pero también quería que ella lo recordara.

—Ven, vamos a sentarnos mientras vemos la puesta de sol.

Le rodeé la cintura con el brazo, atrayéndola junto a mí. No sé qué cojones me estaba pasando ese día, pero necesitaba tenerla lo más cerca que pudiese de mi cuerpo.

Al llegar al final de esa pasarela, hice que se sentara con las piernas colgando y yo me coloqué detrás de ella, con una pierna a cada lado de su cuerpo.

Le pasé los brazos por delante de la barriga y la atraje hacia mí. Dejó caer la espalda en mi pecho y la cabeza sobre mi hombro.

Se giró un momento para darme un beso en la base del cuello. No fue porque buscase algo más, fue un beso de cariño, de ternura.

—Es precioso.

Estaba absorta, con la mirada perdida en el horizonte.

—La verdad es que es la puesta de sol más bonita que he visto.

No quise decirle que lo era porque estaba con ella; no quería que saliera huyendo asustada si le decía los sentimientos que estaban empezando a crecer en mi interior.

Aunque algo me decía que a ella le estaba pasando lo mismo y que tampoco se atrevía a confesarlo.

La imagen que teníamos ante nuestros ojos no podía ser más idílica.

Esa puesta de sol, con ese mar turquesa y totalmente en calma, y con esta mujer entre mis brazos, era lo mejor que había vivido hasta el momento.

Estuvimos allí sentados sin hablar, porque hay momentos en la vida en los que sobran las palabras y ese era uno de ellos.

En cuanto el sol se escondió del todo, me levanté y le tendí la mano para ayudarla. Después, entrelazamos los dedos y llegamos a la puerta de la cabaña.

Las luces estaban apagadas, pero por la cristalera se podían ver pequeños destellos, lo que llamó su atención.

—¿Qué es eso que se ve?

Preguntó con una sonrisa.

Se estaba imaginando algo, solo esperaba que lo que viera fuese mucho mejor a lo que se estuviese imaginando.

—No sé, supongo que lo tendrás que descubrir por ti misma.

Le devolví la sonrisa.

—Ains, ¿no me digas que has preparado algo bonito?

Me encantaba verla así.

Parecía una niña cuando recibía la muñeca que más deseaba.

—Vale, no te lo digo.

Hice que se colocara delante de mí, puse mis manos sobre sus hombros, acerqué mis labios a su coronilla dejando un beso allí.

—Abre y veamos qué es lo que nos encontramos.

Yo estaba casi igual de intrigado que ella.

Abrió la puerta despacio.

Me hizo sonreír porque parecía que lo estaba haciendo con miedo.

En cuanto la abrió por completo, no sé quién de los dos se quedó más impactado, si ella o yo.

La palabra espectacular no abarcaba todo el significado de cómo habían dejado la cabaña.

No fue solo en la entrada; miraras donde miraras, te encontrabas un motivo o un pequeño detalle que lo hacía todo mucho más especial.

Aparte de las velas y los pétalos de rosa que habían esparcido por cada rincón, estaba la mesa central, con ese mantel blanco y unos platos que, con solo mirarlos, se te hacía la boca agua. Y, por supuesto, no podía olvidar el *jacuzzi*, lleno y con más pétalos flotando en la superficie.

Y, por último, la cama, que estaba decorada de la misma manera. Desde luego que había merecido la pena cada céntimo que había pagado para que hicieran todo aquello.

—Álex, es lo más bonito que han hecho nunca por mí.

Y con esas simples palabras me hizo el hombre más feliz del mundo.

—Solo quiero que nuestra última noche aquí sea especial.

Me abrazó por la cintura.

—Contigo son todos los días y las noches especiales.

¿Cómo no me había dado cuenta antes de la pedazo de mujer que había tenido delante de mis narices?

No tenía ni idea, pero lo que sí tenía claro era que no la pensaba dejar escapar nunca.

Porque lo que empecé pensando que solo era una atracción y que solo duraría los días que estuviésemos aquí, ahora podía asegurar que la quería a mi lado para siempre.

—Pues esta noche quería que fuese un poco más especial que las demás.

Hice que levantara su rostro, atrapando sus labios con los míos en un beso cargado de sentimientos, esos que por seguir siendo un cobarde no me atrevía a decir en voz alta.

—Tengo miedo.

—¿A qué?

—A que todo sea un sueño.

Nadine no se podía llegar a imaginar hasta qué punto calaron esas palabras en mi interior.

Capítulo 23



Nadine

—Pues deja de tener miedo porque todo es real.

Lo dijo sobre mis labios después de besarme.

Sentirlo así era uno de los placeres más grandes que había experimentado en mi vida, sobre todo si pensaba en los pocos labios que había besado a mis veintiocho años.

Y no es que no hubiera querido besar más, es que estuve un tiempo bastante grande en el que no me atrevía a estar cerca de un hombre, era imposible, pero bueno, ese es otro tema que era mejor apartar, sobre todo esa noche en la que Álex se había esforzado tanto para que todo fuese especial.

—Tienes razón.

Mejor dejar la tristeza o las penas a un lado.

Me giré de nuevo para admirar toda la cabaña, quería grabar en mi memoria hasta el más mínimo detalle.

—¿Qué estás pensando?

—En nada, solo estoy mirándolo todo atentamente.

Reconocí.

Solté el bolso a un lado y es que estaba tan pletórica que ni cuenta me había dado de que todavía lo llevaba colgado del hombro.

—No sé qué me apetece más, si el baño en el *jacuzzi* o la cena.

¡Qué pinta más buena tenía esa comida!

—Yo creo que lo mejor que podemos hacer es cenar, como nos metamos en el *jacuzzi*, no creo que sea capaz de dejarte salir de allí en un buen rato.

Me encantaba cuando me devoraba con la mirada.

¿A qué mujer no le gustaba sentirse deseada por su pareja? Yo creo que a todas nos gusta, ojo, no solo a nosotras, porque a ellos también les encanta que nos fijemos en ellos y que nos parezcan atractivos.

A Álex, desde luego, le gustaba mucho. Aunque bueno, él siempre había sido muy presumido, al menos desde que yo lo conocía lo había visto así.

—Tienes razón, aunque ahora mismo no sé qué es lo que más me saciaría, si la comida o tú.

Me podéis decir mala, no me importa porque es la verdad, me encantaba provocarlo un poco o un mucho, según lo queráis ver.

—No seas bruja y siéntate a comer.

Separó una de las sillas para que me sentara en ella y acercarme a la mesa.

—Me gusta mucho provocar a mi diablo.

Le guiñé el ojo.

—No te preocupes, que a tu diablo siempre lo vas a tener.

Dios, cómo me ponía cuando se humedecía los labios.

Que conste, ahí tenéis la prueba de que a él también le gustaba mucho tentarme.

—Después soy yo la que es mala.

Me sirvió una copa de vino blanco. Lo habían dejado en una cubitera llena de hielo para que se mantuviera frío.

—No he hecho nada, solo me noto los labios resecos.

Capullo.

No se lo dije, solo lo pensé.

—Claro, es lo que tiene el sol y el agua del mar, que resecan mucho la piel, sobre todo esa zona.

Hice lo mismo que él, me pasé la lengua por los labios, con la diferencia de que yo lo hice por el superior y con mayor lentitud.

—Bruja.

—Diablo.

—Creo que hace demasiado calor aquí dentro.

Me miró con una sonrisa de medio lado.

—Un poco sí que hace, pero yo que tú me pensaría muy bien lo que vas a hacer antes de hacerlo.

Lo conocía tan bien que sabía cuál era su intención.

—No voy a hacer nada, solo iba a poner el aire acondicionado un poco más alto.

Ya, claro, y yo me chupaba un dedo.

Estoy segura de que, si no le hubiera dicho nada, se habría quitado la camiseta para provocarme.

—Menos mal, porque ya me veía cenando como si fuese un concurso de despelote.

Comenté de lo más normal, aunque por lo que pude ver a él le hizo bastante gracia, o eso es lo que me indicó la carcajada que soltó.

—Es la primera vez que me dicen algo así.

Dijo sonriendo.

—Hombre, aquí somos los dos iguales, si tú te quitas una prenda, yo me quito otra y no creo que sea muy higiénico comer en pelotas.

Reí.

—No, higiénico no es, pero sí es para que te coma entera y tú a mí también, por decirlo suavemente.

—Cochino.

—Provocadora.

—La culpa es tuya.

Cogí la copa para darle un buen sorbo.

—¿Y cuál va a ser mi condena por ser culpable?

Me puse un dedo sobre el labio inferior como si me lo estuviese pensando.

—No sé, creo que lo tengo que pensar un poco más.

—No sé si tener miedo o expectación.

Confesó.

—Miedo nunca, conmigo te puedes sentir totalmente a salvo.

—¿Te estás riendo de mí?

No me pude contener y terminé soltando una risotada.

—No, no me estoy riendo de ti, lo estoy haciendo contigo, que es distinto.

Me levanté de mi silla para ir hasta él, no quería que sintiera que me estaba riendo y sí que necesitaba demostrarle lo especial que me había hecho sentir.

—¿Dónde vas?

No le contesté, solo llegué a su lado, me quedé de pie junto a él y, en cuanto se dio cuenta de lo que quería hacer, separó su silla un poco de la mesa, lo justo para que me pudiera sentar sobre sus piernas.

Le rodeé el cuello con los brazos y, apoyando mi frente en la suya, lo miré a los ojos, para que sintiera que las palabras que iba a decir eran sinceras.

—Te prometo que no me estoy riendo de ti, solo es que me siento la mujer más feliz del mundo. Álex, jamás en mi vida voy a olvidar todo lo que has hecho esta noche, porque esto me ha demostrado mucho más de lo que te puedes imaginar.

Las manos que tenía a cada lado de mi cintura las fue llevando a mi espalda. Lo iba haciendo despacio, como si estuviese disfrutando de cada centímetro de mi piel que iba recorriendo, aunque estuviese cubierta de ropa.

—Nunca he sentido la necesidad de hacer esto por nadie y no quiero que pienses que lo digo por quedar bien ante ti, te lo digo porque es la verdad.

Lo conocía lo suficiente para saber cuándo mentía, ocultaba algo o decía la verdad.

Y en ese instante sentí, más bien vi, que estaba siendo totalmente sincero conmigo.

—Lo sé, más bien lo siento.

Desde ese momento no me dejó levantarme de sus piernas, por lo que cené sentada sobre él.

Y no me importó, fue la mejor cena que había tenido nunca.

Después, no hizo falta que ninguno dijese nada, los dos sabíamos qué era lo siguiente que venía.

Algo que estábamos deseando y es que, por más que hiciéramos el amor, porque para mí era hacer el amor y no otra cosa, por mucho que disfrutásemos el uno del otro, nunca teníamos suficiente.

Éramos como una droga, estábamos enganchados al cuerpo del otro y nos encantaba estarlo.

Por lo menos a mí, y por lo que veía a él también, porque las ganas y la pasión que Álex le ponía era algo que no se podía fingir.

Nos fuimos despojando de la poca ropa que teníamos. Primero me desnudó él, cubriendo de besos y caricias cada parte de mí que iba dejando libre.

Cuando llegó mi turno, hice lo mismo con él, lo besé y acaricié hasta que me rogó que parara.

Lo hice, no por falta de ganas de seguir saboreándolo, me detuve por su ruego y por la desesperación en su voz.

Me ayudó a entrar en el *jacuzzi* y Álex lo hizo justo detrás de mí. Sentí cómo me recorrió con la mirada, yo hice lo mismo con él.

En el momento en el que estuvo dentro, puse las manos sobre su pecho, empujándolo un poco hacia atrás, lo justo para que pudiese sentarse.

Me subí sobre sus piernas, sentándome a horcajadas sobre él.

—Te quiero sentir dentro de mí ya.

Moví las caderas para que nuestros sexos se rozaran.

—Hazlo, porque yo tengo las mismas ganas que tú.

Metí una mano entre nuestros cuerpos, le agarré el pene llevando el glande a la entrada de mi vagina.

Fui bajando sobre él despacio, disfrutando de cada centímetro que me iba introduciendo.

—Dios, preciosa, estar dentro de ti es como estar en el puto paraíso.

Susurró sobre mis labios mientras sus manos se apretaban alrededor de mis nalgas.

—Contigo me siento completa.

No dejé de moverme sobre él y, cuando las fuerzas me fallaban, era Álex el que me ayudaba a moverme.

Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y me dejé llevar por el placer que me recorrió el cuerpo desde la punta de los dedos de los pies hasta la cabeza.

Creo que fue el mayor orgasmo que había tenido hasta el momento, o puede que lo sintiese así porque es el que viví dejando los sentimientos al descubierto y no reprimiéndolos como tenía la costumbre de hacer.

—Te quiero.

Lo tuve que dejar salir, porque mantenerlo dentro era quemarme el alma. Hay que decir las cosas que te hacen sentir bonito y él lo hacía y mucho.

Me daba igual que Álex no sintiera lo mismo por mí, yo se lo dije sin esperar que él también lo hiciera.

Capítulo 24



Nadine

Qué duro era volver a la realidad y eso que todavía me quedaban tres semanas de vacaciones.

Y lo único bueno de esta vuelta a la realidad fue que vine muy distinta a como me fui. Sobre todo cuando el comandante nos habló para darnos la típica información que dan sobre los vuelos, eso de la altura, la hora estimada de llegada y todo lo demás.

Ya me entendéis.

En el vuelo de ida, escuchar aquella voz por megafonía me había dado ganas de saltar del avión con tal de no estar cerca de Álex. Y ahora, en cambio, me encontraba sentada en otro avión, echándolo de menos como una tonta y sintiendo que, por muy poco que nos separara en realidad, entre los dos había un mundo.

Como Álex no iba en el mismo vuelo que Vera y yo de vuelta a España, nos despedimos en el aeropuerto quedando en vernos cuando él llegara, ya que tenía que pilotar el último trayecto al día siguiente.

Me dio pena no poder volver junto a él, pero era lo que había.

—Nos vemos mañana, en cuanto llegue a casa, te llamo para que vengas.

Me dijo en voz baja antes de despedirnos con un beso.

En el vuelo de regreso a casa, después de la escala, Vera y yo hablamos mucho, sobre todo de ella y de Nathan.

Lloró, y mucho, no porque se hubieran despedido mal ni mucho menos, lo hizo por el miedo y la incertidumbre de no saber qué podía pasar entre ellos.

Había muchos kilómetros de separación entre una ciudad y la otra. Y todos sabemos que las relaciones a distancia funcionan hasta cierto punto y que la mayoría terminan deteriorándose.

—Tómalo con calma, tienes que ir viéndolo poco a poco.

Intenté consolarla.

—Es que creo que no vamos a tener futuro a menos que uno de los dos se mude de ciudad.

Me daba pena verla así, pero poco podía hacer cuando la pobre no encontraba consuelo con nada, sobre todo porque no había mucho que decirle. Lo que había era lo que había y poco se podía hacer.

—No corras tanto, os lo tenéis que tomar con más calma.

Puede que yo con su hermano estuviese yendo rápido, pero ella tampoco se estaba quedando atrás.

A fin de cuentas, su hermano y yo nos conocíamos de toda la vida y puede que lo nuestro fuese mucho más complicado que lo que Vera tenía con Nathan. Quizás lo suyo era incluso más sano que lo mío con Álex, pero solo quería que hiciera las cosas bien porque no quería verla pasarlo mal.

Para mí ella era muy importante y verla sufrir me dolía de la misma manera que si estuviese sufriendo yo.

—Sé que tienes razón, pero no puedo evitar sentirme así, ¿cómo es posible que me haya enamorado tanto y en tan poco tiempo?

Me preguntó entre hipidos por culpa del llanto.

—No lo sé, cariño, solo te puedo decir que en el corazón no se manda.

¿Qué le iba a decir? Si yo era la menos indicada para hablar de amor.

Anda que cuando le contase a mi abuela todo lo que había pasado, me iba a poner de vuelta y media, y no porque mi abuela no quisiera a Álex, sino porque millones de veces me había animado a ir en busca de él.

Ella siempre me dijo que no nos soportábamos porque había algo más, aunque ninguno de los dos fuese capaz de verlo.

Y puede que tuviese razón. Bueno, puede no, tenía más razón que un santo.

—Y tanto que no.

—Mira por dónde, el único amigo que tu hermano no te había presentado nunca y resulta que es el amor de tu vida, a lo mejor, si lo hubieras conocido antes, ya estarías casada y con niños.

Solo quería hacerla reír un poco y, por la carcajada que soltó, lo conseguí.

—Esa es otra.

No la entendí bien.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede que venga hasta un niño en camino.

Negué.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

Negó.

—Sabes que no tomo las pastillas porque esas hormonas hacen que me duela más la cabeza.

—Ya, para eso existe la gomita.

La corté.

—Y la hemos estado utilizando, siempre, menos una vez por la noche que nos dejamos llevar por el calentón en el agua.

De los nervios que me entraron, me solté el pelo para volver a recogerlo, esta vez en un moño en vez de la coleta que llevaba puesta.

—Bueno, que no cunda el pánico, por una vez no creo que tengáis tan mala suerte.

Menuda gilipollez había dicho.

—Si te digo la verdad, me daría igual quedarme embarazada. Aunque lo mío con Nathan no saliera bien, quiero ser madre y puede que no haya sido premeditado, pero si resulta que viene, lo voy a querer por encima de todo, con padre o sin él.

—Mira la tonta, si viene mi sobrino, no le va a faltar nunca el amor de su tía ni el de todos los que lo vamos a querer con locura.

Vamos, que ese niño o niña iba a ser el consentido de toda la familia, menos de mi abuela, que ella no era muy fan de los niños.

Estoy bromeando, mi abuela lo iba a querer con toda su alma.

—De todos modos, no le voy a dar más vueltas, lo que tenga que ser, será.

Hacía bien.

—Es lo mejor que puedes hacer, ¿para qué obsesionarte si no vas a poder hacer nada?

Menos mal que se fue tranquilizando poco a poco, para cuando llegamos al aeropuerto de nuestra ciudad, parecía estar bien.

Parecía que no quería decir que lo estuviese, pero por lo menos ya no lloraba con esa pena.

Al salir, al primero que vimos fue a mi padre, en realidad, fue al primero y al único, porque fue el que vino a recogernos. A pesar de que le dije que podíamos coger un taxi, por lo que pude ver, no me hizo caso.

—¡Papá!

Es curioso, muchas veces no sabes cuánto echas de menos a alguien hasta que lo tienes delante.

—Hija, qué guapas venís las dos.

Mi familia trataba a Vera como si fuese una más de nosotros, al igual que los padres de mi amiga, que siempre me habían tratado como a una más de ellos.

—¿Has visto, Benito?

Vera se dio la vuelta para que la viera bien.

—Estamos hechas para vivir de ese modo y no con el que nos espera.

Mira qué lista era ella.

En unas playas así, con todo por delante y sin más preocupación que disfrutar, podría estar cualquiera. Vamos, que hasta el más pintado querría una vida así, sobre todo si estaba hasta el moño de trabajar.

—Claro que sí, a la próxima me lleváis a mí también.

—No creo que a Maite le haga mucha gracia que te vayas sin ella.

Abracé a mi padre.

—No le hagas caso, viene con la cabeza más perdida que cuando se fue.

Le dije pegada a su oído.

—Pues eso era difícil.

Rio.

—No habléis de mí.

Protestó en modo broma.

—Solo le decía a mi padre que vienes mucho más trastornada que antes.

Le aclaré.

—Y más enamorada también.

Admitió.

—¿Has venido enamorada?

Le preguntó mi padre, intrigado.

—Yo no he sido la única.

Hija de su madre.

La fulminé con la mirada.

—¿No me digas que tú también te has enamorado?

—Bueno, más que enamorarme, he reconocido lo que sentía desde hace mucho tiempo por una persona.

Solté, un poco avergonzada.

—Ah, pues no sabes lo feliz que me hace que tú y Álex os hayáis dado cuenta por fin.

Lo miré con los ojos muy abiertos, no esperaba que mi padre me dijese eso, puede que sí lo hubiera esperado de mi abuela, incluso de mi madre con lo despistada que era, pero de mi padre no.

Que no digo que mi padre fuese un padre ausente, nunca fue el caso, pero no esperaba que hubiera visto algo entre Álex y yo, más que nada porque ni yo misma lo sabía.

Capítulo 25



Álex

Respiré profundamente al entrar en casa.

Me fascinaba mi trabajo, disfrutaba con él como con pocas cosas podía hacer, pero también es verdad que de vez en cuando el cuerpo y la mente me pedían un más que merecido descanso.

Y eso es lo que iba a hacer. Era verdad que en un principio las iba a coger más tarde, pero cuando empecé con Nadine, las cambié precisamente para coincidir con ella.

Tenía pensado llevarla durante cinco días a un lugar que sabía que tenía muchas ganas de conocer y que, por una cosa u otra, todavía no había podido visitar.

Y sí, lo sabía porque puede que no nos llevásemos bien, pero eso no quería decir que no la escuchara cada vez que venía a casa de mis padres. Más bien creo que la oía de forma inconsciente.

Porque nunca presté atención a lo que hablaba o dejaba de hablar con mi hermana y, sin embargo, aquí me encontraba, recordando cada rincón del mundo que quería conocer.

Cuál le hacía ilusión visitar o cuál otro no le llamaba la atención. Era muy curioso cómo, sin darnos cuenta, prestábamos atención a personas que se suponía que no eran importantes para nosotros.

Estaba claro que la relación que tuviésemos iba a ser un volcán, a veces más dormido y otras más despierto. Lo que quiero decir con todo esto es que los dos teníamos nuestros caracteres y, ¿por qué no? También nos habíamos acostumbrado a tirarnos más de un trasto a la cabeza.

En fin, que me daba a mí que no nos íbamos a aburrir.

¿A quién no le gustaba un poco la vidilla? Desde luego que a nosotros sí, porque una cosa era darnos vidilla, como he dicho, y otra muy distinta era vivir una relación mala y tóxica, y eso no lo teníamos, ni lo íbamos a tener, ni por su parte ni por la mía.

Para tener una relación así, era mejor apartarte a un lado y que cada uno hiciera su vida por separado.

Lo primero que hice al entrar en casa fue abrir todas las ventanas de la planta baja. Aunque mis padres o mi hermana solían venir algunos días cuando tenía que estar fuera, siempre me gustaba ventilar y abrir también la puerta del jardín al llegar de algún viaje.

Después, subí a mi habitación llevándome la maleta conmigo.

Eso era lo segundo que solía hacer al volver: deshacerla. No podía dejarla para después, mucho menos para el día siguiente, me gustaba quitarla de en medio cuanto antes.

Tenía a Agustina, que se encargaba de limpiar la casa cuando yo estaba y solo los días que se lo pedía. Tampoco necesitaba que viniera a diario. Vivía solo y, la verdad, no era de desordenar demasiado.

Me gustaba tenerlo todo ordenado y limpio.

Eché la ropa en el cesto que había en mi baño. En cuanto bajara, me lo llevaría para poner alguna lavadora.

Cuando terminé con eso y de colocar el resto de las cosas, me metí en la ducha. Ni cuenta me había dado del tiempo que llevaba en ella.

Si no hubiera sido porque oí sonar el móvil, que había dejado cargando en la mesita de noche, lo más probable hubiera sido que todavía estuviese debajo del chorro de agua.

Salí de la ducha, me sequé con rapidez y ni me molesté en ponerme una toalla alrededor de la cintura. Total, estaba en mi casa y solo, así que no tenía sentido cubrirme y, ¿por qué no? Me gustaba estar cómodo.

Al llegar al teléfono, este había dejado de sonar y, al mirar quién me había llamado, vi que había sido Nadine, por lo que le devolví la llamada en el acto.

—Hola, comandante.

Me saludó en cuanto descolgó.

—Hola, descarada.

—¿Ya estás en casa?

No sabía cuánto me gustaba oír su voz hasta que la escuché por el altavoz del móvil.

—Sí, y me falta algo muy importante en casa.

—¿No me digas que te han entrado a robar?

Reí.

—Más bien no ha llegado algo que esperaba que estuviese aquí.

La escuché resoplar, sabía que la ponía de los nervios que diera rodeos y no me explicara bien.

—Álex, no me estoy enterando de nada.

Se me escapó una risilla.

—Capullo.

—Impaciente.

Seguí riendo.

—Te voy a estrangular.

—Para eso tienes que estar aquí y no lo estás.

A ver si se enteraba de qué era lo que me faltaba en casa, que muy espabilada y todo lo que quisiera, pero no dejaba de ser inocente en otras.

—En media hora estoy ahí.

—Por fin va a llegar lo que tenía que estar ya aquí.

Se rio fuerte al darse cuenta de lo que estaba hablando.

—¿Y cómo querías que estuviese? Que yo sepa, por muy bruja que creas que soy, no tengo el poder de traspasar las paredes.

Esta mujer estaba fatal y eso era algo que había descubierto recientemente que me gustaba mucho.

—Creo que a ese nivel de brujería no has llegado, te has quedado en el de hechizarme.

—Ja, ja, muy gracioso.

Le salió a flote la ironía que normalmente iba con ella.

—Lo sé, mi madre dice que iba para payaso, pero que al final me quedé por el camino.

—Yo no creo que te quedaras en el camino, más bien conseguiste el título y con honores.

Hija de su…

—Para que veas que soy el mejor, nunca dejo nada a medias.

Con el teléfono pegado al oído iba hacia el vestidor.

Que me gustase estar en pelotas no significaba que tuviera que recibirla así, aunque si fuese por mí lo habría hecho encantado.

—Eso ya lo voy comprobando. ¿Necesitas que te lleve algo?

—Solo tu presencia.

Reímos a la vez.

—Desde luego que hoy estás fatal.

—Te lo digo en serio, no me hace falta nada, solo necesito que tardes poco en llegar y que te traigas ropa para varios días, que son los que vas a tardar en salir de aquí.

Sonreí cuando la escuché decir no sé qué de un secuestro. La verdad es que lo dijo por lo bajini y no me pude enterar muy bien.

Colgamos como si costase la vida y eso que era para vernos en poco tiempo.

Por muchas vueltas que le daba a la cabeza, todavía no llegaba a entender cómo había llegado a ese punto. Lo único que sabía era que no me la podía sacar de la mente y que, cuanto más tiempo pasaba con ella, más quería pasar.

Todo me parecía poco. Creo que esto estaba siendo un comportamiento por mi parte un poco obsesivo, pero me daba igual.

Mientras no dañara a nadie, todo iría bien.

Estaba terminando de hacer un pedido al supermercado para que me lo trajesen esa misma tarde, cuando el teléfono sonó un par de veces. Esa era la señal de que Nadine estaba en la puerta.

Me levanté sin cerrar el portátil. No había terminado de hacer el pedido y, la verdad, me hacía mucha falta, porque quedaban pocas cosas en casa.

Si fuese a estar yo solo, no me complicaría mucho, pero como se iba a quedar Nadine, no quería que le faltase nada.

Le abrí el portón grande para que metiera directamente el coche, tenía espacio para que entraran cuatro.

Había trabajado mucho, acumulado muchas horas de vuelo para ir ascendiendo en la aerolínea y ahora mismo me encontraba en el mejor puesto que había en ella.

Ganaba mucho dinero, no lo voy a negar, y siempre me había encargado de disfrutarlo, porque lo había hecho y no me daba vergüenza admitirlo.

Era mío y me lo gastaba en lo que me daba la gana. Y una de las cosas en las que mejor me había sentido al hacerlo había sido en este chalé.

Desde el primer momento en el que lo vi, cuando fui a una inmobiliaria, me lo quise quedar y, como sabía que iba bien de dinero, no me preocupaba lo que me fueran a pedir por él.

Nadine no había estado nunca en mi casa. Siempre que nos habíamos visto había sido en casa de mis padres o en la de mi hermana cuando ella se mudó para vivir sola.

Pero aquí no había estado nunca, aunque tampoco es que llevase mucho tiempo viviendo en este chalé.

Aunque de igual manera en el piso en el que estuve viviendo antes de mudarme tampoco había estado, por lo menos que yo tuviese constancia, a no ser que hubiera ido con mi hermana cuando yo había estado en uno de mis viajes.

Esperé en la puerta a que aparcara el coche y, sin darme cuenta, me encontré sonriendo, porque estaba deseando que llegara junto a mí y estrecharla entre mis brazos.

Capítulo 26



Nadine

—Desde luego que tenía que haber estudiado para ser piloto de avión.

Le dije bromeando cuando llegué junto a él. Estaba claro que no lo habría podido estudiar por mucho que hubiera querido, no cualquiera podía hacerlo, ya que precisamente esa carrera costaba un ojo de la cara y casi que parte del otro.

En fin, que me había quedado alucinada cuando llegué a la puerta y eso que ni había entrado en el camino que llevaba al chalé.

Cuando me fui adentrando con el coche, más se me iba descolgando la mandíbula.

—No sé si podrías pasar tantas horas encerrada en una cabina.

Rio.

No, desde luego que no podría hacerlo.

—Hola —me acerqué el último paso que nos mantenía separados—, me has malacostumbrado.

Me apoyé sobre los dedos de los pies para rodearle el cuello y acercarlo a mí y poder besar esos labios que tanto había echado de menos.

Era lo mejor que había sentido desde que nos despedimos el día anterior.

Madre mía, qué mal veía que lo iba a pasar cuando empezáramos los dos a trabajar, aunque no quedaba de otra que aguantarme.

No eres la única que tiene que separarse de su pareja, el resto del mundo también lo hace, así que no seas más ridícula y deja de pensar que el mundo se va a terminar, porque no es el caso.

Qué conciencia más directa y clara tenía.

Pensé en modo irónico, aunque era la verdad.

Supongo que nadie quiere alejarse de la persona con la que está al principio de la relación y, con el paso del tiempo, te vas acostumbrando. De todos modos, no quedan más cojones que hacerlo.

—¿A qué?

Me encantaba cuando me hablaba sobre los labios, hacía que todos los vellos se me erizaran.

—No he podido dormir esta noche.

Reconocí.

—Mmm, qué bueno, así cuando no estemos juntos sé que siempre vas a estar pensando en mí.

—Qué malo eres.

No me dejó separarme de él cuando hice el intento.

—Estaba bromeando, a mí también me ha costado dormir sin ti.

Me estrechó más contra su pecho.

Me sentía bien entre sus brazos, sentía que ese era mi lugar y ojalá lo fuese para siempre.

—Pues por bromista, esta noche también vas a dormir solo.

Pasé por su lado para entrar en la casa.

—Eso no te lo crees ni tú.

No me lo esperaba, de verdad que no me esperaba lo que hizo en cuanto puse un pie dentro.

Me cogió de las caderas, girándome rápido entre sus brazos, por lo que volvimos a quedar de frente.

Dio unos cuantos pasos hacia delante, por lo que yo los tuve que dar hacia atrás. Aún con las manos en mis caderas y sus labios sobre los míos, no se detuvo hasta que mi espalda chocó con la pared.

No fue brusco, más bien rápido en ese movimiento.

—No sabes cuánto me gusta que lleves vestido.

Dijo con la voz más profunda.

Me levantó una pierna dejándola sobre su brazo, la otra seguía apoyada en el suelo.

—Pues sí que parece que me has echado de menos.

Reí con los labios sobre su cuello.

—No te haces una idea de cuánto, pero te lo voy a demostrar ahora mismo.

Metió una mano entre nuestros cuerpos llegando a mi ropa interior, y pasó los dedos despacio sobre la tira del tanga.

—Álex…

No fui capaz de decir nada más, me dejó sin palabras cuando apartó a un lado ese trozo de tela e introdujo un dedo.

Sabía cómo tocar y dónde para hacer que a una mujer se le pusieran los ojos en blanco.

Desde luego que no se podía decir que experiencia no tenía.

—Mira cómo me tienes con solo verte.

Movió las caderas para rozar su sexo con mi vientre.

La verdad era que no podía estar más duro porque eso sería imposible.

Puede que sonara a frase de manual, pero en ese momento me daba igual. Al sentir su erección contra mi cuerpo, lo único que quería era tenerlo dentro.

Tanto que no esperé más.

Al tener un pantalón tipo chándal, pero de tela fresca, solo tuve que tirar de él un poco hacia abajo para liberar su pene erecto.

—La ropa interior no es lo tuyo, ¿verdad?

Dije riendo al notar que no la llevaba.

—No es nada práctica. Mira cómo la tuya estorba.

No se podía ni imaginar cuánto me ponía cuando era así.

—Quítalo.

Dije entre gemidos.

—Me encanta cómo me responde tu cuerpo.

Curvó el dedo que tenía en mi interior, llegando a tocar ese punto que me hacía contener la respiración.

En cuanto me tuvo como él quería tenerme, deseándolo, muriendo por sentirlo, anhelando que me hiciera llegar al orgasmo.

Justo cuando me tenía en sus manos, pensando que por fin iba a llevarme a un placer sin retorno, sacó ese dedo de mi interior.

—No pares ahora, capullo.

Detuve la mano con la que le estaba dando placer, aquí disfrutábamos los dos o no lo hacíamos ninguno.

Reí interiormente cuando me miró con los ojos entrecerrados.

—Lo siento, pero no voy a dejar que hoy te corras hasta que lo hagas a mi alrededor.

Eso había sonado demasiado bien, tanto que había hecho que me humedeciera mucho más.

—¿Le tienes mucho cariño?

Me preguntó refiriéndose al tanga.

—Para nada, más cariño le tengo a sentirte dentro de mí.

Con una sonrisa ladeada, enganchó el dedo en la fina tira de tela. No tuvo que hacer mucha fuerza, la rompió rápido, era tan fina que no le supuso ningún problema.

—Joder, Nadine, no sabes cuánto me pones cuando eres así de descarada.

—Demuéstralo.

Lo piqué un poco más y eso que Álex no necesitaba que lo alentara mucho para darlo todo de sí y llevarme a pasear por el firmamento entero.

Levantó un poco el brazo para alzar más mi pierna y dejarme más expuesta de lo que estaba.

—Te gusta provocarme, bruja, y me encanta que lo hagas.

Me penetró de una sola embestida, lo hizo con fuerza, llegando totalmente dentro de mí, marcándome más de lo que lo había hecho y no hablo de lo físico, hablo de lo marcada que me había dejado emocionalmente.

—Moriré provocándote.

No me iba a callar, nunca lo había hecho y no iba a empezar a hacerlo ahora, mucho menos sabiendo lo que le gustaba que lo hiciera.

No penséis mal, una que tenía buen corazón y le gustaba ser servicial.

Que conste que lo estaba diciendo con un poco de sarcasmo.

—No dejes de hacerlo nunca.

Me contestó con esa voz profunda que me encantaba y que me volvía loca.

Me iba penetrando sin descanso, sin pausa, con un ritmo constante. Provocando que un calor demasiado placentero se fuese formando en mi interior, pidiendo a gritos que lo liberara.

Lo quise retener un poco más, sabía que mientras más aguantase el placer, iba a ser mucho mayor tanto para mí como para él.

Porque mientras más aguantaba y tardaba en liberarme, con más fuerza mis paredes vaginales se contraían a su alrededor.

—No aguanto.

Me dijo con la mandíbula apretada.

En ese preciso momento fue cuando me dejé ir, ya que yo tampoco podía retenerlo por más tiempo y, aunque él había dicho que no aguantaba más, sabía que todavía tenía un poco más de aguante.

—¡Álex!

Grité cuando me tembló el cuerpo entero.

—No cierres los ojos, preciosa, quiero que me mires a los ojos mientras me dejo ir en tu interior.

Madre mía, un poco más y me provoca otro orgasmo solo con esas palabras.

Capítulo 27



Nadine

Me resultó raro volver a encontrarme otra llamada perdida de un número desconocido, ya era la segunda que veía esa semana.

Supuse que sería alguien haciéndose el gracioso o la graciosa, a saber, porque locos había a patadas.

No le hice mucho caso, quiero decir que no me molesté en darle muchas vueltas a la cabeza, mucho menos lo iba a hacer en esos momentos que estaba liada preparando la cena.

Álex se había empeñado en que quería que sus padres, hermana y Nathan vinieran a cenar. No contento con ellos solos, también invitó a mis padres y abuela.

Vamos, que quería reunirlos a todos.

No me importaba ni me ponía nerviosa; total, las dos partes eran mi familia, porque por un lado tenía a los de sangre y por otro a los que había elegido que fuesen mi familia por decisión propia.

Estaba cortando pimientos en rodajas para ponerlos sobre la capa que había puesto en la base de la bandeja del horno.

En realidad, los puse en tres bandejas, ya que íbamos a ser muchos y con una sola no iba a haber suficiente.

Menos mal que el horno que había en casa —ya hablaba como si fuese mía— era igual de grande que ella; de lo contrario, no podría hacer todas las doradas a la vez.

Porque esa era mi intención, hacer una dorada para cada uno. Las habíamos comprado esa misma mañana en el mercado.

Y siempre que había hecho ese plato, me había gustado hacerlo de la misma manera. Primero le ponía una capa de patatas, después otra de pimientos rojos y verdes, además de una buena cantidad de cebollas.

Me gustaba darle su buen punto de sal y de pimienta antes de poner el pescado por encima y rematarlo con su chorrito de aceite y de vino blanco.

Para mí, este era uno de los mejores platos que podía comer.

Se notaba que me gustaba mucho más el pescado que la carne, ¿verdad? Pues eso, que como yo era la que iba a hacer la comida, también se iba a comer lo que a mí me gustaba.

—¿Qué quieres que vaya haciendo ahora?

Me preguntó cuando terminó de cortar toda la cebolla, si me iba a ayudar que lo hiciera bien.

Me reí interiormente.

—Puedes ir pelando esos langostinos.

Le pedí.

Quería hacer también unas brochetas de langostinos cocidos con piña, las pondría alrededor de un cuenco con salsa rosa.

También quería preparar unas mini tostas con pimiento del piquillo y bonito.

Tampoco iba a poner mucho más, ya de por sí las doradas eran bastante grandes y no me gustaba eso de desperdiciar la comida.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás mandando el trabajo más engorroso?

—Porque es lo que estoy haciendo.

Me encogí de hombros como si tal cosa.

—Pero de igual modo me sigues queriendo.

Intenté pincharle un poco a ver si de una vez por todas me decía lo que sentía por mí, porque sabía que sentía algo.

Esas miradas, esas palabras y esas caricias no podían ser otra cosa que no fuese amor o, por lo menos, un poco de sentimientos.

Como respuesta me sonrió, no me dijo ni que sí ni que no, solo esa sonrisa que hacía que mi corazón se derritiera un poco más, pero no dejaba de ser una simple sonrisa sin más respuesta.

Paciencia, Nadine, el mundo no se hizo en un solo día, ni en dos.

—¿Deberíamos meter el pescado en el horno ya?

Como para no darme cuenta de que no quería hablar o, más bien, contestar a lo que le había dicho, menudo cambio de conversación más grande había dado.

No negaré que me sentí un poco decepcionada, pero, como he dicho antes, era lo que había por ahora y yo iba a aferrarme a eso que dicen de que la esperanza es lo último que se pierde.

Pues eso mismo, todavía no pensaba perderla.

—Todavía no, el pescado no se puede comer muy pasado y como las verduras y patatas están cortadas muy finas, se hará todo a la vez.

No pretendía contestarle tan seria, pero es como si de pronto me hubiera invadido un poco de pena.

—Por cierto, se me ha olvidado decirte algo muy importante para mí.

Lo miré con un poco de esperanza, a lo mejor me iba a decir que me quería, aunque solo fuese un poco.

—Dime, estoy segura de que, si es importante para ti, también lo será para mí.

Dejé el cuchillo a un lado y giré el cuerpo lo justo para mirarlo de frente.

—Ismael regresa a la ciudad.

¿Sabéis esa sensación que de pronto te entra en el cuerpo y que hace que la vista se te nuble a la vez que los oídos te pitan? Creo que es la sensación que le entra a una persona cuando le invade el pánico.

Pues así es como me sentí en ese momento.

Mi mente se quedó en blanco y en lo único que podía pensar era en aquella noche de diez años atrás, en lo sola que me sentí y en el poco consuelo que tuve hasta que fui capaz de contarle a Vera lo ocurrido.

Ella fue y seguía siendo la única que lo sabía. Así iba a ser, eso me lo iba a llevar a la tumba por el bien de mi familia, pero sobre todo por el mío propio.

Y lo peor de todo era esa sensación que se te queda en el cuerpo, la de sentirte culpable aun sabiendo que la culpa no fue tuya.

—Nadine, ¿me has escuchado?

Me preguntó cogiéndome del mentón.

—Perdona, sí, sí te he escuchado. ¿Cuánto tiempo ha estado fuera del país?

Bien sabía yo el tiempo que llevaba fuera. Podía decir con exactitud los días que llevaba sin verlo.

—Si no me equivoco, han sido diez años.

Qué pena que no hubieran sido cien.

—Vaya, son un montón de años fuera. ¿Y cómo es que vuelve ahora?

No sabía ni cómo era capaz de hablar.

Me temblaba el cuerpo entero por dentro, las piernas me sostenían a duras penas. Menos mal que había soltado el cuchillo, porque estaba segura de que Álex sí que habría notado el temblor de mis manos.

No voy a profundizar en nada, porque no me apetece recordarlo más de lo que ya lo hacía y porque tampoco es plato de buen gusto para vosotras saber esos temas tan escabrosos.

El caso es que esa noche los padres de Álex no estaban y él organizó una fiesta con sus amigos. Y claro, como yo me quedé a dormir con su hermana…

Hacía poco que había cumplido los dieciocho años, para ser exactos, los había cumplido dos meses y medio antes.

Álex nos dijo que podíamos asistir a la fiesta. Yo le dije a Vera que no quería bajar, que no me gustó cómo esa tarde me había estado mirando Ismael y también porque Álex estaba allí con su nueva novia.

Sí, ahora que lo recordaba bien, creo que fue a partir de ahí cuando empecé a sentir cierto odio hacia él. Puede que mi subconsciente lo culpara por lo que me pasó o, más bien, por lo que me hizo.

Sí, hasta ese momento o, más bien, hasta ese día, me había sentido en cierto modo hechizada por Álex, aunque él me chinchaba y se metía conmigo, pero sabía que lo hacía en modo broma. Fue a partir de ahí cuando me lo empecé a tomar todo más a pecho y a no callarme cada vez que me buscaba la boca.

Como iba diciendo, yo no quise bajar a la fiesta, pero Vera sí lo hizo, y ahí fue cuando el hijo de puta ese se metió dentro de la habitación y ya os podéis imaginar lo que pasó dentro de esas cuatro paredes.

No lo denuncié, porque, como dijo él, era mi palabra contra la suya. Que si él decía que yo lo había estado provocando, que lo hicimos siendo partícipes los dos, pero que después de hacerlo me había arrepentido y denunciarlo era mi manera de vengarme.

Los únicos que iban a pasar vergüenza eran mi familia por tener que pasar por todo eso, por no decir que Álex lo iba a creer a él en vez de a mí.

¿Qué estás haciendo, gilipollas? ¿Vas a permitir que, por estar con el hombre del que estás enamorada, vuelva a entrar en tu vida quien te destruyó por completo?

Miré al hombre que estaba a mi lado y sí, puede que lo amara con toda mi alma, pero también me amaba a mí misma. Ahora sí. Estuve mucho tiempo sin hacerlo.

Todo lo contrario, me odié más que a nadie, pero ahora sí me quería y, precisamente por eso, no iba a permitir que me volvieran a destruir.

—Por lo visto, quiere montar aquí su propia empresa.

No, para cuando él volviera, yo no iba a estar. No podía hacerlo, porque si lo veía, aunque solo fuese una vez, me iba a destruir por completo y eso no lo podía permitir.

Álex vio el cambio de actitud que tuve. Por mucho que quise disimular, no pude hacerlo del todo.

Menos mal que no mucho después llegó su hermana con Nathan.

Ahí fue mi oportunidad de hablar con ella y contarle todo lo que estaba pasando. Por supuesto, no le dije nada de que tenía pensado irme, eso por ahora iba a ser algo solo mío.

El resto de la familia fue llegando poco a poco y, con la llegada de ellos, me pude distraer un poco y dejar de pensar, por lo menos durante unas horas.

Me tomaría unos días para pensar las cosas con calma y, a partir de ahí, tomaría la decisión definitiva.

Capítulo 28



Álex

Algo le pasaba, por mucho que intentara disimular durante la cena. Y no solo me había dado cuenta yo, su abuela no le quitaba los ojos de encima.

No habíamos discutido por nada y tampoco había pasado otra cosa, pero lo que tenía claro era que esta Nadine no era la que yo conocía, esta era otra distinta, una que parecía que se había encerrado en ella misma.

Por muchas vueltas que le di a la cabeza, no le encontraba sentido alguno.

Desde hacía una semana Nadine se estaba quedando en casa y ese era uno de los motivos por los que había querido que viniera toda la familia, porque cada vez estaba más convencido de que la mujer que tenía junto a mí era con la que quería pasar el resto de mi vida.

Sé que suena a mucho y en muy poco tiempo, pero era como me sentía.

—¿Sabes qué es lo que le puede estar pasando a Nadine?

Conocía demasiado bien a mi hermana y, por la mirada que le vi, me di cuenta de que, fuera lo que fuera lo que le pesaba a mi chica, ella estaba al tanto de todo.

—Que yo sepa, no le pasa nada.

—Vera, que nos conocemos y sé que sea lo que sea que le pasa esta noche, tú estás al tanto de todo.

Insistí.

—Álex, te prometo que no sé nada.

No la creía.

Y encima estaba haciendo que me pusiera de mala leche, porque saber que algo pasaba y no tener ni idea de qué podía ser no era una sensación muy agradable que digamos.

—Sé que lo sabes, supongo que si no me puedes decir nada es porque tiene que ser algo muy importante para ella. Esperaré a quedarnos a solas para hablar con ella.

—Solo te voy a dar un consejo, porque os conozco. Piensa bien las palabras antes de decirlas y no te dejes llevar por esos impulsos que a veces has tenido.

En esos momentos estábamos los dos en la cocina.

Se suponía que Vera y yo habíamos entrado para coger la jarra de agua y una botella de vino blanco, pero yo había aprovechado para preguntarle por Nadine.

—¿Por qué tardáis tanto?

La voz de Nathan llegó desde la entrada de la cocina y, al girarme, lo vi apoyado en el marco de la puerta.

—Le estaba preguntando a mi hermana una cosa.

Nathan me miró con una sonrisa de sabelotodo.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó a Vera.

—¿Qué es lo que me tiene que decir?

Cada vez entendía menos. Yo había venido a hablar con mi hermana sobre Nadine y resulta que había algo más.

—No le había dicho nada y no quería hacerlo hasta estar completamente segura, eres un bocazas.

Le riñó a su chico como si fuese un niño pequeño.

—Es tu hermano y mi mejor amigo.

Me defendió Nathan, aunque no tenía ni idea de por qué lo estaba haciendo.

—No discutáis, yo solo le estaba preguntando algo sobre Nadine.

—Pues de Nadine no sé nada que pueda decirte —respondió Vera, mirándome con demasiada seriedad—. Pero sí hay algo mío que puedes saber.

La miré, cada vez más perdido.

—¿Qué pasa?

Vera cogió aire y miró un segundo a Nathan antes de volver a mirarme a mí.

—Puede que esté embarazada.

Se tenían que estar quedando conmigo.

¿Cómo se había quedado embarazada en tan poco tiempo? Aunque para quedarse, solo se necesitaba hacerlo una sola vez.

—Lo has dejado sin palabras y mira que eso es difícil en él.

Le contestó mi hermana a Nathan con cachondeo.

—Joder, es que no me lo esperaba para nada —reconocí—. ¿Estás bien?

Le pregunté directamente a mi hermana.

—Estoy más que bien, de todos modos, no estoy segura.

Y por lo que veía, los dos estaban felices. Me gustó verlos así de unidos y que Nathan no hiciera el intento de salir huyendo, más que nada porque tendría que ir detrás de él para matarlo.

Estaba claro que estaba bromeando.

Si mi amigo no quisiera seguir con Vera, me dolería por ella, no lo niego, como tampoco puedo negar que mi amistad con él creo que se rompería. No creía que pudiera seguir manteniéndola mientras veía a mi hermana pasarlo mal.

Lo siento, pero para mí estaba mucho antes la familia que la amistad. No me gustaba elegir, pero si tenía que hacerlo, no me iba a temblar el pulso, y no estaba hablando del caso de ellos, estaba hablando en general, del resto de los amigos.

Que sí, que todos habían sido importantes en mi vida por una cosa u otra, pero los que de verdad habían estado siempre a mi lado habían sido los míos, así que la elección estaba clara, por lo menos en esos momentos.

—¿Y qué es lo siguiente que vais a hacer?

Quise saber, porque, a fin de cuentas, cada uno vivía en una punta del país.

—Por ahora me voy a ir a casa de Nathan, solo hasta que arregle la venta de su piso. En el momento en el que lo tenga todo listo, nos vendremos al mío mientras buscamos una casa u otro piso un poco más grande.

Ante eso no podía decir nada, eran sus vidas y tenían derecho a vivirlas como les diera la gana.

—Si es lo que habéis decidido, me alegro por vosotros.

Vera se vino hacia mí rodeándome la cintura con los brazos. Siempre le había gustado que la estrechara contra mi pecho, le gustaba refugiarse ahí unos minutos.

Y eso hice, la estuve abrazando mientras le iba dando pequeños besos en la cabeza.

—¿Habéis tenido que ir a comprar el agua y el vino?

Nos preguntó Águeda cuando entró en la cocina.

Que viniera ella y no Nadine era otra clara confirmación de que a mi chica le pasaba algo y eso cada vez me estaba preocupando más.

—No, solo le estaba diciendo a mi hermano que me voy a ir por un tiempo a vivir con Nathan.

Le dijo mi hermana cuando se separó de mí.

—Uy, no me puedo creer que tengamos en la familia a otra pecadora.

La miré con las dos cejas levantadas, no por nada, sino porque ella siempre había estado en contra de las bodas.

Sobre todo, después de que el padre de Benito la abandonara. Desde ese momento no se volvió a echar pareja estable, sobre todo porque decía que la vida estaba para vivirla sin complicaciones.

—Águeda, que se la intentes dar a Nathan, que no te conoce, te lo compro, pero a mi hermano y a mí no nos la das.

Le dijo Vera, riendo.

—Tú a callar —la chistó, cualquiera le llevaba la contraria—, por cierto, ¿alguien me puede decir qué le pasa a mi nieta?

—Eso me gustaría saber a mí.

Miré a través del ventanal de la cocina y allí estaba Nadine, sentada con nuestros padres a su alrededor, pero sin interactuar con nadie.

Estaba callada, casi igual que como había estado la mayor parte de la cena.

Parecía que estaba inmersa en su propio mundo, uno al que no me estaba dejando entrar.

—Pues haz por averiguarlo, en cuanto nos vayamos, habla con ella y no la dejes tranquila hasta que no te lo diga todo.

Cogió la jarra de agua y se dirigió al jardín. Mi hermana fue detrás de ella llevando la botella de vino, pero lo que menos me gustó fue la mirada que me echó Vera antes de salir.

Lo hizo con pena, como si le doliera algo mucho y le gustaría decírmelo, pero algo se lo impidiera.

Cada vez estaba más alerta y, mientras más lo estaba, menos me gustaba la sensación que iba invadiendo mi cuerpo.

No sé ni cómo aguanté el resto de la cena. Con la poca paciencia que tenía para según qué cosas, era un milagro que no hubiera cogido a Nadine y me la hubiese llevado a nuestra habitación para hablar con ella.

Aguanté, no sin apretar los dientes más de una vez para quedarme callado y no soltar algo.

El caso es que, por muchas vueltas que le daba a la cabeza, no conseguía dar con lo que fuese que le había pasado.

Todo estaba bien, habíamos estado haciendo la cena entre bromas y algún que otro beso, pero algo durante esos momentos hizo que su estado de ánimo cambiara por completo.

Capítulo 29

Nadine

Sabía que, en el momento en el que la familia se fuese de casa, Álex iba a hablar conmigo.

Me había preguntado varias veces, sin que lo escuchase nadie, qué era lo que me pasaba. ¿Cómo se lo iba a decir después de tantos años?

No me iba a creer, estaba segura de que no lo iba a hacer.

—¿Qué pasa, Nadine? ¿Por qué estás así?

Me preguntó lleno de frustración.

Me di la vuelta para que no viera mis ojos llenos de lágrimas.

—No es nada, ahora mismo no me apetece hablar.

Contesté con la voz casi temblorosa.

—No te voy a dejar en paz hasta que me digas qué pasa.

Sé que intentó ser lo más suave posible con su tono de voz, pero sabía que estaba a punto de explotar y no por enfado, más bien por frustración.

Intentó abrazarme, pero no pude dejar que lo hiciera. Si lo hacía, no iba a ser capaz de irme y tenía que hacerlo. No me podía quedar allí, no sabiendo cómo me iba a mirar cuando se enterara de todo.

Sobre todo, cuando el cabrón de su amigo supiera que estábamos juntos. Iba a soltar la bomba para hacerme daño, porque eso era lo que quiso hacer en su día y lo que querría seguir haciendo.

Todo porque siempre pasé de él, nunca me atrajo ni físicamente ni, mucho menos, su forma de ser.

No me equivoqué; por desgracia, poco después pude comprobar por mí misma que mi instinto no me había fallado con respecto a él.

—Me he dado cuenta de que no estamos hechos el uno para el otro.

Tenía que ser dura, aunque por dentro me estuviese muriendo. Lo tenía que ser si quería que me dejara ir, que creyera que él no era el hombre que necesitaba.

Me daba igual quedar como la mala si con ello evitaba que Álex sufriera de otra manera. No podía soportar la idea de ver lo mal que se iba a sentir cuando Ismael hablara con él, porque sabía que lo haría por el simple hecho de hacer daño.

Me miró, confundido.

—¿Es una broma? Porque si lo es, no me está haciendo ni puta gracia.

Sentí un nudo en la garganta que no me dejaba casi ni respirar.

—Simplemente no creo que tengamos un futuro prometedor.

Lo dije con la voz llena de dolor. Quise ocultarlo, pero hay dolores que son imposibles de disimular y este era tan intenso que sentía como si mi alma se estuviera desgarrando a la vez que se rompía en mil pedazos.

Me miró, sorprendido.

—¿Qué estás diciendo? Nadine, no puedes estar hablando en serio.

Asentí, sintiendo cómo el dolor de mi pecho cada vez se iba haciendo mayor.

—Sí, estoy hablando en serio. Necesito espacio, necesito tiempo. Creo que hemos corrido demasiado.

Dios mío, en esos momentos solo tenía ganas de no seguir viviendo.

Se acercó a mí con el rostro lleno de dolor, intentó agarrarme de nuevo, pero tampoco lo dejé.

—Entiendo que a lo mejor te has podido ver superada, pero estábamos bien. No me digas eso, porque lo siento, pero no te creo. Sé que detrás de todo esto hay algo más, algo que es el causante de que quieras irte.

Otro nuevo intento de volver a abrazarme. Había perdido la cuenta de las veces que lo había intentado, esa vez tampoco lo dejé, no podía permitir que me tocara. Si lo hacía, no iba a ser capaz de irme.

—Si no me crees es tu problema, no el mío, pero la verdad es que me he dado cuenta de que lo nuestro no iba a llegar a nada con el paso del tiempo, así que ¿para qué alargarlo más?

Sabía que había sido demasiado dura y que lo estaba dañando, y os juro que me estaba doliendo más a mí que a él, pero era lo que tenía que hacer si quería que me dejara ir más fácilmente.

La habitación se quedó en silencio, solo se oía el sonido de mi respiración entrecortada o, por lo menos, me la oía yo. Tampoco es que estuviera muy atenta a otros sonidos, no podía ni con mi alma como para poder con otras cosas que no fuese que me faltase la respiración.

Álex me miró lleno de dolor, pero no dijo nada, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Me quedé allí, sola, sintiendo cómo el dolor de mi corazón cada vez se iba haciendo más grande.

Ni fuerzas tenía para llegar hasta la cama y sentarme en ella, por lo que me senté en el suelo, abrazándome a mí misma, y fue cuando dejé que las lágrimas cayeran sin control.

No sé cuánto tiempo estuve allí, llorando. Solo sé que, cuando me levanté, tenía el corazón roto y el alma destrozada.

Cogí la poca ropa que me había llevado a casa de Álex. No era mucha y algunas prendas estaban en el lavadero. Esas las iba a dejar allí; no iba a ir a buscarlas.

Salí de la casa, dejando atrás el amor, la felicidad y la seguridad que sentía estando junto a él.

La puerta se cerró detrás de mí y tuve que tragar saliva para no vomitar. Me pesaban todas las mentiras que había tenido que soltar y el daño que, seguro, le había hecho a Álex.

Sabía que no podía huir para siempre, pero por ahora solo quería escapar, alejarme de todo ese dolor. Aunque era consciente de que daba igual dónde fuese, porque iba a venir conmigo y a hacerme compañía durante mucho tiempo.

Crucé el jardín sin mirar atrás, abrí el portón y llegué hasta mi coche. Me senté al volante y apoyé las manos sobre él durante unos segundos, obligándome a respirar antes de arrancar. No podía quedarme allí. No después de lo que acababa de hacer.

Arranqué y conduje sin rumbo durante un buen rato, callejeando por zonas que apenas reconocía. Siempre me había gustado conducir. Me calmaba. Me daba algo que hacer, algo en lo que fijar la vista, aunque por dentro tuviera la sensación de estar cayéndome a pedazos.

No sabía adónde ir. Solo sabía que no quería volver a mi piso.

Si Álex hablaba con Vera, mi piso sería el primer lugar en el que se les ocurriría buscarme. Y yo no podía enfrentarme a ninguno de los dos. No esa noche. No quería preguntas, ni consuelo, ni explicaciones. Solo quería estar sola en un sitio donde nadie supiera encontrarme.

Me sentía sola, perdida, sin saber a quién recurrir para pedir un poco de ayuda. O quizá lo único que necesitaba era consuelo, aunque ni siquiera me sentía con fuerzas para aceptarlo.

Al final, detuve el coche en una calle que no reconocía y miré a mi alrededor. Para ser la hora que era de la noche, había muchas personas por la calle. Eso sí, todas iban a lo suyo. Nadie reparó en la mujer que estaba dentro de un coche, llorando en silencio, sin saber qué hacer con su vida.

Pensé durante unos segundos.

No tenía mucho dinero y tampoco podía permitirme un gran hotel, pero necesitaba una habitación. Una puerta cerrada. Una cama. Un lugar donde nadie me buscara.

Busqué en el móvil algún hotel u hostal que no estuviera muy lejos y que no fuera demasiado caro. Me costó concentrarme, porque las letras se me mezclaban entre las lágrimas, pero al final encontré uno pequeño, a unos minutos de allí.

Llegué al hotel casi sin saber cómo. Era pequeñito, pero a simple vista parecía limpio.

Mira que era de la ciudad, vamos, desde el día en el que mi madre me trajo al mundo, pero os prometo que nunca había estado por esa parte. Supongo que se había dado la casualidad de que nunca me había hecho falta venir por allí. Hasta esa noche.

Aparqué cerca de la entrada y me quedé unos segundos dentro del coche, intentando recomponerme un poco antes de bajar. No sirvió de mucho. Seguía teniendo los ojos hinchados, la nariz roja y esa presión en el pecho que no me dejaba respirar bien.

Me bajé, cogí la bolsa con la poca ropa que llevaba y entré en el hotel.

La recepcionista me miró con mucha amabilidad. Supongo que no estaba muy acostumbrada a que a esa hora de la noche le llegaran personas como lo había hecho yo.

Que no es que fuese mal vestida, es solo que iba con los ojos hinchados y la nariz roja de tanto llorar. Y eso que todavía no había soltado todas las lágrimas que necesitaba soltar.

Le pedí una habitación para una noche. Solo una. No sabía qué iba a hacer al día siguiente, pero pensar más allá de aquella noche me parecía imposible.

La habitación era pequeña, pero estaba limpia. Dejé la bolsa en el suelo, cerré la puerta y, al oír el clic de la cerradura, algo dentro de mí terminó de romperse.

Me senté en la cama y dejé que las lágrimas fluyeran.

Simplemente dejé que salieran de forma silenciosa. Pero no por ello dolían menos que si estuviese llorando a gritos, porque muchas veces el dolor más intenso es el que se siente en silencio.

Capítulo 30



Nadine

No sabía qué iba a hacer ni adónde iba a ir, lo único que tenía claro era que quería hacer era echarme sobre esa cama y dormir, aunque esto último no sabía si iba a ser capaz de hacerlo.

Viendo que no paraba de dar vueltas en la cama de un lado para otro y que no era capaz de cerrar los ojos ni dos minutos seguidos, me di por vencida.

Me levanté para ir al baño. Me miré en el espejo y no reconocí a la persona que me miraba.

Tenía los ojos hinchados, la cara la tenía demacrada, como si me hubiesen pasado un montón de años por encima en cuestión de unas pocas horas.

Me quité la ropa y me metí en la ducha. El agua caliente me hizo mucho bien, daba igual que fuese verano. Me relajó los músculos, esos que sentía con mucha tirantez.

Me lavé el pelo dejando que el chorro de la ducha cayera sobre él durante un rato, cerré los ojos pensando en cómo había cambiado todo en un abrir y cerrar de ojos.

Salí de la ducha y me envolví en una toalla. Me senté en la cama y miré a mi alrededor, miré, pero con la vista perdida, porque en realidad no estaba pendiente de nada que no fuesen mis pensamientos.

Decidí volver a acostarme a ver si con los efectos de la ducha había conseguido relajarme lo suficiente para intentar dormir algo.

Intenté dormir, de verdad que lo intenté, pero no pude. Mi mente estaba llena de pensamientos, de recuerdos y de dolor.

Me levanté acercándome a la ventana. No se escuchaba ruido en la calle, por lo menos no más que cuando pasaba algún que otro coche.

Y mirando a través de esa ventana me hice algunas preguntas. ¿Qué iba a hacer? ¿Adónde iba a ir?

La noche fue pasando poco a poco, las horas parecían que se quedaban estancadas y que el reloj no avanzaba.

Sin saber qué iba a hacer ni adónde iba a ir, pero teniendo claro que no me podía quedar aquí, por lo menos por un tiempo. No me veía con fuerzas suficientes para encontrarme con Álex por algún lugar, y mucho menos me veía capaz de ver al hijo de puta de su amigo.

Me levanté del sillón que estaba justo debajo de la ventana, ahí es donde pasé casi la noche por completo.

Fui a mi bolso, necesitaba coger el teléfono, ese que llevaba toda la noche apagado y que no me atrevía a encender, pero lo tenía que hacer si quería llamar a esa persona a la que le iba a pedir el favor o, más bien, le iba a implorar un poco de ayuda.

Al encender el móvil empezaron a llegarme notificaciones, no me pilló por sorpresa, sabía que me habían tenido que llamar más de una vez y no solo una persona.

Me lo tomaría con calma, les iría contestando poco a poco, pero primero quería llamar a esa persona.

—¿Hola?

Me contestó dubitativo.

Y es que cuando apunté su número no le di el mío, así que como era normal, no sabía quién lo estaba llamando.

Me quedé callada, sin saber qué decir.

¿Qué hacía llamando a ese hombre?

—Hola.

Fue lo poco que fui capaz de decir por el momento.

—¿Quién eres?

Preguntó con ese acento tan marcado que tenía y que tanto me gustó cuando se lo oí por primera vez.

Sentí un nudo en la garganta. ¿Cómo le iba a decir que era yo y que necesitaba su ayuda?

Hubo un silencio al otro lado de la línea cuando le dije quién era.

—¿Nadine?

Preguntó, un poco más suave.

Asentí, aunque sabía que no podía verme.

—Sí —dije, con la voz temblando—. Necesito tu ayuda.

—¿Qué pasa?

Preguntó, preocupado.

Le expliqué un poco por encima lo que me había pasado, me pidió que le diera veinte minutos para mirar unas cosas y que me volvería a llamar lo antes posible.

No sabía qué iba a pasar, pero por ahora solo podía esperar.

Por muchas vueltas que le diera, no sabía qué dirección tomar, porque si hubiera sido valiente en su momento, nada de esto estaría pasando.

¿Pero cómo le iba a decir a Álex que su amigo abusó de mí en su casa mientras él estaba abajo con su novia?

¿Y por qué no salí corriendo de allí para ir a la primera comisaría que hubiera encontrado? Eso es lo que debería haber hecho.

No tenía nada de lo que avergonzarme porque yo no había hecho nada, todo lo contrario, siempre que lo veía junto a Álex, lo ignoraba.

Tuve pensamientos contradictorios durante mucho tiempo, porque me culpé mucho, pero también culpé a Vera e incluso a Álex; puede que, en el fondo, fuese a él al que más culpase.

No tenía lógica, por lo menos ahora que lo pensaba después de diez años, pero en aquel momento tenía toda la del mundo, por lo menos en mi mente, que por cierto estaba muy dañada.

Lo culpé porque si él hubiera estado más pendiente de su amigo, se habría dado cuenta de que había desaparecido de la fiesta y no fue por poco tiempo, eso os lo puedo asegurar, o quizás se me hizo eterno.

Además de que también lo culpé porque tenía que haber cuidado de mí, sabía que estaba en la casa con su hermana, que no había querido bajar, se tenía que haber preocupado de que estuviera bien y no lo hizo porque para él en ese momento era mucho más importante pasarlo bien que cualquier otra cosa.

Después estaba Vera, a ella también la culpabilicé, porque me dejó sola, se fue a divertirse en vez de quedarse conmigo siendo yo su invitada.

Ahora sabía que el único culpable de todo había sido Ismael, pero para llegar a esa conclusión había tenido que hacer un largo recorrido.

Uno que había hecho en solitario, porque tardé mucho tiempo en contarle a Vera lo que me había pasado. Y jamás le confesé que, durante una época, también la culpé a ella y a su hermano. Esa parte de la herida tuve que cerrarla yo sola.

También os voy a decir que, si me hubiera pasado ahora en vez de diez años atrás, otro gallo habría cantado, porque os aseguro que habría echado a arder el mundo entero con tal de que ese cabrón pagase hasta el último segundo de su vida.

Pero sabía o, más bien, tenía la esperanza de que iba a pagar. Yo era de las que creían en el karma, de las que pensaban que todo lo que se hace en la vida se paga tarde o temprano. Estaba convencida de ello.

El teléfono vibró entre mis manos. No me había dado cuenta ni de que seguía con él entre ellas.

—¿Nadine? ¿Estás ahí?

Me lo preguntó cuando descolgué, porque no dije nada. Solo me lo pegué al oído.

—Sí, estoy aquí.

—Tienes un vuelo a media mañana. ¿Estás dispuesta a dejarlo todo atrás?

¿Lo estaba? ¿De verdad era capaz de subirme a ese avión y marcharme dejando aquí a mi familia, a Vera, a Álex y la vida que conocía?

—Sí, estoy lista.

Admití con un nudo en el pecho.

Por lo menos estaba dispuesta a hacerlo durante un tiempo, estaba claro que no iba a huir de mi ciudad para toda la vida.

Lo tenía todo aquí y no iba a dejar que nadie me lo arrebatara.

—El vuelo es privado, cuando puedas, me das tu correo y mi secretaria se encargará de pasarte los datos por allí.

Era increíble que sin conocerme casi nada, me tendiera la mano de la manera en la que lo estaba haciendo y sin pedir nada a cambio.

—No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

—No hay nada que agradecer, cuando estés aquí, ya me lo cobraré en especias.

Supe que lo decía para arrancarme una sonrisa. Y lo consiguió, aunque fuera mínima.

—Pues te llevaré una cajita de azafrán, dicen que el español es uno de los mejores.

Le seguí un poco la corriente, me iba a venir bien para despejarme.

—Nadine, tómate las cosas con calma, cuando llegues aquí hablaremos y, aunque nos conocemos desde hace poco, puedes confiar en mí.

Ante esas palabras poco podía decir, solo volver a darle las gracias por todo lo que estaba haciendo por mí.

Capítulo 31



Álex

Se había ido de verdad. No se había molestado ni en mirar hacia atrás. Simplemente me había dicho que se había dado cuenta de que no estábamos hechos el uno para el otro y que cuanto antes termináramos con todo, mucho mejor para los dos.

Sería para ella, porque a mí me había dejado destrozado.

De verdad que la creí. Os prometo que pensaba que sentía algo por mí, que yo era importante para ella, pero, por lo que pude comprobar, yo no significaba absolutamente nada.

Y yo le decía bruja de una manera cariñosa, pero la palabra bruja se quedaba corta para lo que era.

¿Cómo me había engañado tanto? ¿Cómo había dejado que jugara de esta manera conmigo?

Yo habría estado dispuesto a darlo todo por ella. Puede que no le hubiera dicho que la quería, pero no lo había hecho porque estaba esperando el momento indicado para hacerlo.

Quería que fuese en los días en que la iba a llevar a Mykonos. Era allí donde, en una noche especial, quería decirle que era la mujer de la que estaba enamorado y la única con la que quería pasar el resto de mi vida.

Qué gilipollas había sido.

Había dejado que jugara por completo conmigo. Vamos, que se podía decir, en este caso, que el cazador había sido cazado, y nunca mejor dicho.

De esta, seguro que aprendía la lección.

Nunca había querido ni mucho menos pensado tener una pareja con la que pasar mi vida junto a ella, y no tuve otra cosa que hacer que fijarme y entregarle mi corazón a la mujer con la que peor me había llevado toda mi vida.

Si es que más gilipollas no podía ser.

Me tuve que ir de casa porque era incapaz de seguir viéndola. Aunque, por otro lado, y dejando la rabia fuera, si me ponía a pensarlo con calma, no me cuadraba nada.

¿Se podían fingir esas caricias y miradas? Y no solo eso, era cómo me hablaba, con el cariño con el que lo hacía.

Nadine podía tener muchas cosas, pero jamás había sido mentirosa. Por eso mismo tenía pensamientos contradictorios.

No, ella no había podido mentir ni en sus besos ni en sus caricias. Algo dentro de mí me decía que todo había sido verdadero.

Y si había una persona que me pudiera aclarar las cosas, esa era mi hermana. Y esta vez me iba a contar qué era lo que le pasaba, porque sabía… No, estaba completamente seguro de que le pasaba algo, y ese algo no era que se hubiera dado cuenta de que no quería estar conmigo.

Cuanto más lo pensaba con tranquilidad, más convencido estaba de ello.

Era tarde para molestar a mi hermana, pero tampoco me podía quedar toda la noche así.

No me lo pensé dos veces más. Cogí las llaves del coche, las de la casa y salí dispuesto a hablar con mi hermana.

Me daba igual que estuviesen dormidos. Vera me tenía que decir qué era lo que le pasaba a Nadine y, hasta que no me lo contara, no pensaba salir de su casa.

Llegué enseguida. Durante el trayecto, creo que llamé mil veces a Nadine. Puede que estuviese dolido, pero no por ello iba a dejar de preocuparme por ella así como así.

Todas las veces que lo intenté, el teléfono me daba apagado. Estaba seguro de que lo había hecho para que no pudiera localizarla o, por lo menos, para no recibir mis llamadas.

—Álex, ¿qué haces aquí y a estas horas?

Me preguntó a través del videoportero.

—Abre, no voy a hablar contigo por aquí.

Era de lógica.

No esperé ni al ascensor. Vera vivía en un tercero, pero me dio igual subir las escaleras. Lo único que quería era llegar cuanto antes.

—¿Ha pasado algo?

Me preguntó cuando llegué a la puerta de su piso.

—Eso es lo que quiero saber yo. ¿Qué es lo que ha pasado para que Nadine me deje?

Por la cara que puso mi hermana, desde luego que no se esperaba esas palabras.

—¿De qué estás hablando?

Se apartó a un lado para dejarme paso.

—Lo que te he dicho. Me ha dejado diciendo que se ha dado cuenta de que no estamos hechos el uno para el otro, que se ha visto agobiada y que estamos corriendo más de la cuenta.

Le cambió el rostro por completo. La pena invadió su mirada y las manos le empezaron a temblar.

En ese momento salió Nathan poniéndose una camiseta de pijama.

—¿Qué ha pasado?

Nos preguntó a los dos.

Vera le dijo lo poco que le había contado. Ni él, que conocía poco a Nadine, se lo había creído. Nada más había que ver la cara que había puesto.

—No me creo esas palabras.

Pues si no se lo creía él, menos lo iba a hacer yo. Aunque al principio sí lo hice. De hecho, me cabreé con ella, pero cuantas más horas iban pasando, más me iba dando cuenta de que le tenía que estar pasando algo.

—Vera, sé que sabes lo que le pasa.

No me dejó continuar hablando. Empezó a negar con la cabeza.

—No me digas que no. Es tu mejor amiga, sois como hermanas, os lo contáis todo. No me vengas con esas y dime qué es lo que le pasa.

—Yo no sé qué le ha podido pasar, no me ha dicho nada.

Que te mintiera tu hermana en tu propia cara era una de las cosas que más podían doler. Por lo menos a mí. Sobre todo porque pensaba que teníamos confianza y que podíamos contar el uno con el otro.

—Me estás mintiendo, a mí, que siempre he estado a tu lado.

Sentí decepción y dolor.

—Creía que te importaba algo, pero veo que no es así.

Quise hacerle un poco de chantaje emocional, a ver si así lograba que me contara algo.

De sobra sabía que mi hermana me quería por encima de todo. Aunque, visto lo visto, me parecía que quería mucho más a su amiga, porque le estaba siendo más fiel a ella que a mí.

—No digas eso, sabes que te quiero por encima de todo.

—Vera, creo que, si sabes lo que le pasa, tienes que decírselo.

Le dijo Nathan, intentando echarme una mano.

—Es que no lo sé.

Era fiel a su amiga hasta la muerte, de eso no cabía duda.

—Preciosa, tienes que ponerte en su lugar. A ti te gustaría que te lo dijera si fuera a la inversa.

Se sentó en el sofá. Parecía derrotada, como si se fuese a dar por vencida, fuera a ceder y a decirme qué era lo que sabía.

—No puedo decirlo, se lo juré en su momento.

Rompió a llorar, totalmente desconsolada.

Lo que me confirmó que sí que le había pasado algo, y que era algo con importancia.

—¿Entonces le pasa algo?

Me detuve delante de ella.

Asintió con la cabeza.

—¿Y ese algo ha tenido que ver con algo que haya pasado hoy?

Volvió a asentir.

—Vera, dile lo que sepas. Mira lo desesperado que está tu hermano.

—Es que no puedo, le juré que nunca se lo contaría a nadie y no puedo volver a fallarle.

—¿Por qué dices volver a fallarle? Que yo sepa, nunca lo has hecho.

Negó, tapándose la cara con las manos sin dejar de llorar.

—¡Sí! —gritó levantándose del sofá—. Por mi culpa le pasó aquello. Por mi culpa ha estado sufriendo. Si no la hubiera dejado sola, nada de eso habría pasado.

No entendía nada de lo que estaba hablando, pero, por lo que parecía, le había pasado algo grave.

Capítulo 32



Nadine

Durante el tiempo que tuve el teléfono encendido, no pararon de llegarme notificaciones, tanto de llamadas como de mensajes. No abrí ni uno de esos mensajes.

La mayoría eran de Álex, aunque no todos.

No los abrí. No me veía con fuerza para hacerlo. No creía que estuviese preparada para leer los reproches y las palabras dañinas que estaba segura de que me había puesto.

Y era normal, después de cómo me había comportado con él. No tenía ningún derecho a tratarlo así, pero fue la única manera que encontré para que no me hiciera más preguntas y me dejara marchar.

Supongo que ahora daba igual. Entre él y yo no quedaba nada. Todo se había roto y no había vuelta atrás. Había sido cruel a propósito, para que no me buscara, para que incluso llegara a odiarme más de lo que lo había hecho durante muchos años.

Al salir del aeropuerto de Génova, allí estaba Lorenzo, apoyado en la puerta de un coche de lujo.

Estaba claro que a ese hombre no le gustaba pasar desapercibido y que no tenía ningún problema en presumir de todo el poder adquisitivo que tenía.

Mira que no tenía ganas de reír, pero ese hombre tenía la habilidad de sacarme sonrisas.

Estaba con la espalda apoyada en el coche, los tobillos cruzados y los brazos también.

Llevaba unas gafas de sol puestas y, la verdad, menos mal que estaba enamorada de Álex y que para mí no había más hombre que él.

Porque os juro que, si no fuese así, en ese mismo momento habría caído rendida a los pies de ese hombre, que más que un hombre era un puto Adonis. Y lo peor es que él lo sabía y presumía de ello.

Cuando me vio salir por las puertas de la terminal, descruzó los brazos y, con aires chulescos, se bajó un poco las gafas. Solo un poco, lo suficiente para que viera sus ojos.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, no hicieron falta las palabras. Por lo menos, no en ese momento.

Abrió los brazos y eché a correr hacia él. No sabía cuánto necesitaba un abrazo hasta que lo vi apartarse del coche con los brazos abiertos.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

Sabía que lo decía en un intento de consuelo y que, en esos momentos, esas palabras no me servían de nada, pero sí sentirme refugiada entre sus brazos.

Era curioso lo bien que estaba junto a él. Y no penséis mal, que no iba por ese sentido.

A su lado era como si lo conociera de toda la vida, como si siempre hubiéramos sido amigos. No sé, me transmitía paz. Algo que nunca me había pasado con alguien a quien conociera desde hacía tan poco tiempo.

Con Lorenzo sabía que podía confiar y, de verdad os digo, que cualquiera que lo viera a simple vista se llevaría la impresión de que era un chulo egocéntrico y creído que solo buscaba en las tías lo que buscaba.

Y oye, no digo que no lo hiciera. Y si lo hacía, bien me parecía. Estaba soltero, no le debía nada a nadie y, además, era claro con las mujeres. No les regalaba el oído para llevárselas a la cama.

Vamos, que no les prometía que les iba a resolver la vida. No. Las mujeres que decidían pasar por su cama eran muy conscientes de que era una noche y no había nada más.

Y que conste que nosotros nos conocimos en las Maldivas porque él quiso intentarlo conmigo. Y estoy segura de que, si no hubiera sido por Álex, a lo mejor habría podido pasar algo.

Como he dicho en otras ocasiones, era buena, pero no tonta.

—Con no sentirme así de mal, me conformo.

No le iba a mentir. No tenía sentido hacerlo.

—¿Le has dicho a alguien adónde has ido?

Cogió mi maleta para guardarla en el maletero del coche.

—Solo lo saben mis padres y mi abuela. No quería que se preocuparan.

—¿Entonces les has tenido que contar por qué te vas?

Creo que fue una de las cosas más difíciles que había hecho nunca. Lo hice para que entendieran mi decisión.

Como he dicho, fue duro, pero, en cuanto lo solté, me sentí liberada.

Hubo momentos complicados en los que me reprocharon haberme callado y no haberles dicho nada, pero no fueron reproches para hacerme daño. Todo lo contrario. Más bien eran una forma de consuelo.

Lo que más me dolió fue que se culparan. Pensaron que, si no les había dicho nada, era porque no les tenía la suficiente confianza, y me costó mucho hacerles entender que no había sido por eso.

La reacción de mi abuela fue la que más temí. Y no porque ella me fuese a hacer sentir mal. No era el caso. Fue precisamente por lo que hizo.

Se levantó con lentitud del sofá de casa, me miró y, muy seria, dijo que esto no se iba a quedar así. Que ese desgraciado iba a desear estar muerto para no seguir pasándolo mal, porque ella misma iba a hacerle la vida imposible.

La creí, porque cuando la abuela hablaba así de seria, había que creerla. Doña Águeda, cuando decía que iba a hacer algo, no paraba hasta que cumplía su palabra.

Y estaba segura de que, fuese como fuese, iba a conseguir que el hijo de puta ese pagara por todo el daño que me había hecho.

—Sí, se lo he contado todo.

A Lorenzo también se lo había dicho. No me parecía justo pedirle ayuda y que él fuese a ciegas, sin saber el motivo por el que se la pedía.

Así que, entre lágrimas y con la voz entrecortada, se lo confesé todo. Puede que ese fuese uno de los motivos por los que lo sentía más cercano a mí.

—Tenías que haberlo hecho en el momento en el que pasó, pero, como eso ya no se puede cambiar, vamos a intentar poner remedio al ahora. Y eso va a ser con paciencia y mucha calma.

Lo miré con todo el agradecimiento que sentía.

No me iba a dar la vida para devolverle a ese hombre todo lo que estaba haciendo por mí.

Y no es que él me estuviera haciendo un favor para cobrármelo después. Algo en mí me decía que Lorenzo no era así. Él era mucho más que eso.

Solo había que ver lo rápido que respondió a mi grito de ayuda. Porque sí, aunque no hubiera levantado la voz, eso había sido un grito. A veces no necesitas gritar para que alguien se dé cuenta de que te estás rompiendo y te tienda una mano sin pedir nada a cambio, tal y como había hecho el hombre que estaba sentado a mi lado.

—Sé que tienes razón. No lo hice y es algo de lo que voy a arrepentirme el resto de mi vida, pero, como tú has dicho, contra el pasado poco puedo hacer.

—Pero sí con el futuro. Ese lo tienes en tus manos.

De pronto y sin venir a cuento, me eché a llorar. ¿Por qué? No lo supe con exactitud. Puede que fuera al pensar en ese futuro que ya no iba a tener junto a Álex.

—Ey, no quiero verte así. Quiero a la Nadine que conocí en las Maldivas, esa que fue capaz de callar a una mesa entera cuando se estaba poniendo demasiado intensa.

—Supongo que no siempre tenemos las mismas fuerzas.

—No, pero por eso mismo tenemos que poner de nuestra parte. Sé que has vivido momentos muy duros, por decirlo de manera suave. También entiendo que debes tener tus momentos de bajón, pero me tienes que prometer que, dentro de unos días, cuando hayas llorado como para tres años, vas a salir a comerte el mundo.

Este hombre era capaz de hacerte reír y emocionarte en una misma frase.

No podía estar más feliz de que nuestras vidas se hubieran cruzado aquel día, porque sabía que Lorenzo iba a ser un amigo para toda la vida.

Capítulo 33



Nadine

Lorenzo no me dejó quedarme en la habitación más de un día. A la mañana siguiente entró sin tocar. Abrió las cortinas de golpe, haciendo que el sol que entraba me cegara por completo.

Y eso que me dijo que me iba a dar unos días para que lo fuese asimilando todo y cogiendo fuerzas.

Este hombre tenía que ser, como poco, bipolar, porque ese cambio no era muy normal.

—Arriba, dormilona, se terminó el llanto, por lo menos por hoy.

El capullo me había llamado dormilona. Si supiese él que apenas había cerrado los ojos.

Con lo poco que había dormido y lo mucho que había llorado, no me apetecía nada levantarme de la cama, mucho menos ir a algún lugar.

—No me apetece salir, Lorenzo.

Se sentó en el borde de la cama y me puso un espresso en las manos. Parpadeé, confundida, porque no lo había visto entrar con nada.

—¿De dónde ha salido este café?

—Uno que hace magia. —Me guiñó un ojo—. Pero no me cambies de conversación, porque hoy vamos a salir. Este pueblo no es un sitio para estar triste.

Cualquiera le llevaba la contraria, con la determinación con la que lo había dicho.

Aunque, por mucho que dijese que no era el lugar indicado para estar triste, no lo podía evitar. En esos momentos, mi corazón y mi alma lloraban por lo que habían perdido.

Me vestí porque no tenía fuerzas para discutir. Que, si llego a tenerlas, no me saca de la habitación ni a tiros.

En cuanto estuve más o menos presentable, salimos de su casa, que, por cierto, no era donde vivía normalmente. Digamos que su verdadera casa estaba en Milán.

Me agarró de la mano y tiró de mí hacia la plaza más cercana que teníamos. Tampoco es que las demás estuviesen mucho más lejos, ese pueblo era muy pequeño.

—Lección número uno —dijo señalando las casas de colores—. ¿Ves esto? Rosa, amarillo, naranja. Aquí no se permiten los grises. Los pescadores pintaban así sus casas hace siglos para reconocerlas desde el mar cuando volvían borrachos.

»Si te pierdes en la vida, Nadine, pinta tu casa de un color que se vea desde lejos.

No sabía si la historia de los pescadores era cierta o no, pero a mí me había dejado sin palabras. No me esperaba para nada al Lorenzo que me estaba mostrando ese día.

Lo de borrachos sí que estaba completamente segura de que lo había dicho para sacarme una sonrisa. Y le funcionó, porque sonreí.

—No tengo casa, vivo en un piso y ni siquiera es mío, es de alquiler.

Me salió una media sonrisa sin querer.

—Pues entonces tendremos que pintar la fachada del edificio por completo.

Me hizo soltar una carcajada, pero él no se quedó atrás, me siguió con otra también.

Me llevó por callejones estrechos, contándome historias de cada piedra. Que si en aquella iglesia se casó su abuela.

Que si en ese banco le dieron su primer beso a los catorce y le duró tres segundos porque no le gustó para nada ese beso. Y que, por culpa de esa primera y muy mala experiencia, tuvo que practicar con muchas mujeres para saber cuál de todas besaba mejor.

Ahí me reí lo más grande, sobre todo porque sabía que se lo estaba inventando para hacerme reír.

—Tú lo que tienes es la cara muy dura —le dije entre risas.

—Entiéndelo, preciosa, tengo que comparar para poder elegir a la mejor. ¿Quieres enseñarme cómo besas tú?

Se acercó a mí poniendo morritos.

—Echa para allá, que estás corriendo mucho.

Sabía que estaba bromeando y que cada cosa que hacía era para distraerme, por lo menos durante unas horas.

Paramos a comer en un restaurante escondido, lejos de los turistas. Nadie mejor que él, que se había pasado parte de su vida aquí, para conocer los mejores lugares para comer.

El dueño, un hombre de setenta años, le gritó algo a Lorenzo en italiano, porque aquí los más antiguos tenían la pequeña costumbre de gritar cuando hablaban. Para que después digan que solo somos los españoles.

Sin que hubiese pedido nada de comer, me plantó delante un plato de *trofie al pesto* y lo hizo sin preguntar.

—Yo no he pedido esto.

Miré el plato y la verdad es que tenía una pinta estupenda.

—En Italia curamos las penas con carbohidratos y te puedo asegurar que ese plato lo vas a recordar toda la vida.

Le di un bocado y casi lloro otra vez, pero de lo bueno que estaba.

—Está… de muerte.

—Lo sé. —Se notaba que disfrutaba con ese plato de pasta—. Es la receta de mi abuela. Ella decía que un buen plato de pasta tenía el poder de arreglar cualquier preocupación que tuviéramos.

No sé si su abuela tendría o no razón, pero el plato estaba de vicio.

Le pregunté por qué ese restaurante tenía la receta de su abuela y me dijo que antes, cuando él era pequeño, la dueña del lugar fue su abuela.

Después me subió al Castello Brown. El camino era cuesta arriba y yo jadeaba como si hubiera corrido una maratón. Él iba hacia atrás, mirándome, con los brazos abiertos.

—¿Ves? Estás viva. Si puedes odiar esta cuesta, puedes odiar a Álex también. Y luego, cuando se te pase, puedes perdonarle. O no. Pero primero, respira.

—Yo no odio a Álex y lo sabes.

—Pues yo sí, un poco, por robarme a la chica de mis sueños.

Es que me tenía que reír con él. No hacerlo era misión imposible.

Desde arriba, Portofino parecía una postal. El mar estaba tan azul que dolía verlo y no poder tocarlo, y los yates parecían juguetes, porque otra cosa no, pero yates había a patadas.

Me apoyé en el muro y, por primera vez en cuatro días, respiré sin que me doliera el pecho.

Porque sí, entre que me fui, que Lorenzo me dijo que al día siguiente tenía el vuelo privado, ese que iba a coger, pero del que al final me arrepentí porque no quería irme de allí sin hablar con mi familia, entre una cosa y la otra habían pasado cuatro días.

Lorenzo se puso a mi lado, en silencio. Uno que le duró poco, pero que, con las palabras que me dijo, me volvió a dejar sin habla.

Lorenzo era mucho más de lo que dejaba que el mundo pudiera ver de él.

—¿Sabes por qué me gusta este sitio? —negué con la cabeza—. Porque aquí todo el mundo tiene una segunda vida. Los ricos vienen a esconderse. Los pobres vienen a soñar y los rotos venimos a sanar con la brisa de este mar.

»Esto que tienes ante tus ojos es capaz de curar hasta el alma más rota, créeme, sé de lo que hablo.

Lo miré con una sonrisa de agradecimiento, porque, sin que él lo supiera, estaba haciendo mucho por mí. Y sí, también estaba uniendo mis pedazos, pero no Portofino ni el mar. Lo estaba haciendo él.

No me devolvió la mirada. Seguía con la vista puesta en el horizonte, como si estuviese pensando en algo, y ese algo eran las siguientes palabras que me dijo.

—Tú no estás rota, Nadine, solo estás dañada, y lo dañado tiene arreglo.

—Me gusta mucho este Lorenzo que me estás mostrando.

—Pero no se lo digas a nadie, que este Lorenzo, como tú dices, solo se lo muestro a las personas que son especiales para mí.

Me pasó un brazo por los hombros. No fue un abrazo romántico, fue el abrazo de un hermano. Uno de esos que te reconfortan por completo.

Me dio fuerzas, no solo para afrontar el día, sino también para afrontar mucho más.

Bajamos cuando el sol empezaba a caer.

La verdad es que el pueblo se veía precioso. Las luces de las calles se empezaron a encender, lo que le dio un ambiente más profundo, como más romántico. Desde luego, este pueblo se iba a quedar para siempre en mi corazón.

Lorenzo me agarró de las manos.

—Ven, vamos a bailar.

Lo miré con los ojos de par en par.

—No me mires así, aquí es tradición bailar si te encuentras con músicos por la calle.

Estaba segura de que se estaba quedando conmigo y de que aquello era otra forma más de distraerme.

Pero se ve que me dijo la verdad, porque allí bailaban todos, hasta los turistas que estaban de paso.

Lo hacían las personas que sabían disfrutar de verdad, de esas que se bebían los días sorbo a sorbo.

—No sé bailar —dije en un intento de que no me obligara a hacerlo.

—Perfecto, yo tampoco.

Mintió, porque el capullo se movía como si hubiera nacido con la música recorriendo sus venas.

Reí a carcajadas mientras me dejaba arrastrar por ese loco que me movía de un sitio para otro como si fuese una muñeca.

Cuando volvimos a su casa, me dolían los pies de tanto andar, pero disfruté de cada segundo que había pasado junto a él.

Lorenzo me dejó en la puerta de la habitación.

—Mañana te enseño dónde hacen el mejor helado del mundo. Y pasado te llevo a nadar a la bahía de Paraggi. Y al otro, lo que haga falta hasta que empieces a sentirte mejor.

No contesté. Solo me acerqué a él y le di un abrazo. No uno por cumplir, sino uno con todo el corazón. Qué pena no haber conocido a este hombre mucho antes.

Y no porque lo quisiera como pareja, sino porque me habría gustado que estuviera en mi vida así desde hacía mucho tiempo.

Poco podía decir ante todo lo que estaba haciendo por mí. Desde luego que Lorenzo, sin saberlo o quizá sí, me estaba dando una gran lección de vida. Pero, lo que era mucho más importante, me estaba ayudando a sanar esa herida que tenía desde hacía diez años.

Me di una ducha antes de meterme en la cama. Estaba segura de que esa noche iba a dormir mucho mejor, no solo por el cansancio de haber estado todo el día de un lado para otro, sino porque mi corazón dolía un poquito menos.

Capítulo 34

Álex

Vera no me quiso contar lo que había pasado. Me hizo entender que, por mucho que me quisiera, no podía fallarle a ella.

Solo me dijo que no todo era como parecía y que, por favor, no creyera en las palabras que me había dicho, porque, si de algo estaba segura, era de que Nadine estaba completamente enamorada de mí.

¿Qué debía hacer ante esas palabras? Porque lo único que me había dejado claro era que le había pasado algo muy malo o, por lo menos, algo que le había hecho mucho daño.

Había pasado por su piso varias veces. No estaba allí, de eso podía estar seguro. No es que no quisiera abrirme, es que no estaba.

Me lo confirmó su vecina, que hacía días que no la veía entrar ni salir. Le pregunté si tenía idea de adónde podía haber ido, pero, como era normal, no lo sabía.

Aquello me dejó todavía más perdido, porque su piso era el primer lugar lógico al que acudir y ni siquiera allí había rastro de ella.

Otro día fui a casa de sus padres. No me atreví a llamar a la puerta, pero sí me quedé dentro del coche por si tenía suerte y la veía entrar o salir de allí.

Y no, no tuve esa suerte. Vi cómo entraba su madre, cómo salía otra vez su padre y a su abuela varias veces.

Hasta que, en una de esas, Águeda se acercó a mi coche. Era normal que me hubiera visto. No traté de esconderme ni mucho menos, no era mi intención.

Solo me quedaba aquí sentado durante horas, como si fuese un policía, con la única diferencia de que yo no estaba de infiltrado, sino al descubierto.

La abuela de Nadine siempre había sido una mujer directa, de esas que te decían las cosas a la cara para que espabilaras o bien para dejarte en ridículo. Eso iba en función de cómo le hubieras caído.

Ella no preguntó, ella dio por hecho.

Abrió la puerta del copiloto, entró y se sentó en ese asiento.

—No está aquí. Por muchos días que vengas con la esperanza de verla, no la vas a ver.

—¿Dónde está? Estoy desesperado por verla y hablar con ella. Sé que no me ha dejado por el motivo que me dio, sé que hay algo y que mi hermana lo sabe, pero no me quiere decir nada.

Mi voz era pura desesperación.

—Arranca el coche y conduce hasta tu casa. Voy a contarte algo muy importante porque creo que eres el principal interesado en saber.

La miré con un poco de esperanza y también con angustia.

—También sabes lo que le pasa, ¿verdad?

Se lo pregunté, aunque estaba completamente seguro de que ella lo sabía todo.

—Sí, pero no creas que lo sé desde hace tiempo. Me enteré al día siguiente de que se fuera de tu casa.

—Águeda, ¿es algo que le he hecho yo? Porque, si ha sido así, esa nunca fue mi intención. Nadine es muy importante para mí.

La miré de reojo. No quería que, por prestar atención a sus gestos, pudiésemos tener un accidente con el coche.

—No, Álex. Conduce tranquilo. Te prometo que te lo voy a contar todo, no me voy a callar absolutamente nada y me da igual que mi nieta me deje de hablar. Lo que me importa es su felicidad.

Escuchando cómo me estaba hablando en esos momentos, no sabía si iba a estar preparado para lo que me iba a decir, porque algo me decía que iba a ser duro de escuchar.

Águeda no se ponía así de seria porque sí.

En los años que hacía que la conocía, en contadas ocasiones la había visto como estaba en esos momentos. Eso hizo que el miedo se me asentara en el estómago, porque algo me decía que iba a doler. Y mucho.

Esto no era cosa de una tontería sin importancia. Si no fuera importante, mi hermana no hubiera llorado de la forma en la que lo hizo, porque lloró con desgarro y con un dolor profundo, de esos que se instalan en tu corazón, de los que hacen que te pese hasta el alma.

Y puede que fuese mi instinto, la seriedad de Águeda o lo que fuera, pero me daba a mí que me iba a romper por dentro y no creía que pudiera aguantar más dolor del que hasta ahora estaba soportando.

Llegamos a casa y, después de aparcar el coche, la invité a pasar dentro. De todos modos, ella no necesitaba invitación. Podía considerar la casa como si fuese suya.

—¿Te apetece tomar algo?

Era media mañana, por lo que no sabía si iba a querer un café, un refresco o un poco de agua.

—Pues sí, una cerveza bien fresca, si la tienes.

Levanté una ceja cuando me la pidió. Que no era por nada, pero es que siempre me había imaginado que Águeda era más de vino que de cerveza. Pero, si la mujer quería eso, yo se lo daría y todos contentos.

—Sí que tengo.

No solía beber en casa más que una copa o una cerveza de vez en cuando, pero me gustaba tener por si venía alguien.

Entré en la cocina, y ya que estaba, también cogí una para mí. Algo me decía que la iba a necesitar y no solo una. Más bien iba a necesitar una buena borrachera que me hiciera olvidar lo que me iba a decir.

Como no sabía si la iba a beber directa del botellín, le llevé un vaso. Yo, desde luego, no lo iba a utilizar.

—No sabía si querías vaso.

Le dije cuando se la ofrecí.

Me encontraba tan nervioso y, a la vez, tan impaciente que no sabía qué decir ni cómo actuar. Lo único que quería o, más bien, necesitaba era saber qué le pasaba a Nadine.

—No lo quiero. Con el calor que hace en el sur de España, echar la cerveza en el vaso es calentarla rápido. —Le dio un trago bien grande al botellín—. Niño, y ahora siéntate, que he venido para hablar y no para que me veas tragar.

Sonreí.

Con Águeda era inevitable no hacerlo.

—Te escucho.

Le dije para que supiera que estaba atento a lo que iba a decir.

—No sé por dónde empezar y tampoco sé todos los detalles, solo lo que pasó esa noche.

Sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda.

Cada vez pintaba mucho peor lo que me iba a decir.

—Águeda, di lo que tengas que decir, pero hazlo ya, porque esta angustia que siento en el pecho me está ahogando por completo.

A estas alturas, me daba igual decir mis miedos y sentimientos a voces donde fuese necesario y delante de quien hiciera falta. Sobre todo, si ello me ayudaba a encontrar a Nadine para que volviera a mi lado.

—Pues si te sientes así ahora, no creo que estés preparado para escuchar lo que tengo que decirte.

Me pasé las manos por el pelo con desesperación.

—Solo dilo, ya veré cómo lo asumo o cómo me lo tomo.

—Hace diez años diste una fiesta en casa de tus padres, todavía vivías con ellos.

Asentí.

No sabía de qué fiesta en concreto me estaba hablando. Por aquella época di unas cuantas.

—Di más de una.

Le sonreí, pero, cuando vi cómo me miró, se me borró la sonrisa de golpe. Y no es que me mirara con maldad ni deseándome nada malo, era por la seriedad y la tristeza que había en sus ojos.

—Esa vez se quedó Nadine en tu casa con tu hermana —volví a asentir—. Por lo visto, le dijiste a ella y a tu hermana que se podían unir a vosotros. Tu hermana sí bajó, en cambio, mi nieta no quiso hacerlo.

—Águeda, te agradezco mucho que me lo cuentes todo paso por paso, pero, por favor, resume un poco, que me va a dar un infarto imaginando cosas.

—Lo que le pasó a ella no te lo imaginas.

Me tensé aún más. En realidad, no sabía si era posible, porque llevaba con los nervios de punta desde que ella se había ido de mi casa.

Me miró con pena, y esa era una de las expresiones con las que menos podía luchar. Nunca había soportado ese tipo de miradas, esas que se compadecen de ti.

—Cuéntamelo todo, no te dejes nada atrás.

Lo dije tras pensarlo mejor. Quería saber hasta el más mínimo detalle de lo que me tenía que contar.

Capítulo 35



Álex

—Esa noche, Nadine no bajó a la fiesta porque no se sentía cómoda con uno de tus amigos. De hecho, llevaba tiempo sin gustarle las miradas que le echaba.

Nunca me había dado cuenta. De hecho, ninguno de mis amigos me había comentado que le gustase Nadine.

—Nunca me di cuenta de nada raro.

—Pues ella sí. Por eso mismo, cada vez que iban tus amigos, más en concreto ese amigo, ella se iba de casa de tus padres con cualquier excusa.

No me quería imaginar lo que me estaba imaginando. Me negaba. No podía ser posible.

—No, no puede ser.

—No sé qué es lo que estás pensando, pero desde luego que ese cabrón lo hizo esa noche.

Me pasé las manos por la cara con desesperación. Después me las pasé por el pelo hasta dejarlas detrás, sobre mi nuca. Entrelacé los dedos y dejé las manos ahí.

No quería tenerlas libres porque, si las tenía, iba a terminar destrozando algo de la casa. En realidad, me daba igual romper todo lo que había, solo que no quería perder los nervios de esa manera.

—¿Quién fue y qué le hizo?

Le pregunté con un nudo en la garganta que no me dejaba casi ni hablar.

—Cuando tu hermana bajó y ella se quedó sola en la habitación —se le derramaron las lágrimas que llevaba un rato intentando contener —, entró dentro. Nadine intentó defenderse, lo intentó con todas sus fuerzas, pero no pudo contra la fuerza que él ejerció contra ella.

Ya no eran solo lágrimas las que se le escapaban, era un llanto desgarrador.

—¿Quién fue?

Le volví a preguntar. Lo hice con la rabia recorriéndome las venas.

—Te puedes imaginar lo que le hizo. Nadine no había estado con nadie antes de esa noche. Le costó años salir de ese pozo y cargó con todo ella sola, porque no se lo contó a nadie.

—¿Por qué no pidió ayuda? ¿Por qué no me lo dijo en ese momento?

Me dejé caer en el sofá, derrotado.

Era lo peor que había escuchado en mi vida. Todo lo que hasta entonces me había parecido malo se quedaba pequeño al lado de lo que me estaba contando Águeda.

—¿Por qué no pide ayuda una niña que no tiene experiencia en la vida?

—Principalmente, por miedo.

—Tú mismo has contestado. No contó nada por miedo, pero, a partir de ese día, todo cambió en ella. Se volvió desconfiada, se apartó por un tiempo de la familia, de tu hermana y cambió mucho su actitud hacia ti.

No recordaba cuál de esas malditas fiestas fue, pero sí que, ahora que lo decía, era verdad que fue más o menos en aquella época cuando empezó a llevarse mal conmigo. Fue como si, de pronto, hubiera comenzado a odiarme.

—¿Quién fue?

Le volví a preguntar por tercera vez y ahora lo hacía con ganas de matar al desgraciado ese que había sido capaz de tocar a Nadine contra su voluntad.

No era ni mejor ni peor que cualquier otro hombre, pero jamás habría hecho algo así. Nunca se me hubiera pasado por la cabeza cometer semejante barbaridad.

Por suerte, la mayoría de los hombres pensaban como yo y solo unos pocos eran como esos hijos de puta. Mira que no era un hombre que le deseara el mal a nadie, pero, a gentuza como esa, me hubiera gustado que no hubiese llegado a nacer.

—Un tal Ismael.

Creo que, por unos segundos, el corazón se me paralizó. Noté cómo se me iba todo el color de la cara. Me quedé congelado, sin ser capaz de decir nada. Me había quedado en *shock* por completo.

Ahora entendía muchas cosas, sobre todo cuando ella estaba en casa con mi hermana y yo llegaba con él. Como había dicho su abuela, Nadine siempre salía huyendo.

Creí que era por mí, porque le hacía mucho rabiar y que lo que intentaba era evitarme.

Por eso se fue el muy cabrón de la ciudad. Salió huyendo por miedo a que ella lo denunciara.

Ahora entendía por qué, cuando estábamos preparando la cena para la familia y le dije que él regresaba a la ciudad, cambió su actitud.

¿Cómo no había visto ese detalle? ¿Cómo no había visto el miedo recorrer su mirada?

Quizás no era el hombre que ella necesitaba. Si lo fuese, habría sabido que algo no estaba bien, que algo la estaba rompiendo por dentro.

—Lo voy a matar, te lo juro que lo voy a matar con mis propias manos.

—Niño, no digas tonterías. Hay muchas formas de acabar con alguien sin tener que ensuciarte las manos de sangre, pero, a la vez, haciendo que esa persona desee su propia muerte.

Eso era tener una buena mente capaz de dar lecciones y lo demás eran tonterías.

—Tienes razón. Quiero ver cómo sufre con agonía, quiero que sea la persona más infeliz del planeta. Como tú dices, quiero que desee su propia muerte.

No me consideraba un hombre rencoroso ni mucho menos vengativo, pero, con Ismael, con ese ansiaba con toda mi alma que le pasase todo lo malo del mundo, que se pudriera en el infierno.

—Puedo entender que en su momento no me dijese nada por miedo y porque no nos llevábamos bien, pero ¿por qué no me lo ha dicho ahora? ¿Por qué se lo ha guardado para ella y ha preferido romper nuestra relación?

—No sé, esas son preguntas que tendría que responderte ella. Aunque imagino que pensó que, si te lo contaba ahora, diez años después, no la ibas a creer. Vuestro trato antes no era precisamente de mejores amigos.

Tenía razón, pero creía que entre nosotros había algo profundo, algo en lo que podíamos confiar el uno en el otro ciegamente.

—¿Sabes dónde está?

—No sé el lugar al que ha ido, solo sé que ha salido del país. Nos llama una vez al día por la noche, nos dice que está bien y que no sabe cuándo va a volver.

Lo siento, pero en eso no la creía.

—No te creo.

—Es tu problema, no el mío.

No tenía pelos en la lengua a la hora de contestar.

—Seguro que os ha dicho dónde se ha ido.

—Niño, te he dicho que no y no tengo por qué mentirte. Si no quisiera que estuvieses con mi nieta, no te habría contado nada, con lo feliz que se veía a mi niña estando contigo.

Ahora sí que la creía.

—¿Se lo habrá dicho a mi hermana? Aunque, si no me quiso decir nada de lo que le había pasado, no me va a decir dónde está.

Querer estar con la persona que amabas y no poder estar junto a ella, sobre todo en momentos duros como esos, era una puta mierda.

—No, estoy segura de que no se lo ha dicho a nadie.

—¿No se lo puedes preguntar cuando os llame esta noche? No sé, o decirle que, por favor, me llame, que estoy desesperado por hablar con ella y verla.

—¿Te crees que sus padres y yo no se lo hemos dicho estos días? No quiere dar su brazo a torcer. Se piensa que, cuando te enteres, no vas a querer saber nada de ella.

Era increíble que tuviera ese pensamiento sobre mí. Eso quería decir que no me conocía lo suficiente.

Y, por lo que parecía, yo a ella tampoco.

En ese momento me sonó el móvil. No le hice caso. Por ahora no había nada más importante para mí que Nadine, todo lo demás dejaba de tener importancia.

La persona que insistía, desde luego, no pensaba rendirse. A la tercera vez, me maldije. Y no por la interrupción, sino porque había sido tonto al no mirar quién era. ¿Y si era ella?

Miré el teléfono, pero no conocía el número. Además, tenía un prefijo de Italia.

Aquello me puso en alerta.

—¿Diga?

Contesté no muy convencido.

—Hola, amigo. —Era un hombre y rio al hablar—. Si de verdad estás enamorado de tu chica y la quieres recuperar, te sugiero que me escuches con atención antes de hablar.

Ahora que había hablado más, supe al instante quién era.

—Tienes toda mi atención.

Capítulo 36



Nadine

Lo supe antes de verlo. Fue como si mi cuerpo e incluso mi alma lo hubieran sentido.

Estaba sentada en el muro de la plazoleta, con un helado de limón que, la verdad sea dicha, me pedí porque Lorenzo fue muy insistente, ya que a mí no me apetecía para nada.

De hecho, se estaba derritiendo. Y mira que estaba bueno, que lo probé cuando lo pedí, pero es que no me apetecía ni el helado ni nada.

Estaba concentrada mirando al mar, porque Lorenzo decía que, si lo mirabas el tiempo suficiente, se llevaba las penas.

Mentira. Las mías seguían conmigo, muy dentro de mi pecho, en lo más profundo de mi corazón.

Lorenzo estaba a mi lado, sin decir nada. Eso era lo que tenía él, por lo menos por lo que había ido descubriendo de sus distintas personalidades. Podía ser serio y profundo, ponerse filosófico o, como en ese momento, quedarse callado y pensativo.

De pronto, miró hacia el final del muelle y, como he dicho antes, lo sentí incluso antes de seguir la dirección de su mirada.

Allí estaba él, Álex.

Mi corazón se detuvo por unos segundos, los suficientes para pensar que me estaba dando un infarto. A ver, que sé que estaba siendo un poco exagerada, pero era lo que sentí en esos momentos.

Estaba parado, sin moverse, como si tuviera miedo de que, si daba un paso en falso, yo fuera a salir corriendo.

Lorenzo suspiró y me apretó el hombro con esa mano que me había sostenido sin conocerme, con la que me tendió la suya sin pedir nada a cambio. La misma que me consolaba cuando no podía aguantar más el dolor.

—Creo que ha llegado el momento de hablar con él. Cuéntaselo todo, cómo te sentiste y cómo te sientes ahora. Habla como has hecho estos días conmigo.

Me besó el pelo y se alejó hacia una de las calles sin mirar atrás.

Me dejó sola, con los nervios a flor de piel y el cuerpo entero en tensión.

Álex empezó a caminar. Cada paso suyo hacía que el aire me costara un poco más.

Como tardara mucho en llegar hasta mí, iba a olvidarme hasta de respirar.

Cuando por fin llegó hasta mí, se quedó a un metro de distancia. No se atrevió a acercarse más. Era como si temiera mi reacción.

No tenía ni idea de quién le había dicho dónde podía encontrarme, aunque el único que podía haber sido era Lorenzo. Mi familia sabía que estaba en alguna parte de Italia con mi amigo, pero no el lugar exacto.

—Lorenzo me llamó para decirme que estabas aquí y Águeda me lo contó todo.

Lo dijo con la voz rota, como si hubiera estado gritando y llorando a la vez.

No fui capaz de hablar. Las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Sentía como si alguien me estuviese apretando tanto que no me dejaba respirar.

—Me contó lo de Ismael, lo que te hizo hace diez años en casa de mis padres, en la fiesta que di.

Sonaba derrotado y yo sentí que esa mano imaginaria apretaba un poco más.

Dejé el helado que hasta ese momento seguía sosteniendo. Derretido, eso sí. Lo apoyé encima de un muro de piedra que estaba a mi lado. Menos mal que era una tarrina y no un cucurucho, porque, de no haber sido así, me habría dejado las manos pringadas.

El momento tan temido que me había hecho huir había llegado y no me encontraba preparada para afrontarlo. Creo que las pocas energías que había en mi cuerpo se esfumaron por completo.

—Entonces ya lo sabes —susurré. Y me odié porque me salió un hilo de voz—. ¿Ahora entiendes por qué me fui? ¿Por qué te dije todas esas cosas? ¿Por qué te mentí con mis sentimientos hacia ti?

Él negó con la cabeza.

Vi una mezcla de furia, miedo y desesperación en su mirada.

—No, no lo entiendo una mierda. —Cuando hablaba así era porque sentía mucha rabia—. Quiero oírlo de ti. Quiero que me mires a los ojos y me digas por qué me dejaste en vez de decirme la verdad.

»Joder, Nadine, te hubiera creído. Para mí eres lo primero y siempre lo serás.

Lo miré. Y fue cuando lo vi por primera vez desde que lo conocía, porque lo miré con los ojos del corazón y del alma.

Vi al joven que conocí cuando yo era una niña que casi no levantaba dos palmos del suelo. Vi al hombre en el que se fue convirtiendo, ese que, pese a llevarse mal conmigo, siempre miró por mí.

El mismo hombre que cuidaba de su familia. Ese que, aunque de cara a la galería pareciera un soberbio egocéntrico, tenía un corazón de oro. Ese que era capaz de hacer lo que hiciera falta por las personas que quería.

Por primera vez vi al hombre del que llevaba casi toda mi vida enamorada sin saberlo. Ese que, desde que empezamos, dormía abrazado a mí todas las noches. El mismo que por la mañana me daba los buenos días llenándome la cara de besos.

Y fue ahí cuando me quebré. Me rompí por completo delante de él y, por primera vez, dejé que viera mi verdadero dolor. Ese que me estaba persiguiendo desde hacía diez años.

—Me fui por miedo —le solté con la voz rota—. Un miedo que me come desde los dieciocho años, Álex. Miedo a que me miraras como me estás mirando ahora mismo.

»Miedo al regreso de Ismael, porque no iba a ser capaz de enfrentarlo, no si quería que no te enteraras de lo que pasó. Miedo a que él te dijera alguna mentira y que dejaras de mirarme con amor.

Álex cerró los ojos. Fue solo un segundo, pero vi cómo se le venía el mundo encima. Cuando los abrió, estaban llenos de lágrimas que no se molestó en esconder.

—Nadine…

—¡No! —lo corté.

Me temblaba la voz, las manos y hasta el alma.

La gente de la plaza empezó a mirarnos.

—Déjame terminar, Álex. Me fui por vergüenza, por sentir que estoy rota por dentro y fingir que estoy entera. —No podía dejar de llorar—. Pensé que, si te lo contaba, si alguna vez lo descubrías, dejarías de quererme y empezarías a tenerme lástima.

—Jamás sentiría lástima. Puedo sentir muchas cosas, pero lástima no, porque no he conocido a una mujer más valiente que tú.

No me consideraba valiente, no cuando no había sabido plantar cara.

Estaba claro que ahora sería distinto. Ahora sería capaz de todo y no me quedaría ni de brazos cruzados ni callada.

Retrocedí hasta que el muro de piedra me cortó el paso por detrás de las rodillas. Detrás solo estaba el agua del puerto, verde y profunda.

Intenté que, con cada ola que venía y se iba, todos esos pensamientos que me carcomían se fuesen con una de aquellas olas.

—No te tengo lástima —repitió con la voz rota de dolor—. Tengo una rabia que me está partiendo en dos por no haber reventado esa puerta hace diez años. Tengo una culpa enorme por no haberme dado cuenta de lo que pasaba aquella noche.

Me tapé la boca con la mano, pero el sollozo se me escapó igual. No podía controlarlo. El dolor era tan grande que me estaba desgarrando por dentro.

—Tú no tienes la culpa, Álex. Puede que durante algún tiempo sí te culpara porque no me protegiste esa noche, pues mi subconsciente me decía que no me supiste cuidar. Pero después dejé de culparte, porque me di cuenta de que yo no era tu obligación.

Con cada palabra se le veía más roto, con mucho más dolor. Se dejó caer de rodillas en el suelo, delante de mí, sin importarle las personas que lo pudieran ver. Sin importarle nada que no fuese yo.

Me dejé caer junto a él, porque ya no aguantaba más la distancia que nos separaba, que era poca a ojos de cualquiera, pero un mundo para mí.

Lo abracé por el cuello y lo besé. Lo besé con las lágrimas cayendo a mares por nuestros rostros, porque los dos estábamos llorando por igual.

Lo besé con todo el miedo y él me besó como si llevara buscándome la vida entera.

Me devoró la boca mientras me sujetaba la cara con unas manos que le temblaban. Me estrechó contra su pecho, con fuerza, como si al tenerme junto a él nada malo pudiese pasarme.

Y yo, por fin, me sentí en casa. Sentí que estaba en el lugar perfecto, porque eso era Álex. Mi lugar, mi refugio y mi hogar.

La plaza entera podía estar mirando, me daba igual. Quien mirara, quien murmurara. Lo único que me importaba era lo que estaba viviendo junto a él.

Nos separamos cuando nos quedamos sin aire, con su frente apoyada en la mía, respirando el aire del otro. Me secó la cara con sus pulgares, con ternura y mimo.

—Perdón —le dije rozando sus labios con los míos—. Perdón por irme y no contarte la verdad de lo que me pasaba.

Necesitaba pedírselo, porque tenía que haber confiado en él y no lo hice.

Álex me besó en la sien, la mejilla, la comisura de los labios, secando cada resto de lágrima.

—No me pidas perdón. Tú no has hecho nada. Lo único que quiero que me pidas es que me quede. Es lo único que necesito oír.

—Quédate —susurré—. Por favor, quédate.

—Para siempre —dijo sin dudar.

—Para siempre.

Repetí.

—Y ahora nos vamos a casa, Nadine. A la nuestra. Porque a partir de ahora es nuestra, tuya y mía. —Me apartó el pelo del rostro con cariño y ternura—. Te amo, cariño, y me da rabia no haberme dado cuenta antes de todo lo que sentía por ti, pero lo he hecho y ahora ya no puedo vivir sin ti.

—Yo también te amo, Álex, tanto que me duele el alma.

Nos volvimos a besar, con ganas, con pasión y con la promesa de que no nos volveríamos a separar. Que, a partir de ahora, todo lo que nos viniera lo íbamos a afrontar los dos juntos.

Y, por primera vez, el peso del miedo parecía mucho más ligero, más llevadero. Por primera vez, ganarle a Ismael parecía posible.

Porque le iba a ganar. No sabía cómo, pero sí que lo iba a hacer, porque, aunque hubieran pasado diez años, no podía permitir que se saliera con la suya.

Porque ya no estaba sola.

Capítulo 37



Álex

Dejé a Nadine dormida en la habitación de arriba, durmiendo tranquila por primera vez en días. No hacía falta que nadie me dijese que no lo había estado haciendo, lo pude comprobar por mí mismo cuando la vi.

Yo también había podido dormir algo más que las noches anteriores. Solo con tenerla abrazada a mi cuerpo me daba paz, aunque no consiguiera estar tranquilo del todo, porque era imposible que se me fuese de la cabeza el motivo por el que nos encontrábamos aquí.

Bajé las escaleras de la casa de Lorenzo despacio. No quería hacer mucho ruido, no quería que Nadine se despertara todavía.

Lorenzo estaba en la cocina, preparando el desayuno. Tenía tres tazas en la encimera, pan cortado en una tabla cerca del tostador. Desde luego que sabía cómo desenvolverse en una cocina, solo había que ver lo bien organizado que lo tenía todo.

No se giró cuando entré. Lo hice sin hacer ruido y, como me quedé en la puerta observándolo, me habló.

—Sé que estás ahí.

Dijo sin levantar la vista.

—Si vienes a llevártela, ya sabes dónde está la puerta.

Sabía que estaba bromeando.

No contesté.

Me apoyé en el marco de la puerta. Aquel italiano había recogido a mi chica rota, le había dado techo y calma cuando yo ni siquiera sabía que se había ido del país.

Le debía más de lo que podía pagar.

—Vengo a darte las gracias —dije al fin.

La voz me salió baja. Todavía tenía muchas emociones dentro de mí, emociones que no sabía muy bien cómo digerir.

Él paró con la cafetera, se limpió las manos en el trapo y se giró.

—No me las des, lo hice por ella, no por ti.

—Lo sé —asentí, sobre todo porque no habíamos empezado con buen pie—. Y por eso te las doy el doble, Lorenzo. De verdad que no tengo palabras para agradecerte todo lo que has hecho por ella.

Lorenzo se apoyó en la encimera, cruzando los brazos sobre su pecho.

Me estuvo observando como si estuviese buscando la verdad de mis palabras en cada gesto de mi rostro.

—Estaba destrozada cuando llegó, Álex. No comía, no hablaba casi, no dormía. No sabía qué hacer, nunca había vivido algo así. Solo dejé salir esa parte de mí que tan poca gente conoce y funcionó.

Todo lo que le pudiera agradecer era poco para lo que se merecía este hombre. Y mira que me cayó mal cuando lo vi la primera vez.

—Por eso he bajado, para decirte que estoy en deuda contigo, que, a partir de ahora, para lo que necesites, estoy aquí. Hasta incluso para partirle la cara a alguien por ti —sonrió y yo con él—. Me puedes llamar de día, de noche, da igual. Tienes mi palabra y un nuevo amigo con el que puedes contar.

Se quedó callado un segundo. Luego resopló y negó con la cabeza, pero vi que se le relajaban los hombros.

—No quiero nada, Álex, solo quiero que la cuides, que Nadine esté bien. ¿Puedes hacer que ella esté bien? Sé que nos conocemos de poco, pero esa mujer se ha convertido en alguien muy importante para mí.

—Puedo —dije—. Y lo haré.

Le contesté a la pregunta que me había hecho. Al resto no sabía qué más le podía decir, solo seguir agradeciéndoselo como estaba haciendo.

Se acercó y me dio una palmada en el hombro que casi me hunde en el suelo. Parecía mentira. Con ese cuerpo, que no era más grande que el mío, ¿cómo tenía tanta fuerza?

—Entonces estamos en paz, pero, como la cagues, te juro que te tiro al puerto con una piedra atada a los pies. ¿Entendido?

—Entendido.

Reí.

Y era la primera vez que me reía de verdad en días.

En ese momento oímos pasos en la escalera. Nadine bajó despacio, despeinada, con unos pantalones cortos y mi camiseta puesta.

Daba igual cómo la viera, para mí siempre iba a ser la mujer más perfecta del mundo.

Nos miró a los dos ahí plantados y se mordió el labio.

—¿Interrumpo un duelo de testosterona o ya os habéis dado la mano como hombres civilizados?

Preguntó con la voz ronca por el sueño.

Lorenzo rio y yo detrás de él.

—Todavía nos queda la competición de a ver quién es el que mea más lejos.

Reímos los tres a carcajadas. Desde luego, este italiano, que parecía serio en algunos momentos, tenía sus buenos puntos.

Nadine vino hasta mí, abrazándome por la cintura y apoyando la cabeza en mi pecho. Me encantaba cuando hacía eso.

—Bueno, pues ya que estamos todos en paz, ¿me vais a tener encerrada o me enseñáis Portofino de verdad? Porque este —me dio un codazo suave— no ha visto nada más que el muelle. Eso sí, vamos después de desayunar y de ducharnos.

Así lo hicimos. Desayunamos con tranquilidad y conversando entre nosotros.

Salimos los tres cuando el sol estaba en todo su esplendor, y nunca mejor dicho, porque no veas cómo picaba esa mañana. Se notaba que iba a ser un día bastante caluroso.

Lo bueno que tenía este pueblo es que era costero, por lo que la brisa marina refrescaba un poco.

Lorenzo iba delante, explicando como un guía turístico.

Me hizo mucha gracia cómo lo contaba todo. Yo creo que la mayoría de las cosas que fue contando sobre ese pueblo se las fue inventando.

Mientras íbamos dando aquel paseo, Nadine me llevaba de la mano. No me la soltaba. Cada dos pasos me apretaba los dedos, como para asegurarse de que seguía ahí, y yo hacía lo mismo.

Íbamos bajando hacia el puerto, riéndonos de Lorenzo porque casi se tropieza cuando una gaviota se le tiró encima para quitarle lo que llevaba en las manos. La verdad, a las gaviotas había que temerles, sobre todo si llevabas algo de comida, como era su caso.

Doblamos la esquina de la plazoleta y nos la cruzamos de frente.

Era una mujer de unos veinte y pocos.

Alta, con el pelo negro rizado recogido a lo loco y un vestido verde, pero no un verde cualquiera, sino uno de esos que hacen que te duela la vista.

Cuando pasó por nuestro lado, levantó la vista un segundo y, en cuanto se dio cuenta de que era Lorenzo, sus miradas conectaron. No hacía falta ser muy listo para saber que entre ellos había algo.

Él se paró en seco, en mitad de la frase que nos estaba diciendo a Nadine y a mí. Se quedó mirándola como si acabara de ver a un fantasma. Por su mirada y reacción, desde luego que no se esperaba encontrarse con ella para nada.

La mujer le sostuvo la mirada dos segundos, alzó una ceja divertida y siguió andando, dejando a un Lorenzo aturdido y un poco desubicado.

No sé el tiempo que tardó en reaccionar, si fueron tres segundos o diez, pero tardó en hacerlo.

Lo más gracioso de todo era ver a ese hombre, que parecía tan seguro de sí mismo, con la boca abierta. Y lo digo literalmente, porque así es como se quedó.

A la primera que se le escapó una risita, aunque intentó taparse con la mano, fue a Nadine. Luego me miró y ahí ya no pude aguantar más.

Me reí a carcajadas. Sabía que no estaba bien, pero es que me hizo mucha gracia cómo se había quedado.

—Cierra la boca, Lorenzo —le dije entre carcajadas—. Que te van a entrar moscas.

Él parpadeó y volvió a la tierra. Se pasó la mano por la cara y se puso rojo. Estaba claro que esa mujer era alguien importante para él, pero por lo que parecía todavía no se había dado cuenta.

—Cállate —me dijo un poco cabreado.

Yo creo que ese pequeño cabreo era más porque me había dado cuenta de lo que significaba esa mujer para él que por haberme reído.

—¿Quién era?

Preguntó Nadine, secándose las lágrimas de la risa.

—Te ha dejado idiota en cero coma dos.

No podía parar de reír.

—Es Chiara, tiene la librería de la esquina, lleva aquí dos años y yo… yo no… mierda.

Más me reí al ver que se había vuelto a quedar sin palabras.

—El gran Lorenzo —me partía de la risa—. El que me amenazó con tirarme al mar, mudo por una mujer.

—Anda que no —añadió Nadine—. Si hasta se le ha olvidado respirar.

Lorenzo nos mandó a la mierda. Eso sí, lo hizo en italiano, aunque no pudo evitar que se le escapara la sonrisa.

Se pasó las manos por el pelo y miró de reojo hacia donde se había ido Chiara, como un crío de quince años.

Cuando volvimos a su casa, ya de noche, Lorenzo se quedó en la puerta mirando hacia la librería cerrada. Nadine le apretó el brazo al pasar.

—Gracias por todo —le susurró.

Él solo asintió. Luego me miró a mí.

—Recuerda lo que me debes.

—Lo recuerdo —le dije—. Y empiezo a sospechar que me vas a cobrar el favor pidiéndome consejos para ligar.

Se rio.

Esa noche, en la cama, Nadine se durmió con la cabeza en mi pecho y una sonrisa en la cara.

—Pobre Lorenzo —murmuró medio dormida—. Chiara lo va a destrozar.

—Se lo merece —contesté, abrazándola más fuerte—. Por su culpa casi te pierdo.

Estaba bromeando y no era por lo de ahora, era por lo del viaje a las Maldivas.

—No seas así, con lo bien que se ha portado conmigo y contigo también.

Reímos.

Hablamos durante un rato de lo que queríamos o nos gustaría hacer cuando llegáramos a casa. Solo hablamos y nos dimos algún que otro beso, pero no fuimos más allá. No era el momento.

Por primera vez después de que ella se hubiera marchado, dormimos pensando en un futuro juntos. Lo pensaba yo y sabía que ella también lo hacía.

Era como si, de pronto, la paz hubiera invadido mi cuerpo y, con ella, por fin pudiera respirar con normalidad.

Capítulo 38

Nadine

Nos despedimos de Lorenzo unos días después. Eso sí, el día antes de irnos hice que se sentara en una de las sillas de la cocina.

Le obligué a que me contara qué era lo que le pasaba con esa mujer. Sabía que había algo detrás de esa reacción y, aunque nos riéramos de él, no lo hicimos con mala intención.

Es solo que nos hizo gracia ver a un hombre tan seguro de sí mismo titubear como lo hizo.

Mucho no nos contó, ¿para qué nos vamos a mentir? Dio pocas explicaciones y las que dio fue porque tuve que insistirle más de la cuenta.

Por lo que dijo, ella llegó a Portofino hacía unos dos años y, aunque esa no era la residencia habitual de Lorenzo, dio la casualidad de que él estaba pasando allí unas semanas.

Por lo visto, era algo que solía hacer cuando se sentía un poco saturado con las empresas.

Bueno, se iba a Portofino o a cualquier otra parte. A la vista estaba donde nos conocimos, pero oye, que hacía muy bien. Eso también formaba parte de la vida: disfrutarla como a uno le viniera en gana.

Se conocieron y se gustaron, aunque, según nos contó, le costó acercarse a ella al principio. Fue paciente, le fue dando el espacio que creía que necesitaba y, con el tiempo, ella empezó a abrirse con él.

Le contó por qué se había mudado a Portofino, la decepción que sintió cuando descubrió a su marido, que, por cierto, no llevaba casada más de tres meses, con su hermana.

La hermana de ella, no la de él. Lo aclaro para que no os llevéis las manos a la cabeza, que ya de por sí es malo que le pusiera los cuernos, pero no es lo mismo que se los ponga con su cuñada que con su propia hermana.

Bueno, a lo que iba, que me pongo a desvariar y me voy por donde no tengo que ir.

El caso es que ese tío engañó a Chiara y esta lo descubrió tres meses después de haber dado el «sí, quiero». Que digo yo que esos dos llevaban mucho más tiempo liados.

Cuando los vio, cogió una maleta y, sin pensarlo mucho, se marchó de allí sin mirar hacia atrás.

No me extrañaba nada que a esa mujer le hubiera costado abrir su corazón, sobre todo después del mazazo que se había llevado, pero Lorenzo consiguió ganarse su confianza con paciencia.

Fueron meses de idas y venidas de mi amigo. Por las empresas, no podía quedarse mucho tiempo sin ir a Milán. Iba, se quedaba allí una semana o el tiempo que hiciera falta y regresaba por dos o tres semanas.

Uff, creo que me estoy enrollando demasiado.

En fin, que consiguió ganarse su corazón o, por lo menos, un pedacito de él.

Todo comenzó a ir bien, hasta que pasó algo que hizo que ella se distanciara por completo. Tanto que los había dejado en la situación en la que se encontraban ahora mismo.

Vamos, que se veían por la calle, él se quedaba medio tonto embobado con ella, y Chiara pasaba de él o le soltaba algún que otro comentario con mala idea.

¿Sabéis qué? Creo que esa era su manera de protegerse.

Pues eso, que lo que me quedó claro era que entre ellos había mucha tensión sin resolver. Y, aunque ahora mismo las cosas pintaran demasiado mal, algo me decía que al final se iban a sentar a hablar de forma civilizada o se tiraban el uno encima del otro. Eso sí, para comerse a besos y no para matarse.

Con la historia de mi amigo a cuestas y con el corazón recuperado, nos despedimos de él con la promesa de que vendría a vernos antes de que se acabase el verano.

Volver a España con Álex a mi lado fue un choque de sentimientos encontrados. Por un lado, me sentía la mujer más feliz del mundo, pero luego estaba la otra parte.

Esa que me daba miedo. Volver a la realidad y que todo saliese mal.

Y no por nosotros, más bien por todo lo que había a nuestro alrededor. La rutina, aunque todavía nos quedaba más de una semana de vacaciones a cada uno. Era consciente de que después él retomaría sus vuelos y pasaría varios días fuera de casa.

Yo regresaría al trabajo del restaurante y no me pesaba. Me gustaba mi trabajo. Lo bueno que iba a tener ahora era que ya no necesitaba hacer horas extras para ahorrar para el viaje y, por qué no, si me iba a vivir con Álex, tampoco tendría que pagar un alquiler. Podría vivir de manera mucho más desahogada.

—De vuelta en casa.

Me dijo con una sonrisa cuando cruzamos la puerta de ella.

—Sí, de vuelta.

Respiré profundamente.

Me llené los pulmones con el aire que entró, ese que olía a hogar, a sueños por cumplir, a querer crear una familia junto a él.

—Y esta vez no te vas a ir. Como si tengo que poner candados en todas las puertas de casa, pero de aquí no sales más.

Me hizo gracia la manera en la que lo dijo, con ese deje de broma, pero hablando totalmente en serio.

—Tendré que salir para trabajar y ver a mi familia.

Le seguí la broma.

—Trabajar no tienes por qué hacerlo y tu familia puede venir a verte.

Le di un pequeño manotazo en el brazo. Claramente estaba bromeando. Vamos, jamás se le pasaría por la cabeza hacer algo así y yo tampoco permitiría que sucediera.

—A ver si el que se va a quedar en casa eres tú y no al revés.

Lo rodeé por la cintura, apoyando mi frente en el centro de su pecho.

Álex me envolvió entre sus brazos mientras dejaba un beso en mi cabeza.

Ahí, justo en ese momento, me sentí bien. Sentí que podía con todo, que con él a mi lado todo era posible.

—Creo que con los candados no voy a tener suficiente —siguió con la broma—. Voy a tener que comprar una cadena para amarrarte a la pata de la cama.

No lo escuché reír, pero sí lo sentí sonreír sobre mi cabeza.

—La cama no tiene patas, es un canapé.

Me despegué de su pecho riendo.

Hizo una mueca graciosa al darse cuenta de que era cierto lo que le había dicho.

—Pues tiro esa y compro otra que sí tenga.

—Qué tonto eres.

—Si con mis tonterías te hago reír, entonces sí, soy un tonto feliz.

Cuando sacaba a relucir esta parte de su ser, me encantaba. O puede que siempre hubiese sido así y yo no lo hubiera visto.

No sé qué es lo que era. Lo único que tenía claro es que me gustaría que siempre fuese así.

—Me haces feliz estando a mi lado.

Le confesé.

—A tu lado es donde me quiero quedar el resto de mi vida.

Me cogió el rostro por las mejillas para alzármelo. Conectamos nuestras miradas y lentamente bajó sus labios sobre los míos.

Me besó con tranquilidad, sin prisa, con ternura y con la promesa que me había hecho antes. Me besó demostrando con ese beso que era cierto que se quería quedar en mi vida para siempre.

Capítulo 39



Álex

Pensaba seguir adelante con la sorpresa que le tenía preparada, la del viaje a Mykonos, con la única diferencia de que iba a cambiar un poco los planes porque pensaba llevarme a toda la familia. Estaba deseando que llegara el día siguiente.

Se iba a llevar la sorpresa de su vida cuando viera a toda la familia en el aeropuerto.

Quería que se sintiera protegida, pero, sobre todo, querida y arropada.

Llevábamos unos días en casa y se veía bien. Bueno, bien tampoco, pero sí mucho mejor, y eso ya era un gran paso.

Poco a poco volvería a coger las fuerzas, esas que se le fueron cuando le dije que Ismael volvía a la ciudad.

Pero estaba seguro de que se iba a recuperar por completo y ahí iba a estar yo. Esta vez sí iba a estar a su lado en todo momento.

También llevaba unos días dándole vueltas a un tema. No había tomado una decisión en firme, pero sí que lo estaba pensando seriamente y lo más seguro es que terminara haciéndolo.

Y no era otra cosa que cambiar de aerolínea, aceptar la oferta que me habían hecho y quedarme haciendo vuelos por Europa. Por lo menos así no tenía que pasar tantos días fuera de casa.

Puede que ganara menos dinero, pero ¿para qué quería tanto si no lo iba a disfrutar junto a la persona que quería?

Además, tampoco es que me hiciera mucha falta, ya que siempre se me habían dado muy bien las inversiones, por lo que, en cuanto empecé a cobrar mi buen sueldo, comencé a invertir, logrando hacer mucho dinero, más del que podía llegar a gastar.

La verdad era que, si seguía volando, era porque me apasionaba y no me gustaría perderlo, por lo menos no por el momento.

Pero bueno, eso lo pensaría bien llegado el momento. Por ahora me iba a centrar en organizar el viaje, que por lo que estaba viendo, no iba a ser nada fácil, sobre todo con la cantidad de personas que íbamos a ser.

—Preciosa, ¿lo tienes todo listo?

Sabía que nos íbamos de viaje; de lo contrario, no habría podido preparar la maleta. También le había dicho que íbamos a ir a un lugar de playas, para lo mismo, para que echara las prendas apropiadas, pero no le había dicho dónde íbamos.

Y, por lo que siempre le había escuchado cuando hablaba con mi hermana sobre temas de viajes, las Maldivas y Mykonos eran sus sueños por conocer.

Como uno de ellos ya lo había conocido, la iba a llevar al otro, y que por fin pudiese cumplir ese sueño también.

—Me falta el neceser. ¿No me digas que eres como tu hermana para las maletas?

Me acerqué a ella sonriendo.

—Te puedo asegurar que a mí el equipaje me da igual.

Estaba inclinada sobre nuestra cama, sí, nuestra cama, metiendo algo dentro de esa maleta, por lo que me acerqué por su espalda para abrazarla.

—Fíjate si me da igual el equipaje que, si me dices que se te ha olvidado y tienes que estar estos días completamente desnuda, me harías el hombre más feliz del mundo.

—No corras tanto. Puede que sea un desastre y lo deje todo para última hora, pero la maleta te aseguro que no se me olvida.

Se puso recta, haciendo que su espalda se pegara a mi pecho. Le rodeé la cintura con los brazos para atraerla un poco más a mí. Toda la cercanía me parecía poca.

—Siempre puedo hacer que se te olvide.

Le acaricié el cuello con la punta de la nariz.

Todavía no habíamos tenido sexo desde antes de que se marchara y no era porque me faltasen las ganas, que de esas iba bien sobrado.

Si no lo había hecho era porque quería darle su espacio. Ella no me lo había pedido ni mucho menos había rechazado mis acercamientos, pero quería que se diera cuenta de que yo la quería en mi vida, con o sin sexo.

Pero que me moría por hacerla gritar mi nombre en mitad de un orgasmo, me moría. Y buena prueba de ello era mi erección, que se pasaba más tiempo en pie de guerra que dormida.

—Eso suena demasiado bien.

Ronroneó moviendo su trasero para rozarse con mi erección.

Estaba claro que ella también estaba deseando volver a tener sexo, pero todavía no se lo iba a dar. A menos que me provocara mucho, porque podía tener cierta paciencia, pero solo hasta cierto punto.

Joder, que no era de piedra. De piedra se podía volver cierta parte de mi cuerpo, pero yo no.

—Muy bien diría yo, aunque no sé si para este viaje te gustaría verte precisamente sin ropa.

Reí al imaginar la cara que pondría cuando viera a toda su familia. Entonces se daría cuenta de por qué le había dicho eso.

—Estando a tu lado siempre quiero estar sin ropa y, si el que no la tiene puesta eres tú, mucho mejor.

Vale, hora de separarse y poner un poco de distancia, porque me estaba provocando más de la cuenta y todavía quería darle un poco más de tiempo, por mucho que pareciera que no lo necesitaba.

—Voy a ir preparando la cena.

Tenía que salir en ese momento de allí. De verdad que no me veía capaz de aguantar un roce más de su cuerpo.

Salí de la habitación sin esperar a que me dijera o hiciera cualquier cosa.

Llegué a la cocina y empecé a sacar cosas de la nevera. Iba a preparar una ensalada tropical.

Esa tarde había comentado que le apetecía comer algo así y eso era lo que iba a hacer.

Me resultó raro que no hubiera bajado cuando ya lo tenía todo listo. Me había dado tiempo incluso a poner la mesa.

Cuando coloqué los tenedores sobre sus respectivas servilletas, pensé en ir a buscarla y comprobar si le pasaba algo. No hizo falta que diera ni un paso, porque apareció por la puerta de la cocina.

Venía con un camisón de tirantes y el pelo mojado. Por eso había tardado tanto. Después de dejar la maleta lista, se había metido a ducharse.

—Ya iba a ir a buscarte, menos mal que es una ensalada y no nada caliente.

Para caliente ya estaba yo.

Pensé, mordiéndome la lengua.

—Necesitaba darme una ducha. —Fue hasta la mesa, separando una silla para sentarse en ella—. Qué buena pinta tiene todo.

Me sonrió, pero esa sonrisa no llegó a los ojos. Era como si, de pronto, le hubiera pasado algo.

Intentó disimular lo mejor que pudo, aunque a mí ya no me la daba y mucho menos después de cómo estuvo disimulando aquella noche cuando se marchó.

Desde luego que sus «estoy bien» y sus «no me pasa nada» no me los iba a creer tan fácilmente.

De todos modos, no le pregunté en ese momento. Esperé con paciencia por si me decía por ella misma lo que le pasaba. También quise dejarlo para después de la cena.

Ahora que estaba empezando a comer otra vez, no quería echarle la cena a perder y que dejara de comer.

—Ahora que hemos terminado de cenar, ¿me puedes decir qué te pasa? Y no me digas que nada, porque no te voy a creer.

Me levanté para llevar los platos al fregadero. Ya los metería en el lavavajillas un poco más tarde.

—¿Ya no te atraigo? ¿O no me quieres tocar por lo que pasó hace diez años? ¿Piensas que fui yo la que lo provocó?

—¿¡Qué!? Tienes que estar preguntándome todo eso de broma, porque, de otro modo, no le encuentro sentido.

No me podía creer que me estuviese diciendo todas esas cosas. No me entraban en la cabeza. Por mucho que intentara encontrar el motivo por el que pensaba eso, no lo encontraba.

—No, y no te lo estoy reprochando, solo quiero saber si has dejado de sentir atracción por mí.

Joder, pues era verdad que pensaba eso de mí.

Di dos pasos hasta llegar a ella.

Puede que fuese demasiado brusco lo que hice, pero necesitaba hacerle ver la realidad de cómo me hacía sentir.

Cogí su mano y la llevé a mi sexo.

—¿De verdad piensas que no me atraes? Mira cómo me tienes. Solo quería darte tu tiempo, que estuvieras bien. —Me pasé una mano por la cara—. Dios, si fuese por mí, viviría siempre estando en tu interior.

Capítulo 40



Nadine

Sabía que era una gilipollez lo que se me había pasado por la cabeza después de que Álex saliera casi corriendo de la habitación, sobre todo porque sabía cómo era él de fogoso.

Desde que estábamos juntos —antes de que me fuese, quiero dejarlo claro—, nunca nos habíamos ido a dormir sin que tuviéramos nuestra dosis de sexo. A ver, que tampoco tenía que ser todas las noches, pero eran casi todas.

Cuando no le apetecía a él, me apetecía a mí y, la verdad, nos buscábamos mucho el uno al otro. Eso era parte de ser pareja, ¿verdad?

Hay que ser realistas, cuando te sientes atraída por tu pareja y, si encima le añades que estás totalmente enamorada de él o de ella —porque esto va en la misma dirección, da igual que seas hombre o mujer—, el sexo forma parte de ese día a día.

Porque lo sientes, te lo pide el cuerpo, pero también te lo pide el alma y el corazón. Se vuelve casi necesario. Ojo, que no quiero decir que sea imprescindible, pero me tenéis que dar la razón.

Cuando sientes todo eso que os he dicho por vuestra pareja, ansías besarlo, tocarlo, que te bese a ti y, sobre todo, que te toque. Y tocar no quiere decir que siempre termine en sexo.

Como iba diciendo antes de soltar todo este discurso.

Pensé que Álex ya no sentía esa atracción hacia mí. Llegué a pensar que, después de haberse enterado de lo de Ismael, ya no me veía de la misma forma, lo que no quiere decir que no me quisiera.

Estaba claro que me había equivocado por completo. Álex se encargó de demostrarme lo equivocada que estaba.

—Si es así, ¿por qué no te has acercado a mí? O, más bien, ¿por qué huyes cada vez que estamos algo más cerca el uno del otro?

—Porque creía que no estabas preparada, ya que pensé que lo mejor era darte espacio, que no pensaras que solo estaba contigo por el sexo.

Se acercó a mí todo lo que nuestros cuerpos lo permitían, dado el caso de que él estaba de pie porque se había levantado para llevar los platos al fregadero y yo seguía sentada en la silla.

Seguía con la mano sobre su sexo. Más bien era él el que me la había puesto ahí y no dejaba que la quitara. Tampoco es que yo quisiera hacerlo. Todo lo contrario, dejé la palma abierta sobre su pene, empezando a subir y bajar por toda su longitud.

—¿Crees que estaría así si no me sintiera atraído por ti?

Movió las caderas buscando un contacto aún mayor con mi mano. Le apreté un poco, rodeándole su miembro sobre la ropa.

El gemido que se le escapó cuando lo toqué con mayor intensidad hizo que un calor abrasador se instalara entre mis piernas.

Álex llevaba un pantalón corto de deporte, fino y cómodo, de esos que se ponía cuando estaba en casa.

En la parte de arriba llevaba una camiseta gris de algodón y manga corta. Yo solo llevaba un camisón de tirantes finos. Debajo, solo unas braguitas normales de esas que no eran sexis ni nada, esas que eran de colores lisos y de algodón, de esas que eran la leche de cómodas.

Vamos, que no eran las más indicadas para seducir, aunque, visto lo visto, no creía que hiciera falta que lo sedujera.

Es verdad que siempre me gustaba ponerme ropa interior sexi, porque me gustaba sentirme atractiva y, ¿por qué no?, para que Álex también me viera.

¿A quién no le gustaba sentirse deseada por su pareja y notar que no podía despegar la mirada de su cuerpo?

A mí, por lo menos, me encantaba.

Metí la mano por dentro del pantalón y, sin poderlo evitar, se me escapó una sonrisa. Una que él me correspondió porque sabía cuál era el motivo que la provocó.

—Vaya, parece que se te ha olvidado ponerte algo.

Le dije cuando me di cuenta de que no llevaba ropa interior puesta.

Me miró con una ceja arqueada y sabía muy bien a qué se debía esa mirada. No tardó en demostrarlo. Con su dedo índice tiró del escote de mi camisón para ver que no me había puesto sujetador.

—Parece que no soy el único al que se le ha olvidado ponerse algo.

Se humedeció los labios, terminando con él entre los dientes. Dios, qué sexi era este hombre. Me volvía loca en todos los sentidos.

Me comió con la mirada, literalmente, y con ese dedo tiró un poco más del escote. Lo justo para hacer espacio e introducir la otra mano, cogiéndome un pecho.

Lo acarició con suavidad, con lentitud, amasándolo y provocándome, haciendo que mi cuerpo se fuese encendiendo un poco más de lo que ya estaba. Si es que eso era posible, porque en esos instantes sentía como si mi cuerpo fuese un volcán a punto de entrar en erupción.

Atrapó el pezón entre dos de sus dedos, girándolo entre ellos. No fue brusco. Lo que buscaba con ese toque era llevarme más al límite, demostrarme lo que podía hacer con mi cuerpo con un simple roce.

Yo no me quedé atrás. Le bajé el pantalón, se lo dejé justo por debajo del trasero, solo lo justo para dejar su miembro al descubierto.

Ese que saltó fuera del pantalón con fuerza, dejando ver lo excitado que estaba. Se le podía ver en la punta del glande cómo se le había acumulado la gota de líquido preseminal.

Le volví a rodear el pene con una mano, mientras que con la otra le acariciaba los testículos.

Incliné un poco la cabeza, lo justo para sacar la punta de mi lengua y pasarla con lentitud por esa zona. Al hacerlo, se le contrajo el vientre. Me sentí bien, poderosa al ver todo lo que le podía provocar.

—Dios, no hagas eso porque me matas.

Sacó la mano con la que me estaba tocando el pecho y, entre las dos, me recogió el pelo, haciéndome una cola que dejó cogida en una de sus manos.

—Shhh, solo disfruta del momento.

Respiró con fuerza, echando la cabeza hacia atrás.

Sin apartar la mirada de su rostro, me introduje su miembro en la boca. Subí y bajé sobre él varias veces. Me iba ayudando con la mano. Lo estaba haciendo disfrutar, pero yo también lo estaba disfrutando.

Porque Álex siempre decía que mi placer era el suyo, y a mí me pasaba igual. Verlo disfrutar también me encendía a mí.

—Ahora me toca a mí hacer que disfrutes.

Se separó de mí tan rápido que ni me dio tiempo a procesarlo. Sabía que lo había hecho así porque no era capaz de aguantar más.

Lo entendía porque yo me encontraba igual que él.

Hizo que me pusiera en pie. Llevó las manos al bajo del camisón, lo fue subiendo poco a poco hasta sacármelo por la cabeza. Me dejó desnuda ante su mirada hambrienta, la misma que me estaba devorando el cuerpo centímetro a centímetro.

Cuando me dejó solo con las braguitas, él mismo se terminó de quitar los pantalones y la camiseta, quedándose completamente desnudo ante mí.

—Date la vuelta y deja caer el pecho sobre la mesa. Te voy a demostrar todo lo que me haces sentir, cómo me pones con solo respirar a mi lado.

Si fuese otra persona, estaba segura de que no me gustaría que fuese dominante en algunos momentos, aunque tengo que decir que solo lo era cuando los dos estábamos demasiado calientes y en ese momento nos apetecía rápido, pero no por ello menos intenso.

Pero, cuando me hablaba así, en momentos como ese, hacía que la sangre corriera a través de mis venas a una velocidad y temperatura inimaginables.

Hice lo que me pidió. Álex no tardó en arrodillarse detrás de mí, bajando mi ropa interior con una lenta caricia, porque puede que, como he dicho, en algunos momentos nos gustase más pasional y brusco, pero no por ello dejaba de tratarme de manera tierna y cariñosa.

Porque, a mi parecer, una cosa no tenía que ver con la otra.

Me dio un toque en el interior de cada rodilla para que separara las piernas. En cuanto lo hice, quedé totalmente expuesta. No me daba vergüenza, con él no la sentía. Con él lo vivía todo de manera natural.

Me hizo ver las estrellas con su boca, lengua y dedos. No me dejó ni respirar hasta que no le di todo lo que quería de mí, que no era otra cosa que el placer más absoluto.

Solo se incorporó del suelo cuando se sintió satisfecho de haberme hecho gritar y jadear hasta la saciedad.

—Y ahora es cuando vamos a ver las estrellas los dos, porque pienso hacerte ver el firmamento entero.

Metió un pie entre mis piernas, solo para darme otro golpecito en el tobillo y que las abriera un poco más.

Sentí cómo cogió su erección para llevarla a la entrada de mi vagina. Me penetró despacio, lento, con calma y, cuando estuvo totalmente en mi interior, dejó caer sus labios en el centro de mi espalda, comenzando a dar besos a lo largo de ella.

Cuando llegó con esos besos a la nuca, me habló.

—¿Estás preparada?

Me preguntó con la voz ronca.

Le dije que sí con el poco aliento que me quedaba.

Fue ahí cuando me hizo ver el firmamento, como él me había prometido. Me hizo el amor con fuerza, con rotundidad y, sobre todo, con toda la necesidad que llevábamos días conteniendo.

Capítulo 41



Álex

Si alguna vez me preguntaran con qué gesto me quedaría de todos los que ponía Nadine, os puedo asegurar que uno de los que elegiría sería el que puso cuando vio a toda la familia en el aeropuerto.

—Pero ¿esto qué es?

Sonrió.

—Tu sorpresa —le contesté abrazándola—. Nos vamos a Mykonos toda la familia.

—¿A Mykonos?

Se acababa de enterar de dónde nos íbamos a ir.

Asentí con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Álex, esto es demasiado.

Estaba emocionada y, para mí, con eso ya me daba por satisfecho. Verla en ese estado no tenía precio. Era una de las mejores sensaciones del mundo.

Los saludó a todos con besos y abrazos. En cuanto estuvo un poco más calmada, vino hacia mí de nuevo y me volvió a abrazar con fuerza.

Poco después embarcamos. De ahí, rumbo a unas vacaciones familiares que, tengo que decir, tuve un valor enorme para hacer este viaje y no se me podía quitar el mérito.

Porque juntar a las dos familias podía estar bien, pero no tenía ni idea de qué podía salir de todo esto. Sobre todo con la abuela de Nadine. Esa mujer era un alma libre y lo mismo podía decir una cosa que después hacer otra.

Pero bueno, todo merecía la pena si con ello hacía feliz a mi chica.

Yo había alquilado una villa para todos porque pensé que sería bonito «unir a las familias».

Inocente de mí.

Nueve personas. Dos familias. Una villa. Muchos caracteres distintos y demasiadas posibilidades de que algo se descontrolara. ¿Qué podía salir mal?

Todo, absolutamente todo.

El aterrizaje en la isla ya fue un aviso.

El taxi no tenía maletero para las tres maletas de mi madre, porque, si mi hermana era exagerada con la ropa, era porque lo traía en la sangre. Herencia directa de mi madre.

Vale, había exagerado un poco. No traía tres maletas, pero dos y un bolso sí.

Mi padre dijo que no pasaba nada, que a él no le importaba llevar una maleta encima. Mira que le dijimos que se podía meter en el otro taxi, pero mi madre dijo que ni loca se separaba de su ropa, así que no le quedó otra al pobre de mi padre que ir con ella encima.

Eso solo fue la llegada. Después vinieron muchas más cosas, como la primera mañana allí.

Nos sentamos en la terraza de la villa, con vistas al mar y una mesa enorme llena de café, fruta, tostadas y todo lo que se suponía que tenía que hacer de aquel desayuno algo tranquilo.

Vera le dio dos bocados a una tostada, se puso blanca y salió corriendo al baño.

Nathan fue detrás de ella para ver cómo se encontraba. ¿Cómo se iba a encontrar? Pues embarazada, que no nos lo habían confirmado, pero no había que ser muy listo para darse cuenta de que lo estaba.

Mi padre y el padre de Nadine salieron por la mañana después del desayuno. Querían dar una vuelta para conocer un poco el terreno. Palabras de ellos dos.

El caso es que «conocer el terreno» se convirtió en tres horas en las que estuvieron los dos desaparecidos.

Maite los quería matar. Y digo «los» porque también quería cargarse a mi padre.

No era para menos, porque nos tuvieron preocupados hasta que regresaron. A ver, que sabíamos que eran grandecitos y que no se iban a perder ni mucho menos, pero joder, que por lo menos hubiesen cogido el teléfono cuando se les llamó para preguntar por qué tardaban tanto.

—Te dije que era mala idea.

Me lo susurró Nadine.

Y sí, cuando ya estábamos volando hacia aquí, me dijo que este viaje iba a ser una locura, que me lo agradecía un montón, pero que preveía que podía ser una mala idea.

No porque fuese a pasar nada malo, más bien porque juntar a todos en una misma villa podía acabar siendo cualquier cosa menos tranquilo.

—Espera a que empiece lo bueno.

Le contesté, sin saber que lo bueno iba a ser Águeda.

Y lo bueno llegó la segunda noche.

Reservé en un restaurante en la Pequeña Venecia para cenar todos juntos.

La idea era ver el atardecer, pasar una noche tranquila y agradable. Una cena de esas bonitas, familiares, con vistas al mar y sin demasiados sobresaltos.

Águeda bajó de su habitación con un vestido rojo que Maite calificó de «inapropiado para su edad».

Cuando dijo lo de su edad, fue como si se fuese a acabar el mundo. Pensé que la suegra se iba a cargar a la nuera con una sola mirada.

—Maite, hija —le contestó Águeda mientras se pintaba los labios—. A mi edad es cuando mejor se vive. Que yo sepa, tengo hasta más vida social que tú.

Con unas cuantas palabras la dejó callada y es que no era para menos. Con su edad era cuando más se podía permitir disfrutar de la vida, hacer lo que le diera la gana y ponerse el vestido rojo si a ella le apetecía.

Llegamos al restaurante y nos sentaron en una mesa pegada al agua, tanto que las olas rompían debajo de nosotros. Más bonito no podía ser el lugar.

Mi padre no esperó mucho para pedirle al camarero que le enseñara a decir «cerveza» en griego.

—Bira —le dijo el camarero.

—¿Para qué quieres saber cómo se pide cerveza en griego?

Le pregunté porque no le encontraba lógica.

—Pues porque es la bebida que más voy a pedir y me apetecía saber cómo se decía.

Ante eso, poco más podía decir. Si lo quería aprender, tampoco le hacía daño a nadie.

Estábamos pidiendo la cena cuando apareció un hombre mayor. Tenía muy buena presencia, no podía decir lo contrario, pero no tenía ni puta idea de por qué se acercó a nosotros. Por lo menos, no tenía ni idea en ese momento.

Hasta que se presentó. Resulta que era el dueño del restaurante y que se llamaba Nikos.

Setenta y muchos, con el pelo completamente blanco, con muy buen porte, bien cuidado, pero, sobre todo, moreno de estar al sol toda la vida.

Nikos se acercó a nuestra mesa para ver si todo estaba bien.

Se paró en seco cuando vio a Águeda. Se hizo un silencio. Creo que se quedó atrapado en la mirada de esa mujer. Vamos, que lo enamoró o, más bien, lo cautivó en un abrir y cerrar de ojos.

Nikos se quedó mirándola. Se llevó la mano al pecho en señal de saludo hacia la abuela, bueno, hacia toda la mesa también.

Maite casi se atraganta con un trozo de pan. Benito dejó el tenedor a medio camino de la boca. Yo miré a Nadine y ella a mí, con los ojos como platos.

No por nada, es que se vio claro que a Águeda le gustó mucho ese hombre y, como he dicho antes, con ella nunca se sabía qué era lo que podía pasar.

Se acercó a ella y, en voz baja, le dijo algo al oído que no pudimos oír el resto de los que estábamos allí sentados. El caso es que se retiró un momento para ir a la barra y, cuando volvió, traía dos botellas de vino que nos ofreció sin más.

Que eso no fue lo que nos dejó con la boca abierta. Más bien fue lo que hizo después, porque cogió una silla de otra mesa que estaba vacía y la puso al lado de Águeda, sentándose junto a ella.

Desde luego que esa cena no se me iba a olvidar en la vida. Sobre todo por el despliegue que ese hombre montó para ligar con esa mujer. Y que conste que a ella le encantaba ese coqueteo.

Era gracioso ver cómo Benito intentaba que su madre volviera a la tierra con comentarios tontos.

—Mamá, cómete el pescado, que se te enfría.

La madre lo miró con las cejas levantadas y con una mueca, como diciendo: No soy una niña. Mientras tanto, su nuera no paraba de saltar cada dos por tres con cualquier tontería para que su marido se relajara un poco.

Total, que allí no se iba a aburrir nadie.

—Papá, por Dios, cállate.

Le pidió Nadine, muerta de risa al ver la reacción que estaba teniendo su padre.

Mi madre y mi padre brindaban entre ellos, mientras comentaban cómo se miraban esas dos personas.

—Fíjate cómo la mira, Carina.

—Félix, si tú me miraras así todavía, yo también me ponía el vestido rojo.

Los miré con una ceja levantada. Menuda noche me estaban dando entre unos y otros. Eso sí, tengo que reconocer que me reí más que en toda mi vida.

Capítulo 42



Álex

Pedimos la cuenta para irnos. Habíamos disfrutado mucho de la comida, todo estaba muy bueno, pero ya no nos entraba más.

Nikos se levantó y le ofreció la mano a Águeda para ayudarla con el escalón. Antes de soltarla del brazo, se agachó y le dijo algo al oído, muy bajito.

Ella se rio, pero con una risa como si fuese una quinceañera. A saber lo que le había dicho ese hombre.

Salimos todos a la calle. El aire olía a sal. Me encantaba. Estar pegado al mar siempre me daba paz y el olor que desprendía me daba vida.

Águeda se cogió de mi brazo para andar. Iba recta, como si fuese una reina, y la verdad es que para mí lo era.

—¿Qué te ha dicho, abuela?

Le preguntó Nadine, que iba cogida de mi otro brazo.

La abuela se colocó bien el bolso y contestó tan tranquila.

—Que mañana a las siete me recoge para llevarme a ver los molinos al amanecer. Que dice que, al amanecer, Mykonos es solo para los enamorados y los locos. Y que yo tengo pinta de las dos cosas.

Yo me quedé sin palabras. Desde luego que era cierto eso que dicen de que las personas mayores no le tienen miedo a nada y que no pierden tanto el tiempo. Supongo que lo hacen por miedo a que se les agote demasiado rápido.

Benito se paró en mitad de la calle.

—Mamá, que tienes setenta y dos años.

Águeda ni lo miró. Siguió andando, cogida de mi brazo.

—Y los días contados, Benito, y pienso aprovecharlos bien.

Supongo que no se le podía decir que no tenía razón.

Mi padre le dio una palmada a Benito en la espalda que casi lo tira al suelo.

—Déjala, que a tu madre la veo yo con más ganas de vivir que a ti y que a mí, todo hay que decirlo.

Volvimos andando por las calles blancas de Mykonos.

Águeda iba delante de todo, explicándole a Nikos muchas cosas y costumbres de España, porque ese hombre vino con nosotros. Vamos, que no pensaba dejar a su conquista a la suerte de que la pudiera conquistar otro.

Él la miraba embobado, asintiendo, aunque la mitad de lo que le iba diciendo no lo entendiera muy bien. Y quizás eso era lo bueno, darte cuenta de que para el amor no necesitas nada más que estar dispuesto a vivirlo y disfrutarlo.

Maite iba negando con la cabeza, pero con una sonrisa que no se le borraba.

Mi madre iba enganchada del brazo de mi padre, diciéndole:

—Félix, tú cuando yo tenga setenta también me llevas a ver molinos al amanecer, ¿eh? Prométemelo.

Y mi padre, que iba fino de cerveza y vino, le contestó:

—Carina, a ti te llevo a ver molinos, cabras y lo que haga falta, pero sin el griego, que ese me roba la mujer.

Con ese comentario, mi hermana me miró, yo a ella y los dos rompimos a reír a carcajadas.

—Es la mejor idea que he tenido en mi vida —le dije yo un rato después, cuando los observé uno a uno.

Vera y Nathan se paraban en cada esquina a hacer fotos.

Benito y mi padre se volvieron a perder entre las calles. Y no es que se perdieran sin querer, no, ellos lo hacían queriendo, que era muy distinto.

Mi madre y mi suegra, por otro lado, discutían para regatear y comprar imanes para las neveras. Vamos, un numerito todo, pero en el buen sentido, todo hay que decirlo.

Al día siguiente, a las seis y media de la mañana, oí la puerta de la villa. Me asomé y vi cómo Águeda salía a la calle.

Se había puesto otro vestido, uno azul. Nikos la esperaba abajo, fuera del coche, con una flor en la mano.

No volvieron hasta las once como mínimo. Ella traía la cara roja del sol, una rama de algo en el sombrero que se llevó y un brillo en los ojos que no le había visto nunca.

No contó nada. Tampoco le preguntamos. Eso era su vida y había que respetar su silencio si no le apetecía contar nada.

Solo hizo algún que otro comentario.

—Los hombres griegos sí saben cómo tratar a una señora y saben hacer café cargado. No como otros.

Miró a Benito al decirlo y en eso tenía razón. No había café peor que el que preparaba mi suegro.

El resto del viaje fue igual, un poco más de lo mismo. A unos les pasaron unas cosas y a otros otras. La cuestión era que yo quería que hiciéramos este viaje todos juntos para que Nadine se sintiera arropada y demostrarle un poco lo importante que era y cuánto la queríamos todos.

No sé si se sintió así o no, pero reírse, se rio tela esos días. Como el resto de la familia, que parecíamos una familia de locos, pero, a fin de cuentas, éramos eso, una familia donde todos nos queríamos y nos respetábamos.

Sí, con nuestros más y con nuestros menos, pero el amor estaba por encima de todo.

Y la locura también, Álex.

Me dije a mí mismo.

En otra de esas cosas que tanto pasaron durante esos días, Vera se quemó la espalda. Ni en las Maldivas le pasó eso. Vamos, que una gamba cocida era menos roja comparada con cómo se puso mi hermana la espalda. Esta se iba a acordar de la protección solar el resto de su vida.

En otra ocasión, Nathan perdió las chanclas cuando salimos toda la familia a dar un paseo en barco. No sé qué es lo que hizo, pero la cuestión es que las perdió. Y no solo una, sino que fueron las dos.

Cuando nos bajamos del barco, tuvo que comprarse unas en uno de los puestos que encontramos por la calle. Resultaron ser tan malas que le hicieron hasta llagas.

Mi padre se aprendió tres palabras en griego.

La primera fue *yamas*, que venía a ser algo así como «a nuestra salud». Vamos, que se utilizaba para brindar.

La segunda, *bira*, que era cerveza. Esa no veáis cómo la utilizaba.

Y la tercera era *efcharistó*, que básicamente era dar las gracias.

Si nos llegamos a quedar unos cuantos días más, nos lo habríamos traído hablando griego, porque, madre mía, si usaba esas palabras para casi todo.

Pero mi suegro no se quedó atrás. Fue como mi padre. Con deciros que se parecían a Zipi y Zape, todo el día juntos de un sitio para otro.

Y Águeda, bueno, ella cenó tres noches más con Nikos. Él venía a buscarla a la villa y, cuando lo hacía, siempre le traía una flor, porque ese hombre no le regaló un ramo. Por lo que parecía, le gustaba regalar solo una y oye, que a mí me parecía un gesto muy bonito.

Cuando venía a por ella, era para llevarla siempre a distintos lugares de la isla. Eso sí, cuando aparecía por la villa era bien entrada la madrugada.

La última noche, antes de volar, Nikos vino a despedirse de toda la familia, pero sobre todo de Águeda. Le dio dos besos que duraron un poco más de la cuenta. Esos fueron los besos que la familia vimos que se dieron, porque estaba claro que después se dieron unos cuantos más.

Justo antes de irse le dijo algo al oído, en voz baja, solo para que ella lo escuchara. No sé qué fue lo que él le dijo, pero sí lo que ella le contestó.

—Allí te espero, guapo, pero no tardes, que ya no somos unos niños de quince y el tiempo corre para nosotros un poco más.

Brindamos todos en la terraza de la villa la última noche. Lo hicimos con *ouzo*, que era la bebida típica, también con vino y mi hermana con agua.

Águeda levantó su copa y nos miró a todos uno por uno. A ese brindis le temí, no por ella, sino por las palabras que podía soltar.

—Por los viajes —dijo—. Por la familia, aunque estén locos. —Reímos con nuestras copas levantadas—. Y por los griegos guapos que saben madrugar para ver molinos y no tienen miedo a una mujer de verdad, que no tiene pelos en la lengua, porque ella está para hablar y no callar. Y para otras cosas también. —Subió y bajó las cejas varias veces—. Ya entendéis lo que quiero decir.

Reímos con ese brindis, pero lo hicimos porque tenía razón. Y mucha.

Metí a nueve personas en Mykonos y volvimos vivos. Unos más que otros, pero, a fin de cuentas, vivos.

Nadine se rio más que nunca en su vida y solo por eso mereció la pena todo. Solo por esa risa y por escucharla siempre, era capaz de todo.

Vera dijo que habían sido las peores y mejores vacaciones de su vida. Las peores porque se quemó y los vómitos mañaneros no la dejaron tranquila. Y las mejores porque había disfrutado de la familia como no lo había hecho nunca.

Y yo entendí que la familia no era solo los de tu sangre. Familia era aguantar a tu suegro perdido entre callejones blancos. A tu padre cantando borracho. Y a tu abuela política ligando más que tú a los setenta y dos años.

Es verdad que volvimos a España más cansados, más morenos y con menos dinero, pero volvimos juntos y con lo más importante de todo.

Con Águeda mirando el móvil cada cinco minutos. Sonriendo cada vez que llegaba un mensaje con el nombre «Nikos».

Capítulo 43



Nadine

Se me acabó el mes de vacaciones.

Volví con la piel más morena, enamorada hasta las trancas y con el peso de los recuerdos de hacía diez años.

Me vino bien. Necesitaba la rutina, el trato con mis clientes fijos.

Esos con los que muchas veces discutía y otras reía.

Puede que fuese un trabajo que cansaba, sobre todo cuando venía algún que otro cliente difícil, pero, por lo general, me gustaba. Siempre había disfrutado el trato con las personas.

Llevaba dos semanas desde que volví al trabajo. Dos semanas en las que volver a la rutina me estaba sentando demasiado bien, sobre todo para la mente.

Me gustaba sonreírles a mis clientes, hablar con ellos, daba igual de lo que fuese. Siempre lograban distraerme.

Estaba bien. Álex venía a buscarme algunos días y me esperaba en la barra hablando con algunos de esos clientes, porque se había hecho amigo de un par de ellos.

Y es que Álex no había empezado a trabajar. Por lo que me había contado, había pedido un tiempo. Estaba barajando ciertas cosas de las que no tenía ni idea. Según él, cuando todo estuviese bien atado, iba a ser la primera en enterarme de todo.

Aquella mañana fue como todas.

El local estaba a medias. Gente de oficinas, dos albañiles, Manolo en una esquina de la barra hablando casi a voces con Joaquín. Fue entonces cuando la puerta de entrada se volvió a abrir.

No lo vi entrar.

Llevaba diez años sin verlo. Diez putos años en los que tuve pesadillas y en los que me acosté más noches llorando que sin llorar, pero me repuse. No sin esfuerzo y sí con mucha fuerza de voluntad.

Y de pronto aparecía por mi trabajo, con una sonrisa en la cara y con aires de superioridad.

Ismael. Ahí llegaba, directo a volver a hacer daño, porque estaba segura de que había venido justo para eso.

La prueba fue verlo recorrer el local con la mirada hasta dar con la persona a la que buscaba: yo.

Una sonrisa torcida, de las que no llegan a los ojos y de las que hacen daño. De las que te dicen: voy a hacer contigo lo que quiera de nuevo.

Se sentó en la mesa del fondo, la que estaba en la esquina y más lejos de la cocina.

Mi jefe me dio un toque en el hombro.

—Mesa cuatro, te toca.

Como no sabía nada, nadie sabía nada, excepto Álex y la familia, no podía decirle que no podía atenderlo yo.

Cogí la libreta y fui.

Cada paso me pesaba mil kilos. Tenía el corazón en la garganta y las manos heladas, pero fui porque no iba a dejar que me viera temblar.

No, otra vez.

—¿Qué vas a tomar? —le pregunté.

Intenté que la voz me saliera lo más normal posible. Creo que lo conseguí, no me acuerdo muy bien, porque a simple vista parecía tranquila, pero los nervios los llevaba por dentro.

Él se echó hacia atrás en la silla para poder mirarme de arriba abajo, despacio.

Sé que lo hizo así para ponerme nerviosa, pero lo que más me asustó de su mirada era todo lo que escondía en ella.

Era maldad, ganas de herir y una rabia que yo sabía perfectamente de dónde venía.

—Vaya, vaya —dijo al fin—. Cuánto tiempo sin verte. Tengo que decir que los años te han sentado muy bien, pero que muy bien.

Volvió a repasar mi cuerpo con la mirada, lo que provocó que se me revolviera el estómago por completo.

No contesté.

Apreté el boli en la mano hasta que me dolieron los nudillos.

—¿No saludas a los viejos amigos? —siguió hablando en voz baja, para que solo yo lo oyera—. Aunque bueno, tú y yo fuimos algo más que amigos, ¿no? Una noche muy bonita en casa de Álex. ¿Te acuerdas?

Sentí cómo me ponía blanca. Estaba segura de que había perdido todo el color de las mejillas.

El cuerpo me comenzó a temblar. Menos mal que el temblor fue interior y él no pudo verlo.

—Si no vas a pedir nada, lo mejor que puedes hacer es irte.

Con la voz temblando, pero tuve cojones de decírselo.

El cabrón se rio, una risa corta, sin gracia.

—Relájate, mujer, solo he venido a comer —eso no se lo creía ni él — y a saber por qué mi amigo te ha elegido a ti en vez de a mí.

Levanté la vista. Lo miré a los ojos por primera vez en diez años. Los tenía vacíos y con mucha rabia en ellos. Venía buscando hacer algo malo.

—Álex es mayorcito para saber a las personas que quiere a su lado.

Esta vez no me tembló la voz al hablarle.

—Álex era mi amigo, mi hermano, y resulta que le digo que voy a volver, él se alegra de que así sea, pero una semana después ya no me coge el teléfono. Así que llamé a otro amigo para preguntarle y resulta que me dijo que estaba contigo. ¿Qué mierda le has dicho para que no quiera saber nada de mí?

Me habló con mucha rabia, más de la que una persona era capaz de soportar.

—Nunca hablé de lo que me hiciste con nadie. No lo hice porque era una niña inocente que tuvo mucho miedo, pero ya no soy esa niña. No te creas que puedes venir para amenazarme y hacerme daño, porque esta vez no me voy a quedar de brazos cruzados. Y sí, le he contado lo que me hiciste en casa de sus padres.

Le dije con odio, con rabia, con dolor, pero, sobre todo, con valor.

—Las cosas no se van a quedar así. Fuiste tú la que lo querías, la que lo pedía a gritos, como estás haciendo ahora mismo.

Era una mente enferma, porque de otra manera no podía ser cierto que estuviera diciendo todas esas burradas.

Se levantó de la silla hacia atrás. Me miró con veneno en la mirada, con algo malo en ella, como si estuviera haciéndome una promesa silenciosa.

—No te preocupes, vamos a recuperar los viejos tiempos, porque no pienso permitir que las cosas se queden así.

Y ahí estaba su maldad, su amenaza, pero no. Esta vez no me iba a ganar. Esta vez no se iba a encontrar un hueso duro de roer; esta vez se iba a encontrar una montaña de piedras, acero y todo lo que se pudiese imaginar, pero conmigo no iba a poder.

Al no contestarle, se fue, como si no acabara de abrirme en canal delante de todo el mundo sin que nadie se diera cuenta.

Me quedé parada con el boli en la mano y la libreta en la otra. Mi jefe vino en mi busca. Estaba segura de que había notado algo.

—¿Qué te ha dicho ese tío? ¿Estás bien? Te has puesto blanca.

Quise decirle que ese hombre me había destrozado la vida con dieciocho años, pero tenía la garganta cerrada. Y tampoco se lo iba contar a él. Que sí, que puede que me llevara bien con él, pero tampoco éramos amigos.

—No es nada —mentí.

Me metí en el baño y eché el pestillo. Me miré en el espejo. Tenía la cara sin color, cosa que ya sabía. Me eché un poco de agua fría y respiré profundamente.

Cuando salí, mi jefe me dijo que me fuera a casa, que tenía mala cara.

No se lo iba a discutir. Me quité el mandil, lo doblé y lo dejé en la barra.

Saqué el móvil y llamé a Álex. No me salió la voz al primer intento.

—Álex —dije cuando por fin me contestó—. Ismael ha venido al restaurante.

No hizo falta decir más.

Oí cómo tiraba algo al suelo o se le había caído, que era lo más seguro que hubiera pasado.

—No te muevas de ahí, voy para allá.

Me senté en el bordillo de la acera y esperé.

Esta vez no lloré. No me quedaban lágrimas por derramar y tampoco quería hacerlo.

Solo tenía una rabia, una rabia que llevaba diez años dormida y que Ismael acababa de despertar.

Las cosas no se iban a quedar así.

Tenía razón en eso, pero no como él creía. Esta vez no me iba a quedar de brazos cruzados y, lo que era más importante, no me iba a callar.

Capítulo 44



Álex

En cuanto sonó el teléfono y vi quién me estaba llamando, ya sabía que algo había pasado.

Nadine no me llamaba nunca en horario de trabajo. Ella era muy responsable y, si lo había hecho a mitad de mañana, sabía que era por algo.

—Álex —dijo ella cuando contesté—. Ismael ha venido al restaurante.

No hizo falta más.

Sentí cómo se me helaba la sangre y cómo luego me subía todo de golpe. Sabía que Ismael podía ir en busca de ella. No lo habíamos hablado con él, claro, pero sí entre nosotros. Era algo que Nadine y yo sabíamos que podía pasar desde que arreglamos lo nuestro.

—No te muevas de ahí, voy para allá.

Colgué y salí de casa. No corrí, porque con hacerlo no iba a solucionar nada, pero tampoco iba tranquilo. Necesitaba llegar cuanto antes y comprobar que estaba bien.

Ahora mismo eso era lo único que me importaba. Lo demás lo iríamos viendo paso a paso.

No estaba muy lejos el restaurante de nuestro chalé. Y digo nuestro porque, para mí y para ella, era de los dos. Nuestra casa. Esa en la que queríamos construir un futuro juntos. Esa en la que algún día queríamos ver a nuestros hijos correteando de un sitio para otro.

Desde que habíamos regresado de Mykonos y hasta que ella comenzó a trabajar, habíamos tenido mucho tiempo para hablar, salir a pasear y hacer mil cosas juntos por la ciudad. Pero, sobre todo, para hacer planes de futuro. Y en esos planes entraban unos hijos.

La vi antes de que ella me viera a mí. Estaba sentada en el bordillo de la acera de enfrente del restaurante. No parecía que estuviese llorando, y eso me tranquilizó.

Demostraba que se estaba haciendo más fuerte, aunque eso no quería decir que no lo hubiese pasado realmente mal. Pero verla así, resistiendo, era un paso muy importante.

Puede que hubieran pasado muchos años y puede que tuviese aquel hecho más que asumido, aunque, sinceramente, yo opinaba que algo así no se superaba nunca. Se aprende a convivir con ello.

Lo que quería decir con esto es que, al verla más o menos entera, pude respirar un poco mejor.

Aparqué de cualquier manera en el primer sitio que encontré. En cuanto me bajé y crucé la calle, nuestras miradas conectaron. En ese instante no hizo falta nada más. Nos dijimos todo sin pronunciar una sola palabra.

Abrí los brazos todo cuanto pude para que ella viniera hacia mí, para envolverla, para que se refugiase y se sintiera protegida y cuidada.

Porque pensaba dejarme la vida en conseguir que ella viviera segura, tanto como estuviese dentro de mis posibilidades. Iba a intentar que no volviera a tener miedo nunca más.

—Estoy aquí —le susurré con los labios sobre su pelo— y no pienso moverme de tu lado nunca más, así que ya sabes lo que tienes que hacer si no me quieres tener junto a ti.

—¿El qué?

Me preguntó con una pequeña sonrisa. Me conocía demasiado bien como para saber por dónde estaba yendo yo y con qué intención lo estaba haciendo.

—Matarme —le dije muy cerca de su cuello.

Sentí cómo sonreía mucho más con la cabeza pegada a mi pecho.

—Uy, mejor te dejo vivo y junto a mí, eso de quitarte de en medio es mucho trabajo.

Reí, porque así era Nadine.

Después de llorar y gritar si hacía falta, venía su fuerza, sus ganas de superación y su actitud de «al mal tiempo, buena cara».

—Gracias, por la parte que me toca.

Le contesté con ironía, pero siguiendo con la broma.

—¿Qué te ha dicho?

Le pregunté cuando sentí que era el momento de hacerlo.

—Estupideces sin sentido.

Esa respuesta no me valía y ella lo sabía.

—Nadine, necesito que me digas qué es lo que te ha dicho. No tienes que cargar con esto tú sola. Estamos juntos en esto, así que no pongas distancia entre nosotros, porque sé que lo haces para protegerme.

—Creo que ha perdido la cabeza y no lo digo por decir, es que la ha perdido literalmente.

—Dime qué te ha dicho, por favor. No hagas que te lo tenga que volver a preguntar.

—Dice que yo he tenido que ser la causante de haberte separado de él, que seguro que te he contado cosas que han hecho que no quieras saber nada de él, que siempre habéis sido como hermanos.

—¿Solo eso?

No me creía que solo hubiera venido para decirle eso.

—Bueno, también me ha dicho que las cosas no van a quedar así, que fui yo la que lo pedí a gritos, igual que lo estaba pidiendo hoy, y que me iba a hacer recordar los viejos tiempos.

—Hijo de puta.

No pude evitar decirlo y, si por mí hubiese sido, habría dicho muchas más cosas.

—Cuando se marchó, me dijo que las cosas no se iban a quedar así.

Noté cómo me subía la rabia, esa que me estaba carcomiendo por dentro, aunque delante de ella estuviese disimulando.

Miré a Nadine. Tenía la cara pegada a mi pecho y los ojos cerrados. Y fue precisamente por ella por lo que me obligué a no ir en busca de él por mi cuenta, porque quien acabaría pagando las consecuencias sería mi chica. Y no pensaba hacerla sufrir más de lo que ya estaba sufriendo.

Por ella es por la que me retuve para no ir y matarlo con mis propias manos.

—No —contesté mientras apartaba unos mechones de su cara—. Las cosas no se van a quedar así. Ismael tiene razón, pero no se van a quedar así porque no se lo pienso permitir.

Ella levantó la cabeza y me miró. Lo hizo con miedo en la mirada. No miedo de lo que ese cabrón pudiese hacer, más bien con miedo a lo que yo pudiera hacer.

Y como he dicho antes, no. No iba a actuar por mi cuenta. No porque no quisiera, sino porque ese tío no merecía que me arriesgara a perder lo que tenía con Nadine por él, que no valía absolutamente nada.

—Álex, no puedes hacer una locura, sabes cómo son las leyes. Aunque se merezca todo lo malo del mundo, no puedo permitir que le hagas nada. No cuando sé que te tocará perder a ti, y no te puedo perder. Me haces falta. Y no solo hoy, me vas a hacer falta en mi vida siempre.

Tenía a la mujer más perfecta del mundo. La pena que me daba era que no había sabido verlo antes y que por ese motivo habíamos perdido muchos años.

Pero ante lo que ya había pasado no se podía cambiar nada. Ahora solo importaban el presente y el futuro.

—Shhh… —Le puse un dedo en los labios—. Yo no voy a hacer ninguna tontería, te lo prometo.

Sabía que no se lo creía, no era tonto. Lo podía ver en su cara, pero le iba a hacer entender que le estaba diciendo la verdad y, sobre todo, tenía que entender por qué no iba a hacer nada.

—Vámonos a casa —le dije, despegándola de mi pecho—. Allí hablamos tranquilamente de todo y, sobre todo, de cuáles van a ser nuestros próximos pasos.

Se dejó llevar al coche, sentándose en el asiento del copiloto y abrochándose el cinturón.

No hablamos en el camino. Solo puse mi mano sobre la suya, que la tenía encima de su pierna. Nadine la giró, haciendo que quedara palma contra palma.

Entrelazamos los dedos y así fuimos hasta casa.

Al llegar al chalé, no dejé que se fuera y se encerrara en sí misma. Aunque decía que estaba bien, podía entender que no fuese así del todo, por eso mismo no dejé que se fuese a nuestra habitación.

Me senté en el sofá e hice que ella se sentara de lado sobre mis piernas.

No la presioné. Dejé que se fuese abriendo a mí a su tiempo, que solo siguiera hablando y desahogándose cuando se sintiera preparada.

Fue cuando me contó cómo se sintió de verdad. Pero lo que se me clavó en el corazón, como si me hubieran clavado un maldito puñal, fueron sus siguientes palabras.

Cuando le dijo que esa noche en casa de mis padres fue muy bonita.

Valiente hijo de puta más retorcido había tenido como amigo. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de a quién tenía a mi lado?

Y de otra cosa estaba seguro. Lo que le había hecho a Nadine no se lo había hecho solo a ella. Podía apostar mis manos a que había abusado de más mujeres.

Y si no se le paraban los pies, estaba seguro de que iba a seguir haciéndolo.

La escuché sin interrumpirla. Dejé que lo sacara todo. Lo único que iba haciendo era acariciarle de vez en cuando la espalda o las manos, darle besos en la cabeza o en la mejilla.

Cuando terminó de hablar o no quiso hacerlo más, dejó la cabeza apoyada sobre mi pecho, cerró los ojos y soltó un gran suspiro, de esos que salen del alma.

Nos quedamos abrazados un rato más y fue cuando empecé a contarle cuáles iban a ser los siguientes pasos que iba a dar. O, más bien, los siguientes pasos que íbamos a dar, porque aquí éramos un equipo, los dos juntos y para siempre.

Después de que habláramos de todo y dejáramos salir todos nuestros sentimientos, nos pusimos a hacer la comida. No teníamos hambre ninguno de los dos, pero necesitábamos comer algo.

Y sí, tenía razón. Las cosas no se iban a quedar así. Pero se equivocaba si creía que iba a ser él quien esta vez saliera victorioso.

Porque esta vez íbamos a ganar nosotros. Por Nadine, pero también por todas esas mujeres que se merecían vivir con libertad y andar por la calle sin miedo.

Capítulo 45



Nadine

No permití que el encuentro con Ismael detuviera mi vida ni cambiara mi día a día.

Sí, lo pasé mal porque fue la primera vez que lo vi después de tantos años sin saber nada de él, pero ya estaba prevenida. Lo había tenido delante y me había enfrentado a él en cierto modo. Poco, sí, pero algo era algo.

Había quedado con Vera para ir de compras. Era mi día de descanso y me apetecía pasarlo con mi mejor amiga.

Desde antes de irnos a las Maldivas no teníamos un día entero solo para nosotras.

Dios, es que habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo que daba miedo si me paraba a pensarlo.

Qué curioso es cuando vamos viviendo el día a día, sin apenas darnos cuenta ni valorarlo lo suficiente, pero cuando echas la vista atrás es cuando entiendes todo lo que has podido atravesar en el poco o mucho tiempo que haya sido.

En menos de dos meses mi vida había cambiado por completo y lo más gracioso de todo es que lo había hecho sin necesidad de que entraran nuevas personas en ella.

Bueno, sí, porque había conocido a dos. Uno sí que había cambiado una vida, pero no la mía, sino la de mi amiga.

Y el otro, bueno, del otro solo tengo palabras de agradecimiento. Me tendió la mano sin pedir nada a cambio, pero no fue quien puso mi mundo patas arriba.

Quien le dio un giro por completo a todo había sido ese que siempre había formado parte de ella. Por lo menos desde que yo tenía recuerdos, siempre había estado presente. No en mi día a día, pero sí casi.

Pues necesitaba un día de esos que siempre nos habían gustado a Vera y a mí.

Cuando la tarde antes se lo comenté a Álex, no le hizo mucha gracia. No malinterpretéis el motivo. No es porque no le gustase que saliera de casa. Os aseguro que, si fuese así, no estaría con él y mucho menos me podría haber enamorado de alguien así.

A Álex no le gustó que fuese a pasar el día fuera con su hermana porque estaba preocupado. Aunque no lo hubiera dicho, yo sabía que lo estaba.

Le preocupaba que me pudiera tropezar con Ismael, que a él le diera por hacernos algo a Vera y a mí.

Porque ese tío había perdido la cabeza. Antes no se hubiera acercado a Vera, pero ahora que sabía que toda su amistad con Álex estaba rota, le iba a dar igual. Lo que él quería era hacernos daño a costa de lo que fuese.

Pero, y este era un «pero bien grande», no iba a permitir que ese hijo de su madre paralizara mi vida, ni la de las personas que quería.

Como había dicho el día que vino al restaurante, ya no le tenía miedo. Y os prometo que cada vez estaba más preparada para enfrentarme a él.

—Me voy.

Le dije asomándome al jardín. Estaba allí entretenido, montando otra carpa con sus pérgolas de madera y todo.

Se le había metido en la cabeza que la tenía que montar él. Sinceramente, lo estaba haciendo porque el aburrimiento le estaba comiendo y es que era normal.

Después de todo, estaba acostumbrado a estar casi a diario de un vuelo a otro, y el verse ahora en casa sin nada que hacer lo estaba poniendo de los nervios.

—¿Qué es eso de asomarte y decir que te vas? ¿Dónde te has dejado mi beso?

Dejó lo que estaba haciendo y, con una sonrisa, vino hacia mí.

—Voy con prisas, tu hermana me está esperando y ya sabes lo impaciente que es.

Era verdad, Vera no tenía paciencia. Raro era que no me estuviera llamando ya para preguntar si me quedaba mucho.

Le rodeé el cuello con los brazos mientras levantaba los pies del suelo para que me cogiera a pulso.

Pasó los brazos por detrás de mi espalda, me apretó contra su pecho y me sostuvo en el aire.

—Qué pena, me abandonas por mi hermana.

Me lo dijo entre beso y beso, que fue dejando por mi cuello hasta llegar a la mandíbula. Ahí me dejó un pequeño mordisco.

Sabía muy bien lo que estaba intentando hacer, pero no le iba a funcionar. Esta vez, por lo menos, no.

—A ella la conocí antes que a ti.

Bajó una mano hasta posarla sobre mi nalga, más en concreto sobre la izquierda. En cuanto estuvo sobre ella, la apretó a la vez que me empujaba un poco más hacia su pelvis.

—Apuesto lo que quieras a que ella no te puede hacer sentir como yo.

—Porque no me gustan las mujeres.

Me encogí de hombros haciéndome la graciosa.

—Así que es porque no te gustan las mujeres.

Dijo repartiendo pequeños mordisquitos a lo largo de mi mandíbula.

Me reí cuando me hizo cosquillas con la poca barba que se había dejado crecer.

—Tienes que afeitarte.

Le acaricié esa barba que raspaba un poco.

—Creo que me voy a quedar con ella. —Se acercó a la comisura de mi boca—. Anoche parecía que te gustaba sentirla por ciertas partes del cuerpo.

Reí con fuerza.

Tenía razón. La noche anterior me hizo disfrutar un montón con esa barba rozando algunas zonas que mejor era no recordar ahora mismo.

—Eres muy malo, sé que estás intentando tentarme para que no vaya y me quede aquí contigo. —Le pasé las manos por el pelo—. Pero hoy no te va a funcionar.

Terminé dándole un beso rápido en los labios. Me separé rápido, porque sabía que, si atrapaba los míos, estaba perdida.

—Solo quiero que estés segura.

—Álex, lo estoy. Sabes que no podemos condicionar nuestras vidas a la espera de que se atreva a hacer algo.

Y sinceramente, no creía que fuese capaz de hacer algo. Por lo menos, no por ahora.

No era tonto y nosotros no nos habíamos quedado de brazos cruzados. Sobre todo porque, al día siguiente, Álex me dijo de ir para poner una denuncia e hicimos eso.

La verdad es que tuvimos suerte y nos atendió una inspectora muy amable. Me trató con un cariño y un respeto increíbles. Me dio apoyo y, sobre todo, confianza para que me abriera a ella y se lo contara todo.

Así que imaginaba que ese hombre no se iba a acercar a mí. No cuando la policía lo había llamado a declarar.

Que sí, que salió libre porque no tenían pruebas y era su palabra contra la mía.

Pero, como había dicho en cierta ocasión, creía en el karma y sabía que en algún momento lo iba a pagar.

—Tienes razón, pasadlo bien y, si me necesitas por cualquier cosa, llámame, aunque eso no te lo tengo que decir.

Antes de llamar a cualquier otra persona, siempre lo iba a llamar a él. Y con esto no quiero decir que no supiera que podía llamar a cualquier otra persona de mi familia, pero Álex se había convertido en esa parte esencial sin la que no puedes vivir.

—Sabes que te llamaría si hiciera falta. —Le di el último beso antes de separarme de él—. Pásalo tú también bien con Nathan.

Había quedado con su amigo para ir a mirar un coche que se quería comprar Nathan.

Capítulo 46



Nadine

Salí de casa, cogí el coche y pasé por el piso de Vera.

—Baja.

Le dije cuando la avisé por teléfono de que ya estaba abajo.

No me había bajado a tocar al portero porque la calle de Vera era un infierno para aparcar y, como solo pasaba a por ella, no merecía la pena calentarme la cabeza buscando sitio.

—Termino de maquillarme y bajo.

Uy, este día era para apuntarlo en el calendario y recordárselo toda la eternidad.

Por un día la había pillado sin que estuviese lista. Por un día había terminado yo antes que ella.

—No me lo puedo creer.

Me carcajeé.

—No te rías. No sé qué cojones me pasaba que no era capaz de dejar de llorar.

Madre mía, pues sí que estaba fatal la pobre.

—No hace falta que corras, termina tranquila.

Tampoco quería que la pobre se terminara de arreglar con prisas.

Mientras esperé a que Vera bajara, contesté algunos mensajes de mi abuela, que, por la pinta que tenía y el enamoramiento que había cogido con Nikos, la veía más pronto que tarde regresando a Mykonos. Y algo me decía que esa vez no sería para una semana, ni dos tampoco.

—Joder, qué susto me has dado.

Miré a mi amiga mientras se montaba en el coche.

Estaba tan entretenida con mi abuela que no me esperaba que abriera el coche de pronto.

—Pues ya tienes el corazón pequeño.

Encima se cachondeaba.

—¿Sabes qué es lo que no tengo pequeño? —no esperé a que me contestara—. El coñ…

—Shhh… No se dicen palabrotas, que eres muy mal hablada cuando te da la gana.

—Vera, ¿te has levantado hoy tocapelotas?

Puse el coche en marcha, a ver si llegábamos de una vez al centro comercial.

—No, me he levantado sensible, que es distinto —resopló, como si estuviese intentando controlarse—. No veas, Nathan esta mañana, el pobre no sabía dónde meterse.

Me lo imaginaba. Anda que no tenía que estar respirando tranquilo ahora mismo.

Eso mejor no se lo dije. No quería que, por mi comentario, volviera a llorar o que llamara al hombre para echarle una bronca. Cualquiera de esas dos opciones podía ser.

Con Vera nunca se sabía.

El centro comercial era enorme, al aire libre y con tiendas de todo tipo. Tenía calles, plazas y hasta rincones que hacían que pareciera más una pequeña ciudad que un lugar para ir de compras.

Empezamos por la zona más económica, que era donde siempre me compraba la ropa. La otra, la de más nivel, solía salirse de mi presupuesto, a no ser que tuviese la suerte de encontrar una buena oferta.

Vera iba rara, más callada de lo normal. No sabía si era por la sensibilidad con la que decía que se había levantado esa mañana o porque le pasaba algo.

Habíamos entrado ya en tres tiendas y de las tres habíamos salido con compras.

Miré a mi amiga de reojo.

Sí, definitivamente estaba escondiendo algo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Le pregunté cuando estábamos en el probador de otra tienda.

—No me pasa nada, solo lo que te dije, estoy un poco más sensible de lo normal.

No me la creía. Lo sentía mucho, pero no me la creía.

—No me la das, nos conocemos demasiado bien y sé que te estás callando algo.

Me miró a través del espejo. Lo hizo con los ojos un poco aguados, pero, a la misma vez, estaba intentando controlar una pequeña sonrisa.

—Ayer fui al ginecólogo. Ya se puede confirmar, antes eran especulaciones. Estoy embarazada.

La miré, preguntándole con la mirada si se estaba quedando conmigo.

—¿Qué? ¿En serio? ¡Vera!

Quise hacer como la que se sorprendía.

—Tía, que estás embarazada, lo sabemos toda la familia, tú la primera, así que no sé a qué viene esto.

La miré con las manos sobre la cintura.

—Lo que no sabe la familia es lo otro que nos dijeron en la consulta.

Ahí sí que me salió la vena cotilla, porque ella no tenía secretos conmigo y, si sabía algo desde ayer y no me había dicho todavía nada, algo no me olía muy bien.

—Mujer, no te calles ahora, que me va a dar algo.

¿Estaba siendo un poco exagerada? Pues sí, pero es que quería saberlo ya. Me daba igual lo que fuese a decir.

—Pues es que, en vez de tener a un sobrino o sobrina, vas a tener dos.

Por un momento pensé que había oído mal, pero después me di cuenta de que no, que había escuchado perfectamente.

—¿Me lo puedes repetir, por favor?

Aunque lo había escuchado bien, quería estar totalmente segura.

—Lo que has escuchado, que vas a ser tita por partida doble y de una sola vez.

La pobre se encontraba que no sabía si reír o llorar.

Abrí los brazos para que viniera a mí.

La abracé con todas mis fuerzas, igual que ella a mí. Le dije palabras para que se sintiera segura y que no iba a estar sola, bajo ningún concepto.

—Tranquila, vamos a estar a tu lado y, si ves que dos son muchos, te quedas con el uno y el otro me lo das a mí. Así me ahorro el embarazo y el parto.

Reímos a carcajadas.

—Eres una bruja.

—¿Tú también me vas a llamar así?

Le pregunté haciéndome la ofendida, aunque sabía de sobra que ella no se lo iba a tragar. Me conocía igual de bien que yo a ella.

—Porque es lo que eres.

Y se quedó tan tranquila después de soltar eso.

Nos volvimos a mirar a través del espejo. En cuanto nuestras miradas se encontraron, volvimos a romper a reír a carcajadas.

—¿Estás bien? Quiero decir, aparte de las náuseas que has estado teniendo, ¿cómo se ha tomado la noticia Nathan? ¿Cómo te la has tomado tú?

Eso era lo que realmente me importaba.

—Sí, con las náuseas, como ya sabes, y las hormonas revolucionadas, pero bien.

Contestó mientras se miraba al espejo y se tocaba la barriga.

—Madre mía, desde ayer no paro de pensar en todo lo que me va a crecer la barriga. Si es con un bebé dentro de ella, imagínate con dos.

Me entraron ganas de reír, solo por la cara de pena que puso.

—No te preocupes, después todo vuelve a su sitio.

—¿Tú crees?

—Claro. Y, si no, siempre te puedes operar y, con la piel que te sobre, nos podemos hacer unos bolsos.

—¡Nadine! —Me dio con la bolsa que había dejado colgada en el perchero del probador—. Si al final el pobre de mi hermano tiene razón, eres una bruja y de las malas.

—Pero estoy segura de que soy la bruja más guapa que has visto.

Nos volvimos a reír y terminamos de probarnos lo que teníamos pendiente. Cuando salimos del probador, recogimos las bolsas que ya llevábamos de las tiendas anteriores, pagamos las prendas que nos habían gustado y seguimos caminando por las calles del centro comercial.

Bromeamos un rato más mientras nos íbamos moviendo de un lado a otro, entrando en alguna tienda más y parándonos en escaparates que nos llamaban la atención.

—¿Y qué vais a hacer?

Le pregunté cuando nos sentamos en la mesa de un local de comida tradicional.

Era raro encontrar sitios así en un centro comercial, sobre todo cuando estaba lleno de las típicas franquicias de comida rápida, de esas que a todo el mundo le gustan y que comemos de vez en cuando.

—Ya lo teníamos hablado de antes, pero con el embarazo lo hemos terminado de decidir. Yo me voy a ir con él un tiempo, por lo menos hasta que consiga el traslado o lo que sea que tenga que gestionar para que sus vuelos salgan desde aquí.

—¿Al final va a vender su piso de allí?

—Creo que sí. Estuvo barajando la posibilidad de alquilarlo, pero dice que eso son dolores de cabeza, sobre todo estando como está todo el tema de los okupas.

—Tiene mucha razón.

—¿Y tú? ¿Qué tienes pensado hacer?

Me preguntó y puede que fuese una pregunta simple, pero me pilló un poco desprevenida.

No sabía muy bien qué contestar. Claro que había pensado en mil cosas distintas, sobre todo en los sueños que tenía por vivir junto a Álex.

Capítulo 47

Nadine

—Por ahora vivir, seguir el día a día, estar para ti y mis futuros sobrinos —le guiñé un ojo—, pero, lo más importante, disfrutar de todo junto al hombre del que estoy enamorada.

Se me escapó una sonrisa, pero de esas que te salen del fondo del alma y que son totalmente sinceras.

—Todavía no me puedo creer que tú y mi hermano estéis juntos.

Supongo que, a cualquiera que nos conociera de toda la vida, le costaría creerlo si no nos viera juntos. Si me costaba creerlo a mí, como para que no les costara a otras personas.

—No me lo creo ni yo.

Reímos fuerte, con ganas, sintiendo que todo nos iba a ir bien.

Pedimos lo que a Vera se le antojó. Anda que no se iba a aprovechar estos meses con la excusa del embarazo.

El caso es que, de entrantes, se le antojaron unas croquetas de rabo de toro, unos crujientes de langostino y unos buñuelos de bacalao.

Como solo estábamos las dos, decidimos que lo mejor era pedir una paella de marisco y nada más.

Con eso llevábamos comida de sobra.

—En cuanto comamos vamos a ir a las tiendas de ropa para bebés.

Negó con la cabeza.

—Todavía es muy pronto.

Me contestó un poco asustada.

—No digas tonterías de antiguas. Fuiste ayer al ginecólogo, te dijo que todo estaba bien, entonces ¿por qué tener miedo de lo que pueda pasar?

Se me quedó mirando de una forma tan distinta a la que estaba acostumbrada a ver en ella, que me puso hasta nerviosa.

—No pareces la Nadine de hace unos años. Esta me gusta mucho más.

Me sonrió con cariño.

—Soy la misma, solo que ahora tengo a mi lado a tu hermano.

—Y siempre me has tenido a mí, no te jode.

Desde luego que hoy estaba que se salía.

—Ya, pero, por desgracia, tú nunca me has dado lo que él sí.

—Vaya, yo pensé que te lo di en su momento.

A Vera se le congeló la sonrisa en el rostro y a mí se me erizaron todos los vellos del cuerpo.

¿Cómo sabía el desgraciado este dónde estaba?

—¿No temes que te cojan y te lleven preso?

No me vine abajo, lo pensaba encarar.

—¿Por qué? Que yo sepa no estoy haciendo nada malo.

—Me estás acosando.

Con todo el descaro del mundo, se sentó en la silla que había a mi lado. No contento con ello, estiró un brazo, poniéndolo en el respaldo de mi silla, como si me estuviese abrazando por la espalda.

Sentí asco. El estómago me dio un salto de repulsión. Las ganas de vomitar que me entraron fueron demasiado grandes, tanto que me iba a costar la misma vida no hacerlo allí mismo.

—Que yo sepa, esto no es acoso, solo me he acercado a saludar a dos viejas amigas.

La mano que tenía tras mi espalda le subió hasta apoyarla sobre mi hombro.

Me removí en un intento de que la quitara, pero clavó los dedos en la piel que tenía al descubierto de mis hombros. Lo hizo con fuerza, con una amenaza silenciosa.

—Vera, ¿no tenías que ir al baño?

Le hice señas con los ojos sin que Ismael me viera. Creo que estaba más enfocado mirando el escote de la camiseta de mi amiga que otra cosa, lo que fue un alivio para mí.

—Creo que se le han quitado las ganas.

Contestó el cabrón que tenía sentado a mi lado. Estaba claro que era una amenaza, pero, como había dicho antes, esta vez no iba a poder conmigo.

Puede que fuese más fuerte que yo y ante eso poco podía hacer, pero defenderme, lo iba a hacer con uñas y dientes. Ni él ni nadie me iba a quitar mis sueños y mis ganas de vivir.

—No, no se le han quitado. Todo lo contrario, tiene tantas ganas que no aguanta más. —A él lo miré de reojo. No le había gustado que le llevara la contraria, a la vista estaba que hizo mucha más fuerza en mi hombro—. Vera, ve.

Lo dije con los dientes apretados. No quería que estuviera allí, no quería que ese loco pudiera hacerle daño. Necesitaba que se marchara para quedarme un poco más tranquila.

Mi amiga negó con la cabeza. Sabía que no quería irse y dejarme de nuevo a solas con él.

A pesar de los años que habían pasado, Vera se seguía culpando y no, esto no era culpa ni de ella ni de nadie que no fuese el hombre que tenía sentado a mi lado.

—Tu cuñadita no se mueve.

Apretó mi hombro un poco más. Esta vez no pude disimular la mueca de dolor que se me escapó.

Tenía que conseguir que se levantara de la mesa. Tenía que avisar a la policía.

—Mi cuñada sí se mueve, porque solo tienes dos manos y a las dos a la vez no nos puedes coger, así que ¿te conformas conmigo o con ninguna?

El hijo de puta sonrió de medio lado.

—Vaya, has cambiado mucho desde la última vez.

Sé que pretendía hacer daño con sus palabras y, aunque me lo hicieran, antes muerta que demostrárselo a él.

—No te puedes llegar a imaginar cuánto. —En vez de sentirme más asustada, mi cabreo iba aumentando por momentos—. Vera, haz lo que te he dicho, vete ahora mismo. Si de verdad me quieres, vete.

Le rogué con la mirada.

—Si ella se levanta, nosotros también nos levantamos. —El cabrón se pasó la lengua por los labios—. Mejor, he decidido que nos vamos. Estoy deseando estar a solas contigo y meterme entre tus piernas. —Hizo un ruido como una especie de gemido—. Joder, me has puesto tanto que no puedo esperar más.

Con la otra mano se cogió su sexo para darse un pequeño apretón.

Si antes estaba asqueada, en ese momento sentí mucho más asco.

—Nadine…

—Haz lo que te he dicho.

No dejé que terminara de hablar.

—No, mejor te vas a quedar sentadita viendo cómo me llevo a tu cuñada. Escucha bien, Verita, porque quiero que se lo repitas a tu hermano. —Sonrió con maldad—. Dile que cada gemido, cada jadeo y cada grito que le saque se los voy a dedicar a él.

Estaba completamente loco. Estaba más que confirmado. No era normal que una persona con una mente sana dijera esas burradas.

—Levanta, que tú y yo nos vamos a dar un paseo. Por cierto —volvió a dirigirse a Vera—, dile a tu hermano que no sé cuándo se la voy a devolver. Supongo que tardaré un poco en hacerlo, esta me gusta mucho.

¿Había dicho esta? Mi oído no me había fallado, lo había escuchado bien. Eso quería decir que no solo había abusado de mí, también lo había hecho de otras mujeres.

—Creo que usted no se va a ninguna parte. Soy policía, así que levante las manos lentamente y sin hacer ninguna tontería.

—No he hecho nada.

Dijo, soltándome y levantando las manos despacio. Desde luego que tonto no era.

—Eso lo decidirá un juez.

La que lo estaba deteniendo era la misma inspectora que me atendió cuando fui a poner la denuncia.

—No te preocupes, este va a tardar mucho en molestarte.

Me dijo con una sonrisa.

Y no, no me iba a preocupar, porque la única pesadilla que podía tener en mi vida me la estaban quitando de encima.

Lo esposaron y le leyeron sus derechos. Después, un policía estuvo haciéndole preguntas a Vera y otro a mí.

Cuando se lo llevaron, la inspectora se acercó a mí y me dijo que tenía que ir a comisaría y hacer una declaración formal.

Le dije que íbamos casi después de ellos. Cuanto antes lo hiciera, antes podía retomar mi vida con normalidad y no molestarme en pensar en ese monstruo hasta que llegara el juicio.

Al quedarme a solas con Vera, la miré y entre nosotras no hicieron falta palabras. Nos abrazamos y lloramos en medio del centro comercial. Lloramos de alivio, de felicidad, de saber que al fin podía decir que el culpable de haberme hecho tanto daño, por fin iba a comenzar a pagar ese sufrimiento.

Solo esperaba que no hubieran pasado muchas mujeres por lo mismo que yo. Me sentiría muy culpable de que hubiese sido así, culpable por no haber denunciado cuando sucedió.

—Dime, cariño.

Me contestó Álex en cuanto le llamé. Tenía que ser uno de los primeros en enterarse, por no decir que estaba segura de que iba a querer ir conmigo a la comisaría.

—Todo ha terminado.

No creía que hicieran falta muchas más palabras para que supiera qué era lo que quería decir.

—¿Dónde estáis?

—Vamos para la comisaría.

—Nos vemos en la puerta, pero antes de colgar necesito que me digas que estás bien.

Sonreí. No porque esta situación fuera de risa. Fue una sonrisa de amor, de ternura, de sentirme querida y arropada.

—Estoy mejor que nunca, te lo prometo.

Miré a Vera y me di cuenta de que estaba hablando por el móvil. Por la cara que tenía, estaba segura de que estaba explicándole a Nathan lo que acababa de pasar. Él estaba con Álex, así que lo más probable era que los dos se estuvieran enterando casi al mismo tiempo.

—Vale, si me estás mintiendo, lo descubriré en cuanto te vea.

Eran muchos años los que nos conocíamos el uno al otro. Puede que no como pareja, pero sí sabíamos leernos muy bien.

No sabía hasta qué punto eso podía resultar beneficioso, pero me gustaba que me conociera tan bien y, sobre todo, lo que más me gustaba era conocerlo yo a él.

Capítulo 48



Álex

Al final tomé la decisión que creí que era la mejor y más acertada para poder tener un estilo de vida un poco más hogareño.

Con esto quiero decir que se terminaron los vuelos internacionales de larga distancia. Me iba a quedar solo con los europeos, que estaba claro que, dependiendo de dónde fuese, a lo mejor tenía que dormir un día fuera de casa, pero no era lo mismo que hacerlo cuatro o cinco días.

Cuando le dije a Nadine que había tomado esa decisión, al principio no quiso que lo hiciera. No por ella, sino por mí. Creía que estaba abandonando mi sueño.

Y como le dije a ella, puede que sí, que uno de mis sueños fuese volar, por eso mismo me hice comandante de vuelo, pero mi mayor sueño desde que estaba con ella era pasar todo el tiempo que pudiésemos juntos.

Mis pensamientos habían cambiado mucho y lo que más había cambiado eran mis prioridades. Ahora mismo, formar una familia junto a Nadine era lo que más me importaba.

Llevaba más de una semana desde que había empezado con las nuevas rutas. Lo bueno de esta etapa era que sí, podían ser muchas horas seguidas en el aire, pero después también tenía bastante descanso.

Así que podía disfrutar de bastantes días libres al año, lo que significaba, a su vez, más tiempo junto a mi chica.

Aunque más que mi chica, mi novia o como la queráis llamar, para mí era mi mujer y compañera de vida.

Me da igual si os suena mal eso de compañera de vida. Es lo que era para mí. Eso, entre miles de cosas maravillosas.

Era de madrugada cuando llegué al aeropuerto después de haber hecho la última ruta y estaba deseando llegar a casa, darme una ducha y meterme en la cama abrazando a Nadine.

Era normal que todo estuviese en silencio y con las luces apagadas, teniendo en cuenta que eran cerca de las tres.

Dejé encima de la isla de la cocina la bolsa de mano que normalmente llevaba al trabajo.

Ahí solía meter las fundas de las gafas de sol. Sí, habéis oído bien, «fundas». Me gustaba llevar dos, por si una se rompía o pasaba cualquier cosa, tener siempre una de repuesto.

Porque no veáis cómo me jodía el sol.

Después de dejarla sobre la encimera, fui a la nevera, saqué la jarra de agua y me llené un vaso.

Estaba empezando a hacer algo de fresco. Sin embargo, yo era de los que bebían agua fría durante todo el año.

Dejé el vaso dentro del lavavajillas y salí de allí para ir a la habitación. Las luces de la casa se fueron encendiendo y apagando según iba pasando.

Todas menos las de mi habitación. Esas las había puesto para que tuviésemos que encenderlas nosotros. En realidad, también tenía detector de movimiento, pero se lo había desconectado cuando Nadine se había mudado a casa.

Lo había hecho precisamente por esto, para que cuando yo llegara de trabajar no la despertase al entrar en la habitación.

Como tampoco la quería despertar con el ruido de la ducha, lo hice en el baño de una de las habitaciones de invitados. Esta semana había tenido dos veces la misma ruta de vuelo, por lo que era la segunda ocasión que llegaba a esta hora a casa.

La vez anterior también hice lo mismo.

Terminé de ducharme y, tal como había hecho siempre desde que me independicé, salí del baño completamente desnudo. Lo siento, pero para mí era muy cómodo, por no decir que me gustaba.

Nadine estaba acostada de lado, con el cuerpo y el rostro mirando hacia fuera. Me metí por mi lado de la cama con cuidado de no despertarla y me acerqué todo lo que pude a su espalda.

¿Cuál fue mi sorpresa? Que ella tampoco llevaba nada puesto.

Me resultó raro, porque solía dormir, aunque solo fuese con las braguitas. Completamente desnuda, solo lo hacía después del sexo.

Le pasé una mano por encima de la cintura para atraerla a mi cuerpo todo lo que pudiera.

A ver quién era el guapo que se quedaba tranquilo con esa tentación rozándose contra mí. Más en concreto, su trasero, ese que tenía redondo, respingón y duro.

¿Se notaba que me gustaba su culo? Si no os habíais dado cuenta, ya os lo he dejado claro.

Se me escapó un suspiro cuando mi cuerpo empezó a reaccionar, y eso que intenté que no fuese así.

Os prometo que hasta canté mentalmente, pero no funcionó. Vamos, que mi entrepierna me mandó a la mierda y mucho más lejos, diciéndome que iba a hacer lo que le saliera de la punta… y nunca mejor dicho.

—Nena, no te muevas o me voy a tener que ir a otra habitación.

Lo dije en voz baja.

No quería despertarla, pero se lo decía o me tendría que marchar de verdad.

—Como salgas de la cama, no te hablo en una semana.

La madre que la parió.

Hizo todo lo contrario a lo que le había pedido. Se acercó mucho más.

—No, si te aseguro que no quiero salir de la cama ni de ningún lado. En todo caso, me gustaría entrar.

Moví las caderas, restregando el miembro contra su sexo. Lo moví con lentitud, desde atrás hacia delante. La iba tentando, provocando. Haciendo que se fuese humedeciendo.

—Mmm… —gimió medio adormilada.

Ella me había provocado, lo había hecho a propósito. Y no solo por su manera de buscarme con el trasero, es que había empezado a provocarme al meterse en la cama desnuda.

Y diréis que yo también lo había hecho, pero es que yo dormía siempre así, menos cuando dormí con ella la primera noche, esa en la que por poco no me dio un infarto o un ictus o lo que fuese. El caso es que sobreviví a esa noche de puro milagro.

Bueno, os estoy mintiendo, porque los días esos en los que le estuve dando su espacio cuando creí que lo necesitaba, ahí también dormí con un pantalón de pijama.

—¿Tenías ganas de verme?

La mano que tenía en el centro de su vientre la bajé despacio, llegando a su sexo, el mismo del que pude notar salir la humedad a través de sus pliegues.

Pasé los dedos por esa zona que me ponía tan caliente cuando se acercaba a mí.

—Solo un poco.

Le encantaba provocarme y a mí que lo hiciera.

—Veamos cuánto es ese poco.

Susurré con los labios pegados al lóbulo de su oreja.

Nadine levantó la pierna, poniéndola encima de la mía. Al estar en esa postura, quedó totalmente expuesta, haciendo que mi pene pudiera llegar mejor a su vagina.

La estuve provocando un poco con la punta del glande. Lo hice hasta que ni ella aguantaba ni yo mucho menos.

—Álex…

Jadeó casi deshecha entre mis brazos.

—Parece que no estaba equivocado y tenías muchas ganas de verme.

Mordí su hombro.

—Sí, te he echado de menos.

Me puso mucho más de lo que ya estaba que dijera esas palabras.

—Yo también lo he hecho.

La fui penetrando poco a poco, disfrutando del calor que me iba envolviendo.

—No me gusta cuando me tengo que acostar sola.

Por su tono de voz y por sus palabras, parecía que estaba más sentimental.

—Parece que mi niña está mimosa.

Salí de ella despacio. No me retiré del todo, dejé el glande en su interior. La mano con la que había estado acariciándole el clítoris la subí hasta su pecho, lo atrapé entre mis dedos y jugué con él despacio, amasándolo y apretándolo.

No es que lo tuviera demasiado grande ni tampoco pequeño. Era el tamaño perfecto para encajar en mi palma.

Pero que, aunque hubiese sido de mayor o menor tamaño, a mí me hubiera dado igual.

Para mí, Nadine era perfecta, así tuviese una verruga en la nariz de lo bruja que era.

—No te puedes ni imaginar cuánto.

—Sí que me lo imagino, pero sobre todo lo veo.

Comencé a mover las caderas un poco más rápido y con más intensidad.

—Sí, así me gusta.

Echó una mano hacia atrás, la puso sobre mi trasero y, cuando menos me lo esperaba, me clavó las uñas en él.

Eso, en vez de hacer que aflojara el ritmo, lo que hizo fue que aumentara más.

—Joder, nena…

Apoyé la frente en uno de sus hombros, intentando serenarme un poco, pero me fue imposible.

Mi cuerpo cada vez iba pidiendo más y el de ella también.

La hice ponerse boca abajo, totalmente tendida. Solo metí un cojín por debajo de su abdomen, lo justo para que el trasero lo tuviese un poco más alto.

No le separé las piernas, se las mantuve ligeramente cerradas. Sabía que en esa postura me iba a sentir mucho más.

Y así fue.

Ella lo disfrutó, pero yo no me quedé atrás.

Joder, es que daba igual cómo fuese, hacerlo con Nadine era una de las mejores experiencias que viviría en mi vida.

Capítulo 49

Nadine

La vida puede pasar en un abrir y cerrar de ojos. Eso es algo que todo el mundo piensa y repite hasta la saciedad.

Pues vais listas si pensáis que yo iba a ser distinta y que no lo iba a decir, pero es que, joder, es una de las verdades más grandes que podéis escuchar a lo largo de vuestra vida.

Y, si no, dejad que os lo diga yo.

Porque la mía, entre unas vacaciones de locos, pasar de querer matar a un hombre a quererlo con toda mi alma y casi dejarme la piel por el camino, había dado más vueltas que una noria.

Bueno, lo de dejarme la piel tampoco, que sé que estoy exagerando un poco más de la cuenta.

Ojo, que lo he hecho por vosotras, para que os pongáis en mi lugar.

No, no, en mi lugar mejor no, que entonces es cuando os gusta más de la cuenta mi chico y me lo queréis quitar.

Que puedo ser muy buena y tener un corazón muy noble, pero yo a él no lo comparto. Así que, si alguna de vosotras lo quiere, lo siento mucho, pero este es mío. Como mucho os puedo dar una foto de su trasero.

Para que veáis que soy buena, que, si fuese demasiado celosa, ni eso os daría. Pero dice mi abuela o, más bien, todo el mundo, que compartir es de sabios. Pues yo debería de ser la más sabia de todas, porque no veáis si os he ido compartiendo cosas a lo largo de mi historia.

Oye, que puede que no fuese la historia de la vida de una reina ni mucho menos, pero era la mía. Y esto es otra cosa que decía mi abuela.

Quiérete a ti misma por encima de todo. Y como yo ahora, porque antes no lo hacía, me quería mucho, para mí lo mío era mejor que lo de cualquier reina, duquesa o actriz.

Por cierto, antes de que se me olvide y pase a otra cosa, os voy a dar un pequeño consejo. Quien quiera, que lo coja, y el que no, pues allá él.

Poneos siempre por delante, porque nadie os va a dar el valor que primero tenéis que daros vosotras. Para nosotras mismas tenemos que ser las mejores del mundo.

Porque, si tú te sientes bien contigo, no importa cómo te vea el resto. Sobre todo porque te va a importar una verdadera mierda lo que opinen.

Hala, no sé si soy buena o no dando consejos, pero lo que quiero decir es que os queráis, os cuidéis y estéis orgullosas de vosotras mismas.

En fin, que al final termino hablando de algo que no quería.

Que todo este rollo es para deciros que mi abuela la había vuelto a liar, pero esta vez lo había hecho a lo bestia.

¿Veis?

Esa mujer sí que se quería a sí misma y le importaba un pito lo que opinara la gente de ella.

Y tenía razón. Siempre y cuando se haga algo que no dañe a nadie, tenéis que hacer lo que os salga del alma, eso por decirlo de manera fina y bonita.

Bueno, que doña Águeda dijo que se casaba. Sí, como lo habéis oído. Nos dio la noticia de un día para otro.

Y como he dicho antes, ella no vino pidiendo permiso, más que nada porque no se lo tenía que pedir a nadie. Nos reunió a toda la familia, eso sí, lo hizo en mi casa. Bueno, en el chalé de Álex, pero vamos, que era mi casa.

Pues nos reunió aquí. Claro, porque según ella, aquí cabíamos todos mejor, no nos tropezábamos los unos con los otros. Eso según ella.

Yo opinaba otra cosa, pero eso mejor lo dejamos para otro momento.

¿Y qué hicimos la familia?

Pues lo que hacen las familias que se quieren y respetan por encima de cualquier cosa.

Apoyarla hasta el final.

Por eso estábamos aquí, en la villa que Álex había alquilado cuando nos trajo a todos a esta isla. La misma en la que mi abuela había conocido al amor de su vida.

Por lo menos, eso es lo que ella dijo.

Todavía recuerdo sus palabras en el salón de casa, con la chimenea encendida a su espalda, dándole un aire todavía más romántico.

Nos hizo colocarnos a todos frente a ella o, más bien, ella se plantó delante de nosotros. Eso ya lo veis según queráis verlo.

Y para los que no quedó espacio en el sofá, nos mandó al suelo, sobre la alfombra, porque puede que la casa fuera de Álex y mía, pero la que mandaba cuando venía la familia era ella.

Allí, un sábado normal y corriente, con todos esperando a oír lo que fuese que nos iba a decir, nos soltó la bomba. Y, como ya sabéis, no fue una cualquiera.

Así, sin anestesia ni nada, anunció que se casaba con Nikos. Sí, con el griego ese del que se quedó prendada y con el que se escapaba por las noches y no llegaba hasta bien entrada la madrugada o, si apuraba mucho, la mañana.

Y no es que Nikos fuese a venir a nuestra ciudad. No, qué va, es que nos teníamos que trasladar toda la familia allí.

Oye, que, por mí, de lujo. Total, Mykonos me encantó. Tanto que no me importaría quedarme una buena temporada, aunque, si tuviera que elegir algún lugar de los que conocí el verano pasado, desde luego que me quedaba con Portofino.

Creo que en la villa no cabía ni un alma más.

La primera vez que estuvimos allí éramos menos. Para empezar, aún no habían nacido las mellizas de Vera. Sí, porque mis niñas, mis pequeñas princesas, habían llegado al mundo hacía tres meses.

Vamos, que se puede decir que había pasado un año justo desde que habíamos estado en las Maldivas.

Os vais a morir cuando os diga los nombres que les habían puesto a las niñas. No porque fuesen feos, que no era el caso. Eran muy bonitos, eso sí, por separado.

Porque juntos, quiero decir, como hermanas mellizas, tenían tela.

Que sí, que no os voy a hacer esperar más.

Les habían puesto Sol y Luna. Como lo habéis oído, no estoy bromeando ni mucho menos.

Al ser mellizas, no eran iguales. Digo, y tanto que no lo eran, que el nombre de Sol se lo habían puesto a la rubia y Luna a la morena.

Versión Zipi y Zape, pero en niñas.

Solo esperábamos que no fuesen igual de traviesas que esos dos.

Madre mía, cómo me estoy enrollando. Como siga así, no me va a dar tiempo a contaros cómo se casó mi abuela.

¿A que no adivináis quiénes eran los otros dos? Estoy segura de que más de una lo sabrá y, para quien no lo sepa, os lo voy a decir yo.

Mi Lorenzo, ese italiano que, para las personas que no lo conozcan, puede parecer un hombre superegocéntrico, de esos que solo piensan en disfrutar la vida y que no se molestan por los sentimientos de nadie.

Nada que ver con la realidad. Lorenzo era el hombre con mejor corazón, noble y bondadoso, que había conocido.

Por lo menos, ese era el Lorenzo que a mí me había mostrado.

Pues él había venido con Chiara, pero no penséis que estaban juntos como pareja. No. Por lo visto, ella era un hueso duro de roer y había aceptado el acercamiento, pero sin llegar a tener entre ellos nada íntimo.

Aunque, a mi parecer, no creía que tardaran mucho más en ser algo de verdad, porque Chiara, por muy dura que se hiciera, estaba loca por él. Pero no solo porque le gustase físicamente, que también era el caso. Ella lo quería, aunque se empeñara en disimularlo.

Así que la villa estaba a tope, pero eso no era lo peor. Lo peor era el secretismo que había a mi alrededor.

Lo tenía claro, algo se estaba cociendo y era algo que no me querían decir.

Ya me encargaría de averiguar qué era lo que podía ser.

Capítulo 50

Álex

Me había costado lo mío organizarlo sin que nadie se enterara.

Y cuando digo nadie, es eso lo que quiero decir. Esperad, porque creo que no estoy siendo demasiado claro.

Lo sabíamos solo los hombres y no, no iba de machismo. Iba de sorprender a las mujeres. Si no a todas, al menos a dos de ellas, aunque ninguna tenía ni idea. La única mujer que sabía qué iba a pasar era la abuela.

Esperaba no llevarme el mazazo del siglo, porque no era el único que se la estaba jugando. Había otros dos igual de nerviosos que yo o incluso peor.

Tengo que reconocer una cosa y no era cualquiera.

Si alguno de los tres tenía verdaderos cojones para hacer lo que íbamos a hacer, era Lorenzo.

Porque que lo hiciera Nathan, que vivía con mi hermana y tenía dos niñas con ella, pues podía esperarse.

Que lo hiciera yo, que vivía con Nadine y que llevaba varios meses pensando en ampliar la familia, pues también podía ser de esperar. Pero que lo hiciera el loco ese, eso no se lo esperaba nadie.

Y es que había que tener mucha confianza en sí mismo o creerse un dios del Olimpo para intentar que una mujer que no era ni tu pareja te diera el «sí, quiero».

—Abuela, ¿lo tienes todo preparado?

Le preguntó Nathan, porque Águeda había pasado a ser la abuela de todos. Y mira que ella decía que no quería que la llamaran así, pero en el fondo le gustaba, aunque no lo reconocería nunca ni bajo tierra.

—Qué pesado eres, niño.

Lorenzo aguantó la risa como pudo.

—Mamá, es normal que el chiquillo esté nervioso.

Le dijo mi suegro, intentando que se compadeciera un poco de mi amigo.

—Nervioso debería estar ese —señaló al italiano— y míralo, tomándose una copa de vino bien tranquilo.

El nombrado la miró levantando una ceja, como si con él no fuese la cosa.

—No tengo que estar nervioso. Por lo menos, no más que ellos.

—¿Cómo puedes decir eso? Mi hijo vive con su pareja, mi yerno también y, para más señal, tiene dos hijas, pero ¿tú? Tú no tienes nada con ella, si la has tenido que traer casi de los pelos.

Aguanté las ganas de soltar una carcajada. Desde luego que mi padre le había dicho lo que pensábamos el resto y que, por no meter el dedo en la llaga, no le decíamos nada.

—Pues casi de los pelos va a decir que sí, porque nosotros volvemos a Milán y Portofino como marido y mujer.

Porque lo decían sus santos cojones.

—Pues yo creo que te va a mandar a la mierda, pero literalmente.

Le dijo Nathan.

La abuela nos miró a unos y a otros sin decir nada. Y cuando ella se mantenía callada era porque algo sabía o intuía que no éramos capaces de ver los demás.

—No opino lo mismo. Si tengo que ser sincera, le va a decir que sí a la primera, solo hay que ver cómo lo mira.

Lo que decía, cada vez que la abuela hablaba, podía subir el pan.

—Águeda, que cada vez que esa chiquilla lo mira es para matarlo con la mirada.

—Félix, ¿cuándo te vas a dar cuenta de que hay miradas que matan, pero porque no son capaces de reconocer que lo que les pasa de verdad es que lo quieren incendiar todo con tal de tenerlo?

Mi padre se había quedado callado. No sabía qué decir a esas palabras que nos habían dejado a todos mudos.

Lo peor de todo es que, con esas palabras, el italiano de los cojones se subía mucho más.

Que sí, que le estaba muy agradecido y que ya no me caía mal del todo, pero no podía olvidar que estuvo a punto de quitarme a mi chica.

—No sonrías así, que, porque la abuela haya dicho que te va a decir que sí, no quiere decir que lo haga.

Le dije con los brazos cruzados.

—Te digo que va a ser la primera en decir que sí.

Nada, que a cabezota no había quien le ganara a esa mujer.

—No le des esperanzas, que después la hostia puede ser mayor —insistí—. Por cierto, ¿cuándo piensas irte para ponerte el vestido?

La tradición era que las mujeres llegaran un poco más tarde, pero estábamos a punto de bajar y ella seguía con ese vestido. Era precioso y le quedaba de escándalo, pero era rojo.

Vamos, no un rojo cualquiera. Rojo, rojo.

Creo que os podéis hacer una idea del color que quería decir.

—Niño, que yo ya tengo mi vestido de novia puesto.

No fui el único que abrió los ojos de par en par. Creo que nos quedamos todos con la boca abierta y sin saber qué decir.

—Mamá, ¿un vestido rojo para casarte?

—Claro, como si fuese negro. El color del vestido no define mi amor por Nikos.

En eso llevaba razón.

Creo que esta sociedad tenía demasiado metido en la cabeza un prototipo de novia. Digo novia porque era el tema que estábamos hablando en ese momento.

Como iba diciendo, estábamos tan marcados por ciertos estándares que, cuando algo se salía de ahí, lo veíamos raro o mal.

—Pues a mí me parece que vas a ser la novia más perfecta y con mayor personalidad de la historia.

—Gracias, tú sí que sabes ver de verdad. Cómo se nota que mi nieta te ha enseñado.

Desde luego que pelos en la lengua no tenía.

—Espera, ahora que lo pienso, ¿a ellas también les has puesto vestidos rojos?

Le preguntó su hijo medio espantado, medio incrédulo.

—Hijo, a veces me pregunto si eres mío de verdad. —Eran un espectáculo madre e hijo juntos—. ¿Cómo les voy a poner vestidos rojos? Entonces irían igual que yo, y hoy la que tiene que destacar soy yo, no ellas.

Hala, se había quedado bien a gusto.

—Pero no van a ir de blanco, eso os lo aseguro. Es el día de mi boda y para una vez que me voy a casar en la vida, no puede haber nada aburrido ni convencional.

—Madre mía, que nos las ha vestido de negro.

Dijo Lorenzo pasándose las manos por el pelo.

La abuela soltó una carcajada.

—¿De negro?

Le pregunté intrigado.

—Tú no eres el diablo de mi nieta y ella es tu bruja, pues qué mejor color que ese para vuestra boda.

—La madre que te parió.

Ay, que me iba a casar con una bruja de verdad.

Solo esperaba que no le hubiera puesto el gorro ni la verruga en la punta de la nariz, porque esta mujer era capaz de eso y de mucho más.

Como no quería seguir imaginando con qué vestimenta me la iba a encontrar, miré el reloj y, al ver que ya era la hora de comenzar, se lo hice saber.

Había cuatro novias y dos padrinos. Mi padre iba a acompañar a mi hermana y a Chiara.

Mi suegro, a su madre y a su hija.

Águeda salió de la habitación donde estábamos reunidos. Nikos era el único que no estaba allí, porque no podía verla antes de la ceremonia.

Mi padre y mi suegro se fueron detrás de ella, y los tres que quedamos nos miramos unos a otros con unas sonrisas contenidas.

Supongo que cada uno pensaba en lo que iba a pasar en menos de una hora.

—Creo que ha llegado la hora de averiguar si la abuela tiene o no razón.

—Parece que se te ha caído la careta de hombre seguro de sí mismo.

Al pasar por mi lado, me dio una gran palmada en el hombro.

—No te equivoques, que sé que me va a decir que sí. Lo que quiero saber es si lo va a hacer la primera o la última.

—Capullo creído.

—Amigo, debes empezar a gestionar la envidia.

No, a este no le iba a decir que sí, porque me lo iba a cargar yo antes de bajar.

—Te puedo asegurar que Chiara se va a quedar viuda antes de dar el «sí, quiero».

—No creo, no me puedes hacer nada porque sabes que tu chica no te lo perdonaría.

Es que encima el capullo tenía razón.

Bajamos los tres. Lo hicimos con nervios, cada uno con los nuestros y en silencio, pero con ilusión también.

Nos colocamos en el altar junto a Nikos, que al vernos se nos quedó mirando sin entender. Igual que mi madre y mi suegra, que también nos miraron con los ojos de par en par.

No nos dio tiempo a darles ningún tipo de explicación porque la música empezó a sonar por los altavoces que habían puesto los trabajadores de Nikos. Hoy había cerrado el restaurante y se los había traído a la villa para que nos atendieran aquí.

Levanté la vista y me quedé sin habla.

Las primeras novias en entrar fueron la abuela y Nadine, venían del brazo de Benito.

Sé que es lo que se dice siempre y, si lo dicen todos los novios el día de su boda, es porque estoy seguro de que todos se casan tan enamorados como yo.

Pero, aun así, y sin que siente mal a nadie, mi mujer era la novia más guapa que había visto en mi vida. Y no, no llevaba un vestido negro, era color marfil, casi blanco.

En cuanto nuestras miradas conectaron, para mí dejó de existir otra persona que no fuera ella. Si me preguntáis cómo iban las otras, en esos momentos no hubiera sabido responderos, porque no tenía ni idea. Mis ojos estaban puestos en esa morena que venía andando hacia mí con lágrimas en los ojos.

—Te amo. ¿Quieres casarte conmigo?

Le dije cuando llegó a mi altura.

Capítulo 51



Nadine

—Te amo. ¿Quieres casarte conmigo?

Fueron las palabras que me dijo el hombre por el que era capaz de darlo todo, incluso mi vida.

Ya había intuido qué estaba ocurriendo, pero, por las caras de mi madre y de mi suegra, ellas tampoco tenían ni idea de lo que se nos venía encima.

Ya estando en la habitación, mientras esperábamos a que llegara mi abuela, nos pareció raro a las tres que nos diera un vestido igual a cada una, sobre todo porque era blanco.

Pero como se casaba en Grecia con un griego y los modelos eran de esos típicos que dicen que son griegos, pues no le hicimos mucho más caso.

Los tres eran iguales y, todo hay que decirlo, espectaculares.

Iban cogidos de un hombro. Por la parte del corpiño eran ceñidos y, desde la cintura, caían sueltos. La falda era ligera, fresca, de esa que no molesta.

Miré a mi abuela, pidiéndole una explicación.

—Se habían cansado de vivir en pecado.

Reímos al escucharla, porque eso del pecado se lo pasaba ella por donde todo el mundo sabe.

—Yo no estaba viviendo en pecado.

Dijo Chiara a mi espalda.

—No, tú no, lo tuyo ha sido para evitar que lo hagas.

Giré la cabeza para mirar a mi nueva amiga, porque lo era.

En este año que había pasado nos habíamos visto demasiadas veces y esa amistad había ido creciendo cada vez más, hasta llegar a donde estábamos ahora.

Estaba claro que nunca iba a ser como Vera. No porque Chiara no fuese importante para mí, sino porque lo que había compartido con mi mejor amiga no lo iba a compartir con nadie más. Además, vivíamos en países distintos y, por mucho que nos viéramos, no podía ser algo diario como con ella.

Volví a centrar la mirada en el hombre que estaba esperando a que le diera la respuesta a su pregunta.

—Te amo, más que a mi vida. Sin ti no soy nada y no quiero serlo. Sí, quiero casarme contigo. Quiero compartir el resto de mi vida junto a ti, quiero tenerlo todo, empezando por la boda y siguiendo por crear nuestra familia.

Me cogió una mano, tiró de ella para llevarme hacia su cuerpo, me rodeó por la cintura y me dio un beso en la frente, dejando los labios posados allí durante varios segundos.

Los primeros en dar el «sí, quiero» fueron mi abuela y Nikos. Fue bonito ver cómo se dijeron unas palabras y no os puedo decir qué dijeron porque lo hicieron en griego. Sí, como habéis oído, en griego.

Que, por cierto, no tenía ni idea de cuándo había aprendido a hablarlo.

Los siguientes fueron Lorenzo y Chiara.

Os juro que pensé que ella le iba a decir que no, pero no lo pensé solo yo, lo pensaron todos.

—No somos pareja.

Le dijo ella a él.

—Eso no quiere decir que no me ames de igual modo en el que yo te amo a ti.

Con esas palabras se la ganó, aunque lo hizo porque Lorenzo se había encargado de demostrárselo desde que decidió que la quería recuperar, cuando se dio cuenta de que era la mujer de su vida.

Y demostraron todo lo que se querían con ese «sí, quiero» y el posterior beso.

Después fueron Vera y Nathan. No lo hicieron solos, lo hicieron cada uno con una niña en brazos.

Vera llevaba a Luna y Nathan a Sol.

Fue un momento precioso. No había palabras para describir ese beso que se dieron con las niñas entre ellos.

Y por fin nos tocó a nosotros.

Con nuestras manos entrelazadas y mirándonos a los ojos.

—Sí, quiero, hoy y siempre, diablo.

Contesté cuando el juez nos preguntó.

—Sí, quiero, hoy y siempre, bruja.

Respondió Álex.

Nos sonreímos con todo el amor del mundo, pero yo tenía una sorpresa que lo iba a hacer sonreír todavía mucho más.

En cuanto nos dimos el beso y aun con los labios sobre los suyos, se lo dije.

—Felicidades, futuro papá.

Me miró con los ojos muy abiertos. Por la pinta que tenía, era como si no lo hubiese asimilado, como si no terminase de creerlo o procesarlo.

—¿Me lo dices de verdad?

Me preguntó con lágrimas en los ojos.

—Sí, me hice la prueba hace una semana.

Le confesé.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque quería darte la noticia en una noche especial, en esta isla tan bonita, pero ya que tú me has preparado algo así, ¿qué mejor momento que este para decírtelo?

—No había un mejor momento que este. Me has hecho muy feliz, no te haces una idea de cuánto.

—Sí que me la hago, porque es la misma felicidad que sentí yo cuando me hice la prueba.

Me abrazó fuerte contra su pecho. Me sentí en casa, en mi lugar, hoy y siempre, tal y como nos habíamos prometido. Y supe que, a partir de ese momento, podríamos con todo.

Con nuestros más y nuestros menos, pero ahí íbamos a estar el uno para el otro hasta que nuestros corazones dejaran de latir.

En cuanto nos separamos, llegaron las felicitaciones de toda la familia. Hubo besos y abrazos para nosotros y también para el resto de los novios.

—Ven aquí.

Dije estirando los brazos para coger a una de mis niñas. Álex cogió a la otra.

—Quiero dos —me dijo riendo—. Me da igual que sean niños, niñas o uno de cada, pero quiero dos.

—¿No te parece mejor ir de uno en uno?

Le pregunté con ironía.

—No, ¿para qué hacerlo poco a poco?

—Para no ponerme como se puso tu hermana, que no se veía ni los pies, por no decir otra cosa.

—Ey, que te estoy escuchando.

Protestó mi amiga.

—Lo sé, no te lo tomes a mal, es para que tu hermano se haga una idea.

—Cariño, sé muy bien cómo estaba mi hermana, por eso mismo estoy deseando verte.

—Nena, que nos estamos quedando atrás y no puedo permitir que el piloto me gane.

Dijo de pronto Lorenzo, haciéndonos reír a todos.

—Pues en esto te vas a joder, porque por mucho que quieras correr no le vas a ganar.

—Bueno, pero seguro que en la práctica le ganamos.

—Pues ya tienes que correr para ganarme en eso.

Le contestó mi ya marido.

Epílogo



Doce años después…

Nadine

Por mucho que viajaras en el mismo avión que pilotaba tu marido y por mucho que él fuese uno de los comandantes de mayor rango de la aerolínea, estaba claro que no podía retrasar el vuelo porque su mujer hubiera salido tarde de casa cargada de niños, maletas y media vida metida en bolsas.

Y mira que, en aquel momento, me pareció una idea preciosa eso de volar con él. Romántica, incluso. Hasta que me vi en la puerta de casa intentando que tres niños avanzaran en la misma dirección, que las maletas no se quedaran atrás y que no se me olvidara ningún documento importante encima de la mesa.

Podríamos haber cogido otro vuelo que no pilotase él, aunque solo fuera para que me ayudara con sus hijos, que en momentos así eran muy suyos y muy poco míos.

Porque nuestros hijos no eran niños tranquilos, precisamente. Eran puro nervio, de esos que parecen multiplicarse en cuanto les das la espalda y que tienen la capacidad de convertir cualquier salida familiar en una prueba de resistencia.

Me volvían loca con esos "mamá" que escuchaba durante todo el día, a todas horas y desde todos los rincones de la casa.

Si no era Matt, era su mellizo, Álex. Y si no era ninguno de los dos, era Bruno, que todavía era peor porque había aprendido demasiado bien de sus hermanos.

Como habéis oído, mi marido se salió con la suya y tuvimos dos bebés en el primer embarazo. Y digo primero porque después llegó otro más, pero a ese llegaré en cuanto os presente bien a los mayores.

Matt y Álex fueron los primeros en poner nuestra casa patas arriba. Tenían once años y, como he dicho, eran puro nervio. No solo ellos, que su hermano Bruno venía pisando fuerte y, en algunas cosas, era incluso peor.

Bruno fue mi tercer hijo y el último. Con él dije que ya no iba a tener más, mucho menos después de verme como me vi. Bueno, más bien después de vernos como nos vimos todos.

Porque no tuve otra cosa que hacer que quedarme embarazada cuando los mellizos tenían tres meses, así que se llevaban solo un año.

Nos encontramos con tres niños de golpe. Vale que los dos primeros fueron buscados, pero el pequeño llegó de improviso, y eso no significaba que lo quisiéramos menos.

No era así. Para nosotros, nuestros hijos eran los tres iguales. Si uno tenía una cosa buena, el otro tenía otra, y entre ellos mismos se compensaban.

Mis pobres niños, siempre mirando por sus padres.

Eso lo he dicho con toda la ironía del mundo.

Así que allí íbamos, camino del aeropuerto, para coger el vuelo que nos llevaría a Milán.

Desde allí pondríamos rumbo a Portofino. Ese lugar se había convertido en nuestro destino fijo de cada verano, dos semanas al año con todos los nuestros.

En realidad, todos, por desgracia, ya no podía ser.

Mi abuela había muerto hacía seis años. Se fue despacio, pero sin sufrir, por lo menos que nosotros tuviésemos constancia.

Dos años después nos dejó Nikos. Porque él se vino con nosotros, fue un miembro más de nuestra familia y así lo quisimos hasta que nos abandonó.

Pero el resto sí venía. Cualquiera dejaba aquí a mis padres y a mis suegros.

Habían convertido aquel pueblo en su segunda casa.

Tanto era así, para ellos y para nosotros, que entre todos compramos una gran villa en la que pudiéramos caber sin tropezarnos demasiado.

Y ahora vamos a Vera y Nathan.

Ellos tenían a mis princesas, como ya sabéis. Una se llamaba Sol y la otra, Luna.

Tenían doce años y pico. Poco puedo decir de ellas, salvo que eran la noche y el día de sus primos.

Eran obedientes, aunque también cabezotas y, por supuesto, no se dejaban dominar por nadie. Eso sí, te decían que no con tan buena educación que ni te dabas cuenta de que te habían llevado la contraria.

Más arte no podían tener.

No habían tenido más hijos. Desde luego que habían sido mucho más inteligentes que yo.

Y, por último, estaban Chiara y Lorenzo.

Ellos habían tenido un niño, Mateo, de diez años.

Una copia de su madre, pero en masculino. Y cuando digo una copia, era en todos los sentidos.

Vamos, que ese niño le ponía las pilas a su padre igual que Chiara se las ponía a Lorenzo.

Era un espectáculo digno de ver.

Después tuvieron a la pequeña de la familia, la mimada por todo el mundo, la consentida de su tío Álex. Esa criatura era la pasión de mi marido y él era la de ella.

Y con esto no quiero decir que Álex no adorara a nuestros hijos, porque eran lo que más quería en el mundo junto a mí.

Pero no se podía negar que esa cría se había ganado su corazón por completo.

Perdonad, que todavía no os he dicho su nombre.

Águeda. Así la llamaron y, aunque todavía era pequeña y no llevaba la misma sangre que mi abuela, todo apuntaba a que se iba a parecer más a ella que cualquiera de sus biznietos.

Y, por último, aunque no me apetece nada hablar de él, lo voy a hacer. Eso sí, no penséis que me voy a explayar, porque no es así. Ese desgraciado, por llamarlo de alguna manera, no merece ni que lo nombren.

Ismael, hoy día, sigue en la cárcel. Y no solo por lo que me hizo a mí, porque después se descubrió una larga lista de mujeres que habían tenido la mala suerte de cruzarse en su camino.

Sinceramente, para mí, que él estuviese encerrado era como cuando un niño sale al recreo del colegio.

Merecía estar en algún lugar mucho peor.

Pero bueno, por lo menos seguía encerrado y no podía hacerle daño a nadie más, que eso, en sí, ya era un logro.

—Daos prisa o vuestro padre se va con toda la familia y nos deja en tierra.

—Papá no haría eso.

Lo defendió Matt.

—No, claro, él tiene un taxi y puede llevarnos cuando nos dé la gana —dije con sarcasmo—. Así que corred, llevadlo todo preparado y pasemos el control rápido.

Menos mal que me hicieron caso sin protestar, que eso, viniendo de ellos, era todo un mundo.

¿Quién me iba a decir hace catorce años que iba a lograr tener lo que tenía junto al hombre de mi vida?

Ese al que tantas veces le había dicho entre besos, caricias y te amos:

«Tú, mi diablo. Y yo, tu bruja».

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha parecido esta novela? Curiosidad de autora jeje.

Si te gusta cómo escribo, disfrutas con mis historias, viajas a esos lugares donde los personajes viven mil y una aventuras, y quieres estar al día de mis novedades, puedes seguirme en la página de Amazon y en mis redes.

¡¡Nos vemos por allí!!

Sarah Rusell.

Facebook: Sarah Rusell
Instagram: @sarah_rusell_autora
Página de autora: relinks.me/SarahRusell
Twitter: @ChicasTribu
